





OBRAS COMPLETAS DE DON JOSÉ MILLA

III

LA HIJA DEL ADELANTADO

MEMORIAS DE UN ABOGADO

PARIS. — IMPRENTA DE LA V^{da} DE CH. BOURET.



DON JOSÉ MILLA

Hélio§ Dujardin Paris

Imp Ch.Wittmann

HIJA DEL ADELANTADO

NOVELA HISTÓRICA

EDICIÓN

GUATEMALA

GOUBAUD Y Cía

Guatemala



OBRAS COMPLETAS DE DON JOSÉ MILLA

LA

HIJA DEL ADELANTADO

MEMORIAS DE UN ABOGADO

NOVELA HISTÓRICA

POR

SALOMÉ JIL

(JOSÉ MILLA)

SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
DELEGADO EN GUATEMALA DEL CONGRESO DE AMERICANISTAS DE BRUSELAS
MIEMBRO HONORARIO DE LA SOCIEDAD LITERARIA INTERNACIONAL DE PARÍS
MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS
DE SANTIAGO DE CHILE
ASISTENTE DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA, DE LA DEL PORVENIR DE GUATEMALA
DEL ATENEO DE LEÓN, ETC., ETC.

TERCERA EDICIÓN

GUATEMALA

E. GOUBAUD Y C[IA]

EDITORES

1898

Se han tirado doce colecciones en papel Japón fino. Encuadernación en marroquín con esquinas, cabeza dorada, margen sin cortar.

PRÓLOGO

I

Largo es ya el catálogo de las lumbreras literarias que forman la constelación de la literatura hispano-americana, y como astros de primera magnitud brillan en ella las conspicuas personalidades de Andrés Bello, Bartolomé Mitre, José Joaquín de Olmedo, Juan A. Mateos, Jorge Isaac, Rafael Núñez y otros muchos más, tan brillantes como ellos, que destellan sus fulgores en los diferentes géneros de literatura cuyos conceptos se expresan en el sonoro y majestuoso idioma de Calderón y de Quintana.

Centro-América no ha sido extraña á esa fulguración literaria. Antonio José de Irisarri, José Batres Montúfar, Ignacio Gómez y José Milla y Vidaurre, eminentes literatos que rindieron ya la jornada de la tierra, figuran en esa espléndida constelación, aumentando la cual tenemos ya una nueva generación que sigue la luminosa estela que ellos le dejaron al remontarse al cielo de la inmortalidad.

Pero quien más ha enriquecido nuestra literatura haciendo hasta cierto punto profesión de ella, es el insigne Milla, este Walter Scott centro-americano, que tomando ora la historia patria, ora las costumbres nacio-

nales como materia de sus obras de ingenio, ha escrito con pluma maestra sus amenas é instructivas novelas.

Una de éstas es « La Hija del Adelantado, » calcada en hechos históricos que se verificaron en la época de nuestro coloniaje, en el siglo XVI, en que al lado de la casi general ignorancia y del fanatismo religioso crecían y medraban las más absurdas supersticiones y las más estúpidas creencias en apariciones, brujerías y maleficios : tiempos en que el altar y el trono, recíprocamente apoyados, ejercían en la sociedad el más ominoso despotismo tanto en la cosa pública como en el régimen doméstico; y así es como esta novela histórica refleja perfectamente el estado político-social de aquella época en que se celebraban las fiestas oficiales con misas, jubileos y *Te Deums*, con estafermos, torneos y encamisadas en que damas y caballeros ostentaban á competencia un lujo oriental bastante saturado de la moruna usanza : tiempos en que se aplicaba el tormento como medio de prueba de los delitos políticos, religiosos ó comunes; y tiempos, en fin, en que aquí en las colonias españolas, lejos de la suprema autoridad real, se explotaban por los peninsulares, autoridades y particulares, estas tierras de promisión con las encomiendas de aborígenes, ó mejor dicho con la esclavitud de esta pobre raza conquistada, cometiendo con ella toda clase de abusos ya de autoridad, ya de superioridad de raza conquistadora, bastando ser español, y por añadidura noble ó empleado real, para domeñar al indio, para ostentar el más odioso orgullo ó hacer gala de una necia vanidad únicamente fundada en la europea nacionalidad.

Esta parte histórica de la obra debe considerársela como la armadura ó esqueleto sobre que descansa la parte

novelesca, ó como si dijéramos su revestimiento, en el cual la fantasía del artista ha tenido toda su libertad estética para embellecerla, ya con creaciones de su numen, ya con la elocuencia de la frase; pero no con esa elocuencia de palabras rebuscadas y de construcciones románticas y altisonantes con que algunos escritores tratan de disfrazar la pobreza del concepto, sino con esa locución natural, fluida, correcta y elegante que da al lenguaje de Milla ese estilo claro, ameno y castizo peculiar suyo que hace que una vez comenzado á leer un libro por él escrito no nos canse su lectura y devoremos sus páginas con creciente interés.

Si penetramos al fondo y movimiento de la obra, á los agentes que ejecutan la acción histórico-novelesca en la primitiva ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, fundada por el conquistador Don Pedro de Alvarado, notamos los dos principales elementos : los personajes históricos con caracteres novelescos varios de ellos, y los hechos también á veces ficticios que á éstos se les atribuyen para dar mejor colorido al cuadro en que figuran las pasiones que los mueven, como lo dice el mismo autor en la « Advertencia » que precede á su obra; pero procurando siempre conciliar en cuanto es posible la verdad histórica con el hecho novelesco.

El argumento de esta interesante novela es el desgraciado amor que mutuamente se profesan Don Pedro de Portocarrero y Doña Leonor de Alvarado, hija del Adelantado, ó Gobernador militar y político de este reino de Guatemala; y á la historia de estos amores están subordinados los demás episodios que con ellos se relacionan más ó menos íntimamente.

Don Pedro de Portocarrero es el tipo de los caballeros

de su época. Es un apuesto hidalgo de arrogante al par que simpática figura, generoso, sentimental y delicado, lo mismo que leal, valeroso é inteligente soldado que milita bajo la bandera de su rey á las órdenes de Alvarado en la conquista de estos reinos. Pero el cariño, estimación y aprecio que éste profesa á Portocarrero no son bastante á dominar la ambición de su personal engrandecimiento y el de su linaje, y de aquí el proyecto de enlazar á su hija Leonor con su cuñado don Francisco de la Cueva, en cuyas venas corre la sangre de los duques de Alburquerque, gentes de grande influencia en la corte de Carlos V.

Leonor es la hija habida por Alvarado, antes de su primer matrimonio, en una princesa tlascalteca, mestiza hermosa y espiritual, de carácter altivo y firme, de sentimientos elevados, en cuyo delicado corazón se anida, arrullada por la ternura, la amorosa pasión que ha sabido inspirarle el noble y gallardo capitán Portocarrero; y escollando esta pasión contra la voluntad de un padre imperioso y cruel, prefiere ir á enterrarse en un claustro al sacrificio de ser esposa de un hombre á quien ni su voluntad ni sus afecciones podrán jamás pertenecerle. Y esa entereza del carácter de Leonor unida á su noble altivez, nos las describe sublime y elegantemente Milla en aquella conferencia que la hace tener con su padre cuando va á pedirle que no se ejecute la sentencia que los jueces del torneo han pronunciado contra Portocarrero; sentencia injusta y humillante que lo condena á dar pública satisfacción á Ronquillo, y á confesar que ha obrado como mal caballero.

El Adelantado, después de escuchar su demanda, le dice: « No es simplemente el interés de la justicia el que

« te mueve, Leonor... Tu corazón se interesa por Portoca-
« rrero más de lo que debiera. »

Y Leonor, después de un momento de silencio y como haciéndose violencia le contesta :

« Sí, padre mío, ¿por qué ocultároslo ya? Amo á Don
« Pedro, lo he amado tiempo hace y lo amaré mientras
« viviere. Jamás mi pobre corazón, que ha sufrido en silen-
« cio, ha alimentado la esperanza lisonjera de ver satisfecha
« su única ilusión. Conozco vuestros proyectos, y sin
« fuerza para secundarlos, he resuelto, como ya os lo he
« dicho, abrazar el estado religioso.....

.....« Porque yo, que todo lo sufro, que nada pido, no
« puedo sobrellevar la idea de la humillación y el vilipendio
« del hombre á quien amo. Prefiero mil vidas de tormento á
« ver por un instante descender un solo escalón de su ele-
« vado pedestal al que es el ídolo de mi alma. No permitáis
« que los enemigos de Portocarrero, que son también los
« vuestros, ejecuten sus insidiosos proyectos... »

Y al finalizar esta entrevista, ratificando su inquebrantable resolución de ir al monasterio, el novelista pone en boca de Leonor estas elocuentes palabras dictadas por su ardorosa pasión estimulada por la contrariedad, como el *ultimátum* enviado por medio de su padre á su en mala hora prometido esposo: « Señor: cuanto soy y tengo á
« vos os lo debo. Vuestra voluntad ha sido y es mi ley.
« Como siempre, os obedeceré en todo. Hay, sin embargo,
« una sola cosa en la cual ni vos ni yo misma podemos
« mandar. Permitid que vuestra desgraciada hija lleve á
« cabo su resolución. Si vos habéis dispuesto de mi mano,
« yo he entregado mi corazón, y seré, perdonad que os
« lo declare, ó de Dios ó de él. »

Este animado cuadro en que luchan la ambición del padre con el amor de la hija, la despótica autoridad paterna con la enérgica resistencia de la razón personificada en Leonor, pasiva en el sufrimiento, pero no subyugada su voluntad, es en extremo conmovedor y nos muestra cuán poseído estaba el autor del apasionamiento de su heroína, del propio modo que un actor dramático se posee de los afectos del personaje que representa en la escena y que sabe con el arte transmitirlos á los espectadores.

Ambos, amante y amada están persuadidos de que ante las ambiciosas combinaciones del Adelantado, ante aquella devoradora sed de grandeza que le acosa, sus amorosos anhelos se han estrellado; y el alma entristecida de Leonor, reflejada en su melancólico semblante, sólo encuentra lenitivo en sus íntimas confidencias con su amiga Doña Juana de Artiaga, que sufre como ella, porque la ama con el amor de una hermana sentimental y bondadosa. Y Portocarrero en tanto, si se resigna á su fatal destino, no por eso deja de permanecer fiel á su amor y á su adorada encerrándose en un letal y callado platonismo.

¡ Qué sentimiento tan profundo de conmiseración imprimen en el corazón del lector el martirio y las amarguras de esas dos almas que, amándose con delirio, sufren al unísono la imposición de una inflexible y despótica voluntad que los separa sin razón y sin justicia ! ¡ Y cómo se llena el alma de noble indignación contra el abuso de ese padre que sacrifica á su hija y á su amigo en aras de su ambiciosa personalidad !

Don Francisco de la Cueva, enamorado ciegamente de

Leonor, carece de dotes físicos y morales para hacerse amar. Es un enamorado tímido, poco insinuante y poco versado en achaques de amores. De aquí que tuviera que valerse de la astucia y artimañas del codicioso y atrevido secretario del Capitán General, del intrigante Robledo, solapado enemigo de Portocarrero, para procurar desacreditar á su rival en el ánimo de Leonor y ocupar él su lugar, si no por amor, al menos por despecho. Pero Robledo, buscando en Agustina Córdoba el medio de ejecutar este descrédito, cae enredado en sus propias redes aposionándose de esta viuda peligrosa que explota su posición en la corte del Adelantado, á la vez que infundiéndole esperanzas se burla de su loco amor; burla que llega al fin á costarle la vida muriendo envenenada por medio de un filtro con que el exasperado amante procura obtener lo que su desgarbada figura y la antipatía que inspira no logran conseguir, viniendo esta muerte inesperada á reparar el mal causado á Don Pedro y á su adorada Leonor por estos dos obreros de la infamia.

Enemigos de Portocarrero por su lealtad al Adelantado y por la particular deferencia con que éste lo distingue, son los oficiales reales, el astuto y rencoroso Ronquillo, el ambicioso Castellanos, Ovalle y otros, quienes conspiran contra el Gobernador, viniendo así los odios políticos á enlazarse con aquellos amores, como se ve en el episodio del torneo en que el Veedor, con la mala fe que le caracteriza, hace caer la visera de Portocarrero y le hiere la frente con el fin de hacerlo desmerecer á los ojos de Leonor, que como reina preside aquella función.

Otro hombre fatídico interviene también, por móviles

tanto políticos como personales, en estos desgraciados amores. Tal es el médico Peraza, elevado y enriquecido por medio de la ciencia que profesa. Español de origen plebeyo, tuvo la audacia de enamorarse de una joven noble en España, Doña Juana de Artiaga, la doncella amiga y confidenta de Leonor que con ésta había venido de la metrópoli, y que la fatalidad hizo que se juntaran en Guatemala adonde Peraza había emigrado para curarse de su loca y repulsada pasión con el bálsamo del olvido que suele á veces producir la ausencia.

El trágico fin de este malvado muriendo enterrado vivo en el subterráneo de su propia casa donde había traído robada á Doña Juana, que por milagro sale ilesa de aquella cárcel, es profundamente horripilante. La rabia de verse burlado; el terror que se apodera de él al encontrarse sin salida; el rayo de esperanza que concibe de abrirse paso por medio del incendio de la puerta; la desesperación que le acomete al ver fallida su única salvación, el torcedor de los remordimientos, y en último término las angustias del hambre y de la sed que lo devoran produciéndole espantoso delirio; todo este conjunto de emociones y tormentos que la fecunda imaginación de Milla radica en Peraza, dejan el ánimo sobrecogido y horrorizado por el tremendo castigo que su propio crimen inflige al criminal, al par que se siente satisfecho el sentimiento de justicia por la condigna expiación.

Pero al lado de estos seres perversos hay otros bondadosos, abnegados y generosos adictos á Portocarrero y á su amada. Hemos visto ya á Doña Juana de Artiaga que con fraternal cariño consuela á Leonor y enjuga las lágrimas de su desventura; y al lado de esta amable confidenta

vemos también á otro que por ellos vela y por ellos se interesa defendiéndolos contra la protervia de sus enemigos; tal es el anciano criado del Gobernador, Pedro Rodríguez, que desbarata las insidias de Ronquillo y Castellanos, y con admirable sagacidad desentraña la intriga de Robledo y Agustina para expulsar á Portocarrero del corazón de Leonor, perdiendo su libertad en esta empresa cuando ya toca á su fin. Alma generosa, corazón honrado, se duele de la desgracia ajena y procura hallar los medios de socorrer el infortunio cuando la virtud lo acompaña.

Toca al fin á su desenlace el novelesco-histórico enredo. Muere Don Pedro de Alvarado en Guadalajara de México á consecuencia de contusiones que sufrió en un combate con una tribu indígena sublevada; llega á Guatemala la fatal noticia, y los *Magníficos Señores* del Ayuntamiento asociados del Obispo, nombran á Doña Beatriz, por instancias de ella, Gobernadora interina del reino mientras el Rey proveía en propiedad el empleo; y dos días después, el 11 de Septiembre, muere la *sin ventura* Doña Beatriz bajo las ruinas de su palacio á consecuencia de la catástrofe que arruinó la primitiva ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala el año de 1541, muriendo con ella once de sus doncellas y muchas otras personas de la servidumbre, salvándose Leonor y otras doncellas arrastradas por el aluvión.

Don Pedro de Portocarrero que ha caído en una especie de imbecilidad motivada por un bebedizo propinado por el médico Peraza durante una enfermedad que sufrió, pero más que por esto, por el desvío de Leonor para con él á consecuencia de las perversas intrigas de Robledo,

sale repentinamente de este estado movido por los terremotos y el torrente, y es su primer movimiento dirigirse al palacio para socorrer á Leonor; pero tropieza en su camino con los conjurados que esa misma noche, descontentos con que la elección de Gobernadora hubiese recaído en Doña Beatriz, trataban de arrancarla de sus manos para ponerla en las del Tesorero Real, Castellanos.

Portocarrero sostiene con ellos una lucha desigual; pero al fin, aunque gravemente herido, puede llegar á palacio á tiempo de salvar en sus brazos á su adorada, abandonándola al torrente cuando ya debilitadas sus fuerzas por la pérdida de sangre, y sumergido en el agua casi hasta el cuello, no puede más que imprimir en su frente un beso de moribundo y exhalar la vida pronunciando aquel ¡ Adiós Leonor,... para siempre, adiós ! que hace estremecer el corazón al hacernos cargo del sufrimiento de aquella alma al despedirse de su amada en el supremo momento de abandonar la vida y traspasar los umbrales de la eternidad.

Pero sigamos á Leonor arrastrada por la corriente en aquella lúgubre noche. ¿ Cuál será su paradero? En medio de aquella hórrida escena aparece como por ensalmo un salvador inesperado. Pedro Rodríguez, el anciano doméstico del Adelantado, á quien las intrigas de Robledo habían llevado á un oscuro calabozo, aparece libertado por el terremoto al romperse una de las paredes de su prisión. Vuela á palacio, pero se detiene en el trayecto al escuchar los gemidos de un moribundo que yace bajo los escombros de su casa. Es Robledo, á quien trata de salvar; pero sólo puede recoger sus últimas y casi insonoras palabras. Abandona al muerto, sigue su camino, y á la

siniestra claridad de las llamas del volcán en erupción, alcanza á percibir la postrera escena que pasa entre Portocarrero y Leonor. Se lanza al torrente con gran riesgo de su vida en socorro de esta predilecta de su corazón, y logra salvarla con su arrojo, con su abnegación.

La nobleza encarnada en un plebeyo no puede estar mejor personificada que en este viejo servidor, cuya perspicaz inteligencia y ánimo valeroso están al servicio de un corazón de oro que ama la virtud en todas sus formas y detesta la perversidad por más encumbrada que sea la personalidad en que se anide.

El sol del nuevo día iluminó aquel hórrido cuadro de desolación y muerte, y entre las numerosas víctimas fué una de ellas el Veedor Ronquillo, cuyo cadáver se halló en las afueras de la población sumergido en la pocílaga donde iban á parar las inmundicias de la ciudad. ¡ Parece que también la muerte se encarga á veces de escogerles su merecida tumba á los malvados !

Y aquí termina esta bella é interesante novela dejándonos como inconclusa la historia de Leonor, pues sólo nos dice que: « Más desdichada que ellas, (las que murieron con Doña Beatriz) la hija del Adelantado tuvo « que llevar el peso de la vida por algunos años conser- « vando vivo en su memoria, como un oculto torcedor, el « recuerdo de la muerte desastrada de Portocarrero, y la « tristísima historia de aquellos desgraciados amores. » Pero el mismo autor en el tomo I de su « Historia de la América Central, » nos refiere que Doña Leonor fué al fin la esposa del licenciado Don Francisco de la Cueva, de quienes procedió la única descendencia directa que hubo del conquistador de Guatemala.

Que Leonor no fué feliz en su matrimonio nos lo dicen las textuales palabras que acabamos de copiar; pues enlaces que no llevan el sello del mutuo amor condenados están á sufrir los rigores del infortunio.

¿Y qué deja, en conclusión, en nuestro ánimo la lectura de esta novela? ¡Ah! nos deja las bellezas de los patéticos cuadros de los contrariados amores de dos seres que se aman hasta la idolatría, hasta el sacrificio; nos deja en Agustina Córdoba y el médico Peraza la encarnación del mal y el condigno castigo de su perversidad; nos deja impresas las diabólicas arterías de la ambición, de la codicia, de la envidia y de las pasiones políticas representadas en aquellas tenebrosas conspiraciones contra el Adelantado y su familia; nos deja modelos de amistad, abnegación y honradez en Doña Juana y Rodríguez; y nos deja, en fin, un caudal de moralidad en sus pulcras y amenas páginas, y un ferviente deseo de seguir leyendo las obras que con tanto talento como buen gusto nos ha legado la pluma del insigne literato honra y gloria de la patria centro-americana, Don José Milla y Vidaurre.

II

La segunda parte de este volumen la forma la novela titulada « Memorias de un Abogado ».

El plan de esta obra es poner frente á frente los nobles sentimientos del corazón humano con las pasiones bastardas, personificados unos y otras en los distintos personajes cuyos hechos forman la trama ó enredo, llegando en su desenlace á tener cada uno de ellos su galardón ó su castigo.

El método expositivo encadena de tal modo los sucesos, que intercalando en el argumento episodios ora tétricos, ora cómicos ó críticos, hace variada y amena la lectura, y discurre el ánimo sin cansancio por todos los rumbos por donde lo conduce el narrador de su propia historia, desde el obrador del tío Cristóbal hasta el patíbulo, y de allí al Claustro de Doctores, á la Real Audiencia, y en fin, hasta la añagaza en que le hace caer un hipócrita asesino.

Hay en esta novela algo de histórico y mucho de descriptivo de nuestras costumbres nacionales de principios de nuestro siglo.

De lo primero tenemos ejemplos en el mandato de suspender la ejecución de la sentencia de muerte en Francisco Roxel, reo aparentemente convicto de asesinato, y en las opiniones que entonces corrieron entre los abogados respecto á que si la Real Audiencia pudo ó no mandar suspender la ejecución de una sentencia ejecutoriada, no obstante haberse tenido plena prueba ulterior de la inocencia del presunto delincuente, habiendo muy graves opiniones de que no debió suspenderse la ejecución; tal es la fuerza de la sentencia ejecutoriada.

En la secuela de ese proceso nos pinta el autor esa eterna duración de las causas criminales en los tribunales de justicia, ya por la incuria de los jueces ó por la negligencia de los defensores oficiales. He aquí en el Abogado de Pobres personificada esa clase de empleados que con fina y graciosa ironía es así descrita : « Tenía ciento « veintisiete causas sobre la mesa. Trabajaba día y noche, « según él mismo aseguraba, y apenas tenía tiempo para ir « á misa por la mañana, hacer una ú otra visita indispen-

« sable, comer, dormir dos horas de siesta, visitar el jubileo, « pasear un rato por el campo y conversar por la noche dos « ó tres horas con algunos amigos. No sabía qué hubiera « hecho sin el auxilio de dos pasantes que le ayudaban en « aquel despacho tan laborioso. El pobre se sacrificaba.... »

Aunque Milla militó en las filas del partido conservador de Guatemala, era en el fondo de ideas avanzadas, contrario á la pena capital, como se ve con motivo de la sentencia á la última pena á que fué condenado el protagonista Francisco Roxel, en las filosóficas reflexiones que sobre esta materia hace éste después que don Eusebio le refiere el episodio de su resurrección.

Los cuadros de costumbres nacionales con que está amenizada esta novela, y el gracejo con que están descritos, nos hacen recordar con frecuencia aquellos chistes con que Cervantes provoca la hilaridad de los lectores de su inmortal Manchego. ¿Quién en las tertulias, bailes y días de campo de la familia Costales no ríe á plena y sonora carcajada con las miradas equívocas del capitán Ballina, con su jactanciosa valentía, con sus fanfarronadas y petulantes galanteos, con la zurribanda que provocan las boleras del estudiante Vargas, con el desafío entre Ballina y el Doctor Morales, con las ansias matrimoniales de la tía Modesta y con su rapto en vez de Luisa?

¿Y quién que las haya visto no recuerda las funciones teatrales de cuarenta ó cincuenta años atrás, con la chistosa descripción de la representación dramática de la casa de los Ángeles con sus actores tartamudos, sus grotescos trajes, su declamación endiablada y las pintarrajeadas decoraciones, amén de la desacorde orquesta? No hay duda que el autor exhumó al tartajoso Tiburcio Es-

trada, cómico de la legua muy conocido en Centro-América, para que representara á Don Mendo en el improvisado Coliseo de los Ángeles.

Pero al lado de estos graciosos cuadros está el sombrío y repulsivo de la vida de la cárcel en donde el vicio y el sello del crimen se manifiestan en toda su repugnante fealdad. ¡Qué vocabulario, qué semblantes, qué costumbres, qué miserias los que allí observó el doctor Roxel! Un sentimiento de conmiseración y el deseo de mejorar la condición de estos desgraciados se experimenta al contemplar esa mansión de la lepra social allí secuestrada de la parte sana de la sociedad. Por fortuna ya en los tiempos que alcanzamos se vienen estableciendo penitenciarías regularmente organizadas en las principales poblaciones de Centro-América, en donde al par que se castiga al delincuente cohibiéndole su libertad, se le ilustra y moraliza, se le enseña algún arte ú oficio, se le acostumbra al trabajo, y al concluir su condena tiene ya un medio de vivir honradamente con el trabajo que dignifica.

En los caracteres de Vargas y Velasco, amigos que encontró Roxel en los bancos de la Universidad, en el primero hallamos al estudiante calavera, travieso y desaplicado que abandona los estudios; pero leal y sincero amigo é incapaz de dañar á nadie sin motivo. En el segundo está personificada la ambición, la hipocresía, la perfidia y el rencor que no se satisface sino es con el crimen: hombre que no se para en los medios para conseguir el fin llega hasta el asesinato, y acaba sus días en el fondo del mar en fuga de un presidio.

Otra clase de emociones excitan la enfermedad y triste muerte de Teresa, víctima también del malvado Velasco.

Ese tétrico cuadro arranca lágrimas al corazón más encallecido, y tanto más cuanto que viene á complicarlo el cumplir Francisco con el juramento hecho por él, después de haber salvado del patíbulo, de defender ante los tribunales á todo sentenciado á la pena capital. En medio del pesar de perder á su adorada prometida, Roxel se ocupa en la defensa del mismo victimario de su novia y propio autor de su frustrado asesinato. ¡Qué lucha tan tremenda tiene que sostener consigo mismo ese hombre virtuoso para cumplir su juramento, es fácil imaginarlo!

Pero como no hay obra perfecta hecha por el hombre, hay en esta novela un ligero lunar, más bien dicho, un ligero descuido del autor al hacer pasear á un convaleciente por el campo en las postreras horas de la tarde poco después de una lluvia torrencial y acompañado de mujeres, y contemplar á lo lejos las fogatas de las rozas en los campos, cuando éstas se efectúan en plena estación seca.

Otro defectillo encontramos, esperando que se corrija en la presente edición; y es el de que en el libro que tenemos á la vista, impreso en Guatemala, hay el error ortográfico de estar siempre escritas con *g* en vez de *j* las palabras muger, magestad, gefe, viage, personage y todas las de esta terminación. Esto nos induce á creer que Milla nó corrigió por sí mismo las pruebas de su obra, pues correcto literato como era, conocía con perfección el patrio idioma, conocía también á fondo la principal lengua madre, y podía muy bien decir de sí mismo lo que pone en boca de su protagonista : « El latín « que aprendí me ha servido eficazmente para facilitarme « el conocimiento de otras lenguas modernas, y para es-

« cribir y hablar con alguna corrección el castellano. »

No hay duda que el corrector de pruebas, enemigo de la *j*, quiso enmendarle la plana al ilustre Milla, haciéndole un entuerto tal vez creyendo hacerle un servicio.

Por lo demás, nuestra desautorizada pluma no puede tener sino encomios y aplausos para el ingenio centroamericano que tan alto ha puesto el estandarte de la literatura patria enarbolado en el asta enhiesta de sus preciosas novelas.

CARLOS BONILLA.

San Salvador, Junio de 1897.

LA HIJA
DEL ADELANTADO

CAPÍTULO PRIMERO

Inusitada animación y extraordinario movimiento se advertían, al caer la tarde del día 15 de Septiembre del año de gracia 1539, en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala. Personas de todas clases y condiciones iban y venían por calles y plazas, reuníanse en corrillos y agolpábanse, en mayor número, delante de un edificio grande, de dos pisos y de buena apariencia, que se levantaba en el extremo de la población más inmediato á la falda del volcán *de agua*, á cuyo pie estaba situada la primitiva capital del Reino, en el mismo sitio en que hoy vemos el pobre y miserable villorrio llamado Ciudad Vieja. Ese edificio, cuyas ruinas se conservaban aún á fines del siglo XVII, según leemos en la obra inédita del cronista Fuentes y Guzmán, era el palacio del adelantado, gobernador, capitán general de estas provincias y fundador de la ciudad, don Pedro de Alvarado. Abríanse las puertas y las ventanas de las habitaciones, limpiábanse tapices, alfombras y muebles; mayordomos, maestresalas y pajes daban apresuradamente la última mano al arreglo de aquella espléndida morada, que por algunos años había permanecido al

cuidado poco diligente de criados subalternos. El pueblo seguía con interés y curiosidad aquellos preparativos, que confirmaban plenamente el rumor, esparcido pocos días antes, de la próxima llegada del Adelantado.

Y era así, en efecto. Don Pedro había anunciado al Ayuntamiento su arribo á Puerto-Caballos, en carta de 4 de abril de aquel año, participando además á los *magníficos señores* del Concejo su nuevo matrimonio. « Sabréis, dice, como vengo casado, y doña Beatriz está muy buena y trae veinte doncellas, muy gentiles mujeres, hijas de caballeros y de muy buenos linajes. Bien creo que es mercadería que no me quedará en la tienda nada, pagándomelo bien, que de otra manera excusado es hablar de ello. » El Adelantado había venido de España con una escolta de trescientos arcabuceros y otra mucha gente, en tres navíos grandes de su propiedad. Con todo aquel aparato de damas de honor, caballeros y soldados, se encaminaba á la ciudad que había fundado quince años antes, y que, merced al oro y la plata arrancados á los naturales, aparecía ya por aquel tiempo, si no muy abundante en población, aventajada en el lujo, hijo legítimo de la riqueza fácilmente adquirida.

En sesión celebrada por el Concejo en 25 de mayo, se había leído otra carta del Adelantado, en la que proponía fuesen á avistarse con él un alcalde y dos regidores, para haber de mostrarles los reales despachos que traía de la corte y arreglar algunos puntos conducentes al buen gobierno de la tierra. El Cabildo, dividido en dos bandos, favorable el uno y contrario el otro á don Pedro, decidió no acceder á aquella indicación, contestando al Adelantado no estar en obligación de salir al recibimiento; pero que manifestándose las reales provisiones, se conformaría con todo aquello que su majestad mandase. Los principales promotores de esa discordia eran el veedor Gonzalo Ronquillo, el tesorero Francisco de Castellanos, el comendador Francisco de Zorrilla, Gonzalo de Ovalle y otros caballeros, que, á fuerza de intrigas, habían logrado crear cierta emulación

y mala voluntad contra don Pedro, infundiendo en el ánimo pacífico y naturalmente bueno del juez de residencia, Alonso de Maldonado, aspiraciones que no debían verse satisfechas. Los partidarios del Adelantado y el pueblo, que lo amaba por su denuedo, munificencia y porte noble y caballeresco, recibieron con júbilo la noticia inesperada de su aproximación á la capital, con el ostentoso séquito que antes hemos mencionado.

Preparábase, pues, á recibirlo con el honor y aplauso que merecía quien había sido recientemente colmado por el Rey, por su secretario Cobos y otros personajes de la corte, de favores y de distinciones, justa recompensa de sus grandes y señalados servicios.

Pregoneros de los favores dispensados á su señor, de la gentileza de su esposa, del garbo de las damas que la acompañaban y del aparato con que se acercaba el Adelantado, habían sido ciertos mensajeros que don Pedro envió desde Puerto-Caballos, conductores de las cartas que escribía al Cabildo. Excitada así la pública curiosidad, no menos que la envidia de los émulos, poníanse en juego las intrigas para lograr que no se diese posesión del gobierno á Alvarado, cohonestando la desobediencia con la ambigüedad de la real cédula de nombramiento, que había circulado en copia. Los amigos del Adelantado, sin hacer cuenta de aquellos manejos, y como quien tuviese seguridad de que todo saldría á medida de su deseo, apresuraban, según hemos dicho, los preparativos del recibimiento. El pueblo adornaba espontáneamente las calles de la entrada, y reunido en corrillos, discurría sobre el grave acontecimiento que iba á verificarse. En un grupo que formaban varios caballeros delante de la puerta del palacio, un criado de Alvarado, llamado Pedro Rodríguez, *el viejo*, uno de los que había despachado el Gobernador desde la costa de Honduras con sus mensajes, respondía á diversas preguntas que le dirigían los curiosos.

— Sí, señores, decía; doña Beatriz excede en gentileza, inge-

nio y garbo á su hermana doña Francisca, que santa gloria haya, la primera esposa de nuestro valiente Adelantado.

—¿Y cómo ha podido casarse, dijo uno de los del grupo, con su cuñada? Ese parentesco no lo dispensa nuestra santa madre Iglesia con facilidad.

— Ciertamente que no, replicó Rodríguez, y en el presente caso, no lo habría dispensado su Santidad, á no haberse interpuesto nada menos que nuestro invictísimo Emperador, así por hacer merced al Adelantado, como por mostrar buena voluntad al señor duque de Alburquerque, tío carnal de ambas señoras, doña Francisca y doña Beatriz.

— Alto ha trepado don Pedro, dijo otro.

— No tanto como él merece, contestó el viejo; que los servicios hechos á su majestad por nuestro capitán, lo hacían acreedor á la mano de tan principal señora, no menos que al título de almirante de la mar del sur y á la cruz de comendador de Santiago con que lo ha recompesado el César.

— ¡Comendador de Santiago! dijo entonces un viejecillo jorobado, de cara entre osada y burlona, que estaba en el corrillo. ¡Comendador de Santiago! Ya no se lo llamarán de burlas, como en Méjico, cuando vestía por las pascuas un sayo viejo de terciopelo de su padre, el comendador de Lobón, en el cual había quedado estampada la señal de la Cruz. ¡Ja, ja, ja, ja! Y rompió á reir con una risa casi diabólica.

Nadie contestó á aquella burla impertinente, no obstante la expresión de disgusto que se pintó en los semblantes de todos los demás caballeros.

— Habláis, continuó el burlón, de los méritos y servicios de don Pedro, y á fe que lleváis razón en vuestros encomios. El Adelantado es denodado cual ninguno en el campo de batalla; y cualquiera lo sería como él, si poseyese un amuleto que lo preserva contra todo riesgo.

—¿De qué amuleto habláis? preguntó uno de los caballeros.

— ¡Toma! de ese joyel que lleva siempre al cuello pendiente

de una cadenilla de oro, y en que están trazados ciertos signos, caracteres arábigos, ó no sé lo que son, que nadie hasta ahora ha podido descifrar.

— Y que algo hubierais dado vos por poseer en la batalla de Quezaltenango, señor veedor Gonzalo Ronquillo, dijo á la sazón un caballero de noble porte y elevada estatura, embozado en una capa de paño oscuro, cubierta la cabeza con una gorra con pluma blanca, y que sin ser percibido de los del corrillo, se había acercado y puesto la mano derecha en el hombro del contrahecho viejecillo.

Al escuchar aquellas palabras, el burlón mudó de color, y visiblemente azorado, notando la satisfacción con que el nuevo interlocutor había sido escuchado, dijo :

— Os agradezco el recuerdo, señor don Pedro de Portocarrero; no podía ser más oportuno. No he olvidado que en aquella sangrienta refriega debí la vida á vuestro valor, y que sin el oportuno golpe de lanza con que atravesasteis por los pechos á aquel perro cacique Ros Vatit, yo no estaría hoy aquí, como lo estoy, pronto á serviros.

— No lo digo por tanto, don Gonzalo, replicó Portocarrero. Cualquiera habría hecho lo que yo hice en aquella jornada; únicamente he querido advertiros que el que ha huído cobardemente delante del enemigo, no es el mejor juez de los hechos militares de un capitán como Alvarado.

— No olvidaré la lección, don Pedro, contestó Ronquillo, y será un favor más que pondré en la cuenta que os llevo desde lo de Quezaltenango.

Y dió la vuelta lanzando una mirada amenazadora al caballero, que permaneció imperturbable y sereno.

— ¡ Miserable envidioso! dijo uno de los presentes; y dirigiéndose á Portocarrero, agregó : guardaos, don Pedro, de su saña. Ese hombre es implacable ; su odio ha causado ya graves disgustos al Adelantado, por las relaciones que mantiene con Gonzalo Mejía, sujeto poderoso en la corte.

— El que ni teme ni espera, contestó Portocarrero con cierta firmeza en la que había algo de profundamente melancólico, no tiene por qué guardarse. Cumplo mi deber, como cristiano y como caballero, defendiendo al compañero de armas y al amigo ausente; sigo el recto sendero y no curo de las serpientes que pueden atrevesarse en mi camino.

En aquel momento cuatro indios *tamemes* salieron del palacio, conduciendo una litera pintada exteriormente y cuya parte interior se veía ricamente tapizada con tafetán de la China.

— Una litera, dijo uno de los presentes; ¿si será para la señora Adelantada?

— No, contestó el viejo Rodríguez; debe ser para doña Leonor, que viene mala.

Portocarrero se inmutó al oír aquella respuesta; pero dominando su emoción cuanto le fué posible, preguntó con fingida indiferencia:

— ¿Y es grave, por ventura, la enfermedad de doña Leonor?

— Creo que no, dijo el viejo; calenturas de la costa, fatiga del camino y un poco de melancolía.

— Cosas que pasarán, replicó un caballero, tan luego como la noble hija de la princesa Jicotencal se aviste con su prometido el licenciado don Francisco de la Cueva, hermano político de su padre.

— ¿Pero es cierto que se casan? dijo otro.

— ¡Toma! Tan cierto como que se lo he oído al alcalde Juan Pérez Dardón; sujeto, como sabéis, caballeros, tan verídico como el que más.

— Así es, dijo el otro; pero ¿qué tenéis, don Pedro? añadió, volviéndose á Portocarrero; estáis pálido como la muerte. ¿Os sentís malo?

— Sí, contestó Portocarrero procurando recobrar su serenidad: sabéis que desde la última expedición que hicimos en tierras de guerra, mi salud ha quedado alterada. El sol se ha

puesto ya y tal vez el viento frío que comienza á soplar me haya causado algún ligero pasmo. Buenas noches.

Diciendo esto, se retiró con la cabeza inclinada sobre el pecho, como quien se halla dominado por alguna grave preocupación.

— ¡Cómo ha cambiado! dijo uno de los del grupo, cuando hubo desaparecido Portocarrero. Ya no es aquel gallardo y altivo mancebo, tan pronto para los juegos y para el galanteo, como para la batalla.

— Es que no olvida á Agustina, dijo otro, que lo tiene como hechizado.

— Os engañáis; la ha olvidado mucho tiempo ha, aunque según se dice, ella lo ama cada día más y lo persigue con sus exigentes solicitudes.

— Así me persiguiera á mí, que por cierto no fuera yo de mármol á sus ruegos, dijo otro. Agustina Córdoba es una moza hechicera.

— ¿En qué sentido lo decís? preguntó uno de tantos. Eso de hechicerías tratándose de Agustina, admite dos interpretaciones. Hay quien pretende haberla visto cabalgar por los aires montada en un mango de escoba.

— ¡Ave María purísima! interrumpió Rodríguez santiguándose. Si es así, bien pudiera tomar cartas en ello la santa Inquisición de Méjico. Yo creía que sólo los indios paganos de estas tierras eran dados á hechicerías y sortilegios.

— Aun los indios que han recibido las aguas del santo bautismo, dijo uno de los caballeros, suelen mantener relaciones con el espíritu maligno; y algunos españoles, contaminados con el trato de estos malos cristianos, tienen comercio con el demonio. Si no, oíd lo que yo mismo vi, trece años hace, cuando combatimos á los sublevados de Sacatepéquez.

— Decid, decid, que ya os escuchamos.

— Una noche, estábamos acampados frente á unos peñoles en que se habían hecho fuertes los indios rebeldes. Andaba yo

de ronda, y habiéndome acercado á uno de los puestos avanzados más próximos al enemigo, en cuyo punto estaba un centinela, fuí á reconocer al soldado que montaba la guardia. Media hora antes había sido colocado en aquel puesto un Juan Gómez, de la compañía del capitán Luis Marín, á quien sus compañeros acusaban de tener trato con el demonio. Á la luz de las fogatas encendidas en el real, vi por mis propios ojos al supuesto centinela, cuyo rostro tenía un no sé qué de horroroso y siniestro, que no acertaré á describiros. Dirigíle la palabra, y guardó silencio; puse mano á la espada, y permaneció inmóvil. Enderecé la punta del acero hacia su pecho y lo atravesé con él de parte á parte, sin encontrar resistencia, como si fuese una fantasma impalpable. Entonces eché mano disimuladamente á la cruz de mi rosario, y mostrándola de improviso al fingido soldado, se oyó un espantoso bramido; una densa oscuridad nos envolvió instantáneamente, y cuando la tiniebla fué disipándose y haciéndose lugar de nuevo el tenue resplandor de las hogueras, encontramos á nuestros pies un arcabuz y una armadura, cuyo desagradable olor á azufre manifestaba claramente haberse servido de aquellos arreos el común enemigo de las almas. Esa misma noche, casi á la propia hora, otros de nuestros soldados aseguraron haber visto atravesar el real, en punto muy distante, á Juan Gómez, acompañado de una mala mujer á quien solía visitar. Al siguiente día fué puesto en estrecha prisión, en que permaneció dos meses, sin querer confesar su delito. Una noche, ayudado sin duda del espíritu familiar que lo asistía, quebró la prisión y se huyó, sin que se haya vuelto á saber de él.

Con atención, aunque sin asombro, oyeron las demás personas que formaban el corrillo la extraña aventura del soldado que encargó al diablo le hiciese el cuarto de centinela; y como advirtiesen que la noche se les había entrado ya, embebidos en aquellas pláticas, se despidieron unos de otros, apalabrándose para el siguiente día con el objeto de presenciar la entrada

del Adelantado y de su ilustre comitiva. La luna, en su cuarto creciente, alumbraba débilmente la ciudad, entregada al reposo y al silencio, y el volcán se alzaba majestuoso, escondiendo su descarnada cúspide bajo un cendal de espesas y blanquizcas nubes, más imponente aún á la dudosa claridad del astro de la noche, que cuando se ostenta en toda su grandeza, bañado por los rayos del sol de mediodía.



CAPÍTULO II

Sereno y despejado amaneció el siguiente día 16 de Septiembre, como si el tiempo quisiese contribuír por su parte á hacer más regocijada y festiva la recepción del Adelantado y su séquito. Súpose desde muy temprano que se hallaba en las inmediaciones de la ciudad, y muchos de los caballeros salieron á su encuentro. El Ayuntamiento, con el juez de residencia, Maldonado, se reunió en las Casas Consistoriales aguardando aquel grave congreso la presentación de las reales provisiones.

Á eso de las nueve de la mañana hizo su entrada la ilustre comitiva, en medio de la población alborozada, que victoreaba á su fundador. Don Pedro de Alvarado tenía en aquella época cuarenta años de edad; era de mediana estatura; su aspecto noble y sus facciones fuertemente acentuadas revelaban el ánimo varonil, la resolución incontrastable y aquella combinación extraña de valentía generosa, crueldad, astucia y franqueza que formaban el fondo del carácter del conquistador de Guatemala. Su rostro, un poco tostado por el sol del trópico, conservaba aún el color rojizo, como también la barba y el cabello rubio que había dado ocasión á que los indios mejicanos designasen al valeroso teniente de Cortés con el poético sobrenombre de « el sol » (*Tonatiuh*). Montaba con gallardía un fogoso corcel andaluz, y vestía una luciente armadura de acero, ostentando sobre el pecho la roja cruz de Santiago. Cubríale

la cabeza la celada, ondeando al viento la garzota de plumas blancas y encarnadas, que coronaban el yelmo. Pintábase en su rostro la emoción del ánimo por las muestras de afecto con que lo acogía su bienamada Guatemala.

Á su lado derecho se veía á doña Beatriz, que tendría unos veintiocho años, y cuyas facciones, perfectamente delineadas, revelaban desde luego todo lo que había de altivo y desdeñoso en el carrácter de la noble dama, por cuyas venas corría a sangre de una de las más ilustres familias de España, la de los duques de Alburquerque. Doña Beatriz era hija de don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara y almirante de Santo Domingo, hermano legítimo del duque. En grupo animado y bullicioso seguían las veinte señoras principales que traía don Pedro para *las casar*, como dicen candorosamente nuestras viejas crónicas; siendo la más notable entre ellas, así por su linaje, como por su ingenio y gentileza, una cuyo nombre han conservado las historias, doña Juana de Artiaga. Con los caballeros de la ciudad, iba confundida la numerosa servidumbre del Adelantado y de su esposa; en seguida marchaban más de doscientos indios tamemes, ó cargadores, que conducían los equipajes, y cerraban la comitiva los trescientos arcabuceros de don Pedro. Al lado izquierdo del capitán general veíase á don Pedro de Portocarrero, armado de todas armas y montando el magnífico caballo de que se apeó en la batalla de Quezaltenango para pelear cuerpo á cuerpo con Ros Vatit, en cuyo encuentro hizo maravillas con la lanza, según el manuscrito quiché citado por el cronista Fuentes.

Conversaban familiarmente los dos ilustres capitanes, respondiendo Portocarrero á las preguntas que el Adelantado le dirigía sobre la situación de las cosas. Llegados á la plaza mayor, y habiendo pasado delante de la casa del Ayuntamiento, sobre la cual ondeaba el estandarte de Castilla, los caballeros y las damas se detuvieron á la puerta de la catedral, en donde los recibió el venerable obispo don Francisco Marro-

quin, que abrazó al Adelantado con el afecto profundo y sincero que siempre le profesó, y de que dió pruebas aun después de la vida del caudillo. Acompañaban al prelado, el deán don Juan Godínez, el arcediano don Francisco Gutiérrez de Peralta y el canónigo don Pedro Rodríguez, con los cuales se había organizado el primer cabildo eclesiástico en 1537.

Después de la misa, que celebró el deán Godínez, como lo había hecho quince años antes, siendo capellán del ejército, el día de la fundación de la ciudad, se retiraron el Adelantado y su comitiva, y luego que don Pedro hubo cambiado de traje, vistiendo un jubón acuchillado de terciopelo color de cereza, gorguera de encaje de Malinas, gregüescos, espada y estoque con empuñadura de brillantes, capa de igual tela y color del jubón, y sombrero adornado con plumas blancas, entró en la sala capitular y tomó asiento á la derecha del juez de residencia, Alonso de Maldonado.

Larga y acalorada fué la discusión sobre la inteligencia de la real cédula de 9 de agosto de 1538, que presentó don Pedro. El juez, apoyado con tesón por el tesorero Castellanos, el veedor Ronquillo, el comendador Zorrilla, el regidor Ovalle y otros, insistía en que, con arreglo al texto de la provisión, no se debía dar posesión del gobierno al Adelantado, en tanto estuviese pendiente la residencia de su anterior gobierno ; y en efecto, debe convenirse en que á los que esto sostenían, no les faltaba razón, visto el contenido del despacho real. El astuto don Pedro prolongó intencionadamente la discusión, para que sus enemigos se declarasen y poderlos conocer mejor. Así vió todo el rencor y miserable emulación que se encerraba en aquellos corazones, y logrando su objeto, sacó un pliego que guardaba en el seno, cerrado y sellado con las armas reales. Era una sobrecédula, expedida en 22 de octubre de 1538, en la que el Rey prevenía á Maldonado pusiese inmediatamente en posesión del gobierno á don Pedro. Un rayo habría hecho menos efecto que la lectura de aquella carta, que pasó de mano

en mano de unos á otros de los presentes, que examinaron el sello real, la firma de S. M. y la del secretario, Juan de Samano. Cediendo á la evidencia de la voluntad soberana, Maldonado recibió juramento á don Pedro y puso en sus manos la vara mayor, símbolo de la autoridad. Numeroso concurso de pueblo, agolpado en las galerías del edificio y en la plaza, aguardaba impaciente el resultado de la sesión. Proclamóse por el pregonero del Cabildo, y la multitud rompió en aclamaciones entusiastas. Los cañones, situados en la plaza, y los arcabuceros de Alvarado hicieron repetidas salvas, y las campanas de las tres ó cuatro iglesias que tenía la ciudad saludaron con estrepitosos repiques el plausible suceso. Los enemigos del gobernador corridos y amilanados, procuraban ocultar su vergüenza, manteniéndose aparte en un extremo del salón, en tanto que un lucido concurso de caballeros rodeaba y felicitaba al capitán general. Las miradas del Adelantado se dirigieron al grupo de los descontentos; y después de haberse fijado en ellos un momento, acercóseles con grave y digno continente, y dijo :

— Vuesas mercedes han cumplido como buenos y leales vasallos, interpretando conforme á su conciencia y obedeciendo con pronta prestación las órdenes de S. M. Depositario de la confianza de mi rey para gobernar estos pueblos en justicia, procuraré, como antes, proveer al bien común y recompensar en nombre de nuestro augusto César, los servicios de todos y principalmente los de aquellos que, como vuesas mercedes, han derramado su sangre en la alta empresa de ganar estos reinos.

Dichas estas palabras, el Adelantado abrió los brazos á sus enemigos y estrechó uno en pos de otro á Maldonado, Castellanos, Ovalle, Zorrilla y aun al envidioso é implacable Ronquillo. Resonó el salón con las más entusiastas aclamaciones, y don Pedro se retiró á su palacio, llevando consigo el amor y la admiración de nobles y plebeyos La ciudad se ocupó desde

aquel momento en disponer los festejos con que debia celebrar el plausible acontecimiento, encargando de preparar las fiestas al alcalde Dardón y á uno de los regidores. Previniéronse diversos regocijos públicos : cañas, encamisada, fuegos artificiales, estafermo, saraos y un torneo para el último día.

Mientras tenía lugar aquella escena en las casas del Ayuntamiento, doña Beatriz, rodeada de sus damas, recibía en su palacio los homenajes de las señoras principales de la ciudad, con atención cortesana, aunque con semblante visiblemente inquieto y alterado. Próxima á la gobernadora estaba una joven como de diez y ocho años, de mediana estatura y en cuyas facciones se combinaban los rasgos distintivos de las dos razas que por aquellos tiempos se encontraban en pugna en estos países : la española y la indígena. Su rostro era moreno y su cabello poblado y negro. Había en aquella frente serena, aunque no espaciosa, en aquellos ojos grandes y animados, en la nariz exactamente modelada, en la boca pequeña y ligeramente desdeñosa, en el conjunto todo de las facciones, un sello de majestad tranquila y un tanto melancólica que arrebataba y al mismo tiempo imponía cierto respeto á cuantos la miraban. Tenía el perfil de aquella joven algo del tipo correcto y severo de las antiguas estatuas griegas, unido al ideal y sobrehumano de la virgen con que, algunos años después, debía asombrar al mundo Bartolomé Murillo. Tal era doña Leonor de Alvarado, hija de don Pedro y de doña Luisa Jicotencal Tecubalsín, hija del rey de Tlaxcala y Zempoala (1).

Ojerosa y pálida, doña Leonor, que parecía sufrir física y moralmente, se apoyaba en el hombro de su fiel amiga doña Juana de Artiaga. Las otras damas que habían venido en com-

(1) Los historiadores de la conquista de Méjico hablan de Tlaxcala como de una República aristocrática. Sin embargo, los antiguos cronistas de Guatemala, al mencionar á doña Leonor de Alvarado, dicen era hija de la princesa Jicotencal, hija del *rey de Tlaxcala y Zempoala*. Me ha parecido bien adoptar en la novela esta denominación.

pañía de doña Beatriz conversaban en corrillos alegremente, comunicándose las observaciones que les ocurrían sobre la ciudad que acababan de atravesar. Aprovechando la oportunidad que les ofrecía la conversación de las otras señoras, doña Leonor y doña Juana hablaban de manera que sus palabras no pudiesen ser escuchadas por las personas que se hallaban en el salón.

—¿Y pudiste verlo? preguntaba doña Leonor.

— Perfectamente, contestó doña Juana. Pedí á un caballero que cabalgaba junto á mí, que me lo mostrase; venía al lado del gobernador tu padre, y pude conocerlo. Es apuesto y bizarro como su primo el conde de Medellín. Parece gozar de toda la confianza y amistad del Adelantado.

— Y nadie más acreedor que él á esa distinción, amiga mía, dijo doña Leonor. Pocos, si acaso alguno, le igualarán en lo ilustre del linaje, en lo despejado del ingenio, en el valor y en los servicios hechos al rey.

— Con esas prendas que todos le reconocen, no sé por qué tu padre, que te quiere bien, había de rehusar...

— No, Juana, interrumpió doña Leonor; jamás saldrá de mis labios una palabra que pueda desagradar á doña Beatriz, que protege decididamente las pretensiones de su hermano don Francisco. He dicho ya á mi padre que mi único anhelo es volver á España y encerrarme para siempre en el retiro de un claustro.

Una lágrima rodó por la descolorida mejilla de la joven hija de la princesa Jicotencal; y cuando doña Juana se preparaba á dirigirle algunas palabras de consuelo, llegó á sus oídos el estampido de los cañones y el eco de las aclamaciones del pueblo, que saludaban con entusiasmo la proclamación hecha por el pregonero del Cabildo en la galería superior de las Casas Consistoriales que daba á la plaza.

Inmediatamente entró en el salón un caballero que representaba unos cincuenta años, de noble y distinguido porte,

vestido de terciopelo negro, y acercándose á doña Beatriz, estrechóla en sus brazos diciéndole:

— Albricias, hermana mía, albricias. Todo ha concluído felizmente. El Adelantado, tu esposo, ha vuelto á tomar la vara de la gobernación, quedando confundidos sus envidiosos adversarios.

— Supongo, don Francisco, contestó la orgullosa señora, que don Pedro pondrá, una vez por todas, coto á los desmanes de sus enemigos, y que un severo castigo caerá sobre los que han querido dar tan pernicioso ejemplo de desobediencia á la augusta voluntad del soberano.

— No, doña Beatriz, dijo don Francisco de la Cueva; el Adelantado ha perdonado como cristiano y se ha vengado cual cumple á un caballero. En presencia de todos, ha tendido la mano á sus émulos y estrechado entre sus brazos á los mismos que un momento antes pretendían afrentarlo.

— Así sois los hombres, replicó la gobernadora; siempre indulgentes cuando más justicieros debiérades de mostraros. Si yo gobernara, don Francisco, júroos por quien soy que haría respetar mi autoridad y que esos miserables expiarían su crimen en la más dura prisión.

— Habláis como quien no conoce lo que se llama razón de Estado.

— Hablo como quien está acostumbrada desde sus tiernos años á ver que á los vasallos corresponde únicamente callar y obedecer.

— Sois altiva como una reina.

— Y vos argumentador como buen letrado.

— Dejemos esto, dijo don Francisco, que no hay para qué hablar más en ello

Y volviéndose de improviso á doña Leonor, con blando y amoroso acento, le dijo:

—¿Cómo estáis, doña Leonor? En vano he aguardado por ver si descubría la litera en que veníais.

— Hemos tardado en llegar, don Francisco, respondió la joven; me sentía fatigada, y fué preciso caminar despacio.

— Espero que os recobraréis pronto.

— Sí, á Dios gracias, ningún mal es eterno.

— Á no ser aquellos que no quiere curar el que tiene el remedio en sus manos, dijo con tristeza el caballero.

Doña Leonor guardó silencio, excusándole una respuesta, que habría sido embarazosa, la llegada de su padre con numeroso séquito de caballeros, entre los cuales descollaba por su apostura y garbo don Pedro de Portocarrero.

Después de estrechar en sus brazos a su esposa y á su hija, cuyas pálidas mejillas se habían cubierto de un ligero tinte de púrpura, el Adelantado tomó parte en la conversación de las damas, mostrándose ingenioso, festivo y decidor, como lo tenía de costumbre. Después de un rato de animada plática, despidiéronse los caballeros y las damas, y quedaron solos el Adelantado y su familia.

CAPÍTULO III

Los encargados de disponer las fiestas con que la ciudad había de obsequiar á sus gobernadores, apresuráronse á cumplir la comisión, esforzándose en quedar airosos. Ocho días debían durar los regocijos, en los cuales alternarían el volador, la encamisada (juegos y representaciones que hemos alcanzado harto degenerados), los saraos, el estafermo, etc. Algunos de los principales caciques indios sometidos á los españoles tomaron parte en aquellas diversiones, contribuyendo así al solaz de sus dominadores.

Para formar alguna idea de la ostentación y el lujo con que se hicieron aquellas fiestas, es preciso ver en la *Crónica de Remesal* lo que refiere de la magnificencia de los caballeros de Guatemala en aquella época. Abundaban los metales preciosos, las pedrerías, el terciopelo, la seda y los ricos paños; y al carácter naturalmente ostentoso de los españoles, agregábase la circunstancia de la profusión de las riquezas en un país que aun no estaba esquilmado.

No haremos una minuciosa descripción de aquellas funciones, bastando decir respecto á la encamisada, que fué lucidísima, componiéndola unas cincuenta personas, entre damas y caballeros de la ciudad, que representaban personajes de diferentes naciones. Los trajes de lamas de oro y plata, los rasos de diversos colores, las puntas de oro de Milán, los joyeles de esmeraldas, las piedras preciosas y las vistosas plumas ador-

naban con profusión mantos, sayos, sombreros y cinturones. Cada caballero llevaba cinco ó seis lacayos, con lujosas libreas, los cuales conducían gruesas hachas de cuatro pábilos. Los caballos y sus jaeces correspondían al rico atavío de sus amos. Precedía la brillante cabalgada multitud de indios vestidos de gala, con cajas, clarines, atabales, trompetas, marimbas y otros instrumentos del país, y cerraban la marcha los mosqueteros y arcabuceros, con los cañones, ó tiros, como los llamaban entonces. Don Francisco de la Cueva vestía á la húngara, con peto dorado, mangas y calzón de encajes finos de celeste y plata sobre lama de oro, manto imperial de rengue verde con remazón de oro sobre raso blanco y las vueltas de armiño con puntas volantes de plata. Montaba un magnífico overo de raza árabe, y la silla estaba bordada de oro sobre terciopelo carmesí.

Pero el que entre todos los caballeros llamaba particularmente la atención, más por su gallarda figura que por lo brillante del traje, era don Pedro de Portocarrero, que vestía de lama de plata y llevaba un sombrero de castor con penacho blanco y presilla de diamantes. Montaba un fogoso bridón azulejo y se hacía acompañar por ocho lacayos lujosamente ataviados.

La plaza estaba iluminada con teas, á cuya luz representó la encamisada un coloquio de circunstancias, dispuesto por el canónigo Rodríguez, hombre de letras y de ingenio. El Adelantado, su esposa, su hija y las otras damas, con el obispo Marroquín, el juez Maldonado y los individuos del Ayuntamiento, vieron la representación desde la galería de las Casas Consistoriales, en donde se había levantado un dosel de terciopelo carmesí con franjas de oro, ostentándose en la balaustrada el escudo de armas de la ciudad, en medio de los del Adelantado y su esposa. Los fuegos artificiales que se exhibieron en una de las noches, se componían de árboles, castillos y sierpes de pólvora.

Diremos ahora lo que era el juego del estafermo, que tuvo lugar en una de las tardes destinadas á las fiestas. Llamábase

estafermo una figura de bastidor representando un caballero armado, que llevaba en el brazo izquierdo un broquel, y en el derecho, levantado y extendido, unas correas largas, cuyas puntas remataban en bolas de madera. La figura estaba colocada en un mástil, de modo que pudiese girar en torno. Los caballeros corrían y daban en el broquel con la lanza, lo cual hacía girar al estafermo y sacudir las correas, que caían sobre el jinete, azotándolo con las bolas, si no excusaba el golpe con la presteza de sus movimientos.

Luciéronse muchos de los caballeros en aquel entretenimiento, escapando ilesos de los golpes que sacudía el estafermo. Portocarrero, entre otros, dió tan tremenda lanzada en el broquel de la figura, que á ser menos firme, habría dado con ella en tierra. El estafermo sacudió sus disciplinas; mas cuando cayeron, ya el ligero don Pedro había evitado el golpe, haciendo que su caballo apresurase la carrera. La multitud aplaudió el lance con gritos y palmadas, y el galante caballero saludó cortésmente, dirigiendo una mirada llena de expresión al balcón de las Casas Consistoriales.

Después de la buena suerte ejecutada por tan diestro jinete, nadie se atrevía á correr un nuevo lance; cuando se desprendió del grupo de caballeros un hombre pequeño de cuerpo, agobiado con el peso de las armas. Era nuestro antiguo conocido el veedor Gonzalo Ronquillo, que tuvo la desgraciada idea de rivalizar aquella tarde con Portocarrero. Enristró la lanza, afianzóse bien en los estribos, y aguijando su tordo rodado, desde un extremo de la plaza, partió á todo escape, y llegando delante del estafermo, hirió fuertemente el escudo con la lanza. La figura giró sobre su eje con velocidad, dando mil vueltas; las correas silbaron en el aire; Ronquillo quiso hacer volver ancas á su caballo con presteza; pero estuvo á punto de perder los estribos, y por afianzarse en el arzón, retardó su movimiento y sufrió una fuerte y repetida tunda de latigazos. Resonó la plaza con los silbidos, y el veedor, bramando de

coraje, salióse del palenque corrido y humillado. Desde aquel día, los burlones que no querían bien al veedor, lo bautizaron con el apodo de *Estafermo.*

Estaban tomadas las disposiciones para el torneo, con cuya función debían terminar las fiestas. Dividiéronse los justadores en dos cuadrillas, acaudillada la una por don Jorge de Alvarado, hermano del gobernador, y la otra por don Pedro de Portocarrero. Nombráronse jueces del campo al licenciado don Francisco de la Cueva y al tesorero real don Francisco de Castellanos. Señalóse por reina del torneo á la que por su belleza tenía mayor derecho á aquella distinción, doña Leonor, la hija del Adelantado. Levantáronse en la espaciosa plaza tiendas de campaña, adornadas con gallardetes para los mantenedores del campo, y conforme al uso común en esos casos, depositáronse las armas de los combatientes la noche víspera de la función, en la catedral.

Permítanos ahora el lector que lo conduzcamos al gabinete del veedor Ronquillo, donde se tenía una conversación que conviene escuchar, para haber de seguir el hilo de esta historia. Á eso de las nueve de la noche, dos hombres conversaban con animación, aunque en voz baja : el mismo veedor y el tesorero Castellanos, hombre de torcidas intenciones, enemigo acérrimo del Adelantado y de Portocarrero, su favorito.

— Estáis ya inscrito, como lo deseabais, dijo Castellanos, entre los caballeros que han de justar mañana en la cuadrilla de don Jorge de Alvarado. Ahora, deseo saber, don Gonzalo, en qué puedo serviros, y con qué objeto me habéis citado á esta plática reservada.

— Don Francisco, respondió Ronquillo, no ignoráis el odio que tengo á ese Portocarrero, hombre que ha suscitado el espíritu de las tinieblas para tormento mío. La aparente generosidad con que me salvó la vida en lo de Quezaltenango, no ha hecho más que acrecentar mi encono contra ese miserable. He meditado una venganza tan satisfactoria para mí, como

humillante para mi enemigo: pretendo justar con él mañana en el torneo, y requiero vuestra ayuda.

— Justo es vuestro enojo, don Gonzalo, replicó el tesorero, y estoy pronto á ayudaros en lo que deseareis; pero advertid que Portocarrero es hombre á quien no es fácil vencer en la lucha. Medid vuestros pasos, no sea que proporcionéis una nueva ventaja á nuestro común enemigo. El lance de la otra tarde...

— ¡ Vive Dios ! don Francisco, interrumpió irritado el veedor, que no me recordéis lo del condenado estafermo, porque soy capaz de perder el juicio. Aquello fué originado únicamente por la torpeza de mí caballo; os juro que el proyecto que he meditado acabará, si me ayudáis, con la soberbia de ese hombre.

— Decid, pues, y contad conmigo.

— ¿ No están esta misma noche las armas de los combatientes depositadas en la catedral? dijo el veedor bajando la voz.

— Sí, ¿y qué os importa eso?

— Más de lo que imagináis. ¿No me habéis dicho otra vez que el sacristán Reynosa os debe grandes obligaciones?

— Ciertamente, como que por mi influencia fué nombrado para el cargo, con el salario de sesenta pesos de oro de minas. ¿Y qué?

— Siendo así, Reynosa no podrá negaros el favor de permitirnos que visitemos esta noche las armas, dijo Ronquillo.

— Probablemente no, contestó Castellanos.

— Pues entonces, vamos allá, sin pérdida de tiempo, y luego sabréis todo mi plan.

Tomaron ambos hidalgos capas y sombreros, y encaminándose por calles excusadas á la parte de atrás de la catedral, donde estaba situada la habitación del sacristán Reynosa, llamaron á la puerta. Salió éste é hizo entrar á los dos caballeros, que le manifestaron el deseo de ver las armas por pura curiosidad. Pareció sencilla la solicitud al sacristán, y permitióles la entrada á la capilla de la Veracruz, en donde estaban suspendidas armaduras, espadas y lanzas de los que habían de justar al siguiente día. Ronquillo se detuvo delante de una

armadura pintada de azul, cuyo escudo tenía por empresa un sol iluminando una rosa á medio abrir, sobre la cual revoloteaba una abeja, é hizo disimuladamente una seña á Castellanos. Éste llevó aparte á Reynosa, entreteniéndolo con la conversación, en tanto que el veedor tomó el yelmo perteneciente á aquella armadura, y con un instrumento de hierro que llevaba oculto, hizo cierta operación en aquella pieza, volviendo á colocarla en el sitio en que estaba. En seguida retiráronse los dos amigos, y al despedirse de Reynosa en la puerta de la calle, le recomendaron no hablase de aquella visita, pues las leyes de caballería prohibían el que se acercase persona alguna á las armas de los combatientes, para evitar hechicerías y maleficios.

Después, separáronse los dos hidalgos, diciendo Ronquillo á Castellanos, tomándole afectuosamente la mano:

— Adiós, don Francisco, y acordaos de que si se suscita mañana alguna contienda en el torneo, decidiréis en mi favor, como juez del campo.

— Contad con ello, por lo que á mí toca, dijo el tesorero y se retiró á su casa.

Ronquillo entró en la suya, saboreando ya de antemano la rastrera venganza que meditaba.

Enteramente ocupados en el asunto que traían entre manos, los hidalgos no advirtieron que desde su salida de la casa de Ronquillo, los había seguido con cautela un hombre embozado, que los vió entrar á la iglesia, y que oculto á la sombra de las elevadas paredes, pudo verlos salir y escuchó la recomendación de guardar el secreto de aquella visita que, al despedirse, hicieron á Reynosa. Ese embozado misterioso era Pedro Rodríguez, quien después de haber sorprendido aquella escena, visto que se separaron Ronquillo y Castellanos, y oído sus últimas palabras, se retiró á su casa pensativo.

El 4 de octubre de 1539 tuvo efecto el torneo, cuyo recuerdo se conservó aun algunos años después de la destrucción de la primitiva ciudad de Guatemala. La plaza, vistosamente ador-

nada, estaba llena de espectadores. Las familias principales ocupaban sitios preferentes bajo toldos de lienzo, adornados con colgaduras de damasco; y el pueblo, al aire libre, se apiñaba en confuso tropel para presenciar un ejercicio tan propio de aquellos tiempos, en que el valor y la destreza en el manejo de las armas eran el orgullo de los nobles y la admiración de las otras clases sociales.

Bajo el dosel de la galería del Cabildo, tomaron asiento el Adelantado y su familia, ocupando un sitio preferente doña Leonor, que vestía un traje de tela de plata, con manto de terciopelo encarnado, todo sembrado de pequeños carcajes de oro; ceñida la frente con una diadema de brillantes. Colocaron á sus pies un taburete con cojín de terciopelo, sobre el cual estaba la corona de oro, figurando dos ramas de laurel, destinada al vencedor. Al presentarse la hija del Adelantado, un murmullo de admiración se levantó en torno del palenque, sincero y expresivo homenaje rendido á la belleza de la reina del torneo. Los jueces, armados de punta en blanco, recorrieron el campo y dictaron sus últimas disposiciones. Los mantenedores aguardaban firmes en sus respectivos puestos. Descollaba la elevada estatura de Portocarrero, sobre cuya cimera ondeaba un penacho encarnado y blanco, y cuyo brazo izquierdo ceñía una banda de seda de iguales colores, que eran los mismos del traje de doña Leonor, y los de la casa de Jicotencal, según el cronista Bernal Díaz. Cuando el escudero presentó el broquel á don Pedro, pudo verse la empresa, que consistía en una rosa mejicana medio abierta, bañada por los rayos del sol en su cenit, y una abeja revoloteando, como tímida y respetuosa, en torno de la flor. Leíanse en derredor de aquella alegoría, estos cuatro versos:

Yo soy la abeja,
Vos sois la flor,
Rosa temprana
Que se abre al sol.

La profunda pasion de Portocarrero era un secreto para todos; así es que la generalidad no comprendió el verdadero significado de la empresa. Solamente la penetrante intuición del odio alcanzó, entre sombras, el sentido oculto de aquella pintura. Así fué que momentos después de haberse presentado en liza Portocarrero, acercóse Gonzalo Ronquillo á don Francisco de la Cueva, y le dijo al oído:

— Alto pica la abeja de Portocarrero.

— No, contestó don Francisco, procura libar una humilde rosa del campo, don Gonzalo.

— Rosa que brotó, replicó el maligno veedor, en los jardines del rey de Tlaxcala, bajo los poderosos rayos de *Tonatiuh.*

Aquellas palabras fueron una revelación para don Francisco, que mudó de color al escucharlas. La alegoría del sol, sobrenombre dado á su hermano político, y la de la rosa mejicana, le parecieron tan claras y atrevidas, como antes las había creido sencillas é inocentes. Mantúvose un breve rato pensativo, y después, dominando su emoción cuanto le fué posible, se ocupó en los arreglos que tenía que hacer, siendo, como hemos dicho, uno de los jueces del campo.

Dispuesto ya todo, los heraldos publicaron el reto en nombre de los mantenedores; presentáronse muchos caballeros, y habiendo hecho señal los clarines, comenzó el combate. Al principio, la cuadrilla que acaudillaba Jorge de Alvarado llevaba la mejor parte en la pelea. El valeroso hermano del Adelantado rompió seis lanzas y habia desmontado ya cuatro paladines de los de Portocarrero. Muchos de los caballeros se lucieron en aquella justa por su destreza y fuerza de su brazo. Pedro González Nájera, el valiente capitán que años antes atravesó por en medio de un numeroso ejército enemigo para llevar un mensaje á don Pedro, hizo aquel día prodigios con la lanza, combatiendo al lado de don Jorge. Juan de Alvarado, hermano de don Pedro, Gonzalo de Ovalle, Gaspar Arias Dávila, Antonio de Salazar, Hernando de Chávez, de quien

descendía el cronista Fuentes, Sancho de Baraona, Bartolomé Becerra, Gaspar de Polanco, Pedro de Cueto y otros muchos caballeros lidiaron en el torneo, ya con el uno, ya con el otro de los dos caudillos. Portocarrero, que no había tomado al principio una parte muy activa en el combate, viendo á los suyos casi vencidos ya y descorazonados, adelantóse en medio de la plaza, y después de haber cambiado una mirada con doña Leonor, que no pasó desapercibida del celoso hermano de doña Beatriz, empeñóse en reñido combate con los paladines del bando contrario. Á poco rato, había roto seis lanzas y desmontado otros tantos campeones; con lo que, ayudado de los suyos, que cobraron nuevo brío, quedó al fin dueño del campo. Iba á proclamársele vencedor por los jueces, cuando se presentó un heraldo retando á singular combate á don Pedro de Portocarrero, en nombre de un caballero de la cuadrilla de don Jorge, que reservaba el dar su nombre para después de la pelea. Aceptó en el acto el buen caballero, y la atención general quedó suspensa, esperando á ver quién fuese el temerario que desafiaba á tan temible campeón. Creció el pasmo de la concurrencia cuando se presentó en la arena un paladín de pequeña estatura, con la visera calada y encorvado bajo la armadura.

— No sufrirá el primer bote de lanza de Portocarrero, decía uno.

— Vamos á verlo volar como una pluma por el aire, decía otro.

— Á no ser que tenga pacto con el diablo, agregaba un tercero, ese hombrecillo va á caer maltrecho en medio de la arena.

Mientras tanto el desconocido paladín tomaba sus disposiciones y recibía de manos de sus escuderos la lanza y el escudo sin empresa alguna.

Los jueces midieron el campo, y dada la señal, partieron al mismo tiempo ambos jinetes, encontrándose á la mitad de la carrera. Don Pedro dirigió la punta de su lanza al peto de su

rival, que vaciló sobre la silla y estuvo á punto de caer bajo tan formidable golpe. El desconocido enderezó el hierro al yelmo de don Pedro, y con el choque, hizo se desprendiese la visera, que cayó dejando descubierto el rostro del caballero. Entonces, con un movimiento rápido como el relámpago, el desconocido arrojó su lanza con fuerza, y la acerada punta hirió en la frente al noble Portocarrero, cuya sangre corrió á borbotones. Un grito de dolor resonó en el balcón de las Casas Consistoriales, y doña Leonor cayó desmayada en brazos de su amiga doña Juana de Artiaga. Portocarrero, indignado, soltó la brida á su caballo, y tomando con ambas manos su pesado lanzón, lo levantó en el aire, y cobrando nuevas fuerzas del coraje, lo descargó sobre el casco del infame, que recibió tan tremendo golpe en la cabeza, que cayó en tierra sin sentido.

— ¿Qué hacéis, don Pedro? gritó don Francisco de la Cueva; no es ese el modo de combatir con un caballero.

— Es el modo de castigar á un villano, contestó Portocarrero, y se retiró á su tienda ensangrentado.

Los escuderos y pajes del desconocido acudieron en su auxilio, y habiendo desatado las correas del yelmo y descubierto la cabeza de éste, apareció, pálido y demudado, el rostro del veedor Gonzalo Ronquillo.

— ¡El Estafermo! gritó el pueblo, y acompañó aquella exclamación con una ruidosa salva de carcajadas.

Concluyó el torneo, y los jueces del campo se retiraron para deliberar.

CAPÍTULO IV

En la mañana del día siguiente, mientras el Adelantado se hallaba en su gabinete con su secretario Diego Robledo, tratando varios negocios graves, la servidumbre del gobernador, reunida en la antecámara, conversaba familiarmente, recayendo la plática, como era natural, sobre las escenas de la víspera. Estaban allí el mayordomo y el camarero mayor, llamados Francisco y García de Alvarado; el caballerizo García Ortiz, el despensero Pedro González, los pajes Alarcón, Biezma, Figueroa, Osorio, Casano y Pérez, paje de cámara, cuyos nombres se han conservado en el testamento de don Pedro.

— Brillante fué la función, decía el mayordomo; y á no haber sido el desgraciado lance con que terminó, por una casualidad, la corona de vencedor se habría adjudicado al valiente Portocarrero.

— ¿Casualidad, decís? contestó el criado anciano á quien hemos conocido ya en el capítulo primero de esta historia; decid más bien el maleficio que se hizo al yelmo de Portocarrero.

Acostumbrados á escuchar con respeto el parecer de Rodríguez *el viejo*, los demás criados rodearon al que acababa de pronunciar aquellas palabras. El mayordomo continuó:

— Parece, en efecto, señor Rodríguez, cosa de hechicería; pero, ¿quién puede haber jugado esa mala pasada al buen caballero? ¿No es probable que el tornillo que dicen faltaba en

el encaje de la visera, haya caído casualmente, ó se haya quebrado con el golpe que le dió con la lanza el veedor Ronquillo?

— No puede ser, replicó Rodríguez; eso ha sido obra de encantamento; creed á mi experiencia y acordaos de que suele decirse que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

— ¿Y qué decís, preguntó el camarero García de Alvarado, del desaguisado que cometió el veedor, hiriendo en el rostro á Portocarrero, después que había caído la visera? Bien sabéis que eso está prohibido por las leyes de la caballería.

— Así es, contestó el mayordomo; pero se asegura que aquello fué también casual, no habiendo sido la intención de don Gonzalo herir á su adversario.

— Casual ó no, dijo el despensero González, el Estafermo la ha llevado buena. Dicen que hoy ha amanecido con calentura de cuenta del porrazo que le dió don Pedro con su lanzón.

— Buen provecho le haga, dijo el paje de cámara Pérez. Ese veedor no me la hace buena. ¿Y se sabe ya lo que hayan decidido los jueces del campo? Supongo condenarán al veedor.

— Pues supones muy mal, replicó el viejo. Eso de condenar a un hombre como Ronquillo, no se hace tan aínas.

— Pero el licenciado de la Cueva, dijo el paje, y el tesorero real, son hombres de ciencia y de conciencia.

— Lo primero *concedo*, contestó Rodríguez; lo segundo *distingo*, como decíamos en Salamanca. Si se trata de un negocio en que no tenga interés, el licenciado hablará como un papa; pero si hay gato encerrado, citará las Pandectas y el Fuero Juzgo y se saldrá con la suya. En cuanto á Castellanos, lo tengo, Dios me lo perdone, por gente *non sancta*, aun cuando sea más sabio que el marqués de Villena.

— Pero siendo, como es, observó García Ortiz, conocido el afecto que el Adelantado, nuestro amo, profesa á Portocarrero, no se atreverán á sentenciar contra él.

— ¿Y si se atreven? dijo Rodríguez. ¿No se atrevió Sancho de Baraona á poner demanda al Adelantado mismo ante el

juez Maldonado, sobre el pueblo de Atitlán, que le quitó, y no lo condenó el susodicho juez á pagar al querellante no sé qué cantidad de pesos?

— Que por cierto hasta ahora no ha pagado, dijo el mayordomo; como tampoco me ha satisfecho á mí mis salarios.

— Ni á mí los míos; añadió el camarero mayor.

— ¿ Y qué dirá quien os oye? dijo el despensero; de mí sé decir que no he recibido un maravedí desde que estoy al servicio de su señoría.

— Por ahí nos vamos, hijo, añadió el caballerizo; pues yo no sé todavía ni lo que gano.

— Pues medrados estamos, dijo uno de los pajes. Si vosotros no recibís vuestro salario, ¿ qué se hace del oro del Adelantado? En cuanto á mí y á mis compañeros aquí presentes, esperamos el ajuste de nuestras cuentas para el día del juicio.

— ¡ Gente desleal y desagradecida, exclamó con impaciencia el viejo Rodríguez! ¿ de qué os quejáis? ¿ No tenéis en la casa cuanto habéis menester? Si no recibimos nuestros salarios puntualmente, se nos pagarán algún día; y sin eso, harto pagados estamos con servir á tan buen señor, amén de los gajes que á muchos de vosotros les proporcionan sus oficios. Además, el Adelantado es agradecido, y nos irá dando empleos lucrativos; sino, ahí tenéis al señor Diego de Robledo, que de simple criado suyo, ha venido á ser todo un escribano de Cabildo, gracia que le alcanzó don Pedro con el secretario Samano en este último viaje á la corte.

— ¡ Oh! Robledo, dijo el mayordomo, ese es de la tetilla del amo, es el archivo de sus secretos, y como sabe tantas cosas, conviene que tenga una buena tajada en la boca para que no hable.

Iba á replicar el leal Rodríguez, cuando abriéndose de par en par las puertas del gabinete, salió un hombre alto, seco, de mirada torva, vestido de negro y que llevaba un rollo de pergaminos debajo del brazo. Era el señor Diego de Robledo,

secretario privado del Gobernador y escribano de Cabildo. El corro de fámulos maldicientes tomó repentinamente una actitud respetuosa y humilde, mientras el secretario avanzaba con el aire entre burlón y desdeñoso de un insolente favorito.

— ¡ Hola ! Pérez, dijo, dirigiendo una sonrisa al paje de cámara. Parece que no te ha ido mal en el negocio de Reguera. Dícenme que te ha valido cincuenta pesos de oro. Aquí va ya despachada la concesión del repartimiento de indios. Cincuenta naborias. ¡ Cáspita ! pues no es mal bocado. Si quieres ser portador de tan buena nueva, acude á mi casa por los títulos, y *nos entenderemos*, dijo, recalcando con intención en las últimas palabras.

— Y tú, Francisco, añadió volviéndose el mayordomo, puedes contar ya con que tu ahijado Becerra obtendrá su solicitud en lo del solar; ¿ cuánto te ha dado?

— Una bicoca, dijo el descarado mayordomo : diez vacas y seis caballos y una mala cadena de oro.

— Y setenta pesos, concluyó Robledo. Ya ves que no es malo. Y como estos negocillos ocurren á menudo, podrás dotar bien á tu sobrina, la bella Melchora Suárez, camarera de la señora doña Leonor. Á propósito, escúchame, Francisco ; y llevando aparte al mayordomo, le habló el secretario de modo que no pudo ser escuchado por los demás de la servidumbre.

— Necesito, dijo, hablar esta noche á tu sobrina. Iré á tu habitación á eso de las siete.

— Como mandareis, don Diego, contestó el mayordomo ; pero digoos que toda porfía es excusada. Melchora ha instado en vano, y nada, absolutamente nada, ha podido obtener. Ha recibido la prohibición más absoluta de hablar del caso.

— Dime, Alvarado, contestó el secretario con trisca ; ¿ has leído la mitología ?

— Un poco, ¿ y qué queréis decir ?

— Quiero decir que recordarás que Júpiter, para introducirse en una torre en que estaba guardada la hermosa Dánae,

recurrió al ingenioso arbitrio de convertirse en lluvia de oro.

— ¿ Y bien?

— ¿ Y bien ? que si hay en el mundo verdaderas Dánaes, como aquella fingida de los paganos, hay también lluvias que allanen las resistencias.

Dicho esto, el secretario volvió la espalda al mayordomo y se salió de la antecámara ; sin mirar siquiera á la servidumbre, que le abrió paso respetuosamente.

— ¡ Redomado bribón! dijo uno cuando Robledo hubo desaparecido.

— ¡ Sanguijuela insaciable ! exclamó otro.

— ¿ Sabéis, preguntó el caballerizo, que está vendido al licenciado de la Cueva y ha abrazado su partido con alma, vida y corazón ?

— ¿ Y qué pretende don Francisco de ese hombre ?

— ¡ Toma ! ¿ No veis que su influencia con el Adelantado y con el Ayuntamiento es grande y habrá pronto que nombrar teniente de gobernador, cuando parta don Pedro á la expedición en busca de las condenadas islas de la Especería ?

— Además, dijo el paje de cámara dándose aires de poseedor de secretos que los otros ignoraban, hay otro negocio en que Robledo ayuda á don Francisco, aunque hasta ahora parece que el astuto secretario ha majado en hierro frío.

Al decir estas palabras, entró en la antecámara don Francisco de la Cueva, y sin hacerse anunciar, pasó al gabinete del Adelantado por entre el grupo de familiares, que se inclinaron hasta el suelo.

— Buenos días, don Pedro, dijo don Francisco.

— Guárdeos Dios, don Francisco, contestó don Pedro, tendiendo la mano á su cuñado. Dícenme que vuestra consulta sobre lo del torneo ha sido larga ; tan larga, como si hubieseis estado tomando residencia á un buen gobernador, pues á los malos, ya se sabe que se les despacha pronto y bien.

— Por más que os chanceéis, don Pedro, el negocio ha sido grave y merecía un serio examen.

— ¡ Bah ! una nueva fechoría de Ronquillo no es cosa que deba asombrar á nadie.

— La fechoria, don Pedro, dijo en tono grave el licenciado, es más bien de vuestro amigo, que faltando á las leyes y costumbres de las justas, ha convertido su lanza en un garrote y ha usado de él contra un caballero igual suyo en linaje, tratándolo como á un villano.

— ¿ Y qué os parece, señor protector de truhanes, contestó el gobernador, del desmán cometido por ese á quien vos llamáis caballero, hiriendo á un paladín á quien se había caído la visera ?

— ¡ Oh ! replicó don Francisco, muy mal hecho, si hubiese sido intencionadamente ; pero eso no puede atribuírse sino á una casualidad.

— Llamadlo como queráis, hermano mío. Entre Portocarrero y ese hombre, nadie podrá dudar. Así, espero que habréis condenado á Ronquillo, por haber infringido las leyes de la caballeria.

— No, don Pedro, os engañáis : el tesorero y yo hemos decidido, de entero acuerdo, que Portocarrero debe dar una satisfacción pública á Ronquillo.

El Adelantado se puso pálido al oír aquellas palabras : el asombro y el coraje se pintaron en su semblante. Sus ojos centellantes se fijaron en don Francisco, y con voz entrecortada por la cólera dijo :

— ¡ Por el alma de mi padre que eso no puede ser y no será. Vive Dios que os engañáis en la mitad de la cuenta, señor licenciado, si creéis que yo habré de consentir en la humillación del primero de nuestros capitanes. No puede ser, os digo, y no será. Llevaré el asunto, si necesario fuere, ante el Consejo, apelaré al rey mismo como soberano y como caballero, y no habrá uno solo que se atreva á hacer que se ejecute tan inicua sentencia.

— Lo habrá, don Pedro, dijo á la sazón abriendo la puerta del gabinete y entrando con paso grave y semblante tranquilo el mismo Portocarrero, que había podido escuchar las últimas palabras del Adelantado. Lo habrá, y soy yo, que agradeciéndoos en mi alma vuestra hidalga resolución, sé á lo que me obligan las leyes de la caballería y estoy pronto á cumplirlas. Don Francisco, dijo, tendiendo la mano al licenciado, que la tomó no sin ruborizarse ; creo que habéis juzgado conforme á vuestra conciencia y conozco mi deber.

Una lágrima rodó lentamente por la mejilla de Alvarado, quien después de una corta pausa abrió los brazos á su amigo, y lo estrechó con efusión contra su pecho.

— Habéis vencido, noble Portocarrero, dijo don Pedro ; os he admirado grande frente al enemigo, y os admiro más grande aún, cuando vuestro corazón derrama esos tesoros de olvido y de perdón.

— El triunfo más difícil, don Pedro, contestó Portocarrero, es el que alcanzamos sobre nosotros mismos ; y ése no lo obtiene el hombre sin un auxilio superior. Don Francisco, añadió, volviéndose al licenciado de la Cueva, disponed el día, el sitio, la hora y la forma de la satisfacción que debo dar á don Gonzalo.

— Todo está ya arreglado, dijo don Francisco de la Cueva ; en la galería alta de las Casas Consistoriales se reunirá la nobleza, y en presencia de ella y del pueblo, confesaréis vuestra falta y pediréis á Ronquillo que os perdone.

— Se hará como decís, contestó Portocarrero con serenidad.

Dicho esto, don Francisco saludó cortés, pero friamente, y salió del gabinete.

— Y bien, Portocarrero, dijo don Pedro después de un momento de silencio ; ¿cómo estáis hoy ?

— Perfectamente, don Pedro, contestó Portocarrero ; la lanza que arrojó Ronquillo, casual ó intencionadamente, no me dió de lleno en la cara, por fortuna, causándome tan sólo un ligero rasguño en la frente.

— Que me place, dijo don Pedro; no logró ese bellaco su torcida intención, que era sin duda desfiguraros el rostro, lo que habría sido una desgracia para un caballero tan favorito de las damas como vos. Y á propósito, Portocarrero, ¿ sabéis que se dice en la ciudad que amáis á doña Leonor, mi hija, y que han atribuído á un afecto particular que ella os profesa el desmayo que le causó vuestra herida?

Portocarrero quedó aturdido con aquel ataque franco é inesperado. Amaba á la hija de su amigo con una de esas pasiones profundas, silenciosas é inextinguibles de que son capaces únicamente las almas elevadas. Por desgracia, cuando don Pedro conoció y comenzó á amar, que todo fué uno, á doña Leonor, á quien había conocido en Méjico, antes de que la joven viniese por primera vez á Guatemala, el Adelantado tenía contraído un compromiso serio con don Francisco de la Cueva, hermano de doña Francisca, su primera esposa, ofreciéndole la mano de su hija. Muerta doña Francisca en Veracruz, Alvarado volvió á España, y el comendador mayor de Castilla y secretario del rey, don Francisco de los Cobos, protector decidido del Adelantado y por cuya influencia se había enlazado don Pedro con doña Francisca, que pertenecía á la ilustre familia de los duques de Alburquerque, se empeñó en facilitar el matrimonio de Alvarado con doña Beatriz, hermana de su difunta esposa. Verificóse aquel enlace, que estrechó aun más los lazos que existían ya entre el Adelantado y don Francisco de la Cueva, hermano de sus dos mujeres. Amaba éste á doña Leonor, habiéndola conocido en la Nueva España, y doña Beatriz protegía decididamente aquella inclinación, considerando el matrimonio de don Francisco con la hija de su marido y de la princesa Jicotencal, tan ventajoso al uno como á la otra. Sin atreverse doña Leonor á resistir abiertamente á la voluntad de su padre y de su madrastra, rehusaba el enlace proyectado, manifestando el deseo de tomar el velo en algún convento de monjas en Castilla. El verdadero motivo, empero,

de aquella negativa, era la decidida inclinación que profesaba á Portocarrero, á quien había jurado amor eterno, aunque sin atreverse á declararlo á Alvarado, sabiendo, como sabía, su resolución, y temerosa, por otra parte, de disgustar á la imperiosa y altiva doña Beatriz.

Tal era la situación de las cosas cuando el incidente ocurrido en el torneo fué á descubrir lo que los desgraciados amantes habían logrado mantener oculto. El Adelantado, cuya imaginación estaba en aquella época enteramente ocupada en el grandioso proyecto de la expedición en busca de las islas de la Especería, concertada con el rey mismo y con el virrey de Méjico, don Antonio de Mendoza, dió poca atención á aquel suceso ; creyendo, equivocadamente, que la inclinación recíproca de su hija y de don Pedro sería un capricho pasajero. En esa persuasión, habló del asunto á Portocarrero en los términos que hemos indicado. ¡ Cuál no sería, pues, su asombro y su disgusto, cuando éste, en respuesta á aquella brusca interpelación, le declaró, en tono comedido, pero resuelto, su profunda pasión á doña Leonor ! Tenía que decidir entre su palabra empeñada solemnemente, y poderosas consideraciones de familia, por una parte, y el afecto casi de hermano que profesaba á Portocarrero, por otra. Para un hombre del carácter de Alvarado, que anteponía á todo las ideas de engrandecimiento personal, y que había sacrificado su inclinación á Cecilia Vázquez, la prima de Hernán Cortés, para casarse con la sobrina del duque de Alburquerque, por dar gusto al secretario del Rey, no era de esperar quisiese desagradar á su esposa y á su cuñado, por afecto á un amigo. Así, recibió la declaración de Portocarrero con visible disgusto y le dijo :

— Debéis considerar, don Pedro, cuánta pena me causa lo que por desgracia viene á revelársenos demasiado tarde. Bien sabéis que mi palabra está empeñada y no ignoráis las consideraciones que debo guardar al hermano de mi esposa. Doña Leonor obedecerá mi voluntad, y á vos, amigo mío, el tiempo

y las grandes empresas á que os llaman aún el servicio de Dios y del Rey, os harán olvidar ese afecto, al cual, en la situación en que se hallan las cosas, no debéis ya dar pábulo.

— Don Pedro, contestó Portocarrero, yo nada os pido ; me habéis hecho una pregunta, y os he respondido, como lo acostumbro, con sinceridad. Si vuestra hija ha de ser esposa de don Francisco de la Cueva, no será en un imposible olvido en donde busque mi alma un lenitivo á su dolor. Vos, haced lo que creáis justo ; exigidlo todo de mí ; tenéis derecho á ello ; todo os lo sacrificaré, menos un amor que nada pretende, á nada aspira y que perdurable en el fondo de mi corazón, jamás saldrá de él para servir de obstáculo al cumplimiento de vuestras promesas y á vuestras consideraciones de familia.

Dicho esto, Portocarrero estrechó la mano al Adelantado, y visiblemente conmovido, se salió del gabinete, dejando al gobernador en la mayor confusión.

Después de haber paseado un momento por el gabinete, entregado á sus cavilaciones, don Pedro sacudió con fuerza una campanilla de plata con incrustaciones de oro, que estaba sobre la mesa ; presentóse el paje de servicio, y el Adelantado le previno llamase á Robledo, que trabajaba en otro gabinete. Acudió inmediatamente el secretario, no con el aire altanero con que lo hemos visto aparecer ante la servidumbre del gobernador, sino aparentemente humilde y esforzándose por dar á su semblante, habitualmente desagradable y torvo, cierta expresión de franqueza expansiva y de respetuosa jovialidad. Don Pedro, que parecía agitado por violentas emociones, se sentó junto á la mesa, y apoyando en ella los codos, hizo descansar la cabeza sobre sus dos manos.

CAPÍTULO V

Mientras el gobernador repasaba en su imaginación los sucesos de aquellos días y maduraba los vastos proyectos que su espíritu audaz había concebido, y cuya realización aumentaría aún los inmensos dominios del monarca español y la gloria del que llevase á término tan alta empresa, otra escena de muy diferente carácter, aunque no extraña á los acontecimientos que hemos referido en los últimos capítulos, pasaba en otra pieza del palacio del Adelantado.

Doña Leonor, más triste y abatida aún que de ordinario, estaba sentada en un sillón, tapizado de tafetán carmesí, como los demás muebles de la habitación, tan ricamente adornada casi como podía haberlo estado la de cualquiera noble señora europea. Varios objetos de oro y plata y mosaicos de plumas traídos de Méjico, como también diferentes adornos venidos de Castilla, decoraban el dormitorio de la joven, á quien su padre amaba con idolatría. Alvarado, como la generalidad de los conquistadores españoles, se mostraba, es verdad, ávido de riquezas; pero, como casi todos ellos también, era generoso y espléndido hasta la prodigalidad.

Cierto que sus inmediatos servidores no recibían sus salarios, como se lo hemos oído á ellos mismos y lo atestigua el testamento que otorgó, dos años después, y, muerto ya don Pedro, su fiel amigo y escrupuloso fideicomisario el señor obispo Marroquín de veneranda memoria; pero aquel des-

cuido en hombres de la clase de Alvarado, era harto común en aquellos tiempos y aun lo ha sido en épocas más recientes, sin que deba considerarse como prueba de ánimo mezquino y de un corazón apocado. Así, don Pedro, que no pagaba su servidumbre, derramaba el oro entre sus deudos y entre sus mismos criados, proporcionando á aquéllos todas las superfluidades del lujo y á éstos cuanto puede tender á que muestre la magnificencia del servidor la grandeza del amo.

Nada faltaba, pues, á la hija de la princesa Jicontecal de cuanto podía haber satisfecho los caprichos de una joven de diez y ocho años; nada, sino lo que no se compra con el oro, ni puede proporcionar el más afectuoso de los padres: la tranquilidad del corazón. Las seis indias que servían inmediatamente á doña Leonor, esclavas á pesar de las prohibiciones reales, y sus otras criadas españolas, aguardaban en una pieza inmediata las órdenes de su señora, que vestida con un ligero traje de muselina blanca, concluía su minucioso tocado, auxiliada del celo inteligente de su camarera Melchora Suárez, la sobrina del mayordomo Francisco de Alvarado.

— Te lo he dicho ya y es inútil repetirlo, decía doña Leonor; por más halagüeña que sea para mí la elección de un caballero como don Francisco, mi resolución es irrevocable.

— Pero, señora, contestó respetuosamente la camarera, no podéis persistir en semejante idea. Encerraros en un claustro á los diez y ocho años y renunciar al lisonjero porvenir que os aguarda, no puede hacerse sino por motivos muy graves. Reflexionad bien antes de decidiros; pensad, sobre todo, en la pena que eso causaría á vuestro ilustre padre...

— Melchora, interrumpió doña Leonor, sabes que amo y respeto á mi padre más que á nadie en este mundo, y no querría por nada de esta vida darle la más ligera desazón. Pero no puedo, no debo dar la mano á un hombre á quien no amo. Mi único anhelo es ser esposa de Jesucristo; y desde el retiro á que me habré consagrado con la plenitud de mi voluntad, ro-

garé á Dios por el Adelantado y le pediré dia y noche favorezca sus empresas y que le haga olvidar á su desventurada hija.

— Señora, replicó la camarera, estáis aún muy joven, permitidme os lo diga, para tomar semejante partido; y debierais oír los consejos de vuestra familia, de vuestro padre, que tanto os ama, y de doña Beatriz, en quien habéis encontrado una segunda madre.

La hija del Adelantado guardó un profundo silencio, visto lo cual, prosiguió así la camarera :

— Entre los señores que podrían aspirar á vuestra mano, nadie más digno que el hermano político de vuestro padre. Emparentado con una de las más ilustres familias de Castilla, animoso en la guerra y sabio en el consejo, don Francisco de la Cueva está llamado á los más altos empleos en servicio del Rey. Desde luego se le designa ya como la persona á quien el Adelantado mi señor encomendará el gobierno del reino, cuando se verifique la expedición proyectada. Don Francisco ha desempeñado ya estas funciones á satisfacción de todos.

— Sí, dijo doña Leonor, en unión de otro caballero que tiene tantos derechos como él á esa distinción : de don Pedro de Portocarrero.

— Verdad es, contestó Melchora; pero á ser cierto el rumor que hoy circula en palacio, el señor de Portocarrero tiene que pasar ahora por una dura prueba, que acaso lo inhabilitará, humillando algún tanto su justa arrogancia.

El orgullo y el amor herido acabaron de traicionar el mal guardado secreto de la joven. Con la altivez de una reina, se levantó de su asiento, y con voz balbuciente, dijo :

— ¿Humillar, dices? ¿Y quién en este mundo es capaz de humillar á Portocarrero? ¿De qué rumor hablas?

— Señora, dijo con fingida indiferencia la camarera, es una cosa que no puede interesaros...

— Dime inmediatamente lo que hay, interrumpió doña Leonor, quiero y debo saberlo todo.

— Pues ya que lo ordenáis, contestó Melchora, os diré que los jueces del torneo han pronunciado su sentencia respecto al incidente ocurrido ayer entre don Pedro y el veedor Ronquillo...

— ¿Y bien?

— Han condenado al señor de Portocarrero á dar una satisfacción pública á don Gonzalo.

La orgullosa joven dió un grito de indignación, y saliendo de su cuarto precipitadamente, se lanzó al gabinete del gobernador. Un momento antes había entrado en el despacho el secretario Robledo.

— Señor, dijo la joven, dirigiéndose á su padre, mi camarera acaba de decirme que los jueces del campo han decidido la cuestión suscitada con motivo del incidente ocurrido ayer en el torneo entre don Pedro de Portocarrero y el veedor Gonzalo Ronquillo. ¿Sabéis cuál ha sido esa decisión?

— Sí, hija mía, contestó don Pedro, que se levantó para recibir á doña Leonor, á quien abrazó afectuosamente. Sí; con profunda pena he sabido que los jueces condenan á Portocarrero.

— ¿Y permitiréis que se ejecute esa sentencia? preguntó doña Leonor, en cuyas mejillas había sustituído el rojo encendido á la palidez habitual. ¿Se humillará el primero de vuestros capitanes ante un?...

— Permitidme, señora, dijo á la sazón Robledo, que aventure mi humilde opinión en este negocio. Los jueces del campo han querido mostrar su imparcialidad, condenando al amigo de su señoría y decidiendo en favor del que parece enemigo suyo.

— ¿Y es esto cuanto tenéis que decir en apoyo de tan inicua sentencia, señor Robledo? dijo doña Leonor, mirando con arrogante y desdeñosa dignidad al secretario. Mala prueba dais de la habilidad que generalmente se os reconoce para los negocios. ¿De cuando acá es un título á la consideración y á

la ndulgencia de la justicia, el ser enemigo de mı padre?

— Señora, replicó Robledo, la diferencia de nuestro modo de ver en este asunto es quizá que yo lo juzgo con la cabeza y vos con el corazón.

— Yo no os reconozco el derecho, dijo doña Leonor, de escudriñar el móvil de mis acciones. Os olvidáis de quién soy yo y quién sois vos, y se diría que pretendéis convertiros en mi acusador. Señor, añadió volviéndose al Adelantado, perdonadme y permitid que me retire; había venido á hablaros é ignoraba que estuvieseis ocupado con gente extraña.

Dicho esto, doña Leonor besó la mano á don Pedro y se disponía á retirarse, sin dirigir una mirada al secretario, pero el gobernador la detuvo y dijo sonriendo :

— Comprendo que reclamas lo que crees te pertenece de derecho. Fuiste la reina del torneo, y cuando menos, debió haberse consultado tu opinión sobre el incidente con que terminó. Vamos á discutir el punto. Robledo, añadió volviéndose al secretario, ya te llamaré si acaso necesito de tu auxilio en el debate con esta bella argumentadora.

— Señor, dijo el secretario, mi presencia aquí...

— Basta. Déjanos; replicó el Adelantado con autoridad y dando á su semblante el aspecto casi feroz que tomaba algunas veces. Robledo hizo una profunda cortesía y se retiró con el corazón henchido de hiel.

— Y bien, dijo don Pedro, dulcificando su fisonomía; Robledo ha sido quizá atrevido, pero acertado. No es simplemente el interés de la justicia el que te mueve, Leonor; lo veo, aunque me sea conocida la rectitud de tu carácter. Tu corazón se interesa por Portocarrero más de lo que debiera.

Doña Leonor guardó silencio por un momento, y luego, como quien se hace violencia, dijo :

— Sí, padre mío, ¿por qué ocultároslo ya? Amo á don Pedro, lo he amado tiempo hace y lo amaré mientras viviere. Jamás mi pobre corazón, que ha sufrido en silencio, ha ali-

mentado la esperanza lisonjera de ver satisfecha su única ilusión. Conozco vuestros proyectos, y sin fuerza para secundarlos, he resuelto, como ya os lo he dicho, abrazar el estado religioso. Mi doloroso secreto se habría sepultado conmigo en la soledad del claustro, si no se me obligase hoy á revelároslo. Porque yo, que todo lo sufro, que nada pido, no puedo sobrellevar la idea de la humillación y el vilipendio del hombre á quien amo. Prefiero mil vidas de tormento, á ver por un instante descender un solo escalón de su elevado pedestal al que es el ídolo de mi alma. No permitáis que los enemigos de Portocarrero, que son también los vuestros, ejecuten sus insidiosos proyectos: evitadle esa mancha, y después permitid que, ya que vuestra palabra empeñada es un muro entre él y yo, lleve adelante mi resolución.

No fué poco lo que se sorprendió don Pedro al escuchar aquellas palabras, pronunciadas en tono respetuoso, pero firme. Doña Leonor había heredado el carácter incontrastable de su padre; y delicada hasta el último extremo en materias de honor, como debía serlo una dama de aquel siglo caballeresco, no toleraba la idea de que se pretendiese humillar la altivez de su amante. Don Pedro reflexionó un momento, y luego con mucha calma y acento bondadoso, dijo :

— Hija mía, yo no puedo aprobar una inclinación que viene á echar abajo proyectos madurados por mi experiencia y por el entrañable afecto que te profeso. Mi hermano político hará tu felicidad ; ese enlace, que doña Beatriz y yo hemos tratado, estrechará los lazos de las dos familias; y la nuestra, ilustre por sí, lo será aun más, mediante ese nuevo parentesco con una de las primeras casas de Europa.

— Señor, contestó la altiva joven, creo que la nieta de un monarca no necesita de alianzas para elevarse, y que para mi sangre, tanto vale un caballero español de la familia de los duques de Alburquerque, como otro de la de los condes de Medellín.

— No he olvidado, Leonor, dijo don Pedro, la altura de tu origen, ni digo que tu linaje pueda ceder á otro alguno. Te hablo del mayor lustre que recibirá mi casa, y sobre todo, deseo reflexiones en la posición que me ha creado el compromiso contraído con don Francisco. ¿ Has visto alguna vez que el astro del día retroceda en su carrerra?

— ¡ Jamás! contestó doña Leonor con acento melancólico.

— ¡ Jamás! repitió don Pedro. Dígote, pues, que antes verías volver atrás á ese astro, con el cual me ha comparado la imaginación de tus compatriotas, que á don Pedro de Alvarado retirar la palabra dada á un caballero. En cuanto á la sentencia de los jueces del campo, añadió, la considero, hija mía, injusta, si bien tengo la seguridad de que don Francisco de la Cueva ha procedido conforme á su conciencia. Así lo juzga también el mismo Portocarrero, y se somete á ella.

— ¿Portocarrero consiente en dar la satisfacción que se le exige? preguntó la joven asombrada.

— Sí, contestó don Pedro; consiente en darla, y yo no puedo oponerme, una vez que él cree debido acatar la decisión de los jueces.

— ¡ Alma generosa! exclamó doña Leonor; ¿ y queréis que no lo ame, padre mío ? ¡ Cuánto más grande no es don Pedro, aparentemente vencido, que sus enemigos en su menguado triunfo! Señor : cuanto soy y tengo á vos os lo debo. Vuestra voluntad ha sido y es mi ley. Como siempre, os obedeceré en todo. Hay, sin embargo, una sola cosa en la cual ni vos ni yo misma podemos mandar. Permitid que vuestra desgraciada hija lleve á cabo su resolución. Si vos habéis dispuesto de mi mano, yo he entregado mi corazón, y seré, perdonad que os lo declare, ó de Dios ó de él.

Dicho esto, la joven tomó la mano al Adelantado, y besándola tierna y respetuosamente, salió del gabinete y volvió á su habitación.

Don Pedro la siguió con una mirada que expresaba la más

profunda simpatía; y después de haber permanecido largo rato pensativo, ordenó al paje de servicio llamase á Robledo.

El Adelantado y su secretario se encerraron para despachar los negocios del gobierno, y doña Leonor hizo llamar á su amiga doña Juana de Artiaga, antigua y única depositaria de aquel secreto, guardado por tanto tiempo, y que á la sazón había dejado dè serlo para todas las personas que componían la pequeña corte de los gobernadores de Guatemala.

Veamos lo que pasaba entretanto en la cámara de la señora Adelantada, donde estaban empeñados en conversación doña Beatriz y el licenciado de la Cueva. Referiremos fielmente el diálogo de los dos hermanos:

— ¿ Y creéis que se ejecutará esa decisión? preguntaba doña Beatriz, y que eso facilitará en alguna manera la realización de nuestros proyectos?

— En cuanto á la ejecución, hermana mía, contestó don Francisco, no hay en ello la menor duda. Todo está dispuesto para que tenga lugar pasado mañana la reunión de la nobleza en las Casas Consistoriales; hemos procurado que el acto tenga grande aparato, á fin de que la humillación del orgulloso Portocarrero sea aún más completa.

— ¿ Y no teméis que él se niegue á dar la satisfacción?

— No. Con magnanimidad, aparente sin duda, se ha sometido á la sentencia y ofrece dar la satisfacción, confesando haberse conducido como mal caballero. En cuanto á la influencia que ese incidente deba ejercer en el ánimo de doña Leonor, espero será grande. Es altiva y pundonorosa hasta el extremo, y Portocarrero perderá mucho en su estimación. Por lo demás, pienso que la inclinación que le profesa no debe ser aún muy profunda, y que vuestro influjo y el respeto de su padre acabarán de decidirla.

— Don Francisco, replicó doña Beatriz, no contéis demasiado con lo que el Adelantado y yo podamos hacer. Leonor se ha mostrado hasta hoy rebelde á nuestros consejos, aunque

siempre respetuosa. Ella nos había ocultado constantemente ese secreto, que una casualidad ha venido á revelarnos é insiste en volver á Castilla, para tomar el velo. Es necesario valerse de otros medios.

— Varios he tentado, dijo don Francisco. Melchora Suárez, á quien maneja Robledo, trabaja activamente en el ánimo de su señora; pero hasta hoy nada ha obtenido. Esperemos á ver el resultado de la escena de pasado mañana.

— No os fiéis mucho de eso, dijo doña Beatriz. Leonor es caprichosa y rara, y no será extraño que en vez de considerar deprimido á Portocarrero, aumente su afecto una persecución que ella cree injusta. Es necesario buscar otro arbitrio para destruír esa inclinación.

— Hablaré de esto á Robledo. La imaginación de ese hombre es fecunda para esa clase de expedientes. Todo el secreto estriba en excitarla á fuerza de oro. Voy á aguardar que concluya el despacho, y conferenciaré con él.

Dicho esto, se levantó don Francisco, y despidiéndose de doña Beatriz, pasó al gabinete en que trabajaba Robledo, y aguardó á que concluyese con el gobernador. Preocupado don Pedro por sus asuntos de familia, dió aquel día menos atención que la acostumbrada á los negocios del gobierno, escuchando distraído la lectura de varias cartas y memoriales importantes, que el astuto secretario sometio á la consideración de su señor, aprovechando la ocasión de obtener con poca dificultad lo que otra vez habría sido objeto de una meditación más detenida. Obtuvo para diversas solicitudes un buen despacho, que sabía iba á ser generosamente retribuído por los interesados; y satisfecho con aquel triunfo, que dulcificaba en parte la amargura del desprecio con que lo había tratado un momento antes la hija del Adelantado, salió del gabinete del gobernador y se dirigió al suyo, en donde tuvo con don Francisco de la Cueva la conversación de que daremos cuenta á nuestros lectores en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VI

Antes de referir la conversación entre el licenciado don Francisco de la Cueva, hermano político del gobernador, y el escribano de cabildo y secretario privado de don Pedro, Diego Robledo, conviene dar á los lectores una idea más completa de este personaje y de las relaciones que existían entre él y el licenciado de la Cueva.

Como ya lo hemos indicado, Robledo, de simple criado de don Pedro, había ascendido á un puesto importante, obteniendo, á fuerza de astucia, la confianza del gobernador y la de los principales miembros del Ayuntamiento. Hábil, con esa especie de habilidad incapaz de elevarse á concepciones grandes, Robledo era un palaciego intrigante, que pensaba más en su propio adelanto que en el buen servicio del Rey. Pródigo y disipado, cuanto adquiría era poco para satisfacer sus pasiones; insensible y calculador, su voluntad de hierro no retrocedía ante los obstáculos, y sin pretender atacarlos de frente, procuraba llegar á su objeto por caminos indirectos y casi siempre por medios reprobados. Incapaz de comprender la grandeza de ánimo y la generosidad, incurría en la falta, harto común en los hombres de carácter igual al suyo, de juzgar á los demás por su propio corazón, suponiendo que todo podía obtenerse por medio del oro. Figurando en un tiempo en que la humildad del origen era una falta imperdonable, y viviendo en medio de hidalgos orgullosos, el menosprecio, más ó menos disimu-

lado de éstos, hería su amor propio y había petrificado en su corazón la hiel de la envidia y el odio hacia todo lo que le era superior por el nacimiento, por el valor, por la riqueza y por la posición social.

Una de las personas que por su mérito se habían captado el odio de Robledo era don Pedro de Portocarrero, viendo el maligno secretario con celosa emulación equilibrada su influencia por la amistad casi fraternal con que Alvarado distinguía á aquel caballero. Así, aunque procurando disfrazar su encono, trabajaba constantemente en el ánimo de su señor para desconceptuar al que era objeto de su saña. Vendido desde algún tiempo á don Francisco de la Cueva, que consideró oportuno aprovechar la influencia del secretario, disimulando el desprecio que le inspiraba, Robledo era recompensado generosamente por el hermano político del gobernador, á quien ayudaba cuanto podía en todos sus planes.

Dos eran los que de preferencia ocupaban á la sazón el espíritu de don Francisco; el de ser nombrado teniente de gobernador, cuando el Adelantado marchase á la expedición que traía entre manos, y el de su matrimonio con doña Leonor. En uno y otro servía Robledo con empeñoso afán al ambicioso y enamorado hidalgo, aunque, como ya hemos visto, con ningún éxito respecto al segundo. Con el oro de don Francisco, había ganado el secretario una gran parte de la servidumbre de la hija del gobernador, consecuente en su sistema de que por aquel medio podía obtenerse todo. Cuando Robledo entró en su gabinete, donde le aguardaba el licenciado de la Cueva, el mañoso secretario estaba no poco chasqueado, al ver que sus manejos escollaban en la firme decisión de doña Leonor. Después de haber saludado á don Francisco, dijo:

— Parece cosa del diablo, señor licenciado, que cuanto más empeño se pone, tanto más se dificulta y aleja la consecución de vuestros deseos. Por lo que hace á la tenencia, veo

alargarse los preparativos de la marcha más de lo que yo imaginaba, y creo pasará algún tiempo antes de que estén concluídos. En cuanto al otro asunto, mis trabajos más asiduos han escollado hasta ahora en la decisión de doña Leonor, que parece ha concebido una pasión algo seria por Portocarrero. He ganado toda la servidumbre de esa señora, y nada adelantamos. Veo será preciso apelar á otros recursos. Pero para todo se necesita dinero.

— Bien, Robledo, contestó don Francisco con mal humor; dinero y más dinero. Tendrás cuanto quieras; pero es necesario vencer los obstáculos y encontrar algún medio de destruír la inclinación que yo supongo menos arraigada de lo que á ti te parece. ¿Qué dice Melchora Suárez?

— Señor, la camarera nada ha adelantado, y según acaba de decirme, unas pocas palabras que aventuró contra Portocarrero, sirvieron únicamente para irritar á su señora y provocaron una escena de que yo mismo he sido testigo y víctima en parte. Pero ya sabéis, don Francisco, que no hay nada que yo no haga en vuestro servicio.

— Sí, con tal de que te siga pagando como hasta ahora; dijo para sí el licenciado, y luego contestó :

— Gracias, Robledo; estoy plenamente satisfecho de tu celo, por más que el resultado no haya coronado aún mis deseos. Es necesario que continúes sin descanso y que no pares hasta obtener lo que anhelo ardientemente y que asegurará tu fortuna.

— Señor, dijo el secretario, eso es lo de menos para mí, que estoy bastante pagado con el gusto de serviros ¿Y sabéis que hace un momento me ha ocurrido una idea que pienso será de seguro resultado?

— Di; ¿cuál es?

— ¿Conocéis por ventura á Agustina Córdoba, la viuda del capitán Francisco Cava?

— Sí, por cierto, ¿y bien?

— ¿Ignoráis, acaso, las relaciones, un tanto escandalosas, que tuvo con Portocarrero?

— Algo he oído de eso. Sé que hará cosa de cinco ó seis años, esa mujer, que no ha gozado en la ciudad de buena reputación, fué acusada por su propio marido, y creo recordar que andaba mezclado en el asunto el nombre de don Pedro de Portocarrero.

— Es así efectivamente, dijo Robledo. El capitán entabló proceso á su mujer; pero no pudo probarse que don Pedro hubiese tenido relaciones con ella después de casada, aunque sí consta las tuvo siendo soltera.

— Pues si no hay más que eso, contestó don Francisco, creo que poco adelantaremos. Doña Leonor no puede ser demasiado severa por un galanteo que tuvo lugar antes de que Portocarrero la conociese.

— Ciertamente que no; pero bien sabéis que un proceso archivado da mucho de sí, y que puesto en manos hábiles, puede aumentar ó disminuir como se quiera.

— Á la verdad, dijo el licenciado, que no alcanzo lo que quieres decir.

— ¿Que no lo alcanzáis? Pues nada más claro. Suprimiendo algunas declaraciones y añadiendo otras, está hecho todo.

La honradez natural del caballero se rebeló contra tan inicuo proyecto, y después de haber contemplado un momento á Robledo, que resistió impávido aquella mirada, dijo:

— No, ¡vive Dios! No se dirá jamás que un hombre de mi calidad ha recurrido contra un caballero á tan indigna trampa. ¿No tenéis otro medio que proponerme? añadió levantándose para marcharse.

— Ninguno, dijo el escribano del Cabildo. Ó hacemos aparecer á Portocarrero en relaciones adúlteras con esa mujer, en la época en que conocía y amaba á doña Leonor, ó renunciad, don Francisco, á vuestras pretensiones.

— Pues á ese precio, renunciaría á la mano de una hija del

rey de España, dijo con severidad el licenciado; os prohibo expresamente, añadió, volver á hablarme de semejante proyecto, y salió del gabinete sin depedirse del secretario.

— ¡Necio! exclamó Robledo luego que estuvo solo. Será preciso hacerlo bien á su pesar; ya que mi propio interés y mi encono están intimamente ligados con sus proyectos.

Dicho esto, sacó un legajo que tenía oculto en un secreto de su papelera y se puso á recorrerlo muy despacio, tomando apuntamientos á medida que iba repasando las hojas. Concluído aquel minucioso examen, el secretario dejó la pluma, y apoyando la cabeza en ambas manos, quedóse profundamente pensativo, como quien busca los medios de combinar bien sus proyectos.

Dos ligeros golpes dados en la puerta del gabinete sacaron de su distracción a Robledo, que dijo : « adelante »; después de haber colocado de nuevo el legajo en su escondrijo.

Apareció inmediatamente el mayordomo Francisco de Alvarado, quien, como ha podido advertirse, hacía cuanto estaba á su alcance por favorecer los planes del secretario, usando de la influencia que le proporcionaba su empleo en palacio y el de camarera de doña Leonor que desempeñaba su sobrina, Melchora Suárez. No bien hubo entrado el mayordomo, díjole el secretario :

— Y bien, Francisco, parece que tu sobrina tiene la poca gracia de echar á perder todo aquello que se encomienda á su discreción. Debo advertirte que el licenciado de la Cueva, que acaba de salir de aquí, se manifiesta altamente disgustado de ti y de ella y me ha anunciado su resolución de no dar un escudo más á los que tan mal sirven sus intereses.

— Señor don Diego, contestó el mayordomo, el señor de la Cueva nos juzga con injusticia. Nuestro celo ha ido hasta donde podía ir el del más adicto de los servidores ; pero vos conocéis el carácter resuelto de doña Leonor, y no ignoráis que el verdadero motivo de su negativa á acceder á las preten-

siones del hermano político de su padre, consiste en la profunda pasión que ella ha concebido por don Pedro de Portocarrero.

— ¡ Buena excusa, por cierto ! replicó Robledo. ¿ Tan escasa de recursos es tu sobrina, que no encuentra algún arbitrio para combatir esa inclinación en el ánimo de su señora ? Triunfar cuando no hay obstáculos, es cosa que hace cualquiera, Francisco. Dígote una vez por todas, que el dinero de un hidalgo como el licenciado de la Cueva no se gana por no hacer nada. Él ha depositado su confianza en mí, y debo ver por sus intereses como por los míos. Que tu sobrina busque los medios de hacer olvidar á Portocarrero, ó por quien soy, que no volvéis á ver un maravedí más.

Después de haber lanzado aquella amenaza, que el secretario sabía perfectamente había de hacer profunda impresión en el ánimo del codicioso mayordomo, Robledo, que le dió tiempo á que meditase sus palabras, agregó :

— Tú debes conocer á una viuda llamada Agustina Córdoba.

— Ciertamente que la conozco, dijo Alvarado ; como que fuí amigo de su difunto marido, el capitán Francisco Cava, que por más señas, murió de un modo bastante extraño.

— ¿ Y tienes noticia del proceso que él entabló por la mala conducta de su esposa ?

— Sí, recuerdo haber oído hablar de eso, y también que no pudo probarse que don Pedro de Portocarrero hubiese tenido relaciones con Agustina, después de su matrimonio.

— En eso puedes estar equivocado, contestó Robledo; pues hay declaraciones que comprometen gravemente á don Pedro. Por interposición del Adelantado, se echó tierra al asunto, como suele decirse ; pero la causa, que yo he tenido en mis manos, prueba la culpabilidad de Portocarrero.

Un rayo de alegría iluminó el semblante del interesado mayordomo, que comprendió desde luego todo el partido que aquel asunto, bien manejado, podía suministrar á su sobrina.

— Si tal hay, dijo, las cosas pueden encaminarse á un desenlace á medida de nuestros deseos. Esta misma noche hablará de eso Melchora á doña Leonor.

— Poco á poco, señor mío, dijo Robledo. Eso no se maneja como tienes tú costumbre de manejar la hacienda de tu amo; es decir, sin escrúpulo ni cuidado. Yo te avisaré cuando sea ocasión de que tu sobrina hable de este asunto á doña Leonor. Entretanto, es necesario que vayas á casa de esa viuda y le digas que el secretario del gobernador le pide una secreta entrevista, para tratar un negocio grave.

— Vuestros deseos serán cumplidos, respondió el mayordomo, y no dudo que Agustina tendrá á mucha honra el recibir á una persona de vuestras circunstancias.

— Bien, dijo Robledo; despacha este encargo y no olvides que la menor indiscreción puede costarte muy cara.

— Contad, como siempre, con mi celo y con mi reserva, dijo el mayordomo, y se retiró, yendo inmediatamente á casa de la viuda del capitán Francisco Cava.

Debemos dar á conocer á nuestros lectores este nuevo personaje que va á figurar en nuestra historia.

Agustina Córdoba era una moza que bajo el garbo y la gracia ligera, tan común en las mujeres que han nacido en la risueña Andalucía, ocultaba los instintos feroces de una habitante de los desiertos de África. Había venido á las Indias muy joven y dejado en Méjico, en donde residió algún tiempo, una reputación muy poco envidiable. Siguiendo sus propensiones aventureras, pasó después de la Nueva España á Guatemala, y continuó llevando una vida escandalosa. Varios caballeros conquistadores quedaron cautivos de los encantos de aquella peligrosa y pérfida sirena, que jugaba con las pasiones de los hombres como el irritado mar con las frágiles carabelas que imprudentes se arrojan á las aguas durante un temporal. Había causado la desgracia de más de uno de sus incautos adoradores, á quienes hizo sufrir los tor-

mentos de los celos, y á quienes abrumó con desdenes, después de haber alimentado sus amorosas esperanzas.

Un día de tantos quiso la casualidad, ó la mala estrella de aquella mujer, que encontrase en su camino al hermoso y valiente Portocarrero; y la que hasta entonces se había burlado de tantos galanes, vino á quedar rendida ante la varonil energía del célebre capitán. Agustina olvidó á sus otros adoradores y no pensó ya sino en conservar el afecto de don Pedro. Éste, sin embargo, no podía sentir verdadero amor por quien no merecía su estimación, y muy pronto comenzó á cansarse de aquellas relaciones. Hizo un viaje á Méjico y conoció á la hija de su amigo el Adelantado, lo cual acabó de arrojar de su alma la inclinación poco noble que tenía á Agustina Córdoba. Cuando volvió á Guatemala, Portocarrero apareció completamente cambiado. No era ya el joven atrevido, ligero y galante cuyo nombre andaba siempre mezclado en aventuras escandalosas; grave, circunspecto y dominado exclusivamente por la casta inclinación que había concebido y que guardaba como un tesoro en el fondo de su alma, no volvió á presentarse jamás en casa de su antigua querida. Para ésta como para todos, fué un misterio el origen de la mudanza de don Pedro: puso en juego cuantos ardides son imaginables para volver á atraer á sus redes al caballero; pero todo fué en vano; Portocarrero había dado entrada en su alma á un amor que excluía hasta la más remota posibilidad de cualquier bastarda afección. Rechazó, pues, las importunas solicitudes de Agustina, que desesperada, entregó su mano al capitán Francisco Cava, uno de su más constantes y antes desdeñados adoradores.

Llevada por su perversa índole, continuó en su vida licenciosa, y el pobre capitán, cansado al fin, se resolvió á acusarla. No faltaron personas malintencionadas que intentaron complicar en aquellos escandalosos procesos á Portocarrero, pretendiendo que había repetido sus visitas á Agustina, después de casada; pero la verdad pudo más que la malicia, y nada se

probó contra don Pedro. Pendiente aún el proceso, murió Cava, de un modo bastante sospechoso, y el asunto quedó olvidado.

Agustina no perdía de vista á Portocarrero; su pasión parecía aumentar en proporción de la indiferencia y la frialdad de don Pedro, á quien había llegado á hacerse odioso el nombre de aquella mujer.

Tal era la situación de las cosas cuando el diabólico secretario Robledo concibió el proyecto de presentar á Portocarrero ante doña Leonor como reo de infidelidad, cometida con una mujer casada, de malísima reputación y de carácter despreciable. No ignoraba la herida mortal que aquel dardo, astutamente asestado, debía causar en el corazón de la orgullosa y apasionada hija del Adelantado, y con el objeto de llevar á cabo sus planes, había comenzado á urdir la indigna trama, como ya hemos podido advertirlo por su conversación con don Francisco de la Cueva y con el mayordomo del gobernador. Robledo consideró que conduciría á su propósito una conversación con Agustina, á quien no conocía personalmente, pues vivía muy retirada después de la muerte de su marido. El secretario quedó, pues, aguardando con impaciencia que le avisase el mayordomo, para pasar á casa de Agustina, esperando con plena confianza hallar en ella un activo y celoso auxiliar para la realización de sus miras. Veremos más adelante cuál fué el resultado de aquella entrevista y el nuevo giro que ella dió á los sucesos que prestan asunto á esta narración.

CAPÍTULO VII

Con impaciente curiosidad aguardaba el desocupado vecindario la llegada del día señalado para que tuviese lugar la pública satisfacción que debía dar el magnánimo Portocarrero al astuto y maligno veedor Gonzalo Ronquillo. Ignorando el pueblo la resolución de don Pedro, creía que éste apelaría al *juicio de Dios*, conforme á las antiguas costumbres, y que un duelo á muerte, en que llevaría el Veedor la peor parte, vendría á poner en claro la inocencia del valeroso capitán.

El 7 de octubre desde muy temprano se agolpaba la multitud en la plaza, frente á las galerías de las Casas Consistoriales, punto señalado para la ceremonia, á fin de que la nobleza y el pueblo pudiesen presenciarla con entera comodidad.

Á eso de las nueve comenzaron á llegar los capitulares y otros caballeros, el prelado y su clero, el Juez de residencia y por último el gobernador, seguido de su servidumbre. Los jueces del campo tomaron asiento á la derecha del Adelantado. Gonzalo Ronquillo, lleno de impaciencia, había llegado uno de los primeros y dejaba ver en su semblante el gozo que rebosaba en su corazón, por el triunfo que iba á alcanzar, en aquella solemne ceremonia, sobre el que era objeto de su inextinguible saña. Portocarrero, por su parte, no había sido menos puntual. Su hermosa cabeza, profusamente cubierta de largos cabellos negros, descollaba en un grupo de caballeros, sin que pudiese descubrirse en su frente serena, en la expresión tran-

quila de su mirada, ni en la naturalidad de sus movimientos la más ligera señal de impaciencia ó de despecho. El alma de aquel hombre vivía en una esfera adonde no podían alcanzar las mezquinas pasiones que agitaban á sus envidiosos adversarios.

Llegó por fin el momento esperado con tanta impaciencia por nobles y plebeyos. Colocáronse los asistentes en sus respectivos puestos, y en medio del más profundo silencio, don Francisco de la Cueva leyó en voz clara y firme la sentencia que condenaba á don Pedro de Portocarrero, por haber faltado á las leyes de la caballería en el torneo. En seguida adelantáronse el veedor Ronquillo y el mismo Portocarrero hacia el centro del semicírculo que formaban los asistentes al acto; y el licenciado de la Cueva entregó á don Pedro un papel en que estaba escrita la fórmula de la satisfacción que debía dar al Veedor. Cuando Portocarrero iba á principiar la lectura de aquel documento, se oyó con sorpresa general una voz que salía del grupo que formaba la servidumbre del Gobernador, colocada detrás del sillón que éste ocupaba.

— ¡Justicia, en nombre del Rey! exclamó aquella voz.

É inmediatamente el anciano Pedro Rodríguez se adelantó resueltamente, y colocándose en medio del semicírculo, antes de que los presentes pudiesen volver de su asombro, añadió:

— ¡Justicia! La sentencia que acabáis de oír, caballeros, no puede ni debe ejecutarse. Está pronunciada sobre un supuesto falso.

Don Francisco de la Cueva quiso imponer silencio al criado del gobernador; pero Alvarado, que conocía la lealtad y el recto juicio de Rodríguez, comprendió desde luego que no sin un motivo harto grave, se habría atrevido á interrumpir la ceremonia. Tomó, pues, la palabra y dijo:

— Permitan vuestras mercedes á este anciano que exponga sus razones con toda libertad. He dejado obrar á los jueces del campo como lo han creído conveniente; más yo faltaría á mis

deberes, si no interpusiese mi autoridad, cuando se nos anuncia la revelación de algún hecho muy grave sin duda, y en el cual caso esté interesado el servicio de Dios y del Rey. Pedro Rodríguez, añadió volviéndose al criado, habla, pero no olvides la responsabilidad que contraes si aventuras una acusación que no puedes probar.

El juez Alonso de Maldonado, el señor obispo Marroquín y otros de los presentes, apoyaron la indicación del gobernador; y aunque el tesorero Castellanos aventuró unas pocas observaciones, no se atrevió á insistir, advirtiendo la decisión de la generalidad á escuchar lo que el anciano tenía que exponer. Por lo demás, tanto el tesorero como el veedor Ronquillo estaban lejos de sospechar lo que iba á decir Pedro Rodríguez.

— La sentencia de los jueces del campo, dijo éste en tono firme y grave, no puede ni debe ejecutarse. Se ha pronunciado sobre el falso supuesto de haber sido casual la caída de la visera del señor Portocarrero y la herida que este caballero recibió. Yo os digo, señores, que el incidente que dejó descubierto el rostro del campeón fué efecto de un maleficio; y la herida, hecho criminal y premeditado. Acuso formalmente á don Gonzalo Ronquillo, aquí presente, de ese maleficio y de haber faltado á las leyes de la caballería, hiriendo al paladín después de haber caído la visera del yelmo.

El asombro se pintó en los semblantes de los concurrentes. La acusación era harto grave y nada extraña en una época en que la creencia en hechicerías estaba demasiado arraigada, aun entre las personas de calidad. Ronquillo se puso pálido al escuchar aquellas palabras, y el tesorero real se mostró también visiblemente azorado.

— Hace cuatro noches, prosiguió Rodríguez sin desconcertarse, dos hombres embozados se dirigieron con cautela á la catedral y lograron penetrar hasta la capilla de la Vera-Cruz, en donde, como sabéis, estaban depositadas las armas de los que debían justar al siguiente día. Detuviéronse delante de una

armadura azul, en cuyo escudo estaba pintada una rosa iluminada por el sol y en torno de la cual revoloteaba una abeja; uno de los hombres se acercó á aquellas armas, mientras el otro conversaba con el único testigo de aquella escena misteriosa. Lo que aquel hombre hizo en el yelmo, yo, señores, no sabré decíroslo. Sé que los dos embozados salieron inmediatamente de la iglesia y recomendaron el más profundo secreto al que les había proporcionado acercarse á las armas.

— ¿Y podréis decir, preguntó el Adelantado, el nombre de esas dos personas?

— Sí, contestó Rodríguez; esos hombres eran el veedor Gonzalo Ronquillo y el tesorero Francisco Castellanos.

Un sordo rumor se levantó entre los asistentes, cuyas miradas se dirigieron á los dos sujetos designados por Rodríguez. Castellanos, dominando cuanto le era dable su inquietud y desazón, dijo:

— Una acusación semejante no puede hacerse sin pruebas concluyentes. Yo espero, señores, que vosotros la desecharéis con desprecio y que ninguno de los presentes dará crédito al testimonio aislado de un lacayo atrevido.

— Mi palabra, contestó el anciano con dignidad, vale tanto como la de un hidalgo, sea cual fuere mi condición. La mentira no ha manchado jamás mis labios, y en apoyo de mi acusación, pido se oiga, bajo la religión del juramento, al sacristán Andrés Reynosa.

Dispúsose llamar inmediatamente á este individuo; y habiéndose presentado y tomádosele declaración en el acto, no pudo negar lo que había confesado ya al astuto Rodríguez. Habiendo visto éste, como dijimos á su tiempo, entrar en la catedral á Castellanos y á Ronquillo, y oído sus últimas palabras, entró en sospecha, abocóse con el sacristán, y haciendo uso con maña de lo que sabía, logró que lo impusiese perfectamente de lo que ignoraba. La acusación de sortilegio contra Gonzalo Ronquillo, y la de complicidad contra Castellanos,

quedó, pues, formalmente entablada, encargándose la autoridad eclesiástica del proceso. La reunión se disolvió, y Portocarrero, que durante aquella escena había permanecido con la cabeza inclinada, para no acabar de confundir á sus enemigos, se retiró pensativo y silencioso, abriéndole paso la multitud, con ese respeto que inspira siempre al pueblo la superioridad moral.

Durante el día, no se habló de otra cosa en la ciudad que del suceso inesperado que había interrumpido la ceremonia que iba á tener lugar en el Ayuntamiento. Los enemigos de Portocarrero, llenos de despecho, protestaban la inocencia de los acusados y suponían había sido preparada la escena de antemano por el Adelantado mismo, sin cuyo beneplácito, decían, no se habría atrevido Rodríguez á acusar de hechicería á dos sujetos tan principales, como lo eran el tesorero del rey y el veedor Ronquillo. El licenciado de la Cueva, aunque contrariado en sus planes, guardaba silencio y no parecía abrigar sospechas de la conducta de su hermano político. Doña Leonor, instruída de lo que había sucedido por uno de los pajes de su servidumbre, que fué al ayuntamiento con el objeto de darle cuenta de lo que ocurriese, llamó inmediatamente á doña Juana de Artiaga y, arrojándose en sus brazos, le refirió con la más viva alegría el desenlace inesperado de aquella astuta intriga tramada contra su amante. Las dos damas creyeron, sin la menor vacilación, el dicho del viejo Rodríguez y conferenciaron largamente sobre los medios que prodrían adoptar para preservar á Portocarrero de un nuevo maleficio.

Poseía doña Leonor un *Agnus Dei*, encerrado en un hermoso relicario de oro, pendiente de una cadena del mismo metal, bendito por el pontífice Pablo III, regalo del señor obispo Marroquín, y que tenía grabada la siguiente inscripción : EPPVS. CUACTEM., abreviatura de las dos palabras latinas *Episcopus Cuactemalensis*, con las cuales firmaba el venerable fundador de la iglesia de Guatemala. Atribuíase á aquella

reliquia la milagrosa virtud, entre otras, de preservar al que la llevase de cualquier hechizo ó maleficio, motivo por el cual, así como por ser presente del ilustre Prelado, la guardaba la joven con la mayor veneración, sin desprenderla de su cuello ni de día ni de noche.

Convínose por las dos amigas en que aquella reliquia sería remitida á Portocarrero, dando de esa manera doña Leonor á su amante una prueba del entrañable afecto que le profesaba. La joven imprimió sus labios en el *Agnus*, y lo guardó cuidadosamente en una cajita de ébano, con un papel que contenía estas pocas palabras : *conservadlo siempre en memoria mía.* El paje que había sido encargado de ir á las Casas Consistoriales, lo fué también para poner aquella caja en manos de don Pedro, quien la recibió transportado de júbilo. Colocó inmediatamente el relicario sobre su corazon é hizo el firme propósito de no separarse de él mientras viviese.

Dejemos al enamorado Portocarrero entregado á la alegría que le causó aquel presente de la hija del Adelantado, y permítanos el lector lo conduzcamos á presenciar una escena de diverso carácter, si bien ligada íntimamente con los sucesos que venimos refiriendo.

Á las nueve de la noche dos hombres, embozados hasta los ojos, se acercaban á la puerta de una casa de pobre apariencia, situada á la espalda de la iglesia de San Francisco, iglesia que se conserva hasta hoy, sirviendo de parroquia al pueblo de Ciudad-Vieja. Llamaron á la puerta con cautela y se presentó una anciana, que habiendo reconocido á uno de los dos sujetos, les dió entrada, precediéndolos con un candil por el oscuro y estrecho zaguán que conducía al interior. Entraron en una sala en la que se advertía cierto lujo, siendo los muebles ricos, aunque antiguos. La anciana dijo que avisaría á su señora, y desapareció, dejando solos á los dos caballeros, que tales parecían por sus trajes. Á poco rato, abrióse una puerta que conducía á una pieza interior, y salió una mujer que represen-

taba unos treinta años de edad. Su estatura era un poco más que mediana ; su cabeza, profusamente cubierta de cabellos negros ; los ojos de igual color, regularmente apacibles, se iluminaban de vez en cuando con un brillo que tenía algo de salvaje ; la nariz era recta y bien dibujada, y la boca, un poco grande, dejaba ver dos hileras de menudas perlas, al entreabrirse los labios de coral. Si los ojos de aquella mujer imponían miedo, su sonrisa graciosa y atractiva contrastaba con la expresión casi amenazadora de su mirada. Vestía un traje muy sencillo de tela de seda oscura, color que parecía haber sido elegido expresamente para hacer resaltar la blancura de la tez de aquella mujer, realmente encantadora.

Nuestros lectores habrán sospechado, sin duda, que esa dama no era otra que la viuda del desgraciado capitán Francisco Cava. Era así en efecto. Agustina se adelantó para saludar con gravedad y cortesanía al mayordomo y al secretario del gobernador, quien, como hemos dicho, no conocía á aquella señora y quedó visiblemente sorprendido de su hermosura.

— Veo que la fama no ha exagerado, dijo Robledo esforzándose en mostrarse galante, cuando ha pregonado vuestra gentileza y declarado que sois la más bella de las españolas que han venido hasta ahora á las Indias.

— Don Diego, contestó Agustina con desembarazo, eso no ha podido nunca decirse con justicia, y menos aún de un mes á esta parte. ¿ Quién puede hablar de hermosura donde están doña Beatriz de la Cueva, la hija del Adelantado y las señoras que las acompañan ?

El secretario era demasiado astuto para no aprovechar la oportunidad que le ofrecía aquella respuesta, para encaminar la conversación al terreno en que deseaba colocarla. Así, respondió con aparente candor :

— En cuanto á doña Beatriz, no diré yo que no sea muy gallarda señora ; pero por lo que hace á la hija del Adelantado, las opiniones son harto diferentes.

— Pero ¿quién puede negar, replicó Agustina, lo que basta tener ojos para verlo? Yo he conocido á doña Leonor en Méjico, y la vi después aquí, antes de que acompañase al gobernador en su último viaje; y aunque no la he visto desde su llegada, pues vivo en absoluto retiro, el tiempo que ha pasado es demasiado corto para que haya causado una alteración notable en el semblante de una persona tan joven.

— Pues ahí tenéis, dijo Robledo; en el poco tiempo que ha transcurrido desde que visteis á doña Leonor, ha cambiado notablemente. Sufrimientos morales que hasta ahora poco eran un misterio para todo el mundo y que una casualidad ha venido á revelar, han ajado la belleza de la hija del Adelantado, que tal vez no es una sombra de lo que fué.

— Perdonad mi curiosidad, contestó Agustina. Es una de las debilidades de nuestro sexo; ignoro completamente lo que pasa y me holgaría de saberlo.

No deseaba otra cosa Robledo. Así, refirió punto por punto, y en todos sus detalles, la escena del torneo y la conversación entre el Adelantado y doña Leonor, de que había sido testigo, y en la cual la joven dejó ver su decidida inclinación á Portocarrero. El secretario cuidó de agregar que esas relaciones eran ya antiguas, como que habían comenzado cuando Portocarrero conoció en Méjico á doña Leonor.

Aquello fué una completa revelación para Agustina, que encontró la clave del enigma del repentino desvío de su antiguo amante. Herida en lo más vivo, hizo, sin embargo, cuanto le fué posible para disimular su enojo, y cuando Robledo hubo terminado su relación, dijo con fingida indiferencia:

— No hay duda, señor don Diego, que la historia que me referís pudiera, por lo peregrino, figurar en un libro de caballerías. Y á todo esto, ¿qué dice don Francisco de la Cueva? pues he oído que doña Leonor le había sido prometida en matrimonio por el Adelantado.

— Es así, en efecto, contestó Robledo; don Francisco creía

poder contar con la mano de la hija de su cuñado; y no es poco lo que se ha sorprendido é indignado al saber la mala pasada que se le jugaba. El licenciado es orgulloso y está pronto á gastar toda su fortuna, si necesario fuere, con tal de romper las relaciones de Portocarrero y doña Leonor y salirse con la suya.

Agustina permaneció pensativa un breve rato, y luego dijo:

— Eso tal vez sería difícil. Doña Leonor es de un carácter decidido y firme, y no hay que contar con que cambie de resolución.

— Todo eso es verdad, dijo Robledo; pero también es orgullosa y altiva, y no sería imposible encontrar algún medio de herir su amor propio y hacer que se cambiara en odio ó en desprecio el afecto que hoy profesa á Portocarrero.

Agustina guardó silencio de nuevo y permaneció un momento con la vista fija en el suelo, con una mirada que podía compararse á la de la serpiente cuando fascina á la tímida liebre que va á ser su víctima.

— Bien, dijo como hablando consigo misma, veremos si ese amor es tan poderoso para la lucha, como ha sido astuto para ocultarse.

Y luego, volviendo á Robledo, añadió:

— Espero nos veremos frecuentemente y que cuidaréis de darme noticias del progreso de la interesante aventura que me habéis referido.

— Aprovecharé con gusto el permiso que me dais para que repita mis visitas, contestó Robledo, levantándose para marcharse, lo que hizo también por su parte el mayordomo; y saludando cortésmente á Agustina, se retiraron.

La viuda quedó en una inquietud extraordinaria; su respiración precipitada indicaba la violencia con que latía su corazón, fuertemente agitado. Revolvía en su cabeza los proyectos más extravagantes, sucediéndose las ideas unas á otras en su

cerebro, como las olas en el mar embravecido. Media hora había pasado en aquella situación, cuando se oyeron los pasos lentos y pausados de un caballo, que se acercaba muy despacio á la puerta de la calle. Resonaron dos recios aldabonazos, y dijo Agustina con mal humor: « Él es. » La vieja sirviente abrió la puerta y á poco entró en la sala, sin ceremonia, un hombre vestido de viaje, y que parecía bastante fatigado.

CAPÍTULO VIII

El hombre que acababa de entrar en la sala de Agustina podría tener unos cuarenta años, aunque su rostro surcado por las arrugas, su cabello y barbas encanecidos y su cuerpo ligeramente agobiado revelaban una vejez prematura, resultado quizá de una vida agitada. Cualquier observador medianamente sagaz habría adivinado por el traje y el aire de aquel individuo, que no pertenecía á la clase militar. Vestía un sayo de gamuza, calzones anchos y botas de la misma piel, y al entrar, había arrojado sobre un mueble un sombrero grande y maltratado, sin plumas ni otro adorno alguno. No traía espada, sin embargo de que parecía venir de un largo viaje, y el objeto por el cual mostraba una atención especial era una bolsa ó saco de cuero que llevaba á la espalda, pendiente de unas correas, y que colocó cuidadosamente en una mesa.

La mirada penetrante del recién llegado se fijó en Agustina, cuya agitación febril advirtió inmediatamente, y acercándose á ella sin saludarla, le tomó el pulso, con el desembarazo de un médico de profesión.

— ¿Qué ha ocurrido aquí de extraordinario? preguntó ; ¿ha venido alguien durante mi ausencia?

La viuda no contestó una palabra á aquellas preguntas y continuó entregada á sus cavilaciones, sin hacer, aparentemente, el menor caso de aquel sujeto que acababa de interrogarla. Éste se echó en un sillón frente al que ocupaba Agustina,

extendiendo las piernas como para descansar y apoyando la cabeza en el respaldo.

— ¿Sabéis, don Juan, dijo la viuda, que el Adelantado está en la ciudad?

— Sí, contestó el individuo bostezando; me lo han dicho en un pueblo de las inmediaciones.

— ¿Sabéis también que ha venido con él doña Leonor su hija?

— Es natural, contestó el otro, acompañando aquellas dos palabras con otro bostezo.

— Pero lo que no es natural, dijo Agustina, y os sorprenderá sin duda, es que la hija del Adelantado está locamente enamorada de...

— Sí, interrumpió don Juan, del licenciado de la Cueva; ¿y qué?

— No me interrumpáis, ¡vive Dios! dijo Agustina, ó no concluiremos jamás. Doña Leonor ama á Portocarrero.

— ¿Á Portocarrero? exclamó el otro asombrado. Es raro, y luego añadió: ahora ya comprendo por qué estáis esta noche con calentura. Os suministraré el zumo de una preciosa hierba que he encontrado y os pondrá buena inmediatamente.

— No me habléis de vuestros bebistrajos, que los detesto; no sirven para nada.

Herido en su amor propio el interlocutor de la viuda, se medio levantó del sillón, y dijo con impaciencia:

— ¡Mis bebistrajos no sirven para nada! ¡Y sois vos la que así habla! Vamos, Agustina, que sois ingrata ó desmemoriada. Ninguno mejor que la viuda del capitán Cava puede dar fe de la virtud de las medicinas del médico herbolario Juan de Peraza.

Al escuchar aquellas palabras, cuyo oculto sentido no era sin duda un enigma para Agustina, ésta perdió el color, y cubriéndose el rostro con ambas manos, dijo en voz ahogada:

— ¡Oh! para eso no niego la eficacia de vuestras hierbas,

don Juan. Pero por Dios no hablemos ahora de esto; y perdonad si en la situación en que me hallo, he herido vuestro amor propio. Sé que sois un sabio, por tal os tiene la ciudad, y á mí menos que á cualquiera correspondía poner en duda vuestra consumada habilidad.

Aquellas palabras apaciguaron al irritable médico, botánico, ó lo que fuese, y cambiando de estilo, dijo á Agustina:

— Pero, ¿estáis cierta de lo que me decís?

— Tan cierta, contestó la viuda, como que me lo ha referido el secretario del gobernador, Diego Robledo, que acaba de salir de aquí, habiéndome pedido una entrevista por medio del mayordomo, á quien, como sabéis, conozco tiempo hace.

Peraza volvió á alargar las piernas y apoyó de nuevo la cabeza en el respaldo del sillón, sin decir palabra, como reflexionando. La viuda, entonces, se puso á contarle, punto por punto, la anécdota del torneo y la conversación entre doña Leonor y el Adelantado, tal cual se la había referido el secretario. Como la historia fuese un poco larga, y el viajero estaba fatigado, habiendo caminado todo el día y parte de la noche, insensiblemente se fué quedando dormido, lo que no advirtió Agustina, sino cuando percibió la respiración agitada del herbolario.

— ¿Me oís, don Juan? preguntó con mal humor.

Y como no recibiese respuesta alguna, se levantó con impaciencia, y echando una mirada de desprecio al dormido, tomó la vela y se retiró á su alcoba, que cerró por dentro, dejando á don Juan solo y en la obscuridad.

Aprovecharemos la ocasión para dar á nuestros lectores alguna noticia del extraño personaje que dormía á pierna suelta en la sala de la viuda del capitán Francisco Cava.

Juan Peraza, ó de Peraza, como se hacía llamar después, era hijo de un pobre pechero de la ciudad de Baeza. Habiendo descubierto en su juventud temprana cierta aptitud para las letras, fué colocado como aprendiz ó practicante en casa de un

médico, que lo inició á medias en el secreto de la poca ciencia que poseía. Peraza tuvo la fortuna de que dos ó tres enfermos se restableciesen cuando él los estaba asistiendo, lo que le dió gran reputación y no poco dinero. Contentísimo de haber abrazado « un arte tan dichosa como la medicina, cuyas faltas cubre la tierra », según se expresa el cronista Remesal, adelantaba diariamente en honra y en provecho, cuando ocurrió un suceso que cortó la carrera y las esperanzas del famoso médico. Sucedió que un día vió Peraza en la iglesia á una joven de muy gallarda presencia, y tan bella como recatada. Enamoróse de ella perdidamente el buen Galeno, y averiguada la condición de los padres de la dama, supo, no sin desconsuelo, que eran de muy claro linaje y tan altivos como nobles. Aguijoneado por la pasión, el hijo del pechero rondó la calle de la dama, le dió músicas, siguióla por todas partes, y habiéndose decidido al fin á pedir por esposa á la bella doña Juana (que así se llamaba la joven), recibió, como debía esperarse, la más insultante repulsa. Publicóse el lance en la ciudad, y el pobre Peraza, corrido y amilanado, dispuso expatriarse, llevando en el fondo de su lacerado corazón una mezcla extraña de amor y de odio hacia la que era causa inocente de su desventura. Pasó á Cádiz, en ocasión en que un navío se aprestaba á darse á la vela con dirección á las Indias. Tomó pasaje, con otros muchos que deseaban, como él, aunque por diversos motivos, abandonar la tierra natal y correr en busca de aventuras. Desembarcó en Cuba, ó Fernandina, como entonces se decía : de allá pasó á las costas de Honduras y luego á Guatemala, en donde se estableció con el título de médico ó cirujano, diciendo que era graduado por Salamanca, aunque nadie vió jamás sus diplomas.

Estudió con ardor y dedicóse con particularidad á la observación de las propiedades de los vegetales. Recorrió las montañas, hizo conocimiento con los indios y de ellos aprendió el uso de diferentes hierbas medicinales, que aplicaba con más ó

menos éxito. Pronto voló el nombre del « herbolario », como lo llamaban, en alas de la fama; y curando á unos pocos y matando á los más, llegó á hacerse de gran reputación y hombre de influencia en la ciudad.

Un día de tantos fué llamado para asistir al capitán Francisco Cava, que estaba enfermo, aunque no de peligro, y que vivía ya con su esposa, con quien estaba medio reconciliado. Acudió el doctor, y quiso la desgracia que los ojos de Agustina le hiciesen á él un daño más positivo que el que padecía el desventurado esposo de aquella mujer. Dirigió tan hábilmente la curación del paciente, que á los ocho días ya estaba enterrado, y la señora, dueña de su persona y de su voluntad. Continuaron por algún tiempo las relaciones del herbolario y de la viuda, hasta que, cansados ella y él, se separaron, aunque continuaron en buena amistad, viéndose frecuentemente, pero con cierto misterio, porque un rumor de esos que no se sabe de dónde salen, había propalado en el vulgo algunas especies algo extrañas, respecto á la muerte del capitán. Verdad es que la generalidad no le dió crédito, y el doctor continuó imperturbable en su oficio.

Poseído de una codicia insaciable, su principal afán era adquirir dinero, no perdonando medio al efecto, por reprobado que fuese. Un día necesitó el auxilio de su arte el veedor Gonzalo Ronquillo, y tuvo la dicha de acertar la curación, lo cual hizo se estrechase la amistad entre aquellos dos sujetos llamados á entenderse. Ronquillo descubrió sus proyectos al herbolario y lo inició en los planes que se tramaban contra el Adelantado. Peraza meditó detenidamente, estuvo durante algunos días calculando si convendría más á sus intereses el papel de delator que el de cómplice en la trama; y por último se decidió á tomar parte con los conspiradores. Su profesión le proporcionaba grandes facilidades para ayudar á éstos, y su talento y travesura fueron haciendo que adquiriese una influencia tanto más eficaz, cuanto era más disimulada y poco

advertida, aun por los mismos sobre quienes se ejercía. Llegó á hacerse, pues, el alma de las intrigas que se tramaban contra el gobernador. Más adelante tendremos ocasión de ver hasta dónde llegaba la audacia de los planes de aquel aventurero.

Agustina estaba iniciada en una parte de ellos. Peraza conocía el espíritu mañoso y artero de aquella mujer, y no vaciló en darle conocimiento de algunos de sus proyectos, si bien cuidó de no revelarle la extensión de sus miras. Ligados íntimamente por un crimen, estaban interesados en conservar buena amistad, esperando el uno y la otra sacar partido de aquella relación, en una circunstancia dada.

Tal era el individuo que, rendido por una larga excursión, que él decía haber tenido por único objeto herborizar en las montañas, dormía en la sala de Agustina Córdoba. Entretanto, la viuda, presa de la más violenta agitación, ocasionada por la revelación que acababa de hacerle el secretario del gobernador, pasó la noche casi delirando, revolviendo en su imaginación exaltada los proyectos más estrafalarios.

Acababa de amanecer cuando despertó Peraza. Incorporóse, y buscando su precioso saco de cuero, que contenía plantas y flores, salió sin hacer ruido. En el patio estaba atado su caballo, montó y se dirigió á su casa. Para llegar á ésta, partiendo de la de Agustina, era preciso pasar á la espalda del palacio del gobernador, delante de las ventanas que daban al volcán. Los rayos del sol bañaban la elevada cresta de las montañas. El horizonte se iluminaba poco á poco y la pálida luz de las estrellas desaparecía, como se secan las lágrimas en las mejillas de una mujer hermosa, cuando la alegría sucede repentinamente á la aflicción. El valle permanecía aún en la oscuridad; y los árboles, el río y la pradera dibujaban sus dudosos contornos, é iban tomando forma y colorido, como en el breve instante en que la naturaleza salió de las sombras del caos, á la voz poderosa del Criador.

Indiferente ante el espectáculo grandioso del universo que

despierta, el médico seguía su camino, paso á paso, preocupado con las ideas, de orden muy diverso, que agitaban su imaginación. Levantó la cabeza, distraído, y volvió los ojos casualmente al palacio del Adelantado. En aquel momento abrióse una ventana del segundo piso. Una mano blanca y delicada corrió la cortina, y apareció una joven, vestida con un ligero traje de mañana, y sobre cuyos hombros caía, destrenzado, el largo y sedoso cabello castaño. Peraza detuvo involuntariamente su caballo, y después de haber observado á la joven, durante dos minutos, lanzó un grito é inclinó la cabeza sobre su pecho. Cuando alzó otra vez los ojos, después de un breve instante y buscó ansioso á la encantadora maga, la joven había desaparecido, la ventana estaba cerrada, y el médico ni aun pudo determinar en cuál de las varias que tenía en aquella parte el edificio, había aparecido la fantástica figura que despertaba en su alma los más punzantes y dolorosos recuerdos. Dudaba si era sueño ó realidad lo que acababa de ver, y no creía el testimonio de sus propios sentidos. Sin embargo, aquella figura estaba trazada con caracteres de fuego en el corazón del desdichado, y la indefinible sensación que experimentó al ver á aquella mujer, no le dejó lugar á la más ligera duda. Buscando con ojos extraviados la misteriosa ventana, Peraza permaneció un rato, repitiendo con voz ahogada y doliente : « Ella es, ella es; doña Juana : el destino implacable vuelve á arrojarla en mi camino » ; y dos lágrimas ardientes como lava volcánica rodaron por sus mejillas.

El médico siguió su marcha, profundamente abatido; se encerró en su casa y permaneció dos ó tres horas entregado á sus cavilaciones. No acertaba á comprender cómo era que se hallaba en Guatemala y en el palacio del gobernador, aquella misma doña Juana á quien él había conocido en Baeza, seis años antes y de quien no volvió á oír hablar jamás después de su salida de España.

Él ignoraba, por supuesto, que la joven había obtenido

colocación en la corte, como dama de la reina, y que muertos sus padres, y habiendo conocido íntimamente á doña Beatriz y doña Leonor, resolvió, por instancias de éstas, venir á Guatemala.

Si algún resto de duda podía quedar aún en el ánimo de Peraza, no tardó en disiparse. Don Gonzalo Ronquillo, ansiosísimo de conferenciar con su amigo y confidente, había acudido varias veces á casa del médico, á ver si estaba ya de vuelta. Aquella mañana ocurrió temprano, y habiéndosele dicho que don Juan estaba en su gabinete, se dirigió apresuradamente á aquella pieza y entró sin anunciarse. El gabinete del médico-cirujano-herbolario era pequeño y se veía completamente ocupado con redomas y vasijas de diferentes tamaños, que servían para la preparación de las medicinas, pues él mismo componía las pócimas que administraba á sus enfermos. Veíanse también en las mesas y pendientes de las paredes plantas y flores, calaveras y otros huesos de hombre y de bestias, pieles de fieras y esqueletos de aves. Un estante con libros completaba el ajuar de aquel santuario de la ciencia, en el que no penetraban los profanos, estando abierta la entrada únicamente á los amigos íntimos, como el veedor.

— Al fin estáis de vuelta, dijo don Gonzalo, estrechando la mano á su amigo, sin advertir el abatimiento de éste, preocupado él mismo con sus ideas. Sucesos muy importantes han ocurrido durante vuestra ausencia.

— Sí, contestó Peraza, sé que el Adelantado está de vuelta y que ha tomado nuevamente la vara de la gobernación.

— Nuestros esfuerzos han sido inútiles, dijo Ronquillo con mal humor; ese hombre tiene algún demonio familiar que lo ayuda y hace que todo le salga bien.

En seguida el veedor refirió á su amigo los principales acontecimientos de aquellos días, sin exceptuar el lance del torneo, el descubrimiento de los amores de doña Leonor y Portocarrero, callando únicamente, por prudencia, lo que

había de ridículo y deshonroso para él en aquellos sucesos.

—¿Decís, preguntó Peraza, que han venido varias señoras de Castilla en compañía de doña Beatriz?

— Sí, contestó don Gonzalo; unas veinte, que forman la corte de aquella mujer, que se cree ya una reina.

—¿Y podríais decirme los nombres de algunas de esas damas? dijo el médico, dominado exclusivamente por una sola idea.

—¿Y qué interés podéis tener en eso? preguntó Ronquillo, extrañando la pregunta de don Juan. Sé, añadió, que la principal de ellas, así por su clase, como por la confianza que le dispensan en el palacio, es una doña Juana de Artiaga, que se dice natural de Baeza : y otras...

— Basta ya, interrumpió el médico ; es inútil me digáis los nombres de las demás.

Y guardó silencio, mostrando la más viva agitación.

Ronquillo, que ignoraba la historia de Peraza, no acertó á comprender por qué aquel nombre producía semejante sensación en el ánimo de su amigo. El médico, después de un momento de silencio, dijo :

— Don Gonzalo, no extrañéis la importancia que doy al nombre de esa dama. Es un secreto de mi juventud, que acaso podré revelaros algún día.

El orgulloso pechero no quería mostrar su herida á aquel hidalgo; conociendo que por más que estuviesen unidos en intereses, las preocupaciones de que participaba Ronquillo, como cualquier otro caballero de su clase, harían que calificase desfavorablemente el atrevimiento con que se había lanzado á solicitar la mano de una dama de encumbrado linaje. Encerróse, pues en la más absoluta reserva, y sabiendo ya respecto á la joven que había visto pocas horas antes cuanto le importaba saber, procuró dominar su emoción, é hizo á Ronquillo una relación detallada de la excursión que acababa de practicar y cuyo objeto aparente había sido recoger plantas medicinales en las montañas.

CAPÍTULO IX

— Todo camina perfectamente, dijo el médico; he recorrido los pueblos; me he abocado con los principales caciques, y arden en deseos de venganza. Puede contarse con unos cincuenta mil guerreros, y, no lo dudéis, don Gonzalo, la sublevación será mucho más formidable que la del año 26.

— Muy bien, don Juan, contestó Ronquillo; ya que tan desgraciados hemos sido en la ciudad, preciso es fiar únicamente en lo que pueda venir de fuera. Es necesario incendiar el país, promover una sublevación general y acabar una vez por todas con nuestros enemigos. Castellanos, Ovalle, Zorrilla y los demás están prontos, y todos tienen la mayor confianza en el éxito de los proyectos que hemos combinado.

— Quizá no está distante la hora en que han de verse realizados. Entretanto, decidme don Gonzalo, ¿cómo sigue el enfermo? Nada podemos hacer mientras no se restablezca.

— Según se me ha dicho, contestó Ronquillo, el mal ha presentado en los últimos días síntomas algo alarmantes. Está muy abatido, tiene frecuentemente calentura y es le han escuchado algunas expresiones inconexas.

— ¿En castellano? preguntó Peraza algo alarmado.

— No, don Juan, contestó el veedor; tranquilizaos; en esos accesos de delirio, el rey, por fortuna, usa únicamente de su propio idioma; y sabéis que podemos contar con la fidelidad y la reserva de su guardián.

— Bien, replicó el médico; pero es necesario procurar que desaparezca ese síntoma peligroso. Creo que he encontrado un seguro específico para la enfermedad de ese desgraciado, cuya causa principal es, á no dudarlo, la larga prisión que ha sufrido. Su compañero debe á su juventud únicamente el no estar en la misma situación. Hoy iré á verlos. Entretanto, vos anunciad mi regreso á los amigos, informadlos de lo que os he referido acerca de mi excursión, y que todos estén prontos al primer aviso.

— Lo haré como decís, contestó don Gonzalo.

Y despidiéndose de Peraza, se marchó á buscar á los demás conspiradores.

El médico, luego que estuvo solo, volvió á entregarse á sus cavilaciones. Seguro ya de que era doña Juana de Artiaga la joven á quien había visto al amanecer en una ventana del palacio del gobernador, se abrió de nuevo la mortal herida que el tiempo y la ausencia no habían podido cicatrizar. Don Juan era hombre de pasiones violentas, y el amor desgraciado que concibió por aquella dama, había sido el primero y último á que dió entrada su corazón, pues no merecía un nombre semejante el pasajero capricho que concibió por Agustina Córdoba. Peraza se encontraba á la sazón en situación bien diferente de aquella en que estaba en Baeza, cuando solicitó la mano de doña Juana. Su reputación de sabio médico era grande, y poseía además una fortuna algo considerable. Sin embargo, era bastante sagaz para comprender que aquellas ventajas no alcanzaban á allanar el verdadero y poderoso obstáculo que se levantaba como una montaña entre él y el objeto de su amor : la diferencia del linaje. Fijándose en esta consideración, don Juan sentía rebosar en su alma el más acerbo despecho ; y su odio contra las clases elevadas que gobernaban la naciente colonia cobraba nuevo impulso. Así, el amor fué á alentar los rencores de que el médico se sentía poseído ; y la presencia de doña Juana, lejos de cambiar la corriente de las ideas que lo

dominaban, le hizo desear aun más vivamente la ejecución de los osados proyectos que su espíritu audaz había madurado.

Repasaba con orgullo y complacencia, en su imaginación, las probabilidades con que creía contar; y tomando sus ilusiones por realidades, como sucede frecuentemente á los hombres que se encuentran en la posición en que se hallaba Peraza, contaba con la certeza de ejecutar sus planes, que llevarían su nombre en alas de la fama, del otro lado de los mares. Dos golpes dados en la puerta del gabinete, interrumpieron aquellas graves meditaciones.

— ¿ Quién es ? dijo don Juan con mal humor.

— Soy yo ; abrid, contestó una voz de mujer bien conocida del médico, que se levantó, y abriendo la puerta, hizo entrar a Agustina Córdoba, que iba rebozada en un manto negro.

— Anoche, dijo la dama, tuvisteis la poca cortesanía de dormiros mientras os refería yo los acontecimientos que se han verificado en la ciudad durante vuestra ausencia.

— Perdonadme, Agustina, respondió don Juan. Me sentía fatigado, y á pesar del interés que me inspiraba la relación que me hacíais, la naturaleza pudo más que mi deseo de escucharos. Creo recordar que me dijisteis haberse descubierto que la hija del Adelantado amaba á Portocarrero.

— Así es, don Juan, dijo Agustina. Robledo me ha hecho la relación de lo que pasó en el torneo con que la ciudad festejó al gobernador y de una conversación que él mismo escuchó, en la cual doña Leonor defendió con decisión y audacia los intereses de Portocarrero.

— Estoy instruído de todo, replicó Peraza. Don Gonzalo acaba de salir de aquí y me ha asegurado que vuestro antíguo amante está profundamente apasionado de doña Leonor, que corresponde á ese afecto con toda su alma. Creo, pues, Agustina, que debéis procurar olvidar á ese hombre, por vuestra propia tranquilidad.

— ¡Olvidar ! exclamó la viuda ; ¡ olvidar, decís ! Aconsejad,

don Juan, al impetuoso torrente que se despeña entre las rocas, que detenga su precipitado curso; aconsejad al fuego que incendia en el otoño las áridas campiñas, que detenga su abrasadora corriente; eso es más fácil que no el que deje yo de amar á ese hombre. Vos, don Juan, podéis hablar de olvido, porque jamás habéis amado verdaderamente.

El pobre médico sintió que aquellas palabras atravesaban su corazón como un agudo dardo. Sin acordarse de que á él mismo le era imposible olvidar, había dado aquel consejo á su amiga, con esa ligereza indiferente á que somos los hombres tan propensos, en nuestro egoísmo. Así, comprendiendo la situación del alma lacerada de aquella mujer, por la observación de su propio espíritu, guardo silencio como avergonzado, y después de un momento, dijo:

— Tenéis razón, Agustina. Es imposible olvidar, cuando se ha amado una vez con todas las fuerzas del alma. ¿Pero qué hacer? ¿Habéis encontrado vos algún medio para que nos ame quien nos rehusa ingratamente su afecto? Si lo sabéis, decídmelo, por Dios.

— Sí, don Juan, contestó Agustina, sin comprender el alcance de la respuesta del infeliz doctor. Creo que hay un medio único y eficaz y que ese lo poseéis vos.

— ¡Yo! exclamó Peraza asombrado. ¿Yo sé el secreto para hacerse uno amar? ¿Habéis perdido el juicio, Agustina, ó se ha exacerbado la fiebre que os agitaba anoche?

— No, don Juan, replicó la viuda en tono firme y tranquilo. Estoy en pleno uso de mi razón y os digo que vos podéis hacer que Portocarrero vuelva á amarme.

— Explicaos, contestó impaciente el médico.

— ¿No sabéis, dijo Agustina en voz baja, que entre las virtudes que la naturaleza ha querido conceder á ciertos vegetales, es la más rara y preciosa la de inspirar el amor ó el odio?

El buen doctor quedó pasmado al escuchar aquella pregunta. Sin la suficiente ilustración para sobreponerse á una creencia

general en el siglo en que vivía, y más preocupado que otro cualquiera respecto á la eficacia de sus plantas, la observación de la viuda fué para él un rayo de luz que descubrió á su imaginación un mundo desconocido de ilusiones realizadas y de esperanzas satisfechas. Ocupado exclusivamente de su amor a doña Juana, acogió con delirio la idea de Agustina, y mostrando una alegría extraordinaria, exclamó :

— ¡ Válame Dios, y cómo no había yo pensado en eso, amiga mía! Gracias, mil gracias por vuestra feliz inspiración. ¡ Oh! ¡ las plantas! ¡ las plantas! Ellas son todo, lo pueden todo, y nada hay que resista á su benéfica influencia. Sí, añadió entusiasmándose cada vez más; en el zumo bienhechor de esos benditos vegetales encontraremos lo que deseamos : la vida, la felicidad y la recompensa de tantos años de humillación y de inauditos sufrimientos.

— Sí, don Juan, dijo Agustina, ignorando siempre que las palabras del médico encerraban un doble significado ; todo eso deberé á vuestra admirable ciencia; estudiad, interrogad á la naturaleza y no descanséis hasta encontrar esa preciosa hierba.

— Júroos que así lo haré, contestó Peraza; ó he de ser muy desgraciado, ó antes de ocho días habré adquirido ese tesoro.

Agustina se despidió del doctor, que volvió á quedarse entregado á sus reflexiones, aunque reanimado con la idea de proporcionarse la hierba poderosa por medio de la cual se haría amar de doña Juana. Propúsose, desde luego, hacer el experimento en Portocarrero, y cuando estuviese ya seguro del éxito, emplear el maravilloso secreto en la consecución del objeto de sus más ardientes aspiraciones.

Bajó uno tras otro los libros que formaban su pequeña biblioteca; leyó y releyó; examinó su colección de plantas y flores, y después de más de una hora de minucioso examen, arrojó despechado los volúmenes y los vegetales, diciendo entre dientes :

— Nada, absolutamente nada. Estos libros no responden á mi ansiedad y estos miserables hierbajos permanecen tan mudos como ellos. ¡ Oh ! Yo arrancaré á la naturaleza avara sus secretos; lucharé con ella, y mi perseverancia triunfará. Sí, doña Juana, añadió en tono grave y amenazador; el hombre á quien desdeñasteis por humilde y oscuro, se levantará hasta vuestra altura por medio de la ciencia, y cuando ayudado por ella, hubiere yo doblegado vuestra altiva cerviz, comprenderéis que no debisteis despreciar al hijo del pechero. Paciencia y estudio; ésta será en adelante mi divisa.

Dicho esto, volvió á colocar sus tomos en la estantería; acondicionó las plantas cuidadosamente en los puntos que antes ocupaban y salió del gabinete, que cerró con dos vueltas de llave. Pasó á su dormitorio y cambió de traje, dejando el de camino y vistiendo un sayo de seda amarillo, gregüescos de igual tela y color, medias de color carne, capa escarlata, sombrero con plumas de variados matices y espada con empuñadura adornada con piedras. En aquel arreo, más chillante que vistoso, salió á la calle el médico herbolario y tuvo que detenerse á cada paso con diferentes personas que lo saludaban cariñosamente y le daban la bienvenida, preguntándole nuevas de su expedición. El popular doctor correspondía á aquellas demostraciones de afecto y refería algunas generalidades acerca de la supuesta excursión científica que había hecho en las montañas.

Desembarazado al fin de los importunos, Peraza se dirigió á las Casas Consistoriales; subió del primero al segundo piso; llegó á una puerta en donde estaba situado un arcabucero que montaba la guardia, y siguiendo por una estrecha y tortuosa escalera, llegó á una especie de torre que formaba el tercer piso y constaba de dos piezas, comunicadas por medio de una puerta. En la que daba á la escalera estaba otro centinela, que lo mismo que el primero, retiró su arcabuz para dar paso al médico, como quienes tenían ya costumbre de franquearle la entrada.

Dos hombres estaban en aquella pieza. El uno, anciano como de sesenta años, sentado en el suelo, apoyaba la cabeza sobre sus rodillas; el otro, joven como de treinta, contemplaba, con aire melancólico, por una ventana con fuertes rejas de hierro, que daba luz á la habitación, la elevada cresta de los volcanes. Ambos volvieron la cabeza al oír que entraba alguno. El anciano parecía quebrantado por la adversidad; el joven, por el contrario, dejaba ver en su semblante los rasgos característicos de una indómita energía. Eran los reyes de los kachiqueles y los quichees, Sinacam y Sequechul, que sufrían por espacio de trece años ya, una prisión que, muy dura al principio, había ido aliviándose poco á poco, aunque sin abandonar las precauciones que corresponde observar respecto á prisioneros de importancia.

Como es bien sabido, y consta por la historia, aquellos dos monarcas tomaron una parte activa en la sublevación casi general del año 1526, que llegó á poner en serio peligro la recién fundada capital de los españoles. Fué necesario un vigoroso esfuerzo para reducir á los rebeldes, que peleaban en número considerable y, aunque sin disciplina ni conocimiento alguno del arte militar, con el valor de la desesperación.

Alvarado, que había salido de Guatemala en febrero de aquel año, con dirección á Honduras, sabedor de que Hernán Cortés estaba en Trujillo, llegó á la Choluteca, en donde se encontró con los capitanes Bernal Díaz del Castillo, Luis Marín y otros, quienes le informaron de que Cortés se había ya embarcado para regresar á Méjico. Volvió el gobernador, y se encontró las provincias que acababa de dejar pacíficas y sometidas á los españoles, en completa insurrección. Con un puñado de hombres decididos y valerosos, atravesó el país desde San Miguel, pasando por San Salvador y siguiendo de Jalpatagua hasta llegar á las inmediaciones de Guatemala, después de haber sostenido recios combates con los sublevados. Encontróse en los llanos de Canales un formidable ejército de indios

rebeldes, de los cacicazgos de Petapa, Pinula, Guaymango, Jumay y otros, como también á los súbditos de los reyes de los kachiqueles y quichees, que estaban fortificados en el valle de Panchoy, en el mismo sitio que hoy ocupa la Antigua Guatemala. Alvarado tenía urgencia de partir para Méjico, debiendo después pasar á España, con el fin de sincerarse de graves cargos que se le habían hecho, y deseando dejar reducido el país á la obediencia de los españoles, convidó con la paz á Sinacam y á Sequechul. Rehusaron éstos todo avenimiento, y Alvarado emprendió su marcha, dejando al frente de las tropas á don Pedro Portocarrero, con el carácter de teniente general.

Organizó éste con la mayor actividad su pequeño ejército, compuesto de españoles y de algunos indios de los pocos que habían permanecido fieles, y abrió la campaña por el mes de agosto de aquel año. Sinacam y Sequechul, no considerándose sin duda muy seguros en los puntos que ocupaban, se retiraron con los kachiqueles y quichees hacia Quezaltenango y se fortificaron en el volcán. Entretanto los sublevados de Sacatepéquez continuaron defendiendo aquella provincia con denuedo y decisión. Portocarrero arrolló en poco tiempo á los enemigos que acampaban en las inmediaciones de Guatemala. Vencidos los de Sacatepéquez, el teniente general resolvió combatir con las fuerzas de los dos monarcas y dispuso su ejército, compuesto de 215 españoles armados de escopetas y ballestas, 108 de caballería, 120 tlaxcaltecas, 250 mejicanos y 4 cañones. Esa pequeña fuerza se disminuyó, habiendo tenido que dejar 120 infantes en Chimaltenango, para sujetar á los sublevados de aquel pueblo, y el resto continuó su marcha. Quezaltenango, que permanecía fiel, engrosó el ejército con 2,000 flecheros. Tuvieron algunas escaramuzas con pequeñas partidas que los hostilizaban en el tránsito, y ya cerca de Quezaltenango, fueron asaltados de improviso por diez mil indios, que los atacaron con el mayor denuedo. La pericia y la serenidad de Portocarrero salvaron á los tercios españoles en aquel lance. Tomó sus

disposiciones con acierto, sujetando sus movimientos á lo que exigía la configuración del terreno, y después de tres horas de encarnizada lucha, arrolló á los indios, que se replegaron al volcán, en donde, como hemos dicho, estaban fortificados con una multitud innumerable de guerreros, los reyes Sinacam y Sequechul. Reforzado el ejército español con más gente de Quezaltenango y con los soldados que había sido preciso dejar atrás y que se incorporaron luego, Portocarrero embistió con denuedo los atrincheramientos, y formando al rededor del volcán una figura triangular, fué subiendo la montaña, bajo una lluvia de flechas, piedras y otros proyectiles que arrojaban las indios. Al fin llegaron los españoles á la eminencia, quedando muertos muchos de los valerosos guerreros kachiqueles y quichees, escapando otros y rindiéndose los demás, entre estos últimos los dos monarcas. Alcanzóse aquella victoria el día 22 de noviembre de 1526, y con ella quedó definitivamente establecida la dominación española en estas provincias. El teniente general regresó á Guatemala con los prisioneros, encerrándose en la torre de las Casas Consistoriales, bajo segura custodia, á Sinacam y á Sequechul (1).

En la época á que se refiere nuestra historia, hacía pues trece años que aquellos desgraciados aguardaban que se dispusiera de su suerte. Los sufrimientos habían quebrantado la energía y la salud del anciano rey de los kachiqueles ; pero su

(1) En la relación de este episodio histórico, he seguido, con preferencia á la versión del cronista Vázquez, la de Fuentes, por ser la más generalmente adoptada. Los nombres de los dos reyes kachiquel y quiché, son también los que les da el mismo Fuentes. El señor abate Brasseur de Bourbourg, en una nota y á su traducción Popol Vuh, ó libro sagrado de los quichees, dice que los verdaderos nombres de esos dos monarcas eran Tzinacam y Tepepul, de los cuales hicieron los historiadores de la conquista Sinacam y Sequechul. — *Nota de la edición de* 1866.

Fuentes es un autor en cuyo dicho no puede ponerse mucha fe. Esa campaña de Portocarrero no tuvo lugar en los puntos que indica este autor, ni parece cierto haya habido una acción de guerra el día 22 de noviembre.

joven compañero, lejos de dejarse abatir por el infortunio, cobraba cada día nuevo vigor, y oyendo sólo la voz del patriotismo, sin atender á los dictámenes de la prudencia, soñaba con el exterminio de los *Teules*, como llamaban ellos á los españoles. Sequechul recibió con viva alegría al conspirador herbolario; pero Sinacam, sin moverse de su rincón, apenas levantó la cabeza para saludarlo.

Dejaremos para otro capítulo la conversación de aquellos personajes.

CAPÍTULO X

Lo primero que hizo Peraza al entrar en la prisión de los reyes, fué acercarse al anciano Sinacam y tomarle el pulso. Á la cuenta no hubo de quedar muy satisfecho del resultado de su examen, pues arqueó las cejas y movió ligeramente la cabeza de un lado á otro.

— ¿ Duerme ? preguntó á Sequechul.

— Muy poco, dijo éste.

— Sinacam, añadió el doctor, dirigiendo la palabra en voz baja al anciano ; acabo de recorrer vuestros dominios y los de Sequechul ; vuestros antiguos vasallos esperan únicamente la voz de sus reyes para levantarse contra sus opresores. Recobrad el ánimo, haced un esfuerzo y preparaos, pues va acercándose el momento en que quebrantaré vuestras prisiones, y entonces necesitaréis de todo vuestro valor.

El viejo kachiquel levantó la cabeza al escuchar aquellas palabras, y fijando en el médico sus ojos, cuya mirada vaga y extraviada indicaba el estado de su ánimo, dijo :

— No tengo ya dominios ni vasallos. Los teules me lo quitaron todo. ¿ No los ves ? añadió como delirando, allí vienen monstruos que son la mitad hombre y la mitad caballo, y traen espantosas serpientes que vomitan fuego. Padecen de un mal de corazón que se cura con el oro ; dales oro y más oro, con tal de que me dejen mi reino y no hagan daño á nuestro dios, Chamalkán.

El infeliz indio, atormentado con aquellos dolorosos recuerdos, se puso á derramar lágrimas como un niño.

El doctor sacó del bolsillo una redomita que contenía un licor amarillo color de oro; destiló cuidadosamente tres gotas en medio vaso de agua y lo dió á beber á Sinacam. Tomólo el rey sin repugnancia, y Peraza, aguardando á que aquella medicina comenzase á producir su efecto, se retiró al otro extremo de la habitación con Sequechul.

— Así pasa los días y muchas noches, dijo el joven con tristeza.

— Es necesario no omitir esfuerzo hasta lograr reanimarlo, contestó Peraza. Su nombre y su prestigio son indispensables para llevar á cabo la empresa. Su presencia levantará á los guerreros de su nación, que están prontos á morir por él. Las numerosas tribus del Quiché cuentan con vos, Sequechul; y todos, todos, están ansiosos de vengar los sangrientos ultrajes que han sufrido por espacio de quince años. ¿Cuál es vuestra resolución?

— La de morir, contestó el joven con tranquila energía, al frente de los mios.

— Bien, dijo el doctor; la fortuna, adversa hasta ahora, os ayudará al fin. He hablado con los caciques, quienes han consultado los sentimientos de los *mazehuales*, y creo que á vuestra voz y á la de Sinacam, se reunirán unos cincuenta mil guerreros decididos. La discordia reina entre vuestros enemigos y muchos de los capitanes que combatieron trece años hace contra vosotros, ansían por deshacerse del gobernador.

Cuando Peraza había pronunciado aquellas palabras, el anciano rey que empezaba á experimentar el benéfico y maravilloso efecto de las gotas del doctor, se había levantado, y acercándose á él y á Sequechul:

— Diez *xiquipiles*, dijo, ¿cuentas con diez *xiquipiles* de hombres?

— Sí, contestó Peraza, cincuenta mil guerreros, poco más ó

menos, de los kachiqueles, quichees y mames están prontos á levantarse á vuestra voz. Pero la presencia de los jefes es indispensable, y yo les he ofrecido que no faltaréis en el momento preciso.

— Iremos, iremos, dijo el anciano reanimándose por grados. Recobraremos nuestras ciudades; levantaremos los altares abatidos de nuestros dioses, y aplacaremos su enojo, derramando en sus aras la sangre maldita de los teules.

El médico se mordió los labios y sonrió desdeñosamente al escuchar aquella amenaza, dirigida por el viejo rey contra los españoles todos, sin distinción de amigos ni enemigos. Sin dejar ver lo que pasaba en su interior, dijo:

— Estoy concertando con cinco ó seis de nuestros partidarios más decididos y resueltos, los medios más á propósito para vuestra evasión. Sequechul, haced que vuestro compañero tome tres veces al día una dosis igual de esta bebida á la que hoy le he suministrado; y yo respondo que desaparecerá la calentura, no habrá ya delirio, y el anciano Sinacam se mantendrá siempre enérgico y activo, como ahora lo veis. ¡ Ojalá fuera yo tan feliz, añadió con tristeza, para encontrar otra hierba que necesito, como lo he sido con la que ha de restablecer la salud de este anciano!

Dicho esto, el doctor puso en manos de Sequechul la preciosa redoma, y despidiéndose de los dos caciques indios, se retiró dominado por sus ideas.

Sinacam y Sequechul, luego que estuvieron solos, entablaron una animada conversación, comentando las palabras del médico y manifestandose las probabilidades con que creían poder contar para restablecer la independencia de su país. Los desdichados no advertían que iban á luchar con un poder inmenso, superior al suyo en todos conceptos; y que si ellos tenían de su parte la ventaja del número, sus adversarios les sobrepujaban en el arte de la guerra y sabían explotar hábilmente las rivalidades que dividían á las naciones aborígenes

que poblaban esta parte del continente americano. Con esa división contaba precisamente Peraza; que si bien intentaba deshacerse del gobernador y de los suyos, no era ciertamente para volver á poner el país bajo el dominio de aquellos á quienes despreciaba como bárbaros. El osado aventurero acariciaba en el fondo de su alma la idea de dominar el reino, deshaciéndose del Adelantado y sus amigos, por medio de los indios, y luego de éstos, sirviéndose de la población española. Por extravagantes que fueran realmente estos proyectos, no lo parecían á los que acababan de ver á unos pocos soldados de fortuna dominar un mundo á fuerza de atrevimiento. Así, Peraza pretendía emplear como instrumentos á los que, por su parte, no veían en él más que un auxiliar eficaz, pero secundario, no pudiendo imaginar siquiera cuán alto rayaba la ambición de aquel pechero. Dejemos, pues, á unos y á otros creyendo engañarse recíprocamente, cosa harto común en las conspiraciones, y volvamos la vista por un momento á los otros incidentes de esta historia, en cuyo conocimiento hemos iniciado á nuestros lectores.

Quince días habían transcurrido después de la visita hecha por Peraza á los dos reyes indios, presos en la torre de las Casas Consistoriales. Durante aquel espacio de tiempo, el médico se ocupó en consultar autores griegos y latinos, buscando inútilmente la preciosa hierba con que se proponía hacerse amar de doña Juana.

Robledo, por su parte, no había permanecido ocioso, y en aquellas dos semanas arregló á su satisfacción el archivado proceso que siguió el capitán Cava contra su mujer, desglosando las declaraciones favorables á Portocarrero y sustituyéndolas con otras que él forjó, firmándolas con los nombres de personas ya muertas, ó ausentes. Hecho esto, aguardaba únicamente una ocasión favorable para hacer uso de su satánica invención.

Agustina Córdoba esperaba con impaciencia el hallazgo de

la planta que creía buscaba el doctor por ella únicamente, y confiando recobrar por aquel medio el afecto de Portocarrero, había prescindido por lo pronto del empeño de urdir otras intrigas.

El proceso por hechicería entablado contra Ronquillo y Castellanos caminaba muy lentamente, no siendo fácil expeditar el curso de la justicia, tratándose de personajes tan importantes como el veedor y el tesorero real.

Los reyes indios ardían en deseos de verse libres; pero los conspiradores no estaban de acuerdo en algunos puntos, indispensables para poder llevar á cabo la evasión de los prisioneros.

Portocarrero y doña Leonor se amaban cada día más, y el licenciado de la Cueva se desesperaba al ver que sus más finos obsequios encontraban siempre una repulsa cortés, pero decidida, por parte de la hija del Adelantado.

Tal era la situación de las cosas, cuando una noche, regresando don Pedro de Portocarrero á su casa, después de haber visitado el cuartel de los arcabuceros, en una calle estrecha y excusada, oyó ruido de espadas que chocaban, como si estuviesen riñendo varias personas. Apresuró el paso el valiente capitán y vió un grupo de cuatro hombres, de los cuales tres atacaban con vigor á uno solo, que se defendía con desesperación. Otro individuo, embozado hasta los ojos, animaba á los agresores, disfrazando la voz como para no ser conocido. Cuando se acercó Portocarrero, el sujeto que sostenía aquella lucha desigual, cubierto de heridas y extenuado por la pérdida de la sangre, había caído en tierra, impotente ya para defenderse. El embozado gritaba: « ¡ Acabadlo, acabadlo ! » y los asesinos se disponían á ejecutar aquella orden, cuando la espada de don Pedro brilló en la oscuridad como un relámpago, descargando un terrible golpe sobre la cabeza de uno de los tres malvados, que iba á sepultar su daga en el pecho del caído.

Sobrecogidos los asesinos con aquella aparición, quisieron huír; pero animados por el embozado, y viendo que un solo hombre los acometía, cobraron ánimo y entraron en lucha con él. Pronto advirtieron que se las habían con un hombre tan vigoroso como ágil y tan ágil como valiente. Paraba los golpes con la capa, que había enrollado en su brazo izquierdo, y acometía á los tres simultáneamente, tan sereno, como si luchase con un solo agresor. Portocarrero había herido ya ligeramente á dos de los asesinos ; el tercero, más osado que sus compañeros, se lanzó con rabia sobre don Pedro, y logró alcanzarlo con la daga, que penetró en el costado izquierdo, cosa de tres pulgadas. Pero el aleve no quedó impune. La espada de Portocarrero atravesó de parte á parte el pecho de aquel hombre, que cayó en tierra moribundo. Visto esto por los otros, no pensaron ya sino en ponerse en cobro, y huyeron, dejando abandonado á su compañero, que expiró pocos momentos después.

Portocarrero, aunque herido, acudió inmediatamente al hombre que yacía tendido á pocos pasos, y cuya vida acababa de salvar. Levantóle la cabeza, y, habiendo examinado sus facciones á la pálida luz de las estrellas, quedó asombrado al reconocer al anciano Pedro Rodríguez. Graves sospechas se despertaron en el ánimo de don Pedro, é imaginó que Dios había querido que él fuese á salvar la vida del anciano, que probablemente se encontraba en aquel trance por el servicio que le prestara algunos días antes.

Portocarrero perdía sangre por la herida ; sin embargo de lo cual, se disponía á levantar á Rodríguez para llevarlo al palacio del gobernador, cuando afortunadamente llegó una ronda que, reconociendo á don Pedro, é instruída de lo ocurrido, dió providencias para conducir al herido, como también el cadáver del asesino. Hecho esto, Portocarrero se embozó en su capa, y caminando con trabajo, llegó á su casa y se encerró en su habitación. La servidumbre del caballero

observó el rastro de sangre que había dejado desde la puerta de la calle, y alarmada, acudió encontrando á don Pedro tendido en el suelo y sin conocimiento, en medio del dormitorio. Apresuróse á prestarle auxilios, y uno de los criados fué á llamar al cirujano. Pocos momentos después entraba en la habitación el célebre herbolario Juan de Peraza, á quien se encargó la curación de don Pedro de Portocarrero. Examinada la herida, declaró que no era mortal, pero sí de alguna gravedad, y que el enfermo requería el empeño más esmerado. Hizo la primera curación y ofreció volver frecuentemente.

De la casa de Portocarrero, Peraza se dirigió al palacio del Adelantado, de donde se le había llamado también para que asistiese al anciano Rodríguez. Las heridas de éste eran mucho más peligrosas que las de don Pedro. El doctor lo conoció desde luego, y sin pérdida de tiempo, comenzó la curación con actividad. Desde esa misma noche se tomaron medidas para averiguar los autores de aquel atentado, pero todo fué inútil El hombre cuyo cadáver se había encontrado en la calle, era desconocido; Rodríguez no estaba en aptitud de declarar cosa alguna, y Portocarrero dijo que no conocía á los asesinos.

La mayor angustia causó á doña Leonor la noticia de la herida de don Pedro. Pasó la noche en grande agitación, y hasta la mañana siguiente, cuando fué informada de que no presentaba síntoma mortal, no recobró algún tanto la tranquilidad. Interesándose además por la vida del fiel servidor de su padre, á quien Portocarrero era deudor de un señalado servicio, dispuso pasar personalmente á la habitación del buen anciano con su amiga doña Juana. Hízolo así, en efecto, acertando á verificarse aquella visita pocos momentes después que había entrado el médico Peraza, que iba á observar el efecto producido en el enfermo por la curación practicada la noche anterior. En el momento en que entraron en el cuarto de Rodríguez la hija del Adelantado y doña Juana de Artiaga, Peraza estaba inclinado sobre el paciente, examinando las

heridas. Concluída la operación, el doctor levantó la cabeza, y volviéndose de improviso, vió á las dos señoras, á quienes saludó con una profunda cortesía, aunque visiblemente azorado. Doña Juana fijó los ojos en el médico, y reconociéndolo, á pesar del cambio que en su fisonomía habían hecho los años, quedó desconcertada y pálida, y tuvo necesidad de apoyarse en el brazo de doña Leonor. Su sorpresa fué igual á la que Peraza había tenido cuando la vió en la ventana del palacio; mas los sentimientos que experimentaron respectivamente, de índole muy diversa. En doña Juana, la aparición del pechero de Baeza, su antiguo é importuno pretendiente, causó una sensación de desagrado, que no fué dueña de ocultar. El herbolario permaneció inmóvil á la cabecera del enfermo, á quien parecía haber olvidado completamente. Doña Leonor se informó del estado de Rodríguez, y recomendándolo al cuidado de las personas que lo asistían, se retiró, comprendiendo que algo muy extraordinario y que ella no acertaba á descifrar, había sucedido á su amiga.

No bien hubieron salido de la habitación, doña Juana dijo á doña Leonor:

—Alejémonos de aquí por Dios. Él es, él es, amiga mía.

Sorprendida la hija del Adelantado, pidió á doña Juana le explicase aquel enigma, y habiéndose encerrado en las habiciones de doña Leonor, doña Juana le reveló la causa de la mortal angustia que la oprimía. En la intimidad que existía entre las dos amigas, doña Juana había referido naturalmente á doña Leonor el lance del médico de la ciudad de Baeza; pero ni la una ni la otra habían vuelto á acordarse de tal incidente. Doña Juana conocía el atrevimiento de Peraza, recordó la asiduidad con que la importunó, y sabía que al salir de la ciudad, á consecuencia del desaire que recibiera de sus padres, había hablado públicamente de proyectos de venganza. Llegada recientemente á Guatemala, no había tenido ocasión de oír hablar del médico, y la primera noticia que tuvo de que estuviese en la

ciudad, fué su presencia en el cuarto de Rodríguez. Profundamente afligida, comunicó sus temores á su amiga, la que procuró tranquilizarla, con la seguridad de que aquel miserable cirujano, médico ó lo que fuese, no tendría poder alguno para causarle la más ligera desazón. La orgullosa señora estaba muy lejos de creer que aquel hombre de quien hablaba con desdén, alcanzaba, por sus relaciones y popularidad, á pesar de la oscuridad de su origen, una posición que hacía de él un personaje nada despreciable.

Doña Leonor llamó á Melchora Suárez, su camarera, y habiéndole pedido con disimulo informes acerca de Peraza, supo cuanto la generalidad sabía respecto á él.

Merced á la eficacia del doctor, á los cuatro días Portocarrero estaba muy mejorado, y Rodríguez, aunque grave todavía, fuera de riesgo de muerte. Peraza, dominado siempre por una idea, no omitió esfuerzo para encontrar la planta que buscaba ansioso. Todas sus diligencias para dar con ella por medio de la ciencia, fueron completamente inútiles, como era natural; hasta que un incidente puramente fortuito, fué á poner al doctor en posesión de tan precioso tesoro. Cómo llegó á encontrar Peraza la hierba que tenía la rara virtud de inspirar el amor, y el ensayo que comenzó á hacer de ella, lo referiremos á nuestros lectores en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XI

Abatido y descorazonado se encontraba un día el bueno del doctor Peraza, á punto de no prestar la menor fe á la eficacia de los vegetales, por no haber podido dar con la hierba del amor; cuando se le presentó una mujer anciana, acompañada de una joven cuya salud parecía muy deteriorada. Era una pobre madre que acudía á la caridad del herbolario, alarmada al ver los progresos de la enfermedad de su hija. Examinó el doctor á la muchacha, hízole muchas preguntas, y la dolencia hubo de parecerle sumamente oscura. Después de muchas investigaciones, y habiendo exigido á la madre no le ocultase circunstancia alguna de las que pudieran aclarar el origen del padecimiento de la joven, la anciana, con gran misterio y usando de mil rodeos, explicó al médico la verdad del caso. Había tenido empeño en que la muchacha se casara con un pariente suyo, que por todos conceptos le convenía; pero sus instancias y consejos fueron inútiles y no alcanzaron á vencer la repugnancia que sentía la joven hacia el hombre que se le destinaba por esposo. Entonces, por indicación de una vecina, dispuso dar á la muchacha un bebedizo, para que se convirtiera en amor el odio que sentía por el pretendiente; y habiendo recurrido á un indio anciano de Petapa, que sabía preparar la bebida, la suministró á la joven, é instantáneamente se cambió en el más decidido afecto la aversión que antes sentía por el pariente. Por desgracia, cuando esto sucedió, el joven,

cansado ya de porfiar en vano, se había casado con otra, ignorándolo la anciana. Cuando la muchacha supo lo que ocurría, fué cayendo en un abatimiento mortal, se puso cadavérica, no comía ni conciliaba el sueño, quedando reducida al más miserable estado.

Con la mayor atención escuchó el doctor la relación de la vieja, y al oír lo del bebedizo y su maravilloso efecto, no fué dueño de ocultar su alegría. Preguntó inmediatamente el nombre del indio que había suministrado la bebida; díjoselo la madre de la joven, é importándole ya muy poco lo demás, hizo dos ó tres indicaciones vagas y generales de lo que convenía administrar á la enferma y despidió á ésta y á la madre. Luego que estuvo solo, no pensó más que en adquirir el precioso licor á cualquier precio. Montó á caballo y se dirigió á Petapa, en donde encontró efectivamente al famoso vendedor de filtros, un indio rechoncho, pequeño de cuerpo, con más trazas de bribón que de tonto, que se llamaba Diego Tziquín; y que gozaba la reputación de ser un famosísimo hechicero.

El doctor no se contentaba con el bebedizo ya confeccionado. Como hombre del arte, deseaba conocer los ingredientes y el método empleado para la preparación. Le fué, pues, necesario ir ganando, poco á poco, la confianza del indio, y ayudándose con buenas dádivas, logró que Tziquín le ofreciese confeccionar el bebistrajo en su presencia. Convinieron en reunirse una noche en que la luna estaba en su cuarto menguante, y se encerraron en el rancho del indio, iluminado por la pálida luz que despedían unas pocas astillas de ocote. Era en fines de noviembre. El viento del norte penetraba por entre las mal unidas cañas de milpa que formaban las paredes del rancho, arremedando, ora el bramido de bestias feroces, cuando soplaba con mayor fuerza, ora quejidos y lamentos, cuando disminuía su violencia. Habríase dicho que los malos espíritus se aprestaban á acudir al llamamiento que iba á hacérseles y se reunían en confuso y bullicioso tropel, para estar prontos á la

voz del que tenía cierto poder sobre ellos. Tziquín aprestó sus hierbas, que examinó Peraza y reconoció ser venenosas; hizo fuego con huesos de muerto y colocó una olla pequeña con agua encima de las brasas. Pronunció algunas palabras en su propio idioma y fué poniendo en la marmita los vegetales y algunas sustancias orgánicas. Sentáronse junto al fuego el herbolario y el fabricante de filtros, y ambos permanecieron en profundo silencio, por largo rato, con los ojos fijos en la olla, esperando el cocimiento. Cuando comenzó el hervor, Tziquín se puso en pie, con la cara hacia el oriente y pronunció conjuros y maldiciones, invocando siempre en su idioma, el nombre de *Caxtoq*. Retiró la olla, coló el líquido, sirviéndose de un lienzo negro con manchas rojas, y luego que hubo destilado un licor verdoso, llenó una pequeña redoma que puso en manos del doctor. Cuidó de advertirle que era indispensable que la persona que deseaba hacerse amar, vertiese por sí misma dos gotas del bebedizo en medio vaso de agua, la que se había de administrar pronunciando ciertas imprecaciones que el crédulo herbolario tomó bien en la memoria, lo mismo que los otros conjuros empleados por el embustero Tziquín. Peraza recompensó generosamente al indio y volvió á la ciudad, tan contento como si hubiese encontrado la piedra filosofal.

Lo primero que hizo fué buscar á Agustina Córdoba, á quien dió parte del famoso descubrimiento del filtro. La viuda, transportada de júbilo, instó al doctor para que cuanto antes diese el bebedizo á Portocarrero, lo cual era tanto más fácil, cuanto que don Pedro necesitaba aún, por su herida, los auxilios del médico. Llenó éste una redoma de plata con agua, y habiendo hecho que Agustina aprendiese bien las palabras del conjuro, vertió ella misma, pronunciando aquellas palabras, dos gotas del verdoso licor en el agua de la redoma. Peraza se dirigió á casa de Portocarrero, y después de haberle tomado el pulso, dijo que para apresurar la convalecencia, convenía tomase la bebida que contenía aquella redoma. Hízolo así don Pedro, y

el doctor se despidió, ofreciendo volver, para observar los efectos de la medicina.

La vigorosa constitución de Portocarrero no se resintió desde luego de la influencia nociva de aquel brebaje, que como hemos dicho, contenía sustancias venenosas, aunque en dosis sumamente cortas. Al siguiente día, cuando llegó Peraza, el enfermo no presentaba alteración notable. El doctor entabló conversación con él, y con astucia fué haciendo rodase de modo la plática que hubo ocasión de nombrar á Agustina Córdoba. Portocarrero guardó profundo silencio, lo que chasqueó al doctor, no permitiéndole averiguar si la bebida iba ó no produciendo algún efecto. Continuó suministrándosela durante tres días, y el único resultado fué que el enfermo fuese cayendo en cierto entorpecimiento. El pulso era débil, la mirada indecisa y vaga, y parecía coordinar las ideas con alguna dificultad. Entonces volvió Peraza á pronunciar el nombre de Agustina; pero fué para que don Pedro mostrase el más profundo disgusto, y suplicase cortés, pero seriamente al doctor, no volviese á nombrar en su presencia aquella mujer. Esto, como debe suponerse, disgustó mucho al herbolario, que desde luego atribuyó la falta de éxito á la cortedad de la dosis en que había sido suministrada la bebida. Proponíase, pues, duplicarla, á pesar de que no se le ocultaba el abatimiento físico y moral en que había comenzado á caer el enfermo; pero antes de hacerlo, creyó oportuno volver á conferenciar con Tziquín, sospechando pudiese haberle ocultado alguna circunstancia esencial para que el filtro produjese efecto. Decidido á arrancar al indio todo su secreto, de grado ó por fuerza, llenóse los bolsillos de oro y se armó con una daga.

— Tziquín, dijo al indio con aire severo; me has engañado; cuatro días hace que empleo el bebedizo, sin resultado alguno. Tú debes haber reservado alguna circunstancia que es indispensable para que esa bebida haga nacer el amor, y no saldré de aquí sin que me hayas dicho todo lo que debe hacerse.

¿Quieres más dinero? Estoy pronto á dártelo; pero también he resuelto emplear la fuerza para arrancarte ese secreto, que es necesario á mi felicidad.

— Señor padre, contestó el anciano con humildad; la bebida que te dí es la misma que he dado á otras muchas personas, y siempre ha producido buen efecto. ¿Cuidaste de hacerlo todo como yo lo dije?

— Todo se ha hecho con la mayor exactitud, replicó el doctor.

El indio permaneció un rato pensativo; y de repente, como si hubiese tenido una súbita inspiración, preguntó á Peraza:

— ¿No has visto si por casualidad tiene la persona á quien se ha dado la bebida, alguna santa reliquia sobre su cuerpo?

El doctor recapacitó, y dándose una palmada en la frente, dijo:

— ¡Cierto! un *Agnus Dei* de oro.

Al examinar la herida de don Pedro, el doctor había visto el relicario remitido por doña Leonor.

— Pues no preguntes ya, dijo el indio con seguridad, en qué consiste que la bebida no produzca su efecto. Es necesario quitar esa reliquia á la persona y luego volver á darle la medicina. Entonces, con mi cabeza te respondo del resultado.

Lleno de gozo el herbolario por haber desatado el nudo de la dificultad, recompensó generosamente al indio, y sin pérdida de tiempo, volvió á la ciudad, combinando los medios de que había de valerse para despojar á Portocarrero del relicario. Acudió inmediatamente á visitarlo y lo encontró con calentura y abatido física y moralmente. La servidumbre del caballero estaba en el dormitorio, y así el médico no pudo ejecutar su proyecto. Al despedirse, recomendó un absoluto reposo y tranquilidad y que se dejase solo á don Pedro el mayor tiempo que fuese posible. Alarmados los criados de Portocarrero, cumplieron aquellas disposiciones al pie de la letra y dejaron al enfermo solo una gran parte del día.

En uno de estos ratos llegó el doctor y acertó á entrar hasta la cámara de Portocarrero, sin encontrar á persona alguna.

Don Pedro, pálido, extenuado, parecía dormir, con ese sueño agitado que produce la fiebre. Escapábansele frases entrecortadas y palabras sin sentido, tales como *torneo*, *asesinos*, *Ronquillo*, *el maleficio*, *Leonor*, sonriendo con tristeza al pronunciar este nombre. Peraza se acercó á la cama sin hacer el más ligero ruido; descubrió el pecho á don Pedro y vió que allí estaba el relicario. Con mucho cuidado fué levantándole poco á poco la cabeza y quitándole la cadena de la cual pendía el *Agnus*. El enfermo parecía sufrir mucho en aquel momento, como si hubiese podido alcanzar intuitivamente lo que hacía el pérfido herbolario. Con voz lenta y apagada, dijo: *Ag...nus... Leo...nor;* y levantó la mano hacia el pecho, como buscando la santa reliquia. Tal fué la impresión que experimentó al no encontrarla, que despertó sobresaltado y recorrió con ojos extraviados toda la habitación. Estaba completamente solo; pues el médico había desaparecido. Don Pedro, aunque muy débil, se lanzó fuera de la cama, y saliendo del dormitorio, llamó á la servidumbre. Acudió ésta alarmada, al ver aquel semblante cadavérico, en el cual luchaban la expresión del abatimiento con la de la desesperación.

—¡El relicario! ¡el relicario! gritó Portocarrero; ¿qué se ha hecho del relicario?

Los criados se veían unos á otros sin comprender lo que decía su amo, y tomando aquellas palabras como hijas del delirio de la calentura.

—¿Quién ha entrado aquí? dijo don Pedro con voz temblorosa?

—Nadie, contestaron los criados. Dormíais y aguardábamos que llameseis, permaneciendo lejos por no molestaros.

—¡Desgraciados! exclamó Portocarrero, me habéis abandonado, y Satanás se ha apoderado de mi tesoro, de mi felicidad, de mi única defensa. ¡Maldición!

Y diciendo esto, no pudiendo resistir aquel violento esfuerzo, cayó en el suelo sin sentido.

Acudieron en el acto á casa del doctor, quien, muy tranquilo, aguardaba aquel llamamiento, seguro de la impresión que causaría al enfermo la pérdida del relicario. Tomó la redoma de plata que contenía el malhadado filtro, y siguió al criado de Portocarrero. Encontró la calentura muy exacerbada ; sin embargo de lo cual, impaciente por ver el resultado del bebedizo, removido ya el obstáculo á que atribuía, en su credulidad, el ningún éxito de la pócima, le presentó la redoma. Don Pedro la apartó de sí con disgusto y dijo al doctor, de la manera más terminante, que deseaba morir y no tomaría ya medicina alguna. Peraza instó repetidas veces ; pero todo fué en vano. Nadie pudo hacerle tomar una sola gota de aquel licor.

Desesperado el médico, fuése á casa de Agustina Córdoba y le refirió lo que pasaba. Ésta, después de haber reflexionado un momento, dijo al doctor le entregase el relicario, y que quizá por medio de aquella alhaja ella lograría lo que no había podido obtenerse antes. Peraza, sin hacer mucho caso de la idea de la viuda, no encontró el menor inconveniente en poner en sus manos aquel dije, para él enteramente inútil, y le dió el *Agnus* de que había despojado á Portocarrero.

Antes de decir lo que hizo Agustina Córdoba de aquella reliquía, debemos volver un poco atrás en nuestra relación, á fin de que el lector pueda seguir más fácilmente el curso de esta historia.

Hemos dicho ya cómo el secretario del gobernador, Diego Robledo, había arreglado el viejo proceso entablado por el capitán Francisco Cava contra su mujer, sustrayendo las declaraciones favorables á Portocarrero y agregando otras falsas, en que hacía aparecer á éste en relaciones con aquella dama, durante su matrimonio. Á pesar de la prohibición expresa de don Francisco de la Cueva, que rechazó con indignación la idea de aquel fraude, Robledo trató de llevar á

cabo la ejecución de su proyecto, atento únicamente á la consecución de su propósito, y sin escrúpulo alguno, cosa que el maligno secretario no había previsto, y qué fué á hacer de aquel proceso un arma enteramente inútil en sus manos.

Robledo volvió una vez y otra á casa de Agustina, y sucedió que insensiblemente fué sintiéndose atraído por aquella peligrosa viuda, que desde la primera visita había hecho cierta impresión en el espíritu inflamable del secretario. Conversando con ella, pasábansele las horas y olvidaba frecuentemente los amores de Portocarrero y doña Leonor, tema favorito, al principio, de sus pláticas. Agustina conoció desde luego el efecto que causaron sus gracias en el corazón de don Diego, y desplegó todos los recursos de la más refinada coquetería con el secretario del gobernador, ya por un instinto de su índole perversa, ya por cálculo, visto el provecho que podía sacar de un galán tan importante como Robledo. Cuando éste entró en cuentas consigo mismo, después de haber hecho cuatro ó cinco visitas á la viuda, encontróse, ó creyó encontrarse, seriamente enamorado. Por desgracia, el físico de don Diego corría parejas con su parte moral. Así, los obsequios de aquel hombre tan poco favorecido por la naturaleza, si bien recibidos con agrado, estaban muy lejos de causar la menor impresión en la viuda, que, alentando pérfidamente la pasión del secretario, no olvidaba un momento á Portocarrero, ni pensaba en otra cosa que en realizar sus planes de desbaratar los amores de don Pedro y de la hija del Adelantado. El odio de Robledo á aquel caballero había aumentado con el estímulo poderoso de los celos, pues al través de la coquetería de la viuda, translucía su decidida inclinación á don Pedro. Sin embargo de ese mortal aborrecimiento, no le era ya posible poner en práctica la idea de hacer un uso cualquiera del proceso, pues para ello habría sido indispensable comprometer á Agustina, cosa que ésta no le habría perdonado jamás. Así, aquella pasión fué á echar por tierra sus planes y lo obligó á no pensar

en aquel recurso, buscando otros arbitrios para favorecer los designios de don Francisco de la Cueva.

En esta situación, algo complicada ya, estaban las cosas, cuando Agustina Córdoba pidió al doctor Peraza el relicario de Portocarrero. Informada de la impresión que había causado al enfermo la pérdida de aquella alhaja, el instinto femenino le hizo concebir la sospecha de que el *Agnus* podría ser un presente de doña Leonor, cuando don Pedro mostraba tal afección por él. Entonces formó un proyecto atrevido, y sin dar cuenta de él á su amigo Peraza, resolvió ponerlo inmediatamente en práctica. Hizo llamar al mayordomo del gobernador, su antiguo conocido, y le manifestó el más vivo deseo de hablar con su sobrina, Melchora Suárez, la camarera de doña Leonor. El mayordomo condujo á su sobrina á casa de la viuda, y encerrándose ambas un largo rato, combinaron, ó mejor dicho, recibió Melchora instrucciones detalladas de lo que debía hacer. Concertóse que la camarera pediría con instancia á su señora una audiencia para una viuda joven y desgraciada, que reclamaba el amparo de la hija del gobernador, é iba á ponerse bajo su protección.

Doña Leonor no conocía á Agustina, ni había oído hablar de ella jamás, lo cual facilitaba la realización del plan de ésta. Melchora aprendió perfectamente el papel que debía representar, y sin pérdida de tiempo comenzó á ejecutarlo. Dijo á su señora la pretensión de la viuda, que deseaba recurrir á su poderoso valimiento y quejarse de una injusticia de que era víctima, pidiéndole un momento de conversación para referirle su cuita. La generosa joven, aunque afligida con las noticias que recibía del estado de la salud de Portocarrero, no tuvo valor para negar lo que se le pedía en nombre de una infeliz, y ofreció recibirla. Melchora hizo avisar inmediatamente á Agustina, diciéndole que la presentaría á doña Leonor, el día señalado por ésta para la entrevista. Lo que pasó en ella, lo verá el lector en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XII

Vistióse Agustina Córdoba con la modestia y sencillez que correspondía al papel que iba á representar, y cubriéndose el rostro con un espeso velo negro, se dirigió acompañada de Melchora Suárez, á las habitaciones de doña Leonor.

— Señora, dijo la camarera, aquí tenéis á la desgraciada viuda que solicita vuestra protección, según me ha dicho. Yo ignoro completamente sus desventuras; sé tan sólo que es mujer bien nacida y desdichada, y creo que esos títulos la aseguran desde luego el amparo de vuestra generosidad. Ella misma os dirá el favor que implora de vos.

Diciendo esto, Melchora hizo una profunda reverencia y se retiró.

Agustina levantó el velo que cubría su rostro; y la hija del Adelantado quedó sorprendida de la hermosura y graciosa modestia de la viuda. Quiso ésta arrodillarse, pero doña Leonor no lo permitió, y abrazándola con bondad, le dijo :

— Hablad, señora, con entera confianza; abridme vuestro corazón, y si algo puedo hacer para aliviar vuestras penas, contad conmigo. Como sé lo que son sufrimientos, encontraréis en mí toda la simpatía que inspira la desgracia á las almas compasivas.

— Noble y bondadosa señora, dijo Agustina ; veo que la fama, pregonera de vuestras virtudes, no dice lo bastante sobre la generosidad de vuestros sentimientos. La acogida que

hacéis á esta infeliz, la anima y alienta, y usando de la libertad que me concedéis, os suplico me permitáis referiros mi triste historia en todos sus detalles.

— Decid, contestó doña Leonor, que ya os escucho con el más vivo interés.

Y señalando un sillón á la viuda, ocupó otro que estaba enfrente.

— Mi nombre es Agustina Córdoba, nombre que pienso no habrá llegado hasta ahora á vuestros oídos. Vine muy joven á las Indias, en compañía de un tío anciano que deseaba probar fortuna en estos reinos. Desgraciadamente, aquel hombre, que depués de Dios, era mi único apoyo en este mundo, no pudo resistir lo recio del clima de las costas, donde nos establecimos, y murió á poco tiempo de nuestra llegada, dejándome sola y desamparada en tierra extraña.

Al decir aquellas palabras, la astuta viuda hizo como que enjugaba una lágrima, y luego prosiguió :

— Entonces yo era joven, y las desventuras no habían marchitado mi rostro como hoy. Varios caballeros solicitaron mi mano; mi corazón prefirió al capitán Francisco Cava, uno de los campeones que ayudaron á vuestro ilustre padre á ganar estos reinos.

— En efecto, dijo doña Leonor, he oído en otro tiempo hablar del capitán Cava como uno de los más fieles y valerosos tenientes de mi padre; mas cuando yo vine por primera vez á Guatemala pienso que no estaba casado.

— No lo estaba ciertamente, contestó Agustina; estabais vos en Méjico cuando vine á ser esposa del capitán. El cielo no quiso que yo gozara por mucho tiempo la felicidad, á que sin duda no era acreedora; y á poco de estar casada, mi marido fué atacado de una calentura perniciosa, de la cua murió.

La viuda volvió á llorar. Doña Leonor le dirigió algunas palabras de consuelo, y luego continuó :

— Viuda y joven, como había quedado, volví á encontrarme expuesta á las importunas solicitudes de algunos galanes; pero lleno siempre mi corazón con el recuerdo de mi difunto esposo, rehusé constantemente pasar á segundas nupcias. Contaba con que conservaría siempre mi tranquilidad y que viviría tan feliz como era posible en mi situación, con la mediana fortuna que me había dejado el capitán; pero la suerte lo dispuso de otro modo. Un día acertó á verme en la iglesia un caballero de los principales entre los conquistadores, de familia ilustre, denodado cual ninguno, si se exceptúa á vuestro padre, y cuyo nombre se había hecho famoso en la guerra.

Doña Leonor comenzó desde aquel momento á escuchar con mayor atención la historia de la viuda, que parecía medir con sumo cuidado sus palabras.

— Ese caballero, prosiguió, que había sido teniente general del reino, en una de las ausencias del gobernador, se me mostró vivamente apasionado y me juró amor eterno, pidiéndome con las mayores instancias, que consintiese en ser su esposa.

Un sudor frío corría por la frente pálida de doña Leonor. La viuda, que no parecía notar la impresión que causaban sus palabras á la hija del Adelantado, prosiguió su relación.

— No os ocultaré que mi corazón llegó al fin á interesarse por aquel caballero, digno en todos conceptos de mi amor; cedí á sus ruegos y le ofrecí ser su esposa. Ha pasado algún tiempo desde que contraje aquel compromiso, y en todo él se ha mostrado tan ardiente y apasionado como al principio. Nuestras relaciones se hicieron públicas, y mi nombre llegó á verse injustamente comprometido. Viendo esto, lo he instado á que apresuremos nuestro enlace; pero retarda el cumplimiento de sus juramentos, diciéndome que una señora muy principal, á quien no ha querido nombrarme, ha puesto los ojos en él; que por ciertas consideraciones, no puede desengañarla, y que aguarda que el tiempo y las solicitudes de otro

pretendiente que tiene esa dama la harán desistir de su empeño.

Doña Leonor se estremeció de pies á cabeza al escuchar lo que decía la viuda. Casi no le cabía ya la menor duda de la horrible verdad que un momento antes había comenzado á entrever. Sin fuerzas para decir una sola palabra, no interrumpió la relación de Agustina, que concluyó de esta manera :

— Hará apenas un mes que don Pedro de Portocarrero, pues éste es, señora, el nombre de mi prometido esposo, me ha jurado, por la centésima vez, que cumplirá su palabra como caballero, y para que ese juramento fuese más solemne, lo hizo sobre esta santa reliquia que aquí veis, y que me entregó después, para que la conservase en prenda de su compromiso.

Al decir esto, Agustina sacó el *Agnus Dei* que le había entregado el médico Peraza, y agregó :

— Mi solicitud, señora, es que inclinéis á vuestro ilustre padre, á que interponga su influencia, á fin de que se me cumpla lo ofrecido.

Doña Leonor, sin atender á las últimas palabras de la viuda, se levantó de su asiento y arrebató el *Agnus* de manos de Agustina. Temblando como la hoja del árbol que agita el vendaval, examinó la reliquia, y cuando estuvo plenamente convencida de que era efectivamente la que ella había enviado á Portocarrero, lanzó un grito penetrante y cayó en el sillón sin conocimiento.

Agustina, obtenido ya su objeto, se precipitó fuera de la habitación y dijo á Melchora, que aguardaba en una pieza inmediata, acudiese en auxilio de su señora. La viuda volvió á cubrirse con su velo y salió del palacio, en tanto que Melchora llamaba á las otras criadas de doña Leonor.

Cuando ésta volvió en sí, lo primero que hizo fué dar orden de que avisasen á doña Juana, que acudió inmediatamente, y se sorprendió mucho al ver la situación en que se hallaba su amiga. Doña Leonor dijo á sus criadas que se retirasen, y luego que estuvo sola con doña Juana, la hija del Adelantado dió

rienda suelta á su dolor y su aflicción, refiriendo, entre sollozos y lágrimas, la conversación que acababa de tener con Agustina Córdoba. Estupefacta doña Juana, apenas podía creer tanta perfidia, y sólo tocando con sus manos y viendo con sus ojos el relicario, se convencía de la traición de Portocarrero. En su inocente sencillez, las dos jóvenes ni sospecharon aún que todo aquello fuese una intriga pérfida. Una y otra creyeron sin reflexión la historia de la viuda y resolvieron no decir á nadie una sola palabra de aquel incidente, proponiéndose la desgraciada y altiva doña Leonor devorar en silencio su pena y olvidar, si le era posible, al ingrato Portocarrero. Su delicada organización no pudo resistir tan violentas emociones, y al caer la tarde, la infeliz doncella era presa de una aguda fiebre. El Adelantado, doña Beatriz y don Francisco de la Cueva acudieron inmediatamente á la habitación de doña Leonor, y se dispuso llamar sin pérdida de tiempo al doctor Peraza, que pasaba por ser el mejor médico de la ciudad. Acudió el herbolario, que ignoraba, como ya hemos dicho, el paso dado por Agustina. Después de haber examinado á la enferma, comprendió que el mal era de alguna gravedad. Administróle desde luego una copiosa sangría y prescribió el método que debía seguirse con la mayor exactitud. Doña Juana cuidó de mantenerse oculta tras la cortina de damasco que formaba el pabellón de la cama, y Peraza no pareció advertir su presencia en la habitación.

Siete días pasó la familia del Adelantado en la mayor angustia, pues doña Leonor se vió realmente á las puertas del sepulcro. Al séptimo, el mal hizo crisis, y la naturaleza, ayudada por las medicinas, triunfó de la enfermedad. Durante aquella semana, la enferma cayó frecuentemente en el delirio; pero aunque nombró muchas veces á Portocarrero, no se le oyó una sola expresión de queja ó de reproche. Así, el secreto de la verdadera causa de la dolencia continuó religiosamente guardado por las pocas personas que tenían conocimiento de él.

Entretanto Portocarrero, firme en su resolución de no tomar las pócimas del doctor, había ido restableciéndose, aunque sin dejar de experimentar las consecuencias del malhadado filtro. Estaba pálido y enjuto; sus grandes ojos negros habían tomado una expresión extraña, y de vez en cuando agitaba toda su máquina un temblor nervioso. Llevábase la mano como distraído, al cuello y al pecho, cual si buscase algún objeto, y al dejarla caer con desaliento, dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, al mismo tiempo que una sonrisa vaga y triste entreabría sus cárdenos labios. El desdichado caballero había caído en una especie de monomanía. Peraza no dejó de conocer que las sustancias venenosas empleadas en la confección del filtro y la violenta emoción que había sufrido el ánimo de don Pedro al encontrarse privado de la alhaja por la cual manifestaba tanta afección, eran la causa del estado en que éste se hallaba. Sin embargo, preocupado con la idea de la eficacia del bebedizo, escribió un apuntamiento ó anotaciones, en que hizo constar la historia de la muchacha en quien el filtro había producido el amor y consignó los resultados del ensayo hecho en Portocarrero, que atribuía al relicario y al no haber querido después don Pedro tomar la bebida; escrito que cerrado y sellado, guardó cuidadosamente en el fondo de su papelera.

Peraza había procurado, en vano, ver á doña Juana en el palacio del gobernador, en las repetidas visitas que hacía á los dos enfermos puestos á su cuidado. La joven ponía particular estudio en no encontrarse en la habitación de doña Leonor cuando estaba allí el médico, que se desesperaba advirtiendo la tenacidad con que huía de él aquella dama. Doña Juana espiaba desde su habitación la salida del doctor, y luego que éste se retiraba, volvía á ocupar su puesto á la cabecera de la cama de la enferma. Cansado el herbolario de aguardar en vano, resolvió una noche ver y hablar á doña Juana, y para conseguirlo, se valió de la más sencilla estratagema. Á la hora en

que acostumbraba despedirse, salió de la cámara de doña Leonor y se dirigió á la puerta que daba á la calle; pero repentinamente, y como si hubiese olvidado alguna advertencia importante respecto á la enferma, retrocedió con precipitación. Como lo había calculado, al llegar á la puerta del dormitorio de doña Leonor, encontróse frente á frente de doña Juana, en una espaciosa galería, débilmente alumbrada por la luz de una lámpara, que ardía delante de una imagen de la Virgen, colocada en un nicho abierto en la pared. La joven, aterrorizada, quiso huir; pero no tuvo fuerzas para moverse del sitio en que permaneció. Peraza contempló un momento aquella figura encantadora y le pareció más bella aún bajo la expresión del terror que revelaba su rostro.

— Doña Juana, dijo al fin con voz entrecortada por la emoción. ¿Por qué os empeñáis en huir de mi presencia? ¿No veis que no sin algún designio os ha traído el destino en pos de mí al través de los mares?

— Don Juan, contestó la joven un tanto recobrada ya de su primera impresión; bien sabéis que motivos poderosos me obligan á evitar vuestra presencia. Respetadlos y no insistáis en verme ni en hablarme.

Diciendo esto, la joven quiso retirarse; pero el herbolario, fuera de sí, la tomó por un brazo, y poseído de rabia exclamó:

— ¡No! no te marcharás sin escucharme. ¿No basta haberme arrojado como á un perro de vuestra casa, hidalgos orgullosos, porque la suerte no quiso hacerme igual á vosotros en nacimiento? Sabed que el tiempo y la fortuna han hecho desaparecer la distancia que un capricho de la naturaleza quiso poner entre los dos. Pronto verás, mujèr arrogante, de lo que es capaz el hijo del pechero, que se presentará terrible y vengador, para pedirte cuenta de su felicidad destruída. Hoy mismo, añadió el médico exaltándose cada vez más, hoy mismo puedo anonadar tu existencia miserable y pagar con usura tus crueles ultrajes.

Al decir esto, Peraza, fuera de sí y enajenado por la rabia, sacó un puñal que llevaba oculto en el seno, lo levantó sobre doña Juana, y tirándola fuertemente de un brazo, la hizo caer de rodillas á sus plantas.

La joven, poseída del mayor espanto, quiso lanzar un grito; pero la voz se ahogó en su garganta, y apenas tuvo fuerza para volver los ojos, inundados de lágrimas, á la imagen de la Virgen, que iluminaba de lleno la luz de la lámpara. Cuando el frenético herbolario se disponía á dejar caer el hierro homicida, abrióse la puerta de la alcoba de doña Leonor y salió la camarera Melchora Suárez, que se encontró frente á frente del médico y de doña Juana. Peraza soltó á la joven, y dirigiéndose á la camarera con un movimiento rápido, le presentó el puñal con una mano y con la otra le alargó un bolsillo lleno de oro, diciéndole con voz terrible :

— Escoge : ó el secreto y la más generosa recompensa, ó la muerte.

Melchora tomó el bolsillo temblando, y dijo en voz baja :

— Contad con mi discreción.

Y siguió á doña Juana, que se había precipitado ya en la cámara de doña Leonor. Peraza se embozó en su capa y se marchó con el corazón agitado por las furias infernales.

La hija del Adelantado estaba en una situación que no le dió lugar á advertir el terror de su amiga; y ésta se guardó muy bien de decirle una palabra de la escena terrible que acababa de tener lugar, comprendiendo que la emoción que le causaría habría de serle fatal. Sin tener confianza bastante con cualquiera otra persona de palacio, y temerosa, por otra parte, de exasperar las violentas pasiones del médico, la joven resolvió guardar profundo silencio, esperando á que el estado de la salud de su amiga le permitiese hacerle aquellla confidencia sin peligro.

Melchora, por su parte, previó que aquel lance le abriría una verdadera mina y se propuso sacar todo el partido posible del

secreto que la casualidad le había revelado. Peraza continuó visitando á doña Leonor como si nada hubiera sucedido, y la camarera procuraba encontrarse al paso del doctor, siempre que éste entraba á la alcoba de la enferma ó cuando salía de ella, y le daba noticias de doña Juana, que el herbolario recompensaba generosamente.

Mientras pasaba esto en el palacio del Adelantado, el secretario Diego Robledo sentía que la pasión que había concebido por Agustina Córdoba cobraba todos los días nuevo vigor. Por desgracia para él, su aspecto cadavérico, su mirada torva y apagada, lejos de inspirar simpatías á la viuda, le causaban aversión y repugnancia, por lo que el secretario, á quien la pasión hacía aún más grotesco, porfiaba en vano, y sin encontrar una repulsa decidida, comprendía muy bien que su afecto estaba distante de ser correspondido. Frecuentando la casa de Agustina, hubo de encontrarse varias veces con el doctor, y no obstante las protestas que la viuda le hizo de que sus relaciones con don Juan eran las más inocentes, el demonio de los celos se apoderó del corazón de Robledo, que no perdonó arbitrio con el fin de averiguar lo que tuvieran de cierto las crueles sospechas que lo atormentaban. Constante en su sistema de obtenerlo todo por medio del soborno, ganó á fuerza de oro la confianza de la vieja criada de Agustina, que le reveló las relaciones antiguas de su señora con el herbolario, agregando que don Juan entraba en casa de Agustina como en la suya propia, que se encerraban durante largos ratos en secretas conferencias, aunque ella no podía decir lo que se trataba en aquellas conversaciones reservadas.

Eso bastaba y sobraba para que el celoso secretario diese ya por hecho que la viuda lo engañaba y para que concibiese un odio mortal hacia el que suponía su rival preferido. Don Diego juró la pérdida del médico, y desde aquel momento se ocupó únicamente en dar modo y traza de ejecutar sus sangrientos planes de venganza. Veremos más adelante cómo el destino le

brindó la oportunidad de satisfacer su rabioso rencor. Robledo tenía el mayor empeño en escuchar una de las conversaciones secretas entre el médico y Agustina, á que había aludido la criada, y ofreció á ésta una gran recompensa, con tal de que le proporcionase la facilidad de cumplir aquel deseo. La vieja se comprometió á hacerlo, y desde aquel momento comenzó á tomar sus medidas al efecto

---

CAPÍTULO XIII

Cuando se verificaron los acontecimientos que hemos referido en el último capítulo, había principiado el año 1540. El Adelantado continuaba con actividad los preparativos de su marcha, construyéndose en el puerto de Iztapam la grande escuadra que debía conducir la expedición y de la cual hablaremos á su tiempo.

Entretanto los enemigos del gobernador no descansaban, activando su planes, en los cuales estaban comprometidos, como hemos dicho, varios caballeros y funcionarios públicos. Los conspiradores se guardaban, por supuesto, de los allegados á don Pedro, y particularmente del secretario, á quien aborrecían y que tenía grande interés en la conservación del gobierno del Adelantado, á quien debía su posición y con quien contaba para conservarla. Robledo, como todos los amigos de Alvarado, sabía perfectamente que el tesorero real Francisco de Castellanos, el contador Zorrilla, el veedor Ronquillo y otros trabajaban activamente contra Alvarado, pero ignoraba la existencia de una vasta y ramificada conspiración, en la cual estaban comprometidos aquellos y otros sujetos que contaban con diez y siete reyes ó caciques indios, además de los dos prisioneros Sinacam y Sequechul, que debían, en el momento preciso, ponerse á la cabeza de la insurrección.

El médico Peraza era, aunque sin parecerlo, el verdadero jefe de los conjurados. Con talento y decisión, y poseído de

una ambición insaciable de gloria y de riquezas, aquel atrevido pechero tenía en sus manos los hilos de la trama y los manejaba con habilidad y astucia, moviendo á todos los conspiradores, convertidos, sin saberlo, en agentes suyos.

Una noche del mes de febrero reuniéronse éstos en casa del herbolario, con todas las precauciones que acostumbraban tomar cuando celebraban aquellas juntas. Por calles extraviadas fueron llegando uno en pos de otro, entrando unos por la puerta principal de la casa, y otros por la excusada, que daba á un callejón oscuro y poco frecuentado. Reuníanse en un subterráneo que Peraza había hecho construír secretamente y cuya entrada sólo él y los conspiradores conocían. Estaban allí Castellanos, Ovalle, Ronquillo y otros muchos afiliados, descontentos del gobernador, ya porque no habían sido bien despachadas diferentes solicitudes suyas, ya porque ambicionaban destinos, ya, en fin, porque estaban agitados por ese espíritu inquieto y descontentadizo que con nada se satisface y que está siempre dispuesto á provocar trastornos. Presidía la reunión el tesorero real, jefe aparente de los conjurados.

Castellanos recapituló, en un largo discurso, las quejas que creían tener del gobernador; los pasos dados en la corte, sin éxito alguno, para que se les hiciese justicia; la necesidad de proveer á su seguridad, deshaciéndose del Adelantado y de los que lo sostenían; los medios con que contaban, concluyendo con manifestar que todo estaba pronto, faltando únicamente señalar el día para dar el golpe.

El herbolario tomó la palabra después del tesorero, y dijo:

— Por la relación que acabáis de oír, caballeros, veréis que todo está preparado y que se han tomado las medidas más eficaces para asegurar el éxito de nuestros proyectos. Diez y siete cacicazgos se hallan comprometidos y podemos contar con unos cincuenta mil guerreros, que aguardan tan sólo la presencia de los reyes Sinacam y Sequechul, para levantarse. Nuestros agentes han recorrido los barrios de la ciudad, han

derramado el oro, han hecho las más halagüeñas promesas; contamos, pues, con una parte del vecindario, y aun se ha logrado hacer entrar en la conjuración á muchos de los soldados. El gobernador está enteramente ocupado en el proyecto ambicioso y loco de organizar una expedición para emprender nuevas conquistas; Portocarrero ha quedado tan débil de cuerpo y de espíritu después de su última dolencia, que poco puede hacer en favor del Adelantado; el licenciado de la Cueva ambiciona la tenencia y trabaja activamente para obtenerla, sin pensar más que en esto y en su desgraciado proyecto de matrimonio con la hija del gobernador. Los demás capitanes que aun permanecen adictos á éste, ó lo abandonarán en el momento de la lucha, cansados, como lo están, de sus tiranías y rapiñas, ó serán impotentes para defenderlo. La ocasión no puede ser más favorable; preciso es aprovecharla. Acordaos de que suele decirse que la fortuna ayuda á los audaces; resolvámonos y combinemos desde luego el día y la manera de libertar á los dos monarcas prisioneros.

Otros de los presentes apoyaron al médico, y la junta de conspiradores dispuso dar el golpe, que parecía seguro, tales eran las probabilidades favorables con que se contaba. Por indicación de Peraza se señaló el 20 de marzo para la evasión de Sinacam y Sequechul, conviniéndose en el modo de verificarla. Casualmente estaba reconstituyéndose la parte del edificio del cabildo contigua á la torre que ocupaban los prisioneros, como que el cronista Fuentes dice que en aquel año, 1540, hizo levantar el Adelantado las casas consistoriales de *muchos pisos*. Dispúsose que Peraza, que tenía entrada franca en la torre, proporcionaría á los reyes instrumentos para limar los fierros de la ventana, que caía precisamente hacia el punto que se reedificaba y en el cual se habían levantado andamios para comodidad de los operarios. La ventana estaba separada de esos andamios por una distancia como de ocho varas; y á fin de que los presos pudiesen salvarla, el herbolario

ofreció subir y colocar una de las mismas tablas de los andamios entre éstos y la ventana, para que sirviese de puente y pasasen por ella los dos reyes. Una vez llegados abajo, tomarían los caballos que se les tendrían preparados. El mismo Peraza los acompañaría en su fuga, quedando en la ciudad los otros conjurados para alzar el estandarte de la rebelión, al mismo tiempo que se sublevasen los cacicazgos.

Aceptóse el proyecto por los conspiradores, y después de haber renovado el juramento de guerra á muerte al Adelantado y prometídose todos fidelidad, decisión y reserva, se separaron para ir á continuar los trabajos preparatorios de la evasión de los dos monarcas.

Dejemos á los conjurados tomar sus medidas para el golpe de mano con que esperaban cambiar el destino del reino, y digamos lo que hacía entretanto el secretario del Gobernador, que no veía la más ligera apariencia de la tempestad que se aprestaba á descargar sobre la cabeza de su antiguo y generoso protector.

Más y más apasionado cada día de la artificiosa viuda, Robledo había olvidado casi sus otros asuntos y aun se cuidaba ya muy poco de los de don Francisco de la Cueva. Amaba á Agustina con toda la violencia de una inclinación no correspondida y atizada al mismo tiempo con diabólica astucia, y devorado por los celos, no pensaba sino en sorprender á la viuda en alguna de sus entrevistas con el médico, en la falsa creencia de que era su preferido rival. Instaba, pues, vivamente á la vieja criada á que cumpliese su oferta, renovándole la promesa de pagar aquel servicio con una generosa dádiva. Mas á pesar del deseo que ésta tenía de satisfacer el anhelo del secretario, no se proporcionaba ocasión de hacerlo. Ocupado Peraza en aquellos días con los preparativos de la evasión de los prisioneros, apenas tenía tiempo para ir una ú otra vez á casa de Agustina, donde permanecía pocos momentos.

El 16 de marzo visitó el médico á la viuda, y la vieja, que

procuraba escuchar las conversaciones de su señora y el doctor, oyó que éste, al despedirse, dijo á Agustina que volvería el 20, á eso de las diez de la noche, teniendo que comunicarle un asunto de la mayor importancia y gravedad. Contestóle la Córdoba que lo aguardaría; y la criada, oido esto, calculó que aquélla era una excelente oportunidad para que el señor Robledo cumpliese sus deseos. Fué, pues, á buscarlo, y le comunicó lo que había escuchado á su ama y al doctor.

Pensativo quedó don Diego al oir lo que la vieja le contaba, y le dijo :

— ¿ En qué pieza de la casa recibe tu señora al herbolario ?

— En la sala, contestó la criada.

— ¿ Y sería fácil que yo me ocultase allí, para poder escuchar su conversación?

— Solamente que os decidáis, replicó la anciana, á esconderos desde temprano bajo el canapé, pues no hay otra parte donde pudierais oír la conversación sin ser visto. Mi señora sale por las tardes y suele volver á eso de las siete; entrando vos un poco antes de esa hora, podríais cumplir vuestro propósito, siendo imposible que os vean.

— Bien, contestó Robledo después de haber reflexionado, y sin que lo arredrase la idea de permanecer agazapado bajo aquel mueble durante cuatro ó cinco horas; tal lo habían puesto los celos, que lo mordían con rabia el corazón. Se hará como me indicas. Antes de las siete estaré en tu casa y me ocultarás en el lugar que me dices. Por lo demás, si oyes cualquier ruido, voces ó altercado, no acudas ni llames, y guarda el más profundo secreto sobre lo que puedas ver ú oír esa noche. La menor indiscreción ó ligereza, te costará muy cara.

Al decir esto, con un semblante que expresaba perfectamente la resolución de recurrir á cualquier extremidad, Robledo despidió á la vieja, después de haberle puesto en la mano un puñado de monedas de oro.

Llegó al fin el 20 de marzo, aguardado con tanta impacien-

cia por los conspiradores y por el secretario del gobernador, aunque por motivos harto diferentes. Todo estaba listo para que se verificase la evasión de los prisioneros. Peraza había llevado á Sinacam y Sequechul instrumentos muy finos con los cuales limaron la víspera los barrotes de hierro de la ventana, dejándolos colocados para quitarlos en el momento preciso. Los principales conjurados debían distribuírse delante de las Casas Consistoriales y calles adyacentes, á fin de proteger la fuga, y el denodado y resuelto herbolario subiría solo á colocar la tabla por la cual debían pasar los dos monarcas.

Á las siete de aquella noche, Robledo llegaba embozado en su capa, que ocultaba la espada y daga de que iba armado, á la puerta de la casa de Agustina, en donde lo aguardaba ya la anciana dueña. La viuda estaba ausente, como lo había previsto la criada, y así el secretario del gobernador pudo introducirse en la sala y colocarse bajo el canapé, que, sobre ser bastante bajo, tenía una especie de falda de madera esculpida que caía desde el asiento hasta tocar con el suelo y hacía imposible ver cualquier objeto que ocultase aquel mueble. La viuda llegó poco después y se ocupó en arreglar algunos papeles y alhajas que tenía en un cofrecillo, operación que pudo ver Robledo perfectamente, al través de los huecos que dejaban las labores de la cincelada falda del sofá.

Á las diez en punto dieron en la puerta de la calle dos aldabonazos, cuyo eco resonó en el corazón agitado de don Diego. Habría querido volverse todo él ojos y oídos, para ver y escuchar cuanto se hiciese y se dijese en aquella entrevista. Al entrar bajo el canapé, había cuidado de desnudar su daga, cuya aguzada punta acariciaba con la yema del dedo, cuando apareció el doctor. Peraza estaba pálido, y su semblante, con una expresión sombría que no le era habitual, indicaba la conmoción de su ánimo. Sentóse sin decir palabra frente á Agustina, que después de un momento de silencio dijo :

— Y bien, don Juan, ¿qué es lo que ocurre? Algo muy extraordinario ha sucedido, pues leo en vuestra fisonomía la agitación de vuestro espíritu. Explicaos.

— Agustina, contestó Peraza en tono grave, no ha sucedido aún nada extraordinario; pero van á tener lugar esta misma noche, y dentro de pocas horas, acontecimientos que decidirán la suerte del reino y la mía.

Asombrado quedó Robledo al escuchar aquellas palabras, tan diferentes de las que él aguardaba oír en la que creía ser una cita amorosa.

— ¿Qué? dijo Agustina, como quien estaba ya, aunque á medias en antecedentes. ¿Vais á dar el golpe esta noche?

— Sí, contestó Peraza; vamos á poner en libertad á los reyes indios presos en las Casas Consistoriales. Yo favoreceré su evasión, los sacaré de la ciudad y los conduciré hasta ponerlos al frente de sus tribus, que están prontas á sublevarse con diez y siete cacicazgos más, que formarán por todo un cuerpo de cincuenta mil guerreros.

— ¿Y después? dijo Agustina.

— Después, replicó Peraza, los amigos que aquí quedan se pondrán al frente de nuestros numerosos y decididos partidarios y atacarán el palacio del gobernador, de quien procurarán apoderarse y decapitarlo inmediatamente, lo mismo que á vuestro cortejo, el antiguo lacayo Robledo. Entretanto, yo embestiré la ciudad á la cabeza de los indios.

El corazón de Robledo palpitaba con violencia, y un sudor frío comenzó á inundar su frente. No que le hubiese atemorizado la inesperada revelación que acababa de escuchar, pues aquel hombre no contaba entre sus defectos la pusilanimidad, sino que temblaba á la idea de no tener tiempo de frustrar los planes de los conjurados. Estuvo á punto de resolverse á salir y matar al médico allí mismo; pero reflexionó y prefirió aguardar á que acabase de explicar los pormenores del complot, con la esperanza de que mencionase los nombres de los otros conju-

rados. Pero aquella esperanza se frustró. El herbolario dijo únicamente cuáles eran los pueblos con cuyos caciques se contaba, refirió otros pormenores poco importantes del plan y calló los nombres de los demás comprometidos, quizá por ser ya conocidos de Agustina. Después de haber hecho aquella relación, añadió Peraza:

— Amiga mía, os he iniciado en el grave secreto de los importantes acontecimientos que van á tener lugar desde esta misma noche. Ahora, réstame pediros un favor y es el objeto principal con que os he dado cita para esta conversación.

— Decid, don Juan, contestó la viuda; sabéis que podéis contar con mi amistad.

— Gracias, Agustina. Lo sé, y en esa confianza, os entrego esta llave, que encierra mis papeles de familia y otros documentos importantes. Si, lo que no espero, fracasa nuestro proyecto y me veo obligado á huír, acudiréis á mi casa, abriréis mi papelera y tomaréis un paquete atado con una cinta verde. Es una memoria en que están consignadas mis observaciones sobre el filtro que tiene la virtud de inspirar el amor. Allí está explicada la manera de administrarlo y por qué no produjo sus efectos naturales en don Pedro de Portocarrero. Tomaréis esos papeles y la redoma, que encontraréis allí también y contiene el precioso licor; haced de uno y otro el uso que más os plazca. Encontraréis otro paquete atado con un cordón azul, cerrado y sellado: contiene mis papeles de familia; suplícoos que si muero, lo arrojéis al fuego sin abrirlo.

Diciendo esto, Peraza, no poco conmovido, se levantó y se despedía ya de Agustina; pero ésta lo detuvo y le dijo:

— Don Juan, cumpliré con exactitud vuestras recomendaciones, si llegare el caso desgraciadamente; pero no creo que así suceda. Vuestras disposiciones están perfectamente tomadas y pienso que el éxito más feliz coronará la empresa. Ahora oíd una idea que me ha ocurrido. Deseo acompañaros esta noche y ayudar á la evasión de los prisioneros

— ¡ Vos, Agustina ! dijo Peraza sorprendido ; ¿ vos queréis ir á mezclaros con los conjurados?

— ¿ Y por qué no ? Tengo valor para eso y para mucho más, y sabéis que mi espíritu se complace en el peligro y en los lances aventurados. Así, estoy resuelta á ir con vos y voy á vestir un traje completo de caballero que me ha servido ya otras veces. Aguardadme, que pronto estoy de vuelta.

Dicho esto, y sin dar tiempo á que Peraza le hiciese nuevas observaciones, entró Agustina en su alcoba, dejando al médico asombrado de aquella resolución atrevida y extravagante. Robledo, que lo había escuchado todo, pensó de nuevo si le convendría salir y asesinar al doctor ; pero anhelando siempre descubrir á los otros conjurados, que sin duda se retirarían si veían que no llegaba Peraza á la hora convenida, resolvió no moverse y dejar correr las cosas, calculando que saliendo inmediatamente después que el médico y Agustina, tendría tiempo sobrado para impedir la evasión de los prisioneros y capturar á todos los conspiradores. Aguardó, pues, con paciencia el desenlace de aquel drama.

Agustina no tardó mucho en presentarse completamente transformada en un bizarro caballero.

— Vamos, dijo á Peraza; son las once, tenemos aún una hora.

El médico quiso todavía disuadirla de su empeño; pero viendo que nada lograba, tomó su partido y salió de la sala, seguido de la disfrazada viuda. No bien hubo oído Robledo el golpe de la puerta de la calle que cerraron Peraza y Agustina, salió con presteza de su escondite y tropezó con un objeto pequeño que llamó su atención. Era la llave de la papelera del herbolario, que Agustina había dejado caer al suelo, y que no recogió por olvido. Apoderóse de ella don Diego, y se dirigió á la puerta de la calle, á toda prisa. Tiró del cerrojo, quiso abrir; pero inútilmente. La viuda había tenido la precaución de dejar asegurada la casa, y había echado la llave. El secre-

tario bramó de coraje, y dió voces á la criada, que acudió inmediatamente.

— ¡ Una luz ! gritó Robledo, trae una luz.

Llevó la vieja una bujía. Robledo vió que la puerta estaba con llave, y en su impaciencia, quiso romper la cerradura con la punta de su daga. ¡ Empeño inútil ! El arma saltó hecha pedazos. Don Diego cerró los puños y dió con ellos un golpe formidable en la puerta, que ni aun se conmovió ; visto lo cual, gritó desesperado :

— ¡ Todo se ha perdido ! ¡ Maldición !

CAPÍTULO XIV

Mientras el pobre Robledo bramaba de coraje, al ver que la viuda lo había dejado preso, sin pensarlo, en aquel momento decisivo, ella y su compañero se dirigían hacia las Casas Consistoriales, encontrando en diferentes puntos escalonados á los conspiradores, que habían acudido á cubrir los puestos que se les asignaran. El médico pasó sin obstáculo, mediante la seña y contraseña convenidas, y poco antes de las doce, llegó al pie de la torre donde estaban encerrados los reyes. Dos embozados aguardaban allí, con tres caballos enjaezados. Peraza les habló en voz baja y los despidió, enviándolos á cubrir una esquina inmediata, y confió el cuidado de los corceles al fingido caballero que lo acompañaba. Despojóse de su capa y de su espada, para estar más ligero, y conservó solamente su daga. En seguida comenzó á trepar por los andamios poco á poco, procurando á tientas afianzar bien los pies, pues la noche era oscurísima y la altura á que debía subir, como de veinte varas. Llegó al fin á la cima sin contratiempo alguno. Con la daga cortó las cuerdas que ataban una tabla y la colocó entre la ventana y el andamio. Dió un ligero silbido, é inmediatamente desaparecieron los barrotes de la ventana de la torre, y salió el joven Sequechul, precediendo á su anciano compañero, á quien daba la mano, para ayudarlo á pasar el improvisado puente. Sin decirles palabra, Peraza fué descendiendo como una culebra, seguido de los dos reyes. Habrían bajado unas

diez varas, cuando se oyó á lo lejos un fuerte y agudísimo silbido, como el que se da con un silbato de metal. Peraza se estremeció, y dijo á sus compañeros :

— Apresuraos, que hay novedad. Ese silbido es un aviso que nos da alguno de nuestros centinelas avanzados.

No había acabado el doctor de pronunciar aquellas palabras, cuando resonó otro silbido aun más fuerte y más próximo, seguido de otro y otro, que no dejaron ya al médico la menor duda de que estaban descubiertos. Sin desalentarse, resolvió tentar á la fortuna y ver si aun podían escapar.

— Bajad de prisa, exclamó, no perdáis momento, nos va la vida en ello.

Cuando dijo esto, ya tocaba el suelo con los pies. Sequechul estaba á unas cinco varas de distancia; pero Sinacam, que descendía con más dificultad, se hallaba á diez varas de la tierra. El anciano quiso bajar apresuradamente, puso un pie en falso, perdió el equilibrio y cayó á plomo, tendido á los pies de Peraza. El rey lanzó un agudo grito ; se había fracturado una pierna.

— ¡ Viejo imbécil! dijo el doctor; va á ser causa de que caigamos en poder de esos malvados.

Quiso levantarlo para hacerlo montar en un caballo, pero el desgraciado exhaló las más lastimosas quejas. El médico vió que era imposible moverlo, y dijo á Sequechul :

— Es necesario abandonarlo. Huyamos. Oigo el rumor de los que se acercan á prendernos.

— No, contestó el joven quiché con tranquilidad. Huye tú y sálvate. Yo seguiré la suerte de mi compañero; y se sentó resueltamente al lado de Sinacam.

— Pues quedad con todos los diablos, dijo el doctor impaciente, y montando en un caballo, mientras Agustina subía en otro, echó á correr, seguido de la viuda. No habían andado cincuenta pasos cuando se encontraron frente á un pelotón de arcabuceros que gritaron « ¡ alto! » apuntando sus armas al

pecho de los fugitivos. Peraza vió qus era inútil toda resistencia, apeóse del caballo, lo cual hizo también la viuda, y acercándose al que mandaba la partida de tropa, dijo :

— Estamos rendidos; haced de nosotros lo que más os plazca.

— Conducid á estos hombres, dijo entonces el que iba á la cabeza de los arcabuceros.

Al oir aquella voz, harto conocida del médico y de Agustina, exclamaron ambos asombrados :

— ¡ Robledo !

— ¿ En dónde están esos perros indios? dijo el secretario del gobernador, dirigiéndose á Peraza.

— Allí, contestó el herbolario con indiferencia, al pie de los andamios.

Robledo envió diez soldados á prender á los reyes, y los condujeron, llevando entre cuatro á Sinacam, que bramaba de dolor.

— Caminad, dijo Robledo, haciendo que se adelantasen los que conducían á los caciques, quedándose él atrás con el doctor y la disfrazada viuda. Poco era lo que había que andar para llegar á la cárcel, adonde se conducía á los prisioneros. Al doblar la esquina, Robledo, que había cuidado de colocarse al lado de la viuda, le dijo en voz baja :

— Huíd, Agustina; tomad la calle opuesta á la que hemos traído y acordaos de que os he salvado la vida.

Asombrada quedó la Córdoba de que la hubiese conocido don Diego con aquel disfraz y en una noche tan oscura, y aprovechando la ocasión con que se le brindaba, echó á correr hacia el lado que le había indicado Robledo. Los soldados quisieron seguirla, pero Robledo les dijo :

— Dejad á ese joven; es un paje de este hombre que lo acompañaba y no tiene importancia alguna.

Así, pudo la viuda ponerse en salvo y se encerró en su casa, asustadísima, en tanto que el doctor Peraza y sus dos compa-

ñeros eran sepultados en estrechos y oscuros calabozos y cargados de cadenas. Todos los demás conspiradores, que advirtieron á tiempo la llegada de la tropa, pudieron huír y se escaparon. Ahora diremos cómo sucedió que el secretario del gobernador, á quien dejamos al fin del último capítulo bajo de llave en casa de Agustina Córdoba, logró salir de aquel encierro.

Cuando la vieja dueña vió el afán con que Robledo procuraba romper la cerradura y el mal resultado de sus esfuerzos, le dijo :

— Paréceme, señor don Diego, que tenéis grande empeño en salir.

— Tanto, contestó rechinando los dientes de rabia, que daría cualquier cosa por romper esa puerta abominable.

— Eso es imposible, replicó la vieja, pero no es tampoco necesario. Venid, y si sois ágil y resuelto, dentro de cinco minutos estaréis en la calle.

El secretario estuvo á punto de abrazar á la espantosa vieja, tal fué el júbilo que le ocasionó el anuncio de que podía verse libre.

— Vamos, dijo, al momento, sin pérdida de tiempo; contad con la más brillante recompensa.

La vieja marchó con toda la presteza que permitían sus años, seguida de Robledo, á quien los minutos parecían siglos. Entró la criada al dormitorio de Agustina, tomó las sábanas de la cama y las ató fuertemente unas á otras, formando una especie de soga. Mientras ejecutaba aquella operación en que la ayudaba don Diego, explicó á éste su proyecto. Había en el corral de la casa un amate, cuyas extendidas ramas caían sobre una pared que daba al campo, pues la casa estaba situada en un barrio de la ciudad. El secretario podía subir al árbol y pasar á la pared, atar la punta de la soga improvisada á la rama misma del amate, y descendiendo por aquélla, bajar hasta el suelo. Es verdad que al pie de la pared corría el Almolonga;

pero su caudal era escaso, como sabía bien don Diego, y lo más á que se exponía era á tomar un baño que no subiría de las pantorrillas.

Excelente pareció la idea al secretario, y la habría adoptado, aun cuando hubiera sido más peligrosa; tal era la impaciencia que tenía de salir. Así, luego que estuvieron anudadas las sábanas por los extremos, las tomó, y dirigiéndose á toda prisa al corral, subió al amate, y montado en el caballete de la pared, ató la punta de la soga en las ramas y fué deslizándose poco á poco del otro lado de la tapia. Desgraciadamente tenía ésta más elevación que el largo de las sábanas unidas, y cuando don Diego hubo llegado al extremo, quedaban aún sus pies á unas cuatro varas de distancia de la tierra. La posición era insostenible por mucho tiempo; pendiente de las sábanas, se le agotaban ya las fuerzas; oía al río murmurar blandamente debajo de sus plantas, como ofreciéndole seguro lecho en su arenoso cauce; hizo, pues, ánimo, y soltando la soga, dejóse ir, cayendo largo á largo en el manso y humilde Almolonga. El baño fué más general de lo que la vieja había creído; pero Robledo lo dió por bien empleado al verse libre. Incorporóse, y saliendo del río completamente calado de agua, corrió hacia el palacio del gobernador.

Había allí siempre un piquete de arcabuceros que daba la guardia al Adelantado. El secretario llamó al oficial, díjole lo que ocurría y tomó unos quince soldados, con los cuales se dirigió apresuradamente á las Casas Consistoriales. Entretanto el oficial avisó al gobernador, que se levantó en el acto, y tomando su espada, hizo llamasen la tropa del cuartel. Salió y acudió al cabildo; pero por mucho que se apresuró don Pedro, cuando llegó, el activo Robledo había terminado la obra. Los reyes y el doctor estaban presos y se buscaba, aunque en vano, á los otros conjurados.

Cuando hubo dejado bien seguros á los prisioneros, Robledo, con cuatro soldados, se dirigió á la casa del médico, que hizo

le abriesen en nombre del Rey. Registró las habitaciones y llegó al estudio, estremeciéndose al encontrarse rodeado de las calaveras de hombres y animales que tapizaban las paredes. Con la llave que había recogido en casa de Agustina, abrió la papelera y tomó los paquetes que Peraza había recomendado tanto á la viuda, llevándose también la redoma que contenía el bebedizo. Las gentes que componían la servidumbre del herbolario fueron conducidas á la cárcel, lo mismo que el que servía inmediatamente á los reyes en la prisión. Practicado todo esto, el secretario del gobernador, satisfecho de sí mismo y gloriándose en su interior de haber salvado el reino, se retiró á su casa á descansar.

Al siguiente día supo la ciudad asombrada los acontecimientos de la noche anterior, causando mucho sentimiento la noticia de que el herbolario, que era generalmente querido, estaba en la cárcel cargado de cadenas. Muchos no daban crédito á lo de la conspiración y atribuían la desgracia del médico á la mala voluntad del secretario, tan aborrecido como el otro era estimado.

El gobernador, sin hacer caso de aquellos rumores, comenzó á instruir el proceso contra los reos, tomándoles las primeras declaraciones, auxiliado del secretario y escribano Diego Robledo. Tanto los dos reyes como el doctor, negaron rotundamente la existencia de la conjuración, diciendo que el proyecto estaba reducido á la evasión de los prisioneros, que había intentado, dijo Peraza, condolido de los prolongados padecimientos de los caciques indios. Éstos, por su parte, sostuvieron que ignoraban si el herbolario contaba con otras personas para favorecer su fuga, no sabiendo tampoco si sus planes se extendían á más; y que brindándoseles la libertad, la habían aceptado. Inútiles fueron las tentativas que en los días subsiguientes se hicieron para averiguar los nombres de los otros españoles comprometidos en el complot; visto lo cual, se dispuso apelar al tormento, conforme á la ley y á la costumbre, exceptuándoso al viejo

Sinacam, cuya situación no permitía se le sujetase á aquella prueba cruel. El día 25 de marzo entró el Adelantado en la cárcel, seguido del escribano y del verdugo, é hizo sacasen á Peraza del calabozo, y que lo despojaran de sus vestidos. Se le colocó en el potro, fuertemente atado de pies y manos, y le envolvieron el cuerpo con cordeles. El verdugo comenzó la operación del tormento, apretando las cuerdas por medio de un tórculo. Á cada vuelta, los cordeles penetraban más y más en las carnes del desventurado que bramaba de dolor. Entretanto, el escribano asentaba impasible sus declaraciones. Á la media hora, retiraron á Peraza del potro, pálido y descoyuntado. Y sin embargo, no pronunció el nombre de uno solo de sus cómplices.

Al siguiente día se puso en el potro á Sequechul, con igual éxito. Se determinó, en vista de la tenacidad de los reos, variar la forma del tormento, comenzando con el médico. Se le suspendió por los brazos del techo de la cárcel, por medio de fuertes cuerdas y le ataron á los pies dos piedras de enorme peso. En aquella posición horrorosa se le volvió á tomar declaración, y el intrépido herbolario persistió en su negativa, diciendo que no diría más, aun cuando lo hiciesen pedazos. Siguió Sequechul, cuyos miembros crujían, estirados dolorosamente con el peso de las piedras. Casi exánime ya, y visto que nada declaraba, retiraron al desventurado rey de aquella tortura, teniendo que conducirlo, como al herbolario, en camilla, pues estaban ambos incapaces de dar un paso. Habían pasado quince días y nada se adelantaba en cuanto al descubrimiento de los cómplices. El Adelantado resolvió tomarse algún tiempo para deliberar y terminar el proceso.

Entretanto, Agustina Córdoba, que no ignoraba la situación en que se hallaba Peraza, solicitó del secretario el permiso de enviarle alimentos y medicinas, pues la operación del tormento lo había dejado bastante malo. Mediante las convenientes precauciones, convino Robledo, por condescendencia hacia Agus-

tina, y convencido ya de que las relaciones de ésta con el herbolario nada tenían de amorosas, en que le enviaría lo que necesitase. Peraza mismo, postrado en la cama, indicaba los medicamentos que se le habían de llevar, y entre otros, pidió una redoma envuelta en un papel verde, que estaba en su gabinete. Lleváronsela, y después de haberla examinado bien y cerciorádose de que no la habían equivocado, la guardó cuidadosamente.

Después de muchos días, el Adelantado pronunció su sentencia, condenando á los reyes Sinacam y Sequechul y al médico herbolario Juan de Peraza, á ser ahorcados en la plaza pública de la ciudad. Notificóseles aquella determinación, que escucharon los tres, serenos é impasibles. La ejecución debía tener lugar el día 15 de mayo. Luego que se supo en el vecindario la sentencia del gobernador, sintióse vivamente la suerte reservada al médico, y comenzaron á circular rumores de alzamiento con el objeto de libertarlo. Fomentaban en secreto aquel descontento los demás conspiradores; pero Alvarado, sin hacer cuenta de tales manejos, se mantuvo firme y dispuso redoblasen las precauciones para la custodia de los reos.

Á pesar del desagrado público, se aproximaba el día en que había de ejecutarse la sentencia, sin que se advirtiese movimiento alguno en la población. Pero he aquí que el 12 de mayo, á la madrugada, un acontecimiento grave é inesperado pone en movimiento la cárcel. Al ir el alcaide á hacer la acostumbrada visita á los reos, aproxímase á la cama del herbolario, llámalo pór su nombre y no contesta. Acerca una luz y ve su rostro cubierto con la palidez de la muerte y los ojos cerrados. El cuerpo está aún caliente y flexible, pero no hay la más leve señal de vida. Junto á la cama está tirada una redoma envuelta en papel verde y completamente vacía. Convencido de que aquel desgraciado había tomado veneno, el alcaide corrió á dar parte al secretario del gobernador, que acudió á la cárcel inmediatamente y se convenció de que el médico había puesto

fin á su existencia, por evitarse, sin duda, en su orgullo, el dolor y la vergüenza de morir en el patíbulo.

Instruído el gobernador de lo ocurrido, hizo se publicase el acontecimiento y que se expusiese el cadáver del médico en una sala baja del edificio para que lo viese el pueblo. La multitud acudió, en efecto, á presenciar aquel espectáculo, no volviendo en sí del asombro que le causó una resolución tan extraordinaria y nada común en aquellos tiempos. Todo el día permaneció expuesto el cadáver, y en la noche se le condujo al cementerio, dejándolo depositado en una pieza, para sepultarlo en la mañana siguiente. Los encargados de aquella operación acudieron temprano á tomar el cadáver; pero, ¡cuál no sería su estupefacción al ver que había desaparecido Dieron aviso inmediatamente; buscóse por todas partes, sin resultado; hiciéronse diversas conjeturas, y después de mucho meditar el caso, se decidió, por unanimidad, que el diablo había cargado con el cuerpo y con el alma del suicida.

Sinacam y Sequechul sufrieron la muerte con la misma entereza que habían mostrado desde que se les notificó la sentencia. El 15, en medio de un gran concurso de gente, subieron al patíbulo los reyes de los kachiqueles y los quichees, que murieron como paganos, no habiendo querido abjurar sus falsas creencias, á pesar de las exhortaciones de los buenos religiosos que los visitaron en sus últimos días. Después de la ejecución de aquellos desgraciados monarcas, el Adelantado se puso al frente de sus tropas y salió de la ciudad recorriendo los cacicazgos comprometidos en la conspiración, según la relación confidencial hecha por Peraza á Agustina Córdoba, y que oyó el secretario Robledo. Los diez y siete príncipes de aquellos pueblos sufrieron todos la misma suerte que cupo á los reyes kachiquel y quiché; murieron ahorcados por orden del gobernador, que regresó á Guatemala, después de aquella terrible ejecución, que sabemos por el manuscrito interesante del prín-

cipe don Francisco Hernández Arana Xahila (1), pues los cronistas guardan silencio sobre aquel suceso, y aun niegan la muerte de Sinacam y Sequechul, diciendo que el Adelantado los llevó consigo en la expedición que verificó á poco tiempo, agregando, sí, la especie harto significativa de que *no se volvió á saber más de ellos.*

(1) Manuscrito Cackhiquel, Memorial de Tecpán Atitlán; escrito por el príncipe don Francisco Hernández Arana Xahila, completado por don Francisco Díaz Gebuta Queh, y traducido de la lengua kachiquel al francés por el señor abate Brasseur de Bourbourg. (Inédito).

CAPÍTULO XV

Volvamos á los otros personajes de nuestra historia, de quienes nada hemos dicho en los últimos capítulos.

Doña Leonor estaba aparentemente restablecida de la grave enfermedad que le causaron las mentirosas revelaciones de la pérfida Agustina Córdoba. Sin embargo, las personas de su familia no alcanzaban á comprender la causa de la profunda melancolía y del abatimiento, cada día mayor, de la desgraciada joven. Ella devoraba su dolor en el retiro y en la soledad, ó se desahogaba en el seno de su fiel amiga doña Juana. La hija del Adelantado, firme en su proposito de no tener explicación alguna con Portocarrero, evitaba cuidadosamente las pocas ocasiones que había de verlo y hablarle. Don Pedro, como ya hemos dicho, sufría las deplorables consecuencias del veneno que había infiltrado en sus venas la bebida que le suministró Peraza. Pálido y extenuado, atravesaba como una sombra las calles de la ciudad, moviendo la compasión de cuantos lo encontraban. Su inteligencia parecía en general funcionar con regularidad; pero de cuando en cuando se llevaba la mano al cuello, y no encontraba el relicario, reía y lloraba al mismo tiempo, y pronunciaba algunas palabras inconexas. El desvío de doña Leonor, que no pasó desapercibido para el pobre maniaco, acababa de torturar su corazón. Procuró ver á la joven; pero ésta se negó constantemente, haciendo decir á Portocarrero que no quería ya desagradar á su padre; y que

si bien jamás sería esposa de don Francisco de la Cueva, no debía alimentar una inclinación que el Adelantado no aprobaba. Así se interponía el orgullo entre doña Leonor y don Pedro de Portocarrero, imposibilitando se descubriese la intriga de la viuda y consumando poco á poco la desgracia de los dos amantes.

Doña Juana, por su parte, había experimentado en aquellos días violentas emociones con los acontecimientos últimamente ocurridos. La conspiración en que hacía tan principal papel el médico Peraza, la prisión de éste, la horrorosa tortura á que se le sujetó y su muerte desastrada, impresionaron vivamente á la joven, que no podía desechar de su imaginación el recuerdo de aquel desventurado, que excitaba en su alma un sentimiento de compasión y de terror al mismo tiempo.

Pasaron quince días desde aquel en que Peraza había muerto víctima del veneno que él mismo se administró en la cárcel, con el fin, á lo que parecía, de evitarse la ignominia del patíbulo. Una noche ya muy tarde doña Juana oraba fervorosamente en su habitación, pidiendo á Dios que en su infinita misericordia se apiadase del alma de aquel desventurado. Caían copiosos aguaceros, y la tempestad descargaba sobre la población. Silbaba el viento con violencia y hacía estremecerse los cristales de la ventana del dormitorio de doña Juana. Los relámpagos se sucedían unos á otros con rapidez, iluminando momentáneamente la atmósfera, oscura como la boca de una tumba. La padiosa doncella redoblaba sus oraciones, arrodillada delante de una imagen de la Virgen, ante la cual ardía una lámpara, cuya luz alumbraba débilmente la estancia. Una ráfaga de viento, que abrió con violencia los cristales de la ventana, apagó la luz, al mismo tiempo que se oía el atronador estampido del rayo, cuya cárdena espiral iluminó instantáneamente la habitación. Á su siniestro fulgor, doña Juana vió delante de sí, cerca de la puerta, en pie, vestido de negro y medio embozado en una capa de paño blanco, al médico

Juan de Peraza, que la comtemplaba con una mirada triste, fija y penetrante. Á la vista de aquella fantasma, doña Juana lanzó un grito y cayó desmayada. Una doncella que dormía en el cuarto inmediato, y que había despertado al ruido pavoroso del trueno, oyó el grito de su señora y se precipitó en la habitación, que encontró completamente oscura. Fué en el acto á buscar luz, y cuando entró con ella, encontró á doña Juana pálida y convulsa, tendida en el suelo, con los ojos abiertos desmesuradamente y fijos en el punto donde se le había aparecido el horroroso espectro.

Por más preguntas que hizo la doncella no pudo obtener explicación alguna de lo que había motivado el grito penetrante que la despertara. Doña Juana, sumamente abatida, fué á ver al siguiente día á doña Leonor, su amiga, y le refirió la terrible visión que se le había aparecido la noche anterior. La hija del Adelantado se empeñó en tranquilizar á doña Juana, procurando convencerla de que aquella supuesta visión era efecto de su propio espíritu vivamente excitado. La joven, sin embargo, abrigaba la seguridad de haber visto al herbolario, no ya con el aspecto amenazador y terrible que tenía cuando estuvo á punto de matarla en la galería del palacio, sino profundamente triste y abatido, al parecer. Desde aquella noche, doña Juana no quiso consentir en que la doncella que la servía inmediatamente se separase de su lado. Su sueño era inquieto, y creía ver por todas partes el pálido rostro del doctor y su mirada melancólica y fascinadora.

Así pasaron muchos días. Poco á poco fué recobrando doña Juana su tranquilidad y llegó á sospechar casi que la aparición del herbolario había sido una fantasma creada por su propia imaginación. Una noche se encontraba sola en el dormitorio, habiendo salido la doncella por un momento. La joven, sentada en un cómodo sillón, se había quedado adormecida, y repentinamente oyó un ligero crujido, como el del gozne de una puerta que se abre muy pocas veces. Abrió los ojos doña Juana

y se encontró frente á sí, y como si hubiese salido de la tapicería, la misma figura del doctor que se le apareciera pocas noches antes. El horror la dejó sin movimiento bajo la mirada de Peraza, que fué acercándose á ella lentamente. Cuando estuvo á dos pasos de la joven, se detuvo y contemplándola con tristeza, dijo :

— Doña Juana, ¿no me reconocéis? Soy yo, el médico de Baeza, cuyo amor por vos no se ha extinguido con la muerte. Ella nos hace iguales, doña Juana; y ya que el mundo nos ha separado, por sus necias preocupaciones, la eternidad justiciera va á unirnos para siempre.

Al decir esto, Peraza se acercó á la joven, que estaba poseída del más profundo terror, é incapaz de oponer la menor resistencia. Levantóla en sus brazos, se dirigió al lugar de la pared de donde parecía haberse desprendido; puso la mano en un botón casi invisible que estaba en la tapicería, y se abrió una puerta. Al salir por ella el médico con doña Juana, que había perdido el conocimiento, entró en el dormitorio la doncella y alcanzó á ver al herbolario, á quien reconoció muy bien, y viendo que se llevaba á su señora, dió un grito y volvió á salir precipitadamente de la habitación.

Las gentes del palacio se pusieron en movimiento, á la noticia de la misteriosa desaparición de doña Juana. La camarera, en el terror que la dominaba, dijo que la pared se había abierto por sí misma y dado paso á una fantasma que tenía el aspecto del difunto médico, la cual arrebató á su señora, desapareciendo con ella. Registróse el palacio todo, recorrióse la ciudad aquella misma noche, y no pudo encontrarse el menor vestigio de la desgraciada joven. La hija del Adelantado, que sabía perfectamente la pasión de Peraza por su amiga, no vaciló en dar crédito á la extraña relación de la doncella y se persuadió de que el herbolario había venido del otro mundo por doña Juana. Desde aquel momento, doña Leonor cayó en el mayor abatimiento, considerándose como

sola en esta vida, perdida para siempre su única amiga.

Sin embargo, ni nuestros lectores ni nosotros hemos de creer, como aquellas buenas gentes del siglo XVI que efectivamente salió del sepulcro el doctor Peraza para robar á doña Juana de Artiaga. Así, es tiempo ya de dar la explicación sencilla y natural de aquellos acontecimientos, al parecer extraordinarios.

Desde que se notificó al médico la sentencia de muerte pronunciada contra él y los dos reyes indios, formó el atrevido proyecto de sustraerse á la pena. Su conocimiento de las propiedades de los vegetales le sirvió en aquella ocasión más que cuando quiso encontrar, con el auxilio de la ciencia, la hierba que inspiraba el amor. Tenía entre las pócimas de que solía hacer uso, un activo narcótico, el cual resolvió emplear, para simular un envenenamiento, seguro de que fácilmente conseguiría su objeto, contando con la ignorancia crasa de las gentes entre quienes vivía. Pidió la redoma que contenía el narcótico, y calculando el tiempo que había de durar su efecto, lo tomó con resolución, logrando una suspensión de las funciones vitales, que presentaba casi todos los caracteres de una verdadera muerte. Conducido al cementerio y depositado en una pieza, mientras se le sepultaba como dijimos á su tiempo, hacia la media noche cesó el efecto del narcótico, recobrando el doctor el pleno uso de sus facultades. Sin gran dificultad pudo salir del recinto del cementerio, rodeado por una pared muy baja; y encontrándose en la calle, se dirigió á su casa, que estaba completamente abandonada, habiéndose reducido á prisión á las personas de la servidumbre. Encontró cerrada la puerta principal, lo que le causó no poca desazón; pero habiendo acudido á la excusada que, como dijimos, tenía la casa, tuvo la fortuna de encontrarla abierta, y entró por ella, dirigiéndose desde luego al subterráneo donde acostumbraban celebrar sus juntas los conspiradores, seguro de que en aquel punto nadie daría con él, aun cuando registrasen la habitación de arriba

abajo. Por lo demás, ese peligro era harto remoto; pues decidido por la opinión pública que el diablo había cargado con el herbolario en cuerpo y alma, nadie se había de tomar el trabajo de buscarlo. Mas como las precauciones no fuesen del todo inoficiosas, por no exponerse á que lo viese alguno, don Juan no salía sino de noche y cuando tenía para ello necesidad urgente.

La única persona á quien se descubrió Peraza, fué la camarera de doña Leonor, Melchora Suárez, que no tuvo poco susto cuando se le apareció el que ella consideraba como difunto de muchos días. Con trabajo logró el doctor tranquilizarla y convencerla de que no era una fantasma del otro mundo, sino el mismo herbolario en carne y hueso el que le hablaba. Peraza apeló al más convincente de los argumentos, poniendo en manos de la interesada doncella un bolsillo lleno de oro, con lo que aquélla hubo de persuadirse de la existencia real y efectiva del generoso doctor. Una vez comprobado que Peraza era el mismo de siempre, se trató de encontrar un medio de introducirlo en la habitación de doña Juana, servicio que ofreció recompensar con una dádiva aun más liberal. Después de mucho meditar el caso, Melchora encontró la solución de la dificultad, recordando haber oído á su tío cierta historia de una entrada secreta que tenían las piezas ocupadas á la sazón por doña Juana, y que se había hecho, no recordaba con qué motivo, cuando se construyó el palacio, con intervención del mayordomo. Buscóse cuidadosamente la puerta oculta por la tapicería, y al fin hubo de darse con ella. Caía á unos cuartos por entonces deshabitados, y por medio de una escalera también oculta se bajaba al patio interior, que tenía puerta al jardín, que daba al campo. Fácilmente se hizo Melchora de la llave de esta puerta y la entregó al herbolario, que pudo así introducirse dos veces en el palacio y llegar hasta el dormitorio de la joven, sin que persona alguna lo advirtiese. La primera fué bajo los recios aguaceros y la fuerte tempestad que

contribuyeron á hacer más romántica la aparición del herbolario. Él iba decidido á apoderarse de doña Juana; pero la llegada de la camarera de ésta, impidió la ejecución de aquel designio. Más afortunado la segunda vez, pudo Peraza, á favor del espanto que causó su sola presencia á doña Juana, y dándose la apariencia de un alma de la otra vida, ejecutar el rapto. Perdido el conocimiento, la sacó del palacio, y montando en un ligero caballo que tenía preparado cerca de la puerta que daba al campo, en un momento llegó á su casa. Cuando doña Juana volvió en sí se encontró en el oscuro subterráneo, adonde la condujo el herbolario.

Al verse enterrada viva en aquella tumba, la desgraciada joven se entregó á la más horrorosa desesperación. Peraza, en pie delante de doña Juana, la contemplaba con alegría satánica, sin que los gritos y lamentos de la infeliz hiciesen, al parecer, la menor impresión en aquella alma de bronce. Dió lugar á que desahogase algún tanto la pena que la oprimía, y le habló en estos términos :

— Al fin, doña Juana, estamos reunidos para siempre. Ya lo veis. En vano habéis huído de mí. La tumba misma parece haberme arrojado de su seno para que os separe del mundo de los vivos y os traiga á participar de la soledad á que me encuentro condenado. Muerto en opinión de todos, lo estaré en realidad para todos, menos para vos. Debo declarároslo para que cese el horror que mi presencia os inspira. El fin trágico de mi existencia ha sido una ficción, y el hombre á quien veis aquí, no es un espectro aterrador, sino el mortal que os ha consagrado su vida y cuyo único afán será de hoy más, haceros llevadera la suerte que os está reservada. Reflexionad con calma y tomad vuestro partido. De aquí no saldréis jamás. Estáis en mi poder, sola, indefensa, y nadie, nadie podrá interponerse entre los dos. Pero tranquilizaos. Yo no quiero hoy obtener por la violencia lo que al fin me habéis de conceder con vuestra plena voluntad. Os dejo todo el tiempo necesario

para que reflexionéis. Ambos hemos muerto para el mundo; en este encierro nada os faltará de cuanto es necesario á la vida. Mi previsión ha cuidado de todo. La libertad misma, que ahora no puedo concederos, será la recompensa de vuestra docilidad. Corresponded á mi afecto, y os juro por lo más sagrado que os sacaré de esta mazmorra, os conduciré fuera del reino, más allá de los mares; mi fortuna que he tenido cuidado de ocultar, me bastará para que pasemos una vida feliz, embellecida por nuestro amor. Os dejo, doña Juana, para que meditéis bien mis palabras, mi irrevocable resolución y os decidáis.

Dicho esto, el médico subió lentamente la pequeña escalera que conducía al techo del sótano, levantó la pesada puerta, y saliendo, cerró por fuera con un cerrojo que estaba perfectamente oculto, y con el cual no habría podido dar sino quien conociese aquel secreto.

El largo discurso del doctor, lejos de tranquilizar á doña Juana, sirvió únicamente para darle á conocer todo el horror de su situación. Ignoraba absolutamente cuál era el sitio donde se encontraba; sabía sí que estaba sepultada viva en las entrañas de la tierra sin esperanza de auxilio humano, en poder de su implacable perseguidor. La pobre joven comprendió que no le quedaba otro arbitrio que poner su confianza en Dios; cayó, pues, de rodillas, y bañada en lágrimas, oró con fervor. Así acabó de pasar la noche, y al siguiente día estaba aún en la misma angustiada situación. En un extremo del sótano se veía una cama, de la cual no hizo uso doña Juana, y no lejos del lecho, una mesa con manjares que no quiso tocar.

Dos ó tres horas después que había amanecido, se levantó la puerta del subterráneo y apareció el herbolario, que encontró á doña Juana arrodillada y fortalecida por la oración.

— ¿No os habéis acostado? dijo el doctor procurando dar á su voz una inflexión tierna y afectuosa. Mi solicitud ha provisto este encierro de cuanto ha sido dable obtener para

haceros cómoda la vida. Resignaos, doña Juana, y no expongáis vuestra salud.

— Don Juan, contestó la joven con tranquilidad, la vida me es indiferente, y prefiero mil veces la verdadera muerte, á estar enterrada viva y á tener que sufrir la odiosa presencia del inhumano autor de mi desdicha.

Aquellas palabras no irritaron al herbolario, que las recibió como un desahogo natural de la impaciencia que causaba á la orgullosa dama el verse en poder de su desdeñado amante. Seguro de la posesión de doña Juana, confiaba en que el tiempo y la necesidad doblegarían su altivez y harían le concediese de grado lo que él podía obtener por fuerza. Así, se sonrió al escuchar las amargas reconvenciones de la joven, y le dijo :

— Veo que no habéis reflexionado bien sobre lo que os dijo anoche. El destino os ha puesto en mis manos, doña Juana. Habéis de ser mía al fin; no me obliguéis á emplear la violencia.

— ¡ Jamás! contestó la joven con arrogante dignidad. ¡ Jamás! Desprecio tus amenazas y desafío tu furor, miserable villano, que pretendes abusar de la debilidad de una mujer. Yo tengo aquí, lejos del mundo y de los hombres, un defensor que no permitirá lleves á cabo tus perversos designios.

Peraza cruzó los brazos sobre el pecho, y con aparente tranquilidad, dijo á doña Juana :

— ¿ Y quién es ese protector invisible que te defenderá de mí?

— ¡ Dios ! exclamó la joven con acento de firme confianza.

— ¡ Dios! dijo el escéptico herbolario, ¡ Dios ! y sonrió desdeñosamente. Bien, añadió, veremos si Dios tiene poder para sacarte de aquí. Te doy veinticuatro horas para que te resuelvas; y volviendo la espalda á doña Juana, salió del subterráneo, dejando á la joven en la mayor agitación.

CAPITULO XVI

Pasó el día entero doña Juana sin querer tomar alimento alguno ni reposar un solo instante sus fatigados miembros. Contaba con angustia las horas que le había concedido aquel malvado, y puesta su confianza en Dios, se preparaba á la lucha, lucha terrible en que esperaba salir triunfante, con el auxilio del que tiene en su mano el corazón y las pasiones de los hombres.

Llegó la noche, y creció la ansiedad de la infeliz joven, que calculaba iba acercándose el momento en que tendría necesidad de toda la energía de su alma para imponer al implacable herbolario. Doña Juana redoblaba sus fervientes oraciones y pedía á Dios la muerte, con tal de evitarse aquella espantosa prueba. El insomnio y la falta de alimentos, unidos á la angustia que le oprimía el corazón, hacían vagar la imaginación de la doncella de uno en otro pensamiento, como el ave fatigada que, perseguida por el cazador, salta de rama en rama, sin considerarse segura en parte alguna.

Serían las doce cuando doña Juana creyó oír que levantaban la pesada puerta que cerraba la entrada del sótano, y un frío glacial recorrió instantáneamente todos sus miembros. Su corazón latía con violencia y la sangre circulaba por sus venas como las olas del mar embravecidas por la tempestad. De pronto no volvió á escuchar ruido alguno, y comenzaba á creer que el que le había parecido oír sería una ilusión de su

espíritu agitado; cuando á la luz de la lámpara que alumbraba día y noche el subterráneo, vió bajar la escalera á un hombre, y tras él otro y otro, hasta que entraron en la mazmorra unos ocho ó diez individuos embozados. Luego que estuvieron todos adentro, descubriéronse, y doña Juana, estupefacta, reconoció al tesorero real Francisco de Castellanos, al veedor Gonzalo Ronquillo, al comendador Francisco de Zorrilla, al regidor Gonzalo de Ovalle y á otros sujetos principales de la ciudad. Eran los conspiradores, que procuraban reanudar la conjuración y escogían como punto á propósito para reunirse el subterráneo, que conocían perfectamente, de la casa de Peraza, abandonada después de la prisión y supuesta muerte del herbolario. Pasada la primera impresión de asombro, doña Juana sintió la más viva alegría, considerando que Dios enviaba á aquellos caballeros para que fuesen sus libertadores. Levantóse con trabajo del suelo en donde estaba arrodillada, y caminando lentamente, pues se hallaba fatigada y falta de fuerzas, salió al encuentro á los que se dirigían al fondo del subterráneo. Júzguese cuál sería la sorpresa de éstos al ver avanzar la que parecía una fantasma. Retrocedieron espantados buscando la escalera.

—¡Deteneos por el amor de Dios! exclamó doña Juana, juntando las manos en actitud suplicante; ¡deteneos!

Al oír aquella voz, que no les era desconocida, el tesorero real y sus compañeros cobraron ánimo, y fijándose en el rostro de la joven, que estaba ya cerca de ellos, exclamaron:

—¡Doña Juana de Artiaga!

—¿Qué hacéis aquí, señora? preguntó el tesorero. ¿Quién os ha traído á este sitio? ¿Sabéis en dónde estáis?

—Perdonad, don Francisco, contestó la doncella, si no respondo desde luego á vuestras preguntas. Salvadme, sacadme de aquí, y todo lo sabréis. Pero, por Dios, no perdáis un momento. Las horas corren con rapidez, el momento terrible se acerca, y él vendrá, vendrá, no lo dudéis, porque me lo ha

dicho; y yo estaré sola y sin más auxilio que el de Dios para defenderme.

Al decir esto, la pobre joven se puso á derramar abundantes lágrimas. Los caballeros se veían unos á otros y les asaltó la idea de que aquella mujer había perdido el juicio. No podían explicarse cómo se encontraba encerrada en aquel subterráneo, cuya existencia conocían ellos solos y el difunto Peraza. Habían oído cierto rumor de la desaparición de doña Juana; pero las circunstancias que acompañaron á aquel suceso extraordinario, se habían mantenido reservadas; por lo que apenas pocas personas de la intimidad del gobernador y de su familia sabían lo que dijo la camarera de doña Juana acerca del herbolario. El tesorero y sus amigos perdíanse, pues, en conjeturas, y no sabían qué creer ni qué partido tomar.

La joven repetía sus instancias de que la sacasen de aquel sitio, lloraba y suplicaba de una manera capaz de conmover á cualquiera que abrigase un corazón de hombre. El tesorero y los otros se retiraron á un extremo del sótano y discutieron en voz baja lo que convendría hacer. Aunque sin acertar con la solución del enigma de la presencia de doña Juana en aquel encierro, la generalidad de los caballeros fué de opinión de sacarla y conducirla á la puerta del palacio del gobernador, con ciertas precauciones. Sólo el insensible y duro veedor Gonzalo Ronquillo se oponía, diciendo que el paso era peligroso, que aquella mujer denunciaría á sus libertadores y que valía más dejarla correr su suerte en aquella mazmorra. Los demás desecharon con disgusto esa cruel proposición, y á fin de convencer á Ronquillo, le hicieron observar que para poder continuar reuniéndose en aquel sitio, necesitaban desembarazarse de un testigo importuno como doña Juana. Resolvióse, pues, sacarla en el acto, y Castellanos, acercándose á la joven, le dijo:

—¿Sabéis, doña Juana, cuál es el sitio en donde os encontráis?

— No, don Francisco, respondió la doncella; sé única-

mente que es una tumba en donde se me ha enterrado viva.

— Bien, dijo Castellanos. Vamos á salvaros; pero jurad que á nadie en este mundo diréis que nos habéis visto y que nos debéis el haber salido de este subterráneo.

— Lo juro, exclamó doña Juana; lo juro por el nombre de mi madre.

— Venid, pues, dijo el tesorero. Sacó su pañuelo del bolsillo y vendó con él los ojos á la joven, á quien sacaron del sótano dos de los caballeros, pues casi no podía dar un paso. Al salir, preocupados por aquella extraña aventura, olvidaron cerrar la puerta que daba entrada en el subterráneo, y se dirigieron á la excusada de la casa, saliendo todos con doña Juana.

Entretanto, Peraza, que estaba acostado en su dormitorio, y que agitado por sus malos designios, no podía conciliar el sueño, creyó oir un ligero rumor en el corral donde estaba la boca de la cueva, y habiéndose levantado, se dirigió con presteza al subterráneo. Sucedió esto en el momento en que Castellanos y sus compañeros acababan de salvar la puerta excusada que daba a la calle. Peraza no vió, pues, nada, ni encontró á nadie en el corral; pero al llegar á la boca de la mazmorra y al ver la puerta abierta, un sudor frío corrió por todos sus miembros. Bajó precipitadamente la escalera y entró en el subterráneo. Buscó por todas partes á doña Juana, y viendo que había desaparecido, lanzó un grito de rabia.

Mas no era aquél el único castigo que el cielo reservaba al herbolario. Sucedió que el tesorero y los suyos, apenas habían pasado de la puerta excusada, cayeron en la cuenta de que había quedado abierta la del sótano, y considerando que eso no era conveniente, se dispuso que uno de tantos fuese á cerrarla. Ofrecióse á hacerlo Ronquillo y regresó á toda prisa. La pesada puerta estaba efectivamente abierta. Levantóla don Gonzalo, y después de haberla dejado caer, echó el cerrojo, muy ajeno de imaginar que sellaba la losa del sepulcro de su amigo y compañero de conspiración, el médico herbolario Juan

de Peraza. Hecho esto, corrió á unirse con los que conducían á doña Juana, que se dirigían al palacio del Adelantado. Ronquillo observó que dos embozados seguían con cautela el grupo de los caballeros, y luego que se reunió con ellos, les dió aviso de aquella ciscunstancia, que les hizo sospechar que se les espiaba por los agentes del gobernador. Luego que llegaron con doña Juana á la puerta del palacio, quitáronle la venda de los ojos y se retiraron, después de haber oído de la joven las palabras más expresivas de gratitud y reconocimiento. En seguida conferenciaron un momento y resolvieron no volver jamás al sótano de la casa de Peraza, eligiendo algún otro punto para sus reuniones. Aquella determinación fué la sentencia de muerte del herbolario.

Cuando advirtió éste que había desaparecido doña Juana, después de haber permanecido largo rato entregado á la desesperación y perdiéndose en conjeturas sobre la evasión de la joven, dispuso volver á su habitación y pasar allí lo que le faltaba de la noche. ¡ Cuál no sería su estupefacción y pánico, al encontrar cerrada la puerta que acababa de dejar abierta! Empujó con toda la fuerza de que era capaz la pesada trampa; pero sus esfuerzos fueron, como debían serlo, completamente inútiles. El cerrojo estaba echado por fuera, y nada habría alcanzado á romper aquella fuerte cerradura. Cuando el médico se hubo convencido de que le era imposible arrancar la puerta, su espíritu activo y emprendedor se puso á discurrir algún medio para salir de aquella mazmorra. Combinó mil proyectos y los desechó uno en pos de otro, por impracticables. Desesperando casi de encontrar arbitrio para obtener la libertad, sentóse en la última grada de la escalera y fijó los ojos en la lámpara que alumbraba débilmente el sótano. Discurría, al ver aquella luz trémula y vacilante, que así iría consumiéndose su existencia, hasta extinguirse para siempre en la sombra de la muerte. Pero repentinamente la vista de aquella débil luz le sugirió una idea, en la que creyó encontrar la sal-

vación que había buscado en vano en otros proyectos. Esa idea era la de servirse de aquella tenue llama para encender algunos objetos combustibles y quemar con ellos la pesada puerta, al menos en cuanto fuese necesario para poder sacar la mano y correr el cerrojo que la cerraba.

La alegría renació en su corazón, y animado por aquella esperanza, á que daba cuerpo su anhelo, comenzó á poner en ejecución el pensamiento. Colocó la mesa en que estaban los manjares que doña Juana no había tocado, debajo de la lámpara, subió y la descolgó con el mayor cuidado. Paso á paso, á fin de que no se apagara con el viento que él mismo agitaba al andar, iba el doctor hacia la puerta, reteniendo hasta el aliento, tal era el cuidado con que procuraba la conservación de aquella débil llama. No tiene un padre mayor solicitud por la vida de un hijo débil y enfermizo, que la que ponía el doctor para que no se extinguiese la oscilante luz, que á cada paso que daba, parecía próxima á escaparse del pábilo. Pudo al fin subir con felicidad hasta el último escalón, colocó la lámpara y fué á tomar la ropa de la cama para quemarla y aplicarla á la puerta. Con el mayor cuidado acercó la punta de una sábana á la tembladora llama é iluminó el sótano una repentina claridad. La sábana ardía por todas partes, é inmediatamente la aplicó á la tabla. Por desgracia, la madera estaba húmeda, pues el agua de las lluvias que caía sobre la puerta por la parte de afuera, había penetrado toda la tablazón. Las llamas no hacían, pues, el menor efecto en ella. Consumióse la sábana sin resultado, y después tomó la otra, que apenas chamuscó la superficie. Sin desalentarse por eso, el doctor continuaba la operación, resuelto á consumir toda la ropa de la cama, y después, si era preciso, hasta la última pieza de sus vestidos. Pasó algunas horas en aquel afanoso trabajo, y de repente la sangre se heló en sus venas de terror, al observar que el líquido que alimentaba la llama estaba casi todo consumido y apenas quedaría combustible para mantener la luz durante diez minutos. Quemó

una almohada y la aplicó á la puerta, sin que prendiese el fuego la madera. El aceite estaba concluído, la llama iba á expirar, cuando apareció una pequeña chispa en la tabla. El doctor se propuso alimentarla con el aire que él mismo respiraba, y habría querido comunicarle vida con el aliento. Al encenderse la chispa, la luz de la lámpara se extinguió. Brillaba en la profunda oscuridad del sótano el punto rojizo que formaba la chispa, que iba creciendo muy lentamente. El herbolario, inclinado sobre ella, hacía esfuerzos inauditos para mantenerla. Las partículas ígneas iban comunicándose á las fibras de la madera que la llama había secado; pero repentinamente se encontraron al paso con la invisible gota de agua que había filtrado en la tabla; oyóse un débil chirrido, y la chispa se apagó, desapareciendo con ella la última esperanza de salvación que quedaba á Peraza. La lucha de los dos encontrados elementos, el agua y el fuego, aunque en escala tan pequeña, como la de una gota y una chispa, no había inspirado jamás interés más vivo. Era que dependía de esta pequeña lucha, un objeto que es y será siempre grande: la existencia de un ser humano. Dios quiso que la balanza se inclinase por la parte del líquido y que la gota absorbiera á la chispa, dando principio en aquel instante la tortura moral, que debía preceder á la agonía material del herbolario.

Pasada la primera impresión de espanto que le causó la extinción de la chispa, la natural energía de su espíritu se sobrepuso un poco al miedo, y no pensó ya sino en lo que habría de hacer para prolongar sus días. Abrigaba en el fondo del alma cierta secreta y vaga confianza de que la casualidad, ó el destino, ciegos agentes de quienes hacía depender únicamente la suerte de los hombres, lo salvarían al fin; y por eso anhelaba alargar su existencia cuanto más fuese posible. Levantóse y fué á buscar, á tientas, los manjares que por fortuna había dejado intactos doña Juana, y calculó que distribuyéndolos día por día, y tomando lo estric-

tamente necesario, tendría para vivir una semana, ó poco más.

Cada hora que pasaba sin que acudiese en su auxilio la salvadora casualidad, extinguía una esperanza en el corazón del herbolario. Transcurrieron cuatro días; los manjares iban por la mitad, y la puerta de la cueva continuaba inmóvil como la losa de una tumba. Aguzaba el oído para percibir el más ligero rumor; pero no escuchaba más que el silencio, si es que podemos decirlo así. Á los nueve días no le quedaban ya sino unos mendrugos de pan seco y endurecido y la cuarta parte de un vaso de agua. Hubo de tasarse aquel miserable alimento, y lo hizo durar dos días más, al cabo de los cuales encontróse al fin frente á frente con el espectro aterrador del hambre, y reunió las últimas fuerzas que le quebaban para aquella lucha solemne y definitiva.

Una extrema languidez de los movimientos y de la inteligencia, fueron los primeros síntomas de la debilidad de las funciones orgánicas del infeliz herbolario. Después comenzó á sufrir dolores atroces en los intestinos; sentía la boca árida y ardiente, seca la piel y los ojos inyectados en sangre; fenómenos que no escaparon á la inteligencia profesional del médico. Al abatimiento sucedió el delirio, con una sobrexcitación momentánea de las fuerzas. Oía ó imaginaba oír sobre su cabeza el bullicio de la población, el tropel de los corceles de los caballeros, el sonido de los clarines y tambores y el estampido del cañón. Otras veces era el manso rumor del río, que se deslizaba suavemente no lejos del sótano, besando el pie del gigantesco volcán de agua. El canto del ave, el murmullo de la onda, el chirrido agudo de la rama que se desgaja, el zumbido del insecto, el eco lejano de la campana que llama á la oración; todo resonaba en el oído del desgraciado hambriento. Después vió desfilar delante de sus ojos una hermosa procesión de fantasmas. El capitán Francisco Cava envuelto en el blanco sudario, y llevando en la mano el vaso fatal que contenía el veneno que lo privó de la vida. Los dos reyes indios,

pálidos y abatidos, con el dogal al cuello, sonriéndole tristemente. Portocarrero, medio emponzoñado con el bebedizo, llevándose la mano al pecho en solicitud del robado relicario. Y luego los conspiradores, y Agustina Córdoba, y Robledo, y por último doña Juana de Artiaga, en medio de una atmósfera luminosa, teñida ligeramente por los celajes rosados de la tarde. Sucedieron á aquellos delirios una nueva debilidad y más insufribles dolores, durando tres días esa penosa situación; hasta que agotadas enteramente las fuezas, después de horrorosas convulsiones y de un desvanecimiento prolongado, exhaló el último aliento. Cayó convertido en un cadáver, en el mismo sitio en donde pocos días antes, lleno de arrogancia, había desafiado el poder del invencible protector de doña Juana.

CAPÍTULO XVII

El palacio del gobernador tenía varias puertas. En una de las laterales fué donde los conspiradores dejaron á doña Juana de Artiaga, después de haberla sacado del sótano de la casa del médico Peraza. Hiciéronlo así por precaución, considerando expuesto aproximarse á la puerta principal, donde estaba el cuerpo de guardia. Doña Juana, extenuada por el insomnio y por la falta de alimentos y conmovida por las escenas del subterráneo, no tuvo fuerzas ni para llamar á la puerta, cayendo delante de ella como un tronco inanimado. Así permaneció dos ó tres horas, hasta que habiendo amanecido y abiértose el palacio, se encontró á la infeliz señora, que parecía más bien un cadáver que no un ser humano.

Avisada doña Leonor, salió precipitadamente de la cama y pasó á la habitación de su amiga, donde encontró á ésta en la penosa situación que hemos dicho. Abrazáronse derramando abundantes lágrimas, y durante largo rato permanecieron sin decirse una sola palabra. Doña Leonor temía preguntar á doña Juana sobre su misteriosa desaparición, y la pobre joven temblaba á la sola idea de referir los pormenores de aquel suceso, cuyo recuerdo habría querido borrar para siempre de su memoria.

Luego que doña Juana hubo tomado algún refrigerio y reposado un rato, refirió á su amiga las circunstancias de la segunda aparición del herbolario, cómo se había apoderado

de ella y conducídola á un lóbrego subterráneo, con todos los incidentes de su prisión é inesperada libertad; ocultando únicamente los nombres de las personas á quienes debió su salvación, cumpliendo así su juramento.

Doña Leonor no volvía en sí del asombro que le causaba aquella aventura, tan extraordinaria, como terrible; y sólo la plena seguridad que le daba doña Juana de que ella había visto y hablado al herbolario, la persudía de que no era un alma de la otra vida, ó el demonio bajo la figura del médico Peraza, el que habitaba en aquella horrorosa caverna. Ignorando las dos amigas el fin desastroso del doctor, quedaron en el mayor sobresalto, aguardando siempre ver desprenderse de la tapicería á aquel misterioso personaje. Doña Juana se trasladó á la habitación de la hija del Adelantado, no considerándose segura en la suya, que había sido visitada dos veces por su perseguidor.

Paseábanse las dos jóvenes una tarde en el parque del palacio. Embebecidas en la conversación, no advirtieron que había entrado la noche y que la luna iluminaba el horizonte. Repentinamente vieron atravesar por entre un grupo espeso de árboles á un hombre pálido, encorvado, vestido de negro y con una pluma blanca en el sombrero. Doña Leonor se estremeció al ver aquella forma vaga, que tenía cierta semejanza con el hombre que llenaba su corazón, pues á pesar de los esfuerzos que la pobre joven había hecho y hacía para olvidar á don Pedro, lo amaba cada día más. La hija del Adelantado se detuvo, no queriendo dar un paso hacia adelante, como temerosa de encontrarse con aquel que despertaba en su alma tan desgarradores recuerdos. Doña Juana no parecía haber visto á la persona que tan vivamente impresionaba á su amiga, ni comprendió el motivo de la turbación de doña Leonor, hasta que el hombre de la pluma blanca, que se había acercado con rapidez, estuvo á dos pasos de las jóvenes. Era, en efecto, don Pedro de Portocarrero, que llevaba impresas en el ros-

tro las huellas de graves padecimientos físicos y morales.

— Doña Leonor, dijo, dirigiéndose á la hija del Adelantado con un acento profundamente melancólico. ¿Por qué os empeñáis en huír de mí? No vengo á reclamaros vuestros juramentos; deseo únicamente me expliquéis ese incomprensible enigma del cambio repentino que han experimentado vuestros sentimientos.

— Ya os he mandado decir, don Pedro, contestó la joven con voz entrecortada y balbuciente, que el único motivo de la resolución que he tomado, es el disgusto con que mi padre ve la inclinación que os tengo, quiero decir, que os he tenido. Entre vos y yo, don Pedro, media de hoy más un abismo que nada podrá llenar.

Portocarrero permaneció un momento pensativo, y luego dijo :

— No; es imposible que sea esa únicamente la causa de vuestro extraño cambio. No es de ahora que sabéis la oposición del Adelantado, y sin embargo, ella no había sido obstáculo á nuestro amor. Decidme, por Dios, qué es lo que ha causado tan incomprensible mudanza.

El amor y el orgullo luchaban en el corazón de la joven, que estuvo á punto de hacer á don Pedro una explicación franca y explícita del motivo de queja que creía tener contra él. Desgraciadamente, en aquel combate de encontradas pasiones, pudo más el orgullo; y así, acallando la voz del corazón, respondió doña Leonor :

— No hay más que lo que os he dicho. Procurad, don Pedro, olvidarme, como yo... como yo os he olvidado.

Al decir esto, un torrente de lágrimas inundó el rostro de doña Leonor, que tomando la mano de doña Juana, quiso retirarse. Portocarrero, casi fuera de sí, la detuvo y dijo :

— Deteneos; en nombre de lo que más améis en este mundo, os lo suplico, deteneos. Esas lágrimas involuntarias me están diciendo que vuestras palabras no están de acuerdo con vues-

tros sentimientos. Hablad, por Dios, hablad, doña Leonor; hablad y no insistáis en guardar un silencio que puede sernos fatal.

Avergonzada la altiva dama de que el llanto hubiese revelado el secreto que se esforzaba en conservar oculto, procuró serenarse, y tomando un tono decidido, dijo á Portocarrero :

— Os engañáis, don Pedro, si tomáis esas lágrimas como prueba de un sentimiento que ya no existe ni puede existir en mi alma. Repítoos que he dejado de amaros y exijo de vos igual resolución. Ésta será la última vez que nos veamos; así, permitidme solamente os haga una pregunta y contestadme con franqueza.

— Decid, señora, contestó el desgraciado don Pedro con la expresión del más profundo abatimiento.

— ¿Qué habéis hecho, preguntó doña Leonor, del relicario que os envié hace algún tiempo, encargándoos lo conservaseis en memoria mía ?

Un rayo que hubiese caído á los pies de Portocarrero le habría hecho menos impresión que la que le causó aquella pregunta inesperada. Ella tocó la cuerda sensible, el punto vulnerable de su corazón y de su inteligencia. Un sudor frío corrió por la frente del infeliz maniaco, que paseó en derredor de sí una mirada vaga y extraviada. Llevóse la mano al cuello y al pecho, como buscando lo que sabía muy bien no había de encontrar, y con voz entrecortada dijo :

— ¡El relicario, el relicario! Satanás ha cargado con el relicario ; y lanzó una espantosa carcajada, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Dió la vuelta con rapidez y se dirigió al bosquecillo de donde había salido, oyendo las dos jóvenes repetido por dos ó tres veces el eco de la carcajada convulsiva de Portocarrero. Doña Leonor y doña Juana, como dos estatuas, continuaron sin moverse por un rato, sin decir una palabra, no acertando á comprender la extraña conducta de don Pedro. Al fin doña Juana rompió el silencio y dijo á su amiga :

— ¿Sabes, Leonor, que hay en todo esto algún misterio que yo no alcanzo á descifrar? Portocarrero sería el más pérfido de los hombres y ni aun merecería el nombre de caballero, si lo que acabamos de ver y oir fuese una ficción. No, Leonor, algo hay en esto que tú y yo ignoramos. ¿Quién sabe si las revelaciones de Agustina Córdoba formen parte de alguna trama urdida con villana astucia por algún enemigo de don Pedro?

— Puede ser, contestó la hija del Adelantado, reflexionando sobre lo que su amiga le decía. Pero, ¿y el relicario, añadió, cómo se hallaba en manos de aquella mujer?

— Eso es lo que yo no acierto á explicarme, dijo doña Juana, y que un día tal vez se aclarará. Entretanto, paréceme, amiga mía, que has sido excesivamente dura con don Pedro, y que quizá tendrás que arrepentirte de una severidad que puede ser injusta.

Doña Leonor guardó silencio, no teniendo cómo contestar á un cargo que consideraba fundado. Sin decir palabra, tomó de la mano á su amiga, y saliendo del parque, entraron ambas en el palacio.

No bien se habían retirado las dos jóvenes, un hombre que permaneciera oculto tras un árbol muy inmediato al sitio donde había tenido lugar la escena que acabamos de referir, salió lentamente hacia el palacio. Era el anciano Pedro Rodríguez, aquel criado fiel del Adelantado, á quien dejamos, en uno de nuestros anteriores capítulos, convaleciente de las graves heridas que recibió en el lance apurado en que le salvó la vida, exponiendo la suya, el valiente y generoso Portocarrero. Rodríguez, casi enteramente restablecido ya, había salido aquella tarde á tomar el fresco en el parque del palacio, y después de haber paseado largo rato, sintiéndose fatigado, se sentó junto al tronco de un árbol y se fué quedando poco á poco medio adormecido. Un ligero rumor que escuchó lo hizo despertar, y habiendo fijado la atención, percibió claramente la voz de don Pedro de Portocarrero, que hablaba con doña Leonor. Rodrí-

guez quiso retirarse, pero estaba tan cerca de las dos señoras y del caballero, que era imposible no lo viesen; y considerando que su presencia desazonaría á la hija de su amo, resolvió no moverse del sitio en que se hallaba. Así pudo escuchar toda la conversación y sorprendió involuntariamente el secreto del abatimiento que todos habían advertido en doña Leonor y del trastorno mental del desgraciado Portocarrero.

Desde aquel instante, el agradecido anciano, que conservaba el más vivo reconocimiento por el importante servicio que le prestara don Pedro, se propuso coger el hilo de aquella trama, en que veía claramente se había envuelto á su generoso favorecedor y á la hija de su amo. El nombre de Agustina Córdoba, que pronunció doña Juana, era una luz, si bien incierta y vaga, pero que podía guiarlo en el laberinto de aquella tenebrosa intriga. No ignoraba Rodríguez la historia escandalosa de la viuda del capitán Cava, ni las relaciones que tuvo en otro tiempo con Portocarrero, ni el empeño que había puesto en volverlo á atraer á sus redes. Con aquellos datos, la inteligencia perspicaz del anciano criado adivinó en parte la causa del profundo desagrado de doña Leonor y de la excesiva severidad con que acababa de tratar á Portocarrero.

Sin vacilar un momento respecto á la elección del punto por el cual debía comenzar sus trabajos, desde el día siguiente se apostó en una esquina por donde debía pasar la vieja criada de Agustina Córdoba al volver del mercado. Saludábala cortésmente el anciano, y ella se pagaba no poco de las atenciones del criado predilecto del señor gobernador. Del saludo diario se pasó al fin á la conversación, y á los cinco días la señora Margarita (que así se llamaba la dueña) y el señor Rodríguez charlaban como amigos íntimos, refiriéndose mutuamente la vida y milagros de sus amos. Las confidencias del taimado viejo se reducían á cosas insignificantes, á las cuales la anciana daba mucha importancia, por referirse á grandes señores; y

en cambio, ella iba poniendo á Rodríguez al corriente de algo que no había pretendido averiguar.

Así supo la pasión del secretario Robledo por Agustina, los celos que aquél había tenido del médico Peraza, la escena del escondite, la salida por la pared la noche en que iba á verificarse la evasión de los reyes indios y la circunstancia de haber acompañado la viuda, en traje de caballero, al herbolario; pero desgraciadamente todas aquellas noticias, si bien muy interesantes, no eran precisamente lo que el anciano deseaba saber, por lo que se propuso continuar sondeando á la comunicativa dueña.

— Margarita, le dijo un día Rodríguez con aparente sencillez, ¿sabéis lo que yo no puedo comprender aún? Es que vuestra ama, la linda viuda del capitán Cava, haya olvidado al hermoso y noble Portocarrero, por un hombre como el secretario, que todo tendrá, menos las prendas que las damas desean encontrar en sus galanes.

— ¿Olvidado, decís, señor Rodríguez? contestó la vieja. ¿Y quién os ha dicho que mi señora no ame aún á don Pedro? Yo os aseguro que él solo llena su alma, y que si recibe favorablemente á don Diego, es porque mi ama es así y no gusta de desechar á un cortejo como el secretario del gobernador.

— Pero, ¿y Portocarrero? dijo Rodríguez, parece que no corresponde á ese amor y que su inclinación lo lleva más bien hacia otra parte.

— Así es como lo decís, respondió la criada; y tanto, que más de un mal rato ha dado esa ingratitud á mi pobre ama, que no ha dejado de hacer todo lo posible para desviar á su antiguo amante de la hija del Adelantado, á quien, como sabéis sin duda, quiere con pasión don Pedro.

— Algo he oído de eso; y lo que no acierto á explicarme es cómo Agustina, que es tan hábil como bella, no ha podido encontrar algún arbitrio para lograr que su antiguo cortejo

olvide á doña Leonor y vuelva á rendir el debido homenaje a sus gracias.

— En la primera de esas dos empresas, dijo Margarita con misterio, mi señora ha adelantado quizá más de lo que vos creéis, Rodríguez. Yo he tenido ocasión de escuchar hace pocos días una conversación entre mi ama y Melchora Suárez, de la que deduje que las relaciones de don Pedro y la hija del gobernador están casi rotas á consecuencia de cierto robo de un relicario que ejecutó el difunto médico Peraza.

La habladora dueña se detuvo sin querer decir una palabra más; y Rodríguez supo ocultar la impaciencia que tenía de averiguar los pormenores de aquel incidente. No dudaba ya de que en el robo de aquella alhaja estaba el nudo de la intriga, tanto por lo que la vieja le decía, como por lo que él mismo había oído en la entrevista del parque, á Portocarrero y á doña Leonor. Así, fingiendo no dar importancia alguna á aquella especie, dijo:

— No, Margarita, eso no puede ser; y ya veo que aunque creéis poseer secretos importantes, en realidad sabéis muy poca cosa de lo que pasa entre los grandes señores. ¿Qué tiene que hacer el robo de un relicario con el amor de Portocarrero y la hija del Adelantado?

— ¿Qué tiene que hacer? replicó la vieja, picada en lo más vivo de que Rodríguez pusiese en duda el que poseyese secretos de importancia. ¿Qué tiene que hacer, decís? Tiene que hacer y mucho, cuando esa alhaja era una prenda dada por doña Leonor á don Pedro, y cuando ella aparecía en manos de mi señora, que la presentó á la hija del gobernador como una prueba de la infidelidad de su amante. Ved, pues, si tiene que hacer y si yo estoy tan ajena como decís de lo que pasa entre las personas de calidad.

Rodríguez movió la cabeza á uno y otro lado, como dudando de la exactitud de lo que la vieja le refería, y luego le dijo:

— Todo eso podrá ser verdad, pero se me hace duro de tragar, perdonadme os lo diga, que vos podáis estar tan bien informada como lo suponéis de lo que no ha pasado en vuestra presencia y que probablemente no ha tenido testigo alguno.

— ¡ Gran dificultad! exclamó la dueña. ¿ Pues no os he dicho que he escuchado yo misma una plática de mi ama con la camarera de doña Leonor, que fué quien acompañó á mi señora en la visita hecha á la hija del Adelantado ? Melchora se retiró luego que hubo introducido á mi señora, y ésta le refirió después los pormenores todos de la entrevista. Mi ama hilvanó una historia con la mayor habilidad, hizo creer á doña Leonor que Portocarrero la amaba y estaba comprometido á tomarla por esposa, y en prueba de su compromiso, le mostró el relicario, suponiendo haberle sido entregado por don Pedro, cuando en realidad lo tenía del herbolario, á quien Dios haya perdonado. Ahí tenéis explicada la enfermedad que padeció hace poco doña Leonor y su desvío de don Pedro, quien dicen se ha vuelto medio loco de la pesadumbre, sin que mi pobre ama haya recogido hasta ahora el fruto de su habilidad.

Calló la vieja, y Rodríguez quedó profundamente pensativo. Sabía ya cuanto deseaba, y tenía cogidos todos los hilos de la intriga pérfida que la viuda había tramado contra doña Leonor y don Pedro de Portocarrero, su generoso defensor. Después de un momento de silencio, dijo Rodríguez á Margarita :

— ¿ Á qué hora suele estar sola vuestra ama ?

— De las siete á las ocho de la noche, contestó la criada; pues poco después de las ocho va á casa del secretario del gobernador. ¿ Pero por qué me hacéis esa pregunta ? añadió algo alarmada y medio arrepentida ya de haber sido tan franca con el anciano.

— Eso no os importa, contestó éste con sequedad, y la

volvió la espalda, dejando á la vieja bastante inquieta y recelosa.

Más adelante veremos el uso que el fiel y decidido Pedro Rodríguez hizo de los datos importantes que había sabido adquirir en sus conversaciones con la dueña de Agustina Córdoba.

CAPÍTULO XVIII

Mientras tenían lugar los acontecimientos que hemos referido en los últimos capítulos, el Adelantado había concluído los preparativos de su expedición. Alvarado armó en el puerto de Iztapam, que seguramente no era lo que es hoy, la mayor escuadra que se había hecho en el nuevo mundo. Con un costo de más de doscientos mil pesos de oro, hizo construír doce navíos de alto bordo y dos embarcaciones menores, gastando en eso su propio peculio y el de algunos de sus deudos. El objeto de aquellos grandes aprestos era el descubrimiento de un camino á las islas Molucas, ó de la Especiería, según unos; ó el de las Californias, que llamaban entonces punta de Ballenas, según otros.

Antes de su salida, el Adelantado hizo los arréglos convenientes para el buen gobierno del reino durante su ausencia, nombrando teniente de gobernador al licenciado don Francisco de la Cueva, su hermano político. Varios de los capitanes acompañaron á Alvarado en aquella expedición, última empresa que el valeroso caudillo acometió en su vida, y que por tanto merece nos detengamos un momento para decir cómo quedó frustrada.

Habiéndose hecho á la vela con buen ánimo y viento favorable, henchido el corazón de esperanzas lisonjeras y la imaginación de doradas ilusiones, el Adelantado siguió la derrota de las costas de Nueva España, teniendo necesidad de abocarse

con el Virrey de Méjico, don Antonio de Mendoza, con quien había concertado aquella expedición. Fondeó la escuadra en el puerto de Natividad, de la provincia de Jalisco, donde desembarcó el Adelantado, y después de algunas pláticas con dos emisarios que comisionó el Virrey, envióle á decir Alvarado era indispensable conferenciasen ambos personalmente. Mendoza salió de Méjico, y en un pueblo llamado Chiribito, de la provincia de Michoacán, se reunió con don Pedro, que había ido á encontrarlo en aquel punto. Después de haber hecho algunos arreglos y visitado el Virrey la escuadra, se volvieron juntos á Méjico ambos personajes. Evacuados los asuntos que los llevaron á aquella capital, emprendió Alvarado la marcha de regreso, para embarcarse y continuar su expedición; pero al llegar al puerto, recibió un mensaje del español Cristóbal de Oñate, requiriendo con la mayor urgencia algún auxilio, por encontrarse en grande aprieto, sitiado de muchos escuadrones de indios rebeldes. Alvarado, pronto siempre á esa clase de empresas, no vaciló en proporcionar el socorro que con tan vivas instancias se le demandaba, y tomando de la armada cierto número de arcabuceros y ballesteros, se encaminó á Nochistlán, donde se hallaba Oñate. Hubo recios combates, y en uno de tantos, ocurrido el 24 de junio de aquel año (1541), se encontraba el Adelantado á la mitad de una cuesta muy empinada y pedregosa, por la cual trepaban los castellanos en persecución de los indios, refugiados en unos peñoles. Rodaban los caballos por la áspera pendiente, arrollando cuanto encontraban al paso. Alvarado vió venir sobre él precipitado uno de esos caballos ; y á fin de evitar el choque, apeóse del suyo y apartóse á un lado. Por desgracia, el animal dió en el picacho de una roca, y rebotando, cambió de dirección y fué á dar precisamente donde se había colocado don Pedro, quien no pudiendo esquivar el golpe, cayó, armado como estaba, rodando cuesta abajo, hecho pedazos.

Trasladáronlo á la ciudad da Guadalajara, á veintiuna leguas

del lugar donde había sucedido la desgracia. « Por el camino, dice con ingenua franqueza Remesal, pensó muy bien sus pecados, llorando muchos yerros y crueldades pasadas y los agravios é injusticias que había hecho, así á los españoles como á los indios. » Añade el mismo cronista que, como se quejase mucho el Adelantado cuando estaban curándolo, uno de sus amigos le preguntó : « ¿ Qué es la parte que á vuesa señoría más le duele? » y que don Pedro respôndió : « El alma. » Probablemente el Adelantado, en aquel amargo trance, recorrería con el pensamiento los hechos todos de su agitada vida, la mayor parte de la cual había sido empleada en el ejercicio de las armas, en la conquista de estas Indias, adonde vino cuando contaba apenas diez y ocho años. Valiente hasta la temeridad, ambicioso de gloria y de riquezas, generoso hasta rayar en pródigo, Alvarado tenía, con aquellas cualidades, los defectos consiguientes al siglo en que vivía. Fué cruel, inhumano y no siempre se mostró agradecido á sus favorecedores. Después de haber hecho un papel muy importante en la conquista de Méjico, sujetó estas vastas provincias y fué el fundador de la primitiva capital del reino, estableciendo su gobierno y administración. Alvarado, después de haber recibido los sacramentos y dado poder al señor obispo Marroquín y á su deudo Juan de Alvarado para que otorgasen testamento por él, murió, según toda probabilidad, el 4 ó 5 de julio del año 1541, á los cuarenta y tres de su edad.

Ahora debemos volver un poco atrás para anudar el hilo interrumpido de nuestra narración. La plática entre Pedro Rodríguez y la criada de Agustina Córdoba, de que dimos noticia en el capítulo anterior, y en la que el astuto anciano descubrió por completo la intriga que había comenzado á entrever cuando presenció la escena del parque : esa plática, decimos, tuvo lugar cuatro noches antes del día señalado para la salida del gobernador, que iba á embarcarse en Iztapam. Desde el momento en que Rodríguez estuvo en posesión de aquellos datos,

formó la resolución de romper aquella trama, como había roto la que Castellanos y Ronquillo urdieron contra Portocarrero cuando lo del torneo. Quería desengañar á los dos amantes, devolviendo á doña Leonor la perdida tranquilidad y á don Pedro la plenitud de la razón, suponiendo que el extravío de la inteligencia del pobre caballero dependía únicamente del desvío de la dama. El anciano se proponía arrancar á la viuda una confesión paladina, una prueba de su calumnia tan clara y convincente, que no dejase la menor duda de la inocencia de don Pedro en el ánimo de doña Leonor.

Pedro Rodríguez, sin haber pasado nunca de la condición de simple criado del gobernador, pues Alvarado solía olvidar el retribuír dignamente á sus más fieles servidores, gozaba, como ya hemos dicho, de toda la confianza de su amo, que conocía la lealtad, el recto juicio y la astucia de aquel anciano. Así, dábale frecuentemente comisiones delicadas é importantes, que el Adelantado no fiaba ni á su secretario mismo. Desde que se había descubierto la conspiración abortada en la noche del 20 de marzo, Alvarado, que nada pudo averiguar ni por las declaraciones de los reyes indios y del médico Peraza, ni por otro medio alguno, acerca de las demás personas comprometidas en la conjuración, había encargado á Rodríguez procurase indagar quiénes formaban parte del complot, previniéndole se entendiese con él directamente sobre aquel asunto. Aquella circunstancia favoreció los proyectos de Rodríguez, á quien la charla de la criada de Agustina Córdoba había revelado cosas que él no sospechaba.

Abocóse, pues, con el gobernador, en conferencia secreta, y le dijo haber adquirido, por una casualidad, datos seguros de que la viuda del capitán Francisco Cava estaba comprometida en la conjuración; que había acompañado, disfrazada, al médico Peraza, cuando éste fué á procurar la evasión de los caciques, y que según toda probabilidad, aquella mujer debía saber bien quiénes eran los demás conspiradores y todos los

detalles del complot. Rodríguez concluyó pidiendo al Adelantado un mandamiento de prisión contra la viuda, del cual haría un uso prudente, si por el interrogatorio que se proponía hacerle, descubría en efecto que fuese culpable. Sin la menor vacilación extendió don Pedro la orden que le pedía el anciano, y firmándola y sellándola en toda regla, se la entregó, encargándole no dejase de darle cuenta cuanto antes del resultado del paso que se proponía dar. Ofrecióselo Rodríguez, y sin pérdida de tiempo, se dirigió á casa de Agustina Córdoba.

Habiendo llamado á la puerta, salió á abrir Margarita, que se sobresaltó mucho al ver á Rodríguez, temiendo fuese á hacer algún mal uso de las especies que con tanta igereza le había referido.

— Buenas noches, señora Margarita, dijo el anciano.

— ¿ Qué queréis? ¿ Á quién buscáis ? respondió la dueña alarmada.

— ¿ Á quién busco? á la señora de la casa. ¿ Qué quiero ? Desempeñar una comisión del gobernador.

Al oír aquellas palabras, la vieja tembló de pies á cabeza ; y Rodríguez, advirtiendo su turbación, le dijo:

— Tranquilizaos. Ni á vuestra ama ni á vos se os seguirá perjuicio alguno de esta visita. Si me es preciso hacer uso de algunas de las cosas que me habéis referido, os juro que Agustina no sabrá cómo han llegado á mi conocimiento. Anunciad, pues, á esa señora, que Pedro Rodríguez, criado del gobernador, necesita hablarle con urgencia.

Dicho esto, empujó la puerta, que Margarita había entreabierto, y entró en el zaguán. Un momento después, el anciano se hallaba en presencia de la viuda, quien lo recibió con afabilidad, sabiendo la confianza que de él hacía el Adelantado, no obstante su condición.

— Señora, dijo Rodríguez, en un tono entre cortés y severo ; perdonad si vengo á molestaros con esta visita, á una hora tal vez importuna. Necesito con urgencia ciertos datos, que inte-

resan en gran manera á personas á quienes amo y respeto; vos sola podéis proporcionármelos.

Aquella introducción avivó la curiosidad de la viuda, excitada desde el momento en que se le anunció al criado del gobernador. Conservando su aire afable y zalamero, contestó:

— El señor Rodríguez es dueño de venir á mi casa á cualquiera hora, seguro siempre de ser tan bien recibido como él lo merece; y en cuanto á los datos de que me habla, debe decirme desde luego en qué puedo complacerlo.

Rodríguez inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y dijo:

— Antes de que os manifieste lo que vengo á pediros, permitidme os refiera una historia, que quizá podrá interesaros. Una señora, tan distinguida por su elevada estirpe como por las cualidades con que Dios quiso favorecerla, era amada con idolatría por un caballero de nobilísima alcurnia, y en quien las prendas personales aventajaban á lo ilustre del nacimiento.

Agustina arrugó el entrecejo al escuchar aquellas palabras, y redobló la atención con que escuchaba al criado del gobernador. Éste, sin parecer advertir el efecto que hacía en la viuda la narración que había principiado, continuó de esta manera:

— La joven señora correspondía con todas las fuerzas de su alma á aquel afecto; y si bien obstáculos independientes de la voluntad de ambos se oponían á la realización de sus deseos, ni el tiempo ni las dificultades habían alcanzado á disminuír en lo más pequeño aquella inclinación. Un día, el espíritu del mal suscitó á los dos desgraciados amantes un enemigo astuto y sin escrúpulos, en la persona de una mujer, cuyo corazón estaba despedazado por los celos y por el despecho.

La viuda, á quien no podía ya caber la menor duda del sentido de las palabras de Rodríguez, le dijo con la mayor irritación:

— ¿ Para contarme esa conseja habéis venido aquí, señor

Rodríguez? ¿ Qué me importa á mí vuestra necia fábula de esos dos enamorados?

— Más de lo que imagináis, señora, replicó el anciano con mucha calma. Ruégoos que me escuchéis hasta el fin y no me interrumpáis. La pérfida mujer, continuó Rodríguez, envidiosa de la felicidad de la joven señora, y queriendo apartar de ella al caballero, urdió una intriga diabólica, para hacer creer á aquélla que su amante le era infiel. Poseía el caballero una santa reliquia que la dama le había enviado, con recomendación de que la guardase siempre como memoria suya. El caballero conservaba aquel tesoro con religiosa fidelidad; pero al fin tuvo la desgracia de perderlo. Un hombre maligno y perverso, relacionado íntimamente con la mala mujer de quien he hablado, pudo despojar al caballero del precioso relicario, que pasó á manos de la que se proponía emplearlo como instrumento de la ruina de los desgraciados amantes. Solicitó una audiencia de la noble señora, y abusó de su buena fe, refiriéndole una falsa historia de amores con el caballero, y presentándole como prueba el relicario, que dijo haber recibido de manos del supuesto amante. La consecuencia de tan odiosa trama, ha sido que la joven, sin dejar de amar al inocente caballero, ha ocultado su amor en el fondo del alma, se consume y desfallece cada día más, y fingiendo un cambio que su corazón no ha experimentado, rechaza á su amante, cuyo espíritu, debilitado ya por la enfermedad, no pudiendo resistir á tan violentas emociones, ha caído en una peligrosa demencia.

Rodríguez, cuya voz temblaba, se detuvo un momento. Agustina cambiaba de colores, mordíase los labios hasta hacer saltar la sangre y énterraba las uñas afiladas de su mano derecha en las mórbidas carnes de su brazo izquierdo.

— ¿ Y sabéis, señora, dijo el anciano, los nombres de esos dos amantes, víctimas de tan odiosa intriga?

Agustina Córdoba no contestó una sola palabra; y Rodríguez continuó:

— Pues la joven se llama doña Leonor de Alvarado Jicotencal, y el caballero don Pedro de Portocarrero. La mujer calumniadora y sin corazón, que no ha vacilado en exponer la existencia de dos seres humanos con tal de satisfacer sus malas pasiones, sois vos, vos, Agustina Córdoba, que habéis añadido á una serie de hechos escandalosos, la perversa acción de que la providencia, en sus designios, me ha hecho sabedor.

— ¿Y qué prueba podéis presentar, dijo Agustina, estremeciéndose de rabia, de la grave acusación que me hacéis?

— ¿Prueba? contestó Rodríguez, ninguna. No la tengo, necesito de ella, y no siendo fácil obtenerla tan evidente como la deseo, de vuestra cómplice Melchora Suárez, vengo á que vos misma me la suministréis.

La viuda respondió con una carcajada á la que consideró como una candidez del buen anciano, y le dijo :

— ¿Conque, después de venir á insultarme en mi propia casa, queréis que yo misma os suministre el medio de perderme? Sois un imbécil.

Y al decir esto, poniéndose en pie, señaló la puerta á Rodríguez y añadió :

— Marchaos de aquí inmediatamente.

El anciano, sin irritarse con aquellas palabras, pronunciadas con altivo desprecio, lejos de obedecer la orden de la viuda, se arrellanó en el sillón en que estaba sentado, y con aire indiferente dijo :

— Necesito esa prueba, y vais á proporcionármela ahora mismo.

— ¡Vive Dios! anciano, contestó la viuda, que habéis perdido el poco juicio que teníais. Repítoos que os marchéis de aquí sin pérdida de tiempo.

— Bien, replicó Rodríguez ; si insistís, me marcharé ; pero antes, permitidme os refiera otra historia, que acaso os interesará tanto como la que acabo de contaros. Una noche, continuó el imperturbable viejo, la noche del 20 de marzo, hacia las once,

dos hombres salieron de esta misma sala donde ahora nos hallamos, para dirigirse á las Casas Consistoriales. El uno era un médico, que conspiraba traidoramente contra su rey, é iba á proporcionar la evasión de dos prisioneros de Estado encerrados en la torre del Ayuntamiento. El otro hombre... ¿sabéis quién era el otro hombre? preguntó Rodríguez; y como la viuda, que se había puesto pálida como un muerto, no contestase una sola palabra, añadió : El otro hombre... era una mujer, erais vos, Agustina, que acompañabais á Peraza, disfrazada, haciéndoos cómplice en el delito de lesa majestad. De pronto pudo quedar oculto aquel hecho; pero hoy ha llegado á conocimiento del gobernador, quien me ha dado, señora, la penosa comisión de prenderos. Ved este papel.

Diciendo esto, Rodríguez mostró el mandamiento de prisión á Agustina Córdoba, que se puso á temblar, poseída del mayor espanto.

— Ya veis, pues, que si salgo de aquí, como lo deseáis, no saldré solo, sino con vos. Cuatro arcabuceros aguardan mis órdenes en la calle, y no tengo más que levantarme, abrir esa ventana y dar la orden de entrar y conduciros á una cárcel.

Al decir esto, Rodríguez se había levantado, en efecto, y dirigídose á la ventana que daba á la calle, que comenzó á abrir La viuda se precipitó tras él y dijo :

— Por el amor de Dios, deteneos ; no llaméis y decidme qué debo hacer, qué es lo que exigís de mí.

Rodríguez volvió á su asiento, y sacando un papel del bolsillo, dijo :

— Lo que tenéis que hacer, es firmar este papel en que declaráis bajo juramento, que calumniasteis á Portocarrero, que es falso cuanto referisteis á doña Leonor y que el relicario lo hubisteis del médico Peraza, que lo robó á don Pedro.

— ¡ Jamás! exclamó la viuda con indignación. Jamás firmaré semejante declaración.

— Entonces, dijo Rodríguez, preparaos á seguirme; y volvió á dirigirse á la ventana.

La viuda dejó caer la cabeza entre sus dos manos, dando un rugido como el que lanzaría una fiera acosada por los cazadores. Repentinamente una idea atravesó su imaginación, y levantándose con presteza, dijo á Rodríguez :

— Estoy decidida; dadme ese escrito, voy á firmarlo.

— Bien, contestó el anciano. Entregó el papel á Agustina, que se acercó á una mesa donde había recado de escribir, y tomando la pluma, lo firmó con su nombre y apellido, y lo devolvió á Rodríguez.

— ¿Estáis satisfecho? preguntó la viuda.

— Sí, contestó Rodríguez; podéis estar tranquila.

— Tened, pues, la bondad, replicó ésta, de despedir á esos hombres, cuya presencia cerca de mis balcones podría dar lugar á rumores perjudiciales á mi reputación.

— No veo en ello el menor inconveniente, contestó Rodríguez; y abriendo la ventana, hizo una seña convenida de antemano. Aproximóse uno de los soldados y recibió la orden de retirarse. Mientras Rodríguez cerraba la ventana, la astuta viuda corrió hacia la puerta de la sala, cuya llave estaba en la cerradura por la parte de afuera, y cerrando con precipitación, echó la llave, dejando prisionero al anciano, con el papel en el bolsillo. Lo primero que hizo Rodríguez fué precipitarse tras la viuda para impedirle que echase la llave; pero cuando llegó á la puerta, era demasiado tarde. Entonces corrió á la ventana, abrió y buscó á los arcabuceros; pero ya habían doblado la esquina y desaparecido. El anciano, impaciente al verse burlado por la viuda, se sentó en el sillón para reflexionar sobre lo que debía hacer.

Habrían pasado diez minutos de aquella escena, cuando resonaron dos recios aldabonazos en la puerta de la calle. La viuda misma corrió á abrir. Era Robledo. En dos palabras lo impuso de lo que pasaba, diciéndole que Rodríguez la había

obligado con amenazas á firmar un papel que la perdería para siempre y que reanudaría las relaciones de Portocarrero con doña Leonor. El secretario escuchó aquella relación con mucha calma, y cuando Agustina le dijo, en conclusión, que era indispensable arrancar el documento á Rodríguez, Robledo, sin decir palabra, sacó un papel del bolsillo y mostrándolo á Agustina, dijo :

— ¿Será éste el papel que deseáis recobrar?

Agustina lo examinó con la mayor atención, vió su letra fresca aún, y no podía creer el testimonio de sus propios ojos. Era el mismo que ella acababa de firmar.

CAPÍTULO XIX

Luego que Agustina Córdoba se hubo convencido de que el papel que le presentaba Robledo era efectivamente el mismo que ella había firmado un momento antes, sin volver en sí del asombro que le causaba en verlo en manos de don Diego, y proponiéndose informarse después de cómo era que estaba en su poder, pensó en el mandamiento de prisión contra ella que tenía Rodríguez y dijo á Robledo :

— Verdaderamente don Diego, que sois un hombre admirable y casi estoy por teneros miedo, considerándoos como hechicero. Vos adivinasteis los pormenores de la conjuración y me conocisteis en una noche oscura, bajo el disfraz de caballero, y ahora veo en vuestro poder un papel que acabo de firmar, que yo misma he entregado á un hombre que tengo encerrado en esa sala. Para vos nada hay difícil. Sabed, pues, que ese mismo hombre tiene en sus manos una orden para prenderme, firmada y sellada por el gobernador, y es necesario que á cualquiera costa nos apoderemos de ella.

Al escuchar aquellas palabras, Robledo pareció alarmarse un poco, y dijo :

— ¡ Una orden para prenderos ! ¿ Y que puede haber motivado esa medida ?

— Es muy sencillo, don Diego, contestó Agustina. El Adelantado sabe ya que tuve la imprudencia de acompañar á Peraza, disfrazada, la noche en que iban á evadirse los reyes

indios y me manda capturar como cómplice del delito de lesa majestad.

— Eso es grave, y veo que no comprendéis todo el alcance de semejante cargo. Pero ¿ quién puede haber hecho esa denuncia al gobernador? añadió; yo me he guardado de decirle una palabra sobre que os hubieseis mezclado en la conjuración.

— Preguntadlo á ese viejo, respondió Agustina, que es quien me lo ha dicho, mostrándome la orden de prisión.

— Ya sospechaba yo, dijo Robledo como hablando consigo mismo, que el Adelantado daba á Rodríguez comisiones delicadas é importantes, receländose de mí. Ese hombre es peligroso, añadió, y es necesario ponerlo en parte donde no pueda volver á usar de sus mañas. ¿ Decíais, continuó dirigiéndose á la viuda, que tiene en su poder el mandamiento de prisión?

— Sin la menor duda, respondió Agustina ; yo misma lo he visto; y á no ser que lo haya perdido como este papel, que sólo el diablo puede haberle arrancado, aun debe tenerlo en el bolsillo.

— Bien está, dijo Robledo, con aire meditabundo. Afortunadamente, dentro de pocas horas van á cambiar las cosas y mi posición será aún más importante. Á las diez de esta misma noche toma posesión del gobierno como teniente de gobernador don Francisco de la Cueva, que me debe ese nombramiento, y mi influencia no tendrá rival. Será mi primer cuidado el recompensar el celo del señor Pedro Rodríguez; estad segura de ello. Entretanto, cuidad que no vaya á escaparse.

— De eso yo os respondo, contestó Agustina. La puerta de la sala es fuerte, y aun cuando lograra salir de esa pieza, quedaría encerrado dentro de la casa, pues voy á echar la llave en cuanto os retiréis.

— ¡ Bah ! dijo don Diego, que recordó probablemente la noche en que él mismo se había escapado por las tapias del corral. No os fiéis en que la puerta de la calle esté con llave. Cuidad de que no salga de la sala, y nada más.

Dicho esto, Robledo, que tenía entre manos graves negocios, uno de ellos la posesión del teniente de gobernador, se despidió de Agustina, ofreciendo volver á la madrugada. Preocupado con las ideas que lo dominaban, el secretario dejó sobre la mesa del cuarto donde había tenido la conversación con Agustina, el papel que ésta había firmado. Lo recogió la viuda y lo guardó cuidadosamente en su seno. Cuando iba ya á salir don Diego, volvió y dijo á Agustina :

— Como tengo que venir hacia el amanecer, y acaso á esa hora vos y Margarita estaréis dormidas, me ocurre que me entreguéis la llave de la puerta de la calle, para abrir cuando vuelva, sin necesidad de llamar.

— Perfectamente, contestó la viuda, voy á dárosla. Mas al decir esto, se quedó suspensa, y exclamó :

— ¿ Qué estoy diciendo, ¡ necia de mí ! si llave está en mi alcoba, que comunica únicamente con la sala ?

— Pues buena la hemos hecho, replicó Robledo, si ese hombre logra, por cualquier casualidad, evadirse de la sala.

— Eso no es fácil, dijo Agustina. Evacuad pronto vuestros negocios y volved cuanto antes.

El secretario se marchó no poco inquieto respecto á la seguridad del prisionero, y Agustina, acompañada de la vieja dueña, autora indirecta y oculta de aquella maraña, se propuso pasar la noche en vela, aguardando la llegada de Robledo y atenta á los menores movimientos de Rodríguez.

Es tiempo ya de que nos ocupemos un poco de éste, y sobre todo de que expliquemos la manera en que el papel firmado por Agustina Córdoba fué á parar tan pronto á manos de don Diego.

Cuando el anciano criado del gobernador vió que era demasiado tarde, así para impedir que la viuda lo encerrase, como para llamar á los arcabuceros, se puso á meditar en lo que tenía que hacer. Su principal empeño era salvar el escrito que acababa de hacer firmar por la viuda. Temía, con razón, que

Robledo llegase de un momento á otro, recordando que la dueña le había dicho que era á eso de las ocho de la noche que acostumbraba el secretario visitar á su señora. Calculó que advertido Robledo de lo que ocurría, podría llamar auxilio, hacerlo registrar y apoderarse del papel que tanto le importaba conservar. Ocultarlo en alguno de los muebles de la sala ó en sus propios vestidos, era exponerlo á que mediante la minuciosa pesquisa que se haría, cayese, más tarde ó más temprano, en manos de Robledo ó de la viuda. Imaginó entonces que llegando el secretario, si lograba hacerle creer que había quemado el papel y le entregaba el mandamiento de prisión contra Agustina, lo dejaría ir en paz, sin molestarlo. Hecho este raciocinio, sacó del bolsillo un papel cualquiera y lo quemó en la llama de la vela que alumbraba la sala, cuidando de que se conservasen las cenizas en el suelo. En seguida, abrió la ventana y arrojó á la calle el escrito firmado por Agustina, seguro de que podría recogerlo luego que se viese libre. Pero él no contaba con la casualidad, que, dígase lo que se quiera, hace siempre un gran papel en las cosas de este mundo. Quiso ésta que Robledo pasase delante de la ventana en el momento preciso en que Rodríguez lanzaba el papel, que fué á darle casi en la cara. Tomólo don Diego, sin que lo advirtiese el anciano, porque la noche era oscurísima; pero el secretario sí pudo conocer á Rodríguez á favor de la luz que iluminaba la sala y se escapaba por la abierta ventana. Así, cuando Agustina le habló de la necesidad de recobrar el escrito, que suponía aún en poder del criado del gobernador, Robledo comprendió que era precisamente el que él acababa de recoger, y lo presentó á la atónita viuda.

Rodríguez, entretanto, viendo que pasaba el tiempo y que no parecía Robledo, ardía en deseos de verse libre y se desesperaba al ver la dificultad de conseguirlo. Registró la sala de arriba abajo y no encontró medio alguno de escapar. La ventana estaba guarnecida por un fuerte balcón de hierro, y la

puerta habría resistido al empuje de cualquier hombre más vigoroso todavía que el anciano. De la sala pasó á la alcoba, que no tenía puerta al corredor y la recorrió también muy despacio. Cerca de la cama vió una llave y por su tamaño calculó sería la de la puerta de la calle, lo cual lo consoló en parte, advirtiendo que si lograba escapar del encierro, no tendría ya otro obstáculo con que luchar para salir. Redobló pues, los esfuerzos de su imaginación, y al fin de tanto cavilar, creyó haber encontrado el medio de recobrar la libertad.

Había en el dormitorio de Agustina un armario grande, que casi tocaba con el techo. Rodríguez acercó á él una mesa, colocó encima una silla y subió sobre el armario. Hizo esfuerzos para levantar alguna de las tablas del desván; pero desgraciadamente todas estaban fuertemente clavadas. Entonces, con su daga, arma de que jamás se desprendía y que había tenido especial cuidado de llevar aquella noche, comenzó á horadar una tabla. Dió principio á la operación en el momento en que Robledo salía de la casa, esto es, hacia las nueve de la noche. Á las doce, después de tres horas de incesante trabajo, el anciano había abierto un agujero por el cual podía introducir cómodamente la cabeza. Pero eso no bastaba. Era necesario continuar hasta abrir una cavidad suficiente para dar paso á todo el cuerpo. Siguió, pues, la obra con el mayor empeño, y á eso de la una y media, había abierto un hueco por el cual podía introducir los hombros. La dificultad estaba, pues, allanada. Radiante de alegría, Rodríguez bajó del armario, tomó la vela, que por cierto estaba próxima á concluírse; volvió á subir, é introduciéndose por el agujero, se encontró en el desván. Conociendo perfectamente la estructura de las casas de la clase de la de Agustina Córdoba, el anciano calculó que siguiendo por el desván, llegaría hasta dar sobre la cocina, que no estaría entablada, y que hallando algún arbitrio para bajar al suelo, sin la menor dificultad se encontraría ya en los corredores, pues no era probable hubiesen

cerrado con llave la puerta de la cocina. Animado con aquella esperanza, iba avanzando, alumbrándose con la moribunda luz del cabo de vela que llevaba en la mano. Repentinamente se encontró detenido y sin poder dar un paso más. Había tropezado con una de esas obras de albañilería que se construyen sobre las paredes maestras y que llamamos *mojinetes*. El anciano estuvo á punto de desesperarse y casi resolvía ya abandonar la empresa y retroceder; pero tocando la pared, advirtió que no era de una construcción sólida, y que se desmoronaba con facilidad. Cobró ánimo, y haciendo uso de la daga, comenzó á abrir un nuevo agujero. El hierro encontraba menos obstáculos que los que le había opuesto la tabla del desván, y al cabo de una hora, estaba abierto un boquerón por el cual pasó Rodríguez. Desgraciadamente, al terminar aquella operación, la luz se extinguió y el anciano quedó completamente á oscuras. Sin desalentarse por eso, continuó su marcha, caminando á tientas y con mucha precaución, temiendo dar con las vigas de la cocina, donde la falta del entablado podría precipitarlo de arriba abajo. Pero por fortuna vió de repente una indecisa y débil claridad, por la cual fué guiándose, hasta llegar, sin riesgo ni tropiezo, á la orilla del envigado de la cocina. La claridad, que había ido haciéndose más y más pronunciada, á medida que avanzaba el anciano, era producida precisamente por el fogón, que Margarita no había cuidado de apagar aquella noche, enteramente ocupada como se hallaba con los graves acontecimientos que ocurrían en la casa. Rodríguez fué pasando de una á otra viga, hasta situarse encima del poyo de la cocina, no lejos del fuego. Calculó la distancia, y tomando en cuenta la altura del poyo y la de su propio cuerpo, con los brazos levantados, comprendió que asiéndose de la viga, sus pies vendrían á quedar como á una vara del piso del poyo. El cálculo era exacto. El anciano pudo, pues, descender sin la menor dificultad, y en un momento se encontró en la puerta de la cocina, que efecti-

vamente estaba abierta. Cuando Rodríguez pasó al corredor de la casa, serían las tres de la mañana. Agustina, sentada en un sillón delante de la puerta de la sala, velaba el prisionero, y Margarita, no lejos de ella, se había quedado dormida.

¡ Júzguese cuál sería la sorpresa de la viuda al ver delante de sí al que ella consideraba tan bien guardado en el encierro ! Lanzó un grito que despertó á la vieja, que al ver aquella figura, creyó sería cosa de la otra vida y se santiguó dos ó tres veces. Rodríguez, sin decir palabra, se dirigió á la puerta de la calle, sin que las dos mujeres se atreviesen á oponerse á su paso. Abrió y salió á buscar el papel, que dejaba atrás, bien seguro, en el seno de Agustina. ¡ Así se aleja el hombre frecuentemente del objeto de su anhelo y pasa junto á él, sin que una voz interior le advierta de la proximidad de lo que realizaría sus más ardientes esperanzas !

Buscó y rebuscó en vano por todas partes, y cuando se hubo convencido de que ya no estaba el papel, se encaminó sin pérdida de tiempo al cuartel de los arcabuceros. Habló al oficial de guardia, mostróle la orden de prisión contra Agustina Córdoba y le pidió cuatro soldados para ejecutarla. No puso dificultad el oficial, en vista de la firma y sello del Adelantado ; y Rodríguez, seguido de los arcabuceros, volvió á toda prisa á casa de Agustina. La puerta permanecía abierta, pues la viuda y Margarita no habían cuidado de ir á cerrarla, aturdidas con la sorpresa que les causó la evasión del anciano. Así pudo éste entrar hasta donde se hallaba la viuda, cuya inquietud era visible.

— Conducid á esta mujer, dijo Rodríguez.

Agustina suplicó, lloró, quiso hacer resistencia ; pero todo fué inútil. Pidió se le permitiese cambiar de traje, con la mira de ganar tiempo y ver si llegaba Robledo ; pero el anciano permaneció inexorable. No consintió más detención que la precisa para que la criada fuese á buscar un abrigo para su señora. Hecho esto, repitió la orden de marcha, y caminando

él adelante, seguía Agustina y luego los arcabuceros. La dueña, dando gritos lastimosos y arrancándose los cabellos, iba tras la comitiva. Abrió la puerta Rodríguez, y al poner el pie fuera del umbral, encontróse frente á un grupo de hombres armados. El que capitaneaba aquella partida tendió la espada desnuda, hasta tocar el pecho del anciano, diciendo :

— ¡ Deteneos!

Rodríguez conoció, por la voz, al secretario Diego Robledo, y Agustina dió un grito de alegría. El anciano, con la orden del Adelantado en la mano, dijo :

— Paso, en nombre del Rey. Estoy encargado por el gobernador de la prisión de esta mujer.

Robledo, levantando en alto otro papel, contestó :

— En nombre del Rey, y cumpliendo con una orden del gobernador, hago prisionero á este hombre ; y puso la mano sobre el hombro de Rodríguez.

Los arcabuceros que acompañaban á éste permanecieron perplejos un momento; pero habiéndose dado á conocer el secretario y viendo también que toda resistencia sería inútil, ante el número de hombres que mandaba Robledo, se incorporaron, sin decir palabra, á sus compañeros, dejando al anciano á discreción de su enemigo.

— Retiraos, dijo el secretario, dirigiéndose á la viuda ; y luego, volviéndose á Rodríguez, añadió en voz baja :

— Vos ganasteis dos partidas en favor de Portocarrero : la de las Casas Consistoriales y la de anoche. Yo gano una ahora; aun falta otra para que nos igualemos. Marchad.

El anciano inclinó la cabeza sin contestar una sola palabra y fué conducido á la cárcel. Encerráronlo en un estrecho calabozo, como si fuese un criminal, después de haberlo despojado del mandamiento de prisión contra Agustina Córdoba, que se llevó Robledo.

Debemos decir ahora cómo se manejó éste para ganar la partida á Rodríguez, como él decía. Al salir de casa de Agus-

tina, don Diego sabía que dentro de pocas horas tomaría posesión don Francisco de la Cueva, como teniente de gobernador. El Adelantado debía salir en la madrugada del día siguiente. Á las diez de la noche se reunieron en palacio el ayuntamiento, los oficiales reales, el prelado y otras personas, en presencia de las cuales anunció Alvarado su resolución de encomendar la tenencia al licenciado don Francisco de la Cueva, y le entregó la vara de la gobernación. El teniente quedó recibido, disolviéndose el congreso. Don Pedro fué á dar sus últimas disposiciones para la partida, y el nuevo gobernador, entrado ya en ejercicio, se retiró al gabinete con el secretario.

Dióle cuenta éste con algunos negocios urgentes, y le habló de la necesidad de poner un correctivo pronto y eficaz á las maquinaciones del criado del gobernador, Pedro Rodríguez, que intrigaba con empeño y descaro, á fin de procurar la reconciliación de don Pedro de Portocarrero con doña Leonor. Aquellas palabras tocaron la cuerda dolorosa en el corazón del licenciado, que recordó al momento que el anciano criado de su hermano político había estorbado sus planes en el incidente de la satisfacción á Ronquillo, atrevimiento que no le había perdonado don Francisco. Aprovechando aquella buena disposición, Robledo pintó á su manera la nueva intriga que decía había urdido Rodríguez y le ponderó la urgencia de impedirle la llevase á cabo. Sin gran dificultad se convenció de ello el licenciado, y firmó una orden de prisión que el secretario llevaba ya extendida; encargándole únicamente que por prudencia no hiciese uso de ella, hasta la mañana siguiente, cuando ya el Adelantado hubiese salido de la ciudad. Hízolo así el secretario; pues apenas desfilaron las tropas que seguían al gobernador y traspusieron los suburbios de la población, tomó un piquete de veinte soldados y con ellos fué á capturar al anciano.

Se esparció intencionadamente la voz de que el Adelantado había dejado dispuesta la prisión de Rodríguez, y el vecinda-

rio tuvo á mal la que parecía una ingratitud. Sólo doña Beatriz entendió el verdadero motivo de la determinación de su hermano; mas como se oponía fuertemente á todo lo que pudiese favorecer las relaciones de doña Leonor y Portocarrero, nada objetó á la medida. Quedó, pues, el pobre anciano sepultado en un calabozo, sin comunicación con persona viviente, víctima de su afecto á Portocarrero y doña Leonor y de las malas pasiones de Agustina Córdoba y del secretario Diego de Robledo.

CAPÍTULO XX

Dos servicios tan importantes el uno como el otro había prestado Robledo en poco tiempo á Agustina Córdoba, no obstante lo cual y la asiduidad con que el secretario hacía la corte á la viuda, se mostraba ésta más y más insensible al afecto de don Diego. Desesperábase éste, sin encontrar arbitrio para vencer la resistencia de la dama, que sin oponerle una negativa formal, lo alentaba un día con esperanzas que al siguiente se veían frustradas, para renacer de nuevo y quedar destruídas más tarde.

Muchos días habían pasado desde la noche en que la astucia y diligencia de Robledo salvaron á Agustina de ser conducida á la cárcel, en virtud del mandamiento de prisión obtenido por Pedro Rodríguez. El secretario estaba ocupado en su escritorio, registrando diferentes papeles importantes, y por vigésima vez quizá tropezó con un paquete atado con una cinta verde, cuyo rótulo era el siguiente : *Memoria sobre el bebedizo.* Siempre que encontraba aquel escrito, desde que lo tomó en la papelera del difunto médico Peraza, el secretario lo arrojaba á un lado con desprecio, figurándose contendría algunas observaciones sobre una medicina cualquiera. Aquel día, cansado de estar viendo aquel legajo inútil, á su juicio, creyó oportuno arrojarlo al fuego, é iba á poner por obra aquella determinación, cuando la vista del paquete mismo le trajo á la memoria las palabras del herbolario al recomendar á Agustina lo reco-

giera en su gabinete. Dijo que constaba en aquel escrito la razón por qué la bebida que contenía la redoma no había producido sus naturales efectos en don Pedro de Portocarrero. Aquel recuerdo bastó para que Robledo desistiese del propósito de arrojar al fuego el paquete, y para que más bien lo desenvolviese y se pusiera á leerlo, como lo hizo, con la mayor atención.

Á medida que iba don Diego avanzando en la lectura de la memoria del doctor Peraza, redoblaba el interés con que devoraba aquellas páginas. Estaba consignada en ellas la historia de la muchacha que habiendo tomado la bebida, se sintió súbitamente poseída de un entrañable amor por el hombre á quien antes detestaba; la manera de confeccionar el filtro y de administrarlo, y por último, lo sucedido con Portocarrero; asegurando el médico que la circunstancia del relicario y la cortedad de la dosis, habían sido las únicas causas de que no produjese en aquel caballero el efecto deseado.

Una idea atravesó la imaginación de don Diego. « La fortuna, dijo para sí, me ha hecho dueño de este maravilloso secreto. ¿Por qué no habré de aprovecharlo? Esa bebida hará que Agustina me ame; en ese milagroso filtro está mi vida, mi felicidad; bendita sea la casualidad que me lo ha proporcionado. » Desde aquel instante, Robledo no tuvo otro pensamiento que el de hacer tomar el bebedizo á la viuda del capitán Francisco Cava. Para llevar á cabo su proyecto, Robledo manifestó á Agustina el deseo de cenar una vez en su compañía, á lo que accedió la viuda con buena voluntad.

Llegó la noche señalada por la viuda para la cena solicitada por el secretario. Esa noche fué la del 28 de agosto, cumpleaños de la dama. Don Diego se mostraba más apasionado que nunca; Agustina, complaciente como pocas veces, encendía la hoguera que abrasaba el corazón de aquél. Margarita se esmeró en aquella ocasión, y tanto los manjares como los vinos dejaban poco que desear. Á las nueve se habían puesto á la mesa la dama y el

caballero. Eran las once y no pensaban aún en levantarse. Las libaciones menudeaban y el licor hacía su efecto natural en los cerebros y en los corazones. La conversación era festiva y animada, y poco á poco fué rodando hasta parar en la aventura del anciano Rodríguez.

— ¿Sabéis, Agustina, dijo Robledo, llenando el vaso de su amiga, que aquella noche apenas vi el papel que el viejo marrullero os obligó á firmar? ¿Qué era lo que decía?

— Lo que decía ese papel, don Diego, contestó la viuda, después de haber apurado el vaso, era que yo había calumniado á Portocarrero, con no sé qué historia de un relicario perdido, y que suponen robó el difunto médico Peraza.

— En efecto, replicó Robledo, recuerdo que había algo de eso en el escrito. Me alegraría de leerlo ahora que podemos hacerlo con tranquilidad, divirtiéndonos un poco á costa de ese pobre diablo, á quien no valieron sus mañas con nosotros. Id, Agustina, si no os es molesto, y traed ese papel.

La artificiosa viuda no quería desprenderse del documento que Rodríguez le había hecho firmar. Así, oyó de mala gana la proposición de Robledo de ir á buscar el papel. Levantóse, pasó á su dormitorio é hizo como que registraba un pequeño escritorio que tenía cerca de su cama. Don Diego, al pedir á Agustina que fuese á traer el escrito, no tenía otro objeto, como se habrá comprendido fácilmente, que el de alejarla por un momento del comedor. Cuando el secretario se encontró solo, llenó de vino hasta la mitad el vaso de Agustina, sacó la redoma que contenía el bebedizo, y recordando que Peraza aseguraba que no había surtido efecto en Portocarrero por la cortedad de la dosis, vertió en el mismo vaso una cantidad del venenoso licor cuatro ó cinco veces mayor que la que se había suministrado á don Pedro. Hecho esto, con lo que el crédulo secretario esperaba obtener sin la menor duda, el amor de Agustina, aguardó muy tranquilo que ésta volviese con el escrito ó sin él, pues no tenía empeño en verlo

Poco tardó la viuda en presentarse en el comedor, y volviendo á tomar su puesto en la mesa, frente á su cortejo, dijo á éste :

— Inútilmente he buscado por todas partes el escrito ; no he podido dar con él. ¿ Si habrá ido á parar á vuestros bolsillos, señor don Diego, como sucedió la vez pasada ? No lo extrañaría yo, pues he venido á persuadirme de que sois un poco brujo y que para vos no hay imposibles.

— Agustina, contestó el secretario, procurando hacer lo más amable que le era posible su torvo aspecto. Bien sabéis que hay algo que es, ó ha sido hasta ahora, por lo menos, imposible para mí; y es el que me améis.

— ¿Y quién os ha dicho que no os amo, don Diego?

— Vuestros hechos, que no están acordes con las palabras lisonjeras que han pronunciado muchas veces vuestros labios. Sois ingrata conmigo, Agustina, que os amo con toda la vehemencia de que es capaz un corazón como el mío.

— Os he dicho, replicó la viuda, que deseaba experimentar la sinceridad de vuestro afecto y que algún día podría convenceros de que no soy insensible á él.

— Pero ese día ha ido alejándose más y más, á medida que ha ido creciendo la pasión que habéis sabido inspirarme. Son las doce, Agustina, y debo volver á mi casa. Apuremos, pues, este último vaso, porque vea yo pronto realizadas mis más halagüeñas esperanzas.

Al decir esto, Robledo levantó en alto el vaso. Agustina tomó el suyo, y dirigiendo al enamorado don Diego una sonrisa y una mirada llenas de coquetería, apuró el licor emponzoñado. Al separar el vaso de sus labios, la pobre mujer hizo un gesto de disgusto y dijo :

— ¡ Qué sabor tan extraño ha tomado este vino, don Diego!

— No siento nada, contestó Robledo. Es el mismo que hemos estado bebiendo. Quizá estáis fatigada, y os ha caído mal. Voy á retirarme, para que descanséis.

Dicho esto, el secretario se despidió, tomando entre sus manos la de Agustina, que estaba fría como un mármol. La viuda permaneció cual si estuviese clavada en su silla, sin fuerzas para levantarse á despedir á don Diego.

No se alarmó éste con aquellas circunstancias, que atribuyó á un efecto sencillo y natural del milagroso licor que debía obrar tan completa revolución en su querida. Retiróse, pues, lleno de esperanzas, y con la convicción de que el día siguiente comenzaría á advertir los prodigiosos resultados del bebedizo.

La imaginación de Robledo vagó aquella noche, durante el sueño, de ilusión en ilusión, presentándosele la imagen encantadora de Agustina, con la mirada y la sonrisa que le dirigiera al apurar el vaso que contenía el milagroso filtro.

Á las cinco de la mañana, recios aldabonazos en la puerta de la casa del secretario despertaron á la servidumbre. Llamaban á don Diego con la mayor urgencia de parte de Agustina Córdoba. Vistióse Robledo á toda prisa y se dirigió á casa de la viuda, muy ajeno de imaginar el motivo de tan urgente llamamiento, á una hora tan inoportuna. Halló abierta la puerta de la calle, y sin haber encontrado persona alguna, llegó hasta la sala. Hemos dicho ya que esta pieza comunicaba con el dormitorio de la viuda. Don Diego vió con la mayor sorpresa á un religioso de la orden de San Francisco, que con la cabeza inclinada sobre el pecho, y como abrumado por graves pensamientos salía de la alcoba.

— Entrad, señor, dijo el religioso á Robledo; ella os aguarda.

Un vago presentimiento de lo que pasaba oprimió el corazón del secretario. Diríase que la muerte, al acercarse al lecho de Agustina, había agitado, al pasar, su ala sombría sobre la frente de don Diego.

En efecto, desde el instante en que éste había salido de casa de la viuda, el tósigo comenzó á producir sus naturales resultados. Con mucha dificultad pudo arrastrarse la infeliz hasta su cama, donde se arrojó, vestida como estaba. Un fuego

devorador quemaba sus entrañas. Sobrevino después un adormecimiento profundo, con sudor frío y movimientos convulsivos. El principio vital se iba extinguiendo poco á poco. Llamóse á un facultativo, que no pudo desconocer en la enfermedad los síntomas de un envenenamiento. Sin embargo, dijo que nada podía hacer la ciencia, pues ignorándose la naturaleza del veneno, era difícil aplicar algún antídoto eficaz. El médico se limitó, pues, á decir que llamasen sin pérdida de tiempo á un sacerdote, y se retiró anunciando que no quedaban á Agustina más que unas horas de vida. No tardó en presentarse un religioso del vecino convento de San Francisco, que oyó la confesión de la viuda y le administró la extremaunción. Agustina, después de haberse confesado, hizo un esfuerzo extraordinario y se levantó de la cama, dirigiéndose á la papelera que estaba en la alcoba. Abrió un secreto y sacó un papel doblado, que entregó al religioso, suplicándole encarecidamente lo pusiese, luego que ella expirara, en manos de la persona que ya le había nombrado. Ofreciólo el religioso, y después, la viuda dijo que llamasen inmediatamente á don Diego de Robledo.

En el momento en que éste apareció en la sala, salía el buen eclesiástico, según hemos dicho antes. Al verlo, un frío mortal circuló por las venas del secretario. Invitado á entrar á la alcoba, hízolo inmediatamente; aproximóse á la cama, y retrocedió algunos pasos. Agustina, vestida aún con el traje elegante y poco modesto que ostentaba algunas horas antes, cuando llena de vida y gracia desplegaba ante su cortejo todos los recursos de la más refinada coquetería, yacía tendida en el lecho, lívida y convulsa, con la muerte pintada en el semblante. Don Diego quedó petrificado á la vista de semejante espectáculo.

— Acercaos, dijo Agustina, con voz apenas perceptible.

Acercóse Robledo temblando, y tuvo que inclinarse sobre el lecho, para oír las palabras que la moribunda tenía que decirle; tan débil y próxima á extinguirse estaba ya su voz.

— Me habéis envenenado, dijo Agustina; que Dios os perdone, como yo os perdono... Os pido una gracia... concedédmela, en desagravio del mal que me habéis hecho... Haced poner en libertad... al anciano Pedro Rodrí...

La infeliz señora no pudo terminar. Un espantoso delirio se apoderó de su imaginación. Abrió desmesuradamente los ojos, revolviendo la negra y dilatada pupila en la córnea, de un color blanco, mate y apagado. La voz recobró algún vigor y comenzó á pronunciar palabras vagas y entrecortadas ; « El veneno, — Robledo, — como el capitán, como mi esposo — envenenada como él... ¡Oh! la muerte... la muerte... abre los brazos para recibirme... ¡Ah! » dijo, dando un grito agudo y desgarrador, y expiró.

Robledo no pudo resistir espectáculo tan espantoso y cayó desmayado. Cuando volvió en sí y se incorporó, dirigió involuntariamente una mirada al lecho. Encontró los ojos, aun abiertos, del cadáver, que parecían clavados en él, y salió precipitadamente de la habitación, procurando ahogar los sordos gemidos que se escapaban de su pecho. Don Diego se encerró en su casa, presa de una violenta calentura.

Como una hora después de la muerte de Agustina Córdoba, á eso de las siete, un religioso de la orden de San Francisco se presentaba en la puerta del palacio del gobernador y solicitaba un momento de audiencia de la hija del Adelantado, para quien llevaba, dijo, un mensaje importante. Era aquel sacerdote uno de esos hombres casi divinizados por la penitencia y por la vida contemplativa. La grave austeridad de su rostro estaba templada por el suave reflejo de ese fuego santo que se llama la caridad, que cuando, escondido en el fondo del corazón, irradia sobre la frente de un mortal, hace de éste más que un ángel, lo hace la imagen viva del Salvador del mundo. El apostólico varón fué introducido en el gabinete de doña Leonor, que se presentó un momento después, suplicando al padre perdonase haberlo hecho aguardar.

— Padre mío, añadió la joven señora: dícenme que me traéis un mensaje, ¿puedo saber de quién y cuál es?

— Hija mía, contestó el religioso con esa amable y respetuosa familiaridad que sientan tan bien en boca de un anciano y de un ministro de Dios; vengo, efectivamente, con un mensaje para vos, de parte de una persona que, en el momento en que os hablo, ha comparecido ya ante el Supremo Juez.

Doña Leonor hizo un movimiento que denotaba la sorpresa y el espanto que le causaban aquellas palabras, y dijo :

— Ignoro de quién me habláis, y vuestras expresiones me hacen temblar por la existencia de alguna de las personas que me son queridas.

— No, hija mía, tranquilizaos, respondió el anciano ; no es alguno de vuestros deudos ó amigos el que me envía. Es una desgraciada mujer que os ha engañado, y que en su lecho de muerte, me ha encomendado os pida la perdonéis, como la he perdonado yo, en nombre de Aquel que ha de perdonarnos á todos en su infinita misericordia. Agustina Córdoba, la viuda del capitán Francisco Cava, ha muerto hace una hora.

Doña Leonor hizo una exclamación de asombro, y el religios continuó :

— Arrepentida del mal que os hizo, y purificada por la penitencia, Agustina me ha encomendado, además, hija mía, ponga en vuestras manos este papel.

Diciendo esto, el anciano sacó del seno el escrito que poco antes de morir le había entregado Agustina y lo presentó á doña Leonor, que lo tomó y lo recorrió rápidamente. Era el papel que había redactado Pedro Rodríguez, que firmó la viuda y que volvió á poder de ésta de la manera que saben nuestros lectores.

La joven, después de haber leído aquellas líneas, exclamó, levantando los ojos al cielo y juntando las manos :

— ¡Bendito sea el Dios misericordioso que hace luzca al fin

la verdad, libre de las sombras del engaño y asegura el triunfo de la inocencia!

— Y bendito, añadió el religioso en voz grave, cuando perdona al pecador arrepentido, que repara en cuanto le es posible el mal que ha podido causar.

— Sí, padre mío, dijo doña Leonor; ¡bendito sea el Dios que perdona! Yo también, agregó, yo también perdono y deseo el eterno descanso á la que tuvo la desgracia de ofenderme.

Dicho esto, doña Leonor inclinó la cabeza ante el religioso, que levantando la mano derecha sobre la frente de la joven, pronunció estas pocas y expresivas palabras :

— Dios os bendiga, hija mía; y salió del palacio del gobernador.

CAPÍTULO XXI

La muerte de Agustina Córdoba y la entrega del escrito de retractación que puso en manos de su confesor, tuvieron lugar, como ya lo dejamos indicado, en la mañana del 29 de agosto del año 1541. Pocas horas después, un acontecimiento extraordinario, aunque no enteramente inesperado, conmovió á los habitantes de la capital. Un correo de Méjico atravesó la ciudad y se dirigió á la casa del alcalde primero, Gonzalo Ortiz. Era un portapliegos que enviaba el Virrey, don Antonio de Mendoza, con cartas en que comunicaba de oficio la funesta noticia de la muerte del Adelantado.

Dijimos antes que no era inesperado aquel suceso, y fué así en efecto. Desde mediados de agosto se había esparcido, sin saberse cómo, la nueva de la terrible desgracia; pero no teniéndose un aviso cierto, no se le dió entero crédito, cuidándose de que no llegase el rumor á oídos de la esposa y de la hija de don Pedro. Las cartas del Virrey, dirigidas una al ayuntamiento, otra al teniente de gobernador y otra al señor obispo Marroquín, confirmaron lo que ya la fama se había anticipado á pregonar, y produjeron en el vecindario grande alarma y consternación. El alcalde hizo reunir el cabildo, y en sesión secreta, se dió lectura al pliego del Virrey. Don Francisco de la Cueva y el señor Marroquín recibieron igualmente los que les estaban dirigidos, y ambos personajes quedaron abrumados bajo aquel golpe fatal. Armándose, hasta donde fué posible,

de valor y de serenidad, encargáronse de la penosa comisión de participar el acontecimiento á la familia del Adelantado. Muy distante la desgraciada doña Beatriz de aguardar tan espantosa nueva, fueron inútiles las precauciones que su hermano y el venerable prelado emplearon para prepararla. Las indicaciones vagas, al principio, y más significativas después, que se le hicieron, no fueron comprendidas, siendo necesario revelarle la catástrofe en toda su verdad. ¡Júzguese cuál sería el dolor de aquella infeliz señora, que amaba á su marido con idolatría! Diríase que había perdido el juicio, tal era su aflicción y los extremos que hacía. No fué menos viva la pena de doña Leonor, si bien su carácter no le inspiró las demostraciones que hizo la viuda del Adelantado. La joven, que acababa de probar la satisfacción más pura que en su vida había disfrutado, al ver en sus manos la prueba clara y convincente de la inocencia de su amante, comentaba con doña Juana la retractación de Agustina Córdoba, y se disponía á enviar un mensaje á Portocarrero, pidiéndole le perdonase la injusticia con que lo había tratado. Su decidido empeño, desde que se retiró el buen religioso que le entregara el papel, era satisfacer á don Pedro y asegurarle su invariable afecto. La terrible nueva de que era portador el correo del virrey de Méjico, hizo lo olvidase todo, para pensar únicamente en llorar el fin prematuro y desgraciado de su padre.

El ayuntamiento, terminada la sesión en que se dió lectura al pliego, mandó publicar oficialmente la noticia, y de acuerdo con el teniente de gobernador y con el obispo, se ocupó desde luego en disponer las solemnes honras fúnebres del ilustre difunto. Los caballeros de la ciudad vistieron luto espontáneamente, y las campanas de las iglesias hicieron oír pronto sus lúgubres clamores. El sentimiento fué general, Alvarado era un hombre grande, á pesar de sus defectos, y el público hacía justicia á sus distinguidas cualidades.

Ocupáronse el 29 y el 30 en las disposiciones necesarias para

los funerales, que debían durar nueve días. El 31 llamó la atención del vecindario el aspecto que presentaba el palacio del Adelantado. Estaba todo pintado de negro, tanto por fuera como por dentro, habiéndose aprovechado un betún de aquel color, que dicen se encontraba en grande abundancia en las orillas del Almolonga. Las habitaciones estaban tapizadas y alfombradas con paños también negros, ofreciendo así el edificio todo un aspecto fúnebre, en armonía con el duelo que enlutaba el corazón de sus afligidos moradores.

El prelado diocesano, que amaba al Adelantado con afecto profundo y sincero, quiso honrar su memoria, y á su ejemplo, el clero secular y regular, contribuyó á solemnizar sus funerales.

En tanto se verificaban éstos, y pasada la primera impresión de sorpresa que causó la noticia cierta de la muerte de Alvarado, los ánimos comenzaron á agitarse, manifestándose las ambiciones, que el decoro y debido miramiento á las circunstancias, habían tenido disimuladas durante los dos ó tres primeros días. En las casas, en las calles y aun en los templos, durante los oficios fúnebres, no se hablaba de otra cosa que del nombramiento del sucesor de don Pedro, dividiéndose la ciudad en diferentes bandos. Y sin embargo, cualquiera disposición que al efecto se tomase no podría dejar de ser provisional, en tanto proveía el Rey la plaza vacante por la muerte del Adelantado. Mas como eso no tendría lugar en algún tiempo, y como, por otra parte, el que fuese nombrado provisoriamente tendría mucho ganado para ser provisto en propiedad, ponían grande empeño en aquella elección, que correspondía al ayuntamiento. Agitábanse los candidatos y redoblaban las intrigas en torno de los siete concejales de cuyos votos dependía la designación del gobernador. Deseaba el empleo don Francisco de la Cueva, que parecía con mejores derechos que otros á obtenerlo, por la confianza que merecía á su difunto hermano político, y contaba con el voto de algunos

de los capitulares. Pretendíalo el tesorero Castellanos, y no faltaban otros candidatos, con más ó menos probabilidades de buen éxito.

El secretario del gobernador, Diego Robledo, á quien dejamos en nuestro último capítulo, abrumado bajo el peso de homicidio que había cometido involuntariamente, á causa de la grande imprudencia con que empleó el filtro que encontró en el escritorio del herbolario, permanecía encerrado en su casa, impresionado vivamente por la muerte de Agustina, aunque sin parecer acordarse de la recomendación de ésta, de procurar la libertad de Pedro Rodríguez. Cuando Robledo tuvo conocimiento de la noticia anunciada por el virrey de Méjico, haciendo un grande esfuerzo sobre sí mismo, se levantó de la cama, y debilitado como estaba por la calentura, fué á conferenciar con el teniente de gobernador, cuyo partido abrazó desde luego con decisión, calculando ser el que mejor convenía á sus personales intereses. Abocóse Robledo con los miembros del ayuntamiento, y les hizo observar que don Antonio de Mendoza, en la carta en que participaba la desgraciada muerte del Adelantado, prevenía, en nombre del Rey, continuase en el mando de estas provincias el licenciado de la Cueva, y que sería peligroso desairar aquella disposición del virrey de Nueva España. Con ese y otros argumentos apoyó don Diego sus instancias, en tanto que los otros alegaban no estar en obligación de obedecer aquella orden, una vez que el reino de Guatemala no dependía del virreinato de Méjico, y su gobernador no había reconocido más superior que el Rey.

Divididos así los pareceres de los funcionarios y de los simples caballeros, se acercaba el día de la elección, sin haberse logrado un avenimiento sobre aquel punto importante. Los del partido del tesorero real amenazaban casi públicamente con trastornar el orden, si no era elegido el candidato que ellos deseaban, y los otros tomaban sus disposiciones para oponerse á aquellas tentativas. Uno de los más empeñados

en la elección de Castellanos, era el veedor Gonzalo Ronquillo, que tenía diferentes motivos para desear que el tesorero tomase la vara de la gobernación. La causa principal de aquel empeño era haber sabido el veedor, de una manera cierta, aunque bajo mucha reserva, que estaba para fallarse el proceso por hechicería que se le instruyera por la denuncia de Pedro Rodríguez; proceso que había caminado con mucha lentitud, y al fin estaba al terminarse. Tenía don Gonzalo motivos fundados para temer que la resolución no le sería favorable, y así fiaba su salvación únicamente en el nombramiento de su amigo Castellanos, acusado de complicidad en el delito.

En esta situación comprometida se hallaban las cosas el día 8 de septiembre, víspera de la elección, cuando don Franscisco de la Cueva pasó al palacio del Adelantado, habiéndolo llamado con urgencia su hermana doña Beatriz. Estaba esta señora retirada en un aposento completamente obscuro, llorando día y noche la pérdida de su marido, sin admitir consuelo. Cuando se presentó don Francisco, hizo encendiesen una lámpara, y suplicó á las señoras que la acompañaban que se retirasen, teniendo que hablar á su hermano de asuntos graves y reservados. Luego que estuvieron solos, doña Beatriz enjugó las lágrimas que inundaban sus mejillas y dijo á don Francisco, después de haberlo hecho se sentase junto á ella :

— Se me ha dicho, hermano mío, que reina grande inquietud en la ciudad, con ocasión del nombramiento de gobernador, que debe practicar mañana el ayuntamiento. Vos sabréis lo que hay en esto.

— Sí, Beatriz, contestó el licenciado, las opiniones están un poco divididas; los fieles amigos de vuestro esposo desean que yo conserve el gobierno, en tanto que sus antiguos émulos, implacables aun después de la muerte del Adelantado, quisieran excluír á su familia de toda participación en el manejo de los negocios públicos.

— Ellos obran como quien son, contestó doña Beatriz; la

culpa es de los que por miramientos indebidos han permitido á esos malos vasallos tener la osadía de conspirar contra la persona que representa aquí la autoridad del Rey. ¿Habéis olvidado las palabras que os dije el día en que llegamos á esta ciudad, con motivo de las intrigas que se tramaron en el ayuntamiento para no dar posesión al Adelantado?

— No las recuerdo precisamente, replicó don Francisco, aunque no he olvidado que tuvisteis á mal la lenidad con que don Pedro trató á sus enemigos.

— Y esa lenidad es la que hoy nos perdería, á no estar yo de por medio.

El licenciado oyó con alguna sorpresa aquellas palabras, y fingiendo no comprender bien su significación, dijo:

— Y bien, hermana mía, ¿cuál es vuestra opinión, qué haríais vos en mi lugar?

— Lo que yo haría en vuestro lugar, dijo doña Beatriz, es renunciar á toda idea de pretender la vara de la gobernación.

Pasmado quedó don Francisco al escuchar aquel consejo, tan diferente del que él aguardaba, y sonriendo ligeramente contestó:

— Y qué, ¿queréis que me niegue á las instancias de nuestros amigos, de la ciudad toda, que, con excepción de unos pocos intrigantes, me designa como sucesor natural del Adelantado? ¿Queréis que consienta yo en el nombramiento de Castellanos, ó en el de cualquiera otro de esos hidalguillos ambiciosos, que lo primero que harán es usar del poder contra nosotros?

—¿Y quién os dice que consintáis en la elección del tesorero real ó de algún otro de esos hombres? dijo doña Beatriz. ¿No os ocurre que hay alguien que tiene más derecho que vos y ellos á ese nombramiento?

— Á la verdad que no alcanzo... dijo don Francisco, que en realidad no comprendió el pensamiento de la orgullosa viuda. Si no os explicáis mejor respecto á esa persona, no sé quién pueda pretender...

— ¿ Quién? replicó doña Beatriz. Yo, dando á la voz y al tono con que pronunció este pronombre personal, una expresión de altivez y de arrogancia, que dejó pasmado al bueno de don Francisco de la Cueva.

— ¿ Vos, hermana mía? dijo el licenciado con asombro, ¿ vos habéis de ser nombrada gobernadora ?

— ¿ Y por qué no? replicó doña Beatriz; no será la primera persona de mi sexo que gobierna un reino.

— Ya, contestó don Francisco; bien sé que hay repetidos ejemplos en la historia, de mujeres que han empuñado las riendas del gobierno, tan bien ó mejor que muchos hombres; pero advertid que á esas mujeres las llamaba al mando supremo el derecho incontestable del nacimiento.

— Y á mí me llama el no menos sagrado del buen servicio de Dios, del Rey y el bien de los vasallos que su majestad tiene en estas provincias. Es necesario, don Francisco, hacer ver á don Antonio de Mendoza que el reino de Guatemala no depende más que del soberano, y nada tienen que hacer en él los virreyes de la Nueva España. Si á vos no os ha herido esa temeraria ingerencia que el Virrey pretende arrogarse, á mí sí, y no la consentiré. Así, dígoos que, no obstante la orden de aquel caballero, en que manda se os mantenga en la gobernación, yo debo ser nombrada.

— Pero, ¿ y qué dirán los individuos del ayuntamiento, cuando sepan vuestra extraña pretensión?

— La saben, hermano mío, y están decididos á nombrarme. El señor obispo ha hablado á los alcaldes y regidores, y puedo aseguraros que la mayoría, por lo menos, votará por mí.

— ¿ Es decir que es éste un asunto decidido?

— Decidido, contestó doña Beatriz.

— Paréceme entonces, dijo con mal humor don Francisco, que podría haberse excusado esta larga y enojosa conversación. Y diciendo esto, se levantó y salió del palacio, sin despedirse casi de doña Beatriz.

El licenciado se encerró en su gabinete, é hizo llamar á Diego de Robledo, quien acudió inmediatamente. Refirióle aquél, punto por punto, la conversación que acababa de tener con doña Beatriz, con lo que tuvo no poca sorpresa el secretario. Reflexionó detenidamente, y dijo :

— Es necesario encontrar algún arbitrio, cualquiera que sea, para que vos quedéis con la gobernación.

— ¿ Y cuál puede ser ése? preguntó el licenciado.

Robledo volvió á quedarse pensativo durante un breve rato, y de repente, como quien halla la solución de un enmarañado problema, exclamó :

— ¡ Ahí está ! ¡ ya lo encontré ! Proponed á doña Beatriz una transacción que satisfará su amor propio y conciliará sus proyectos con la necesidad de que vos continuéis gobernando.

— Explicaos, dijo don Francisco con impaciencia.

— Convenid, dijo Robledo, en que ella sea nombrada, y proponedle que en seguida manifieste que no pudiendo por su sexo y situación actual ejercer personalmente tan grave y delicado cargo, os nombre su teniente, para que vos gobernéis en su nombre, reservándose, si lo exige, algunas atribuciones insignificantes.

— Bien pensado me parece, contestó don Francisco; pero, ¿ creéis que consentirá ?

— Pienso que sí. Quizá es más la vanidad que el deseo de mandar personalmente la que induce á vuestra hermana á desear el nombramiento. La idea de que como teniente suyo, le estaréis en cierto modo sometido, y de que en todo caso podrá recobrar el mando cuando lo juzgue conveniente, la halagará y la hará prestarse.

— ¿ Y luego?

— Y luego, dijo Robledo, veremos. El tiempo dará de sí y no faltará cómo hacer que vos y sólo vos gobernéis siempre. Lo que importa es salir del apuro del momento. Para lo futuro,

debéis contar con lo que yo podré hacer, y sobre todo, con *lo imprevisto*.

Si el licenciado de la Cueva hubiese sido un hombre observador y más práctico en el conocimiento del corazón humano, que en las leyes, habría adivinado todo lo que había de audacia y de perversidad en las últimas palabras pronunciadas por el secretario, que hemos cuidado de subrayar. Pero no pareció comprender su alcance, y contestó á Robledo :

— La idea me parece excelente, amigo mío, y hace honor á vuestra perspicacia. Voy á conferenciar sin pérdida de tiempo con doña Beatriz.

Diciendo esto, don Francisco se dirigió al aposento donde estaba retirada la viuda.

El licenciado, con toda la diplomacia de que era capaz, propuso el proyecto á doña Beatriz, como una idea que le acababa de ocurrir y allanaría toda dificultad. Escuchóle la viuda del Adelantado con la mayor atención, y le dijo :

— Vuestro pensamiento, hermano mío, es de un hombre juicioso y discreto. Mi principal intento es, como ya os lo he dicho, hacer ver al virrey de Méjico que él no puede dar órdenes al ayuntamiento de Guatemala : lo que se obtiene, desde luego, con mi nombramiento. Después, gobernad vos, como Dios os lo dé á entender, poniendo coto, desde luego, á los desmanes de nuestros enemigos; consultadme todos, todos, ¿lo entendéis? todos los casos graves, y reservándome yo exclusivamente un solo punto.

— ¿ Y cuál es ese punto que os reserváis? preguntó con timidez el licenciado.

— Los repartimientos de indios, contestó la señora. Era precisamente la prerrogativa más importante y delicada que tenían los gobernadores en aquellos tiempos. Así, don Francisco vió que su autoridad quedaría privada de su principal atribución y casi estuvo á punto de rehusar el arreglo. Pero

recordó las últimas palabras de Robledo, y dijo á doña Beatriz:

— Bien; se hará lo que gustéis. Mi único deseo es complaceros; y se retiró, para ir á comunicar al secretario el resultado de la conferencia.

CAPÍTULO XXII

Antes de referir lo que ocurrió acerca de la elección de la persona que debía suceder al Adelantado en el gobierno del reino, diremos dos palabras respecto á uno de los principales personajes de nuestra historia, á quien perdimos de vista en los últimos capítulos, don Pedro de Portocarrero.

Después de la escena que tuvo lugar en el parque del palacio, el pobre caballero se encerró en su casa, sucediendo el abatimiento más profundo á la violenta agitación que le causó la reconvención amarga que encerraba la pregunta que le dirigió doña Leonor respecto al relicario. Ni la noticia de la muerte desgraciada del Adelantado, á quien tanto amaba, pudo sacar á Portocarrero del estupor en que quedó después de aquella conversación, abrumada su alma bajo el peso de su propio infortunio. Así, don Pedro no volvió á salir á la calle, y sus fuerzas, agotadas ya, iban extinguiéndose cada día más. Nada sabía de las intrigas que algunos hombres ambiciosos de honores y de mando y una mujer tan ambiciosa como los hombres, ponían en juego para obtener lo que el alma de Portocarrero habría visto seguramente con desdén y tedio.

Pero no era ése el modo de considerar las cosas que tenían otros personajes de la ciudad. Así, vieron acercarse con zozobra y con la más viva inquietud el momento en que iba á decidirse aquella cuestión grave. El día 9 de septiembre de 1541, á las ocho de la mañana, después de haber asistido á misa de

Espíritu Santo, reuniéronse los Magníficos Señores del Cabildo, como se titulaban, y el prelado diocesano, en sesión secreta, y conferenciaron detenidamente, antes de proceder al nombramiento de gobernador. La sesión fué larga y acalorada. Discutióse el mérito de los candidatos, expusiéronse las razones de conveniencia pública en que cada cual apoyaba su parecer, y habiéndose procedido á la elección, resultó nombrada gobernadora, por todos los votos, menos uno, la señora doña Beatriz de la Cueva, viuda del Adelantado. El alcalde primero, Gonzalo Ortiz, fué el único de opinión contraria á aquel nombramiento, ofreciendo exponer sus razones por escrito, lo cual no llegó á verificar jamás, quedando en la célebre acta de aquella sesión una foja en blanco, que estaba destinada á hacer constar el parecer del alcalde.

Concluído el acto, el cabildo y el prelado se dirigieron al palacio de doña Beatriz, que esperaba ya, sin duda, á la ilustre corporación. El salón principal estaba todo colgado de negro é iluminado con la luz de treinta ó cuarenta bujías, que ardían en arañas y candelabros de plata. Introducido el ayuntamiento y el obispo, presentóse doña Beatriz, vestida de terciopelo negro, acompañada de su hermano don Francisco y seguida de varias damas, mayordomos, maestresalas y pajes de su servidumbre; Gonzalo Ortiz tomó la palabra, y en un breve discurso, hizo saber á doña Beatriz el acuerdo del cabildo y le pidió su aceptación, « por convenir así, dijo, al servicio de Dios Nuestro Señor y de su majestad, y pacificación de los españoles y naturales de esta gobernación ». La noble dama, revistiéndose de grave dignidad, contestó en voz clara y firme, que « daba las gracias al ayuntamiento, que aceptaba el cargo, con intención y celo de servir á su majestad en ello, en lugar del adelantado don Pedro de Alvarado, su marido, que esté en gloria ». Son las palabras textuales del acta.

Quedó, pues, reconocida doña Beatriz como gobernadora, mientras el Rey proveía lo conveniente ; y arrodillándose

sobre un cojín de terciopelo, prestó juramento sobre la cruz de la vara de la gobernación que tenía en sus manos don Francisco y pasó á las de doña Beatriz. En seguida otorgó ésta las fianzas necesarias por derecho para el ejercicio del cargo, quedando todo sentado por diligencia formal. Hecho esto, la gobernadora expuso: que por causas que á ello la movían, determinaba nombrar por su teniente al licenciado don Francisco de la Cueva, transmitiéndole todos sus poderes y facultades para el gobierno del reino, reservándose el proveimiento de indios, que ella sola haría. Entregó la vara de justicia á su hermano, que la recibió y aceptó el cargo, prestando el juramento y dando fianzas. Firmó primero el acta la gobernadora, con estas notables palabras: *La sin ventura Doña Beatriz;* y después de haber levantado la pluma del papel, una idea surgió en su imaginación, y con un movimiento rápido, pasó la pluma sobre el nombre *Doña Beatriz*, atravesándolo con una raya horizontal, quedando así tachado y por única firma: *La sin ventura.* Firmaron á continuación los capitulares, don Francisco de la Cueva y el señor obispo Marroquín, y se retiraron dejando á la viuda con su hermano y las personas de su servidumbre.

Grande fué la sorpresa del vecindario cuando se publicó en la ciudad el resultado de la elección. Nadie esperaba que recayese el nombramiento en la viuda del Adelantado; que si bien había delegado sus facultades en don Francisco, conservaba la propiedad del cargo y podía recobrar su ejercicio cuando lo creyera conveniente. Pero los que más se asombraron é irritaron con aquel acontecimiento fueron el tesorero real y sus partidarios. Su indignación no conoció límites y se reunieron inmediatamente para acordar lo que les correspondía hacer. Mostráronse todos decididos á desconocer la autoridad de la Gobernadora y la del teniente, pretendiendo que aquella elección, hecha en una mujer, era nula y de de ningún valor. Mas como calcularon que de nada serviría una simple protesta,

resolvieron deponer de hecho á la Gobernadora y al licenciado de la Cueva, reduciéndolos á prisión, asumiendo el gobierno el tesorero real, mientras se daba cuenta al Rey. Tomaron sus disposiciones con la mayor reserva para llevar á cabo aquel golpe de mano, y convinieron en que el día 11, á las dos de la mañana, sorprenderían la guardia de palacio y se apoderarían de las armas.

En tanto que el tosorero y los suyos se confabulaban y convenían en la manera de apoderarse del gobierno, doña Beatriz, luego que salieron del palacio el ayuntamiento y el prelado, hizo que se retirasen las damas y gentes del servicio, y sola con don Francisco, manifestó á éste la urgencia de tomar una medida enérgica y pronta, haciendo reducir á prisión al tesorero real, al veedor Gonzalo Ronquillo, á Gonzalo de Ovalle y á los demás caballeros comprometidos en la conjuración. El licenciado objetó la idea, alegando no haber pruebas legales en que fundar semejante determinación, peligrosa, puesto que se trataba de un oficial real y de otros personajes importantes. La Gobernadora contestó que ella no entendía de fórmulas legales; que era público y notorio que aquellos sujetos habían estado conspirando contra el Adelantado y que continuaban trabajando para subvertir el orden, y concluyó amenazando á don Francisco con recoger el mando si no extendía el mandamiento de prisión. Apurado el teniente, apeló á su recurso ordinario, y llamó á Robledo, su secretario y consultor. Comprendió éste desde luego que la resolución de la Gobernadora era irrevocable, y aunque el paso le parecía muy arriesgado, no se atrevió á oponerse y aconsejó á don Francisco firmase la orden.

Extendióla en el acto el mismo Robledo, y el teniente, después de haberla firmado y sellado, llamó á un capitán para entregársela, dándole, en presencia de la Gobernadora, las instrucciones convenientes sobre la manera en que debía proceder para ejecutar la captura de las personas designadas

en ella. Entretanto, el secretario pasó á su gabinete y escribió estas palabras en un papel: « El teniente de gobernadora acaba de firmar una orden de prisión contra vos y vuestros amigos. Poneos en salvo sin pérdida de tiempo ». Llamó á un criado de toda confianza y le previno llevase aquel papel, que cerró en forma de carta, á casa del tesorero real, sin decir quién lo enviaba. Eran las siete de la noche. Don Francisco de Castellanos estaba precisamente en conferencia secreta con Ronquillo, Ovalle y otros pocos de sus partidarios, cuando recibió el billete. Abriólo, y conoció al momento la letra de Robledo. Pasmados quedaron todos al leer aquellas pocas líneas. Supusieron que sus proyectos estaban descubiertos, que habría pruebas contra ellos; y aunque no acertaban á explicarse el misterio de que fuese el secretario mismo quien les daba aquel aviso, les pareció lo más prudente aprovecharlo y ocultarse. La dificultad estaba en escoger un lugar seguro, no pareciéndoles bien diferentes puntos que mencionaron. Entonces, dijo Castellanos á sus compañeros:

— ¿Y por qué no volveríamos al subterráneo de la casa de Peraza, que permanece hasta hoy abandonada?

— Tal vez será peligroso, observó Ronquillo, pues debéis recordar que la última noche que nos reunimos en ese sótano, vi dos hombres que nos seguían á lo lejos, por lo que resolvimos no volver allá.

— Verdad es, replicó el tesorero; mas si eran ó no efectivamente emisarios del gobernador, es lo que no sabemos aún. No se dice que se haya hecho después un registro en esa casa, y por otra parte, si Alvarado tenía sospechas de que era en ella donde nos reuníamos, no es probable las tenga don Francisco de la Cueva. Además, la necesidad es grande, y no habiendo otro lugar seguro, pienso debemos decidirnos por el subterráneo.

Estas razones convencieron á los otros y decidieron encaminarse, sin perder momento, á la casa del herbolario; lo que

verificaron tomando las provisiones que hallaron á la mano y una linterna sorda para alumbrarse. No tuvieron tiempo para avisar á sus partidarios, que estaban citados para reunirse el 11, á las dos menos cuarto, frente al palacio de la gobernadora, y se dirigieron á toda prisa á casa de Peraza. La puerta excusada estaba abierta, y penetraron sin dificultad en el corral. Pronto dieron con la de la cueva, y alumbrándose con la linterna, bajaron la escalera, después de haber dejado caer la trampa. Ronquillo, que llevaba el farol, caminaba adelante, seguido de los otros. Después de haber bajado la última grada de la escalera, el veedor tropezó con un objeto, que estaba en el suelo y que no había visto. Inclinóse para reconocerlo, y le pareció un cuerpo humano. Acercó la luz de la linterna, y lanzó un grito de horror. ¡ Era el cadáver del herbolario ! Examináronlo los otros caballeros y se estremecieron como el veedor. Aquel tronco inanimado no era todavía presa de la corrupción. La sequedad de la cueva, ó cualquiera circunstancia extraordinaria, lo había preservado de la putrefacción, conservándose intactas las facciones del herbolario. Tenía dentro de la boca dos de los dedos de la mano derecha, lo que reveló á los caballeros que el desgraciado médico, muerto de hambre, había intentado devorar sus propios miembros. Esto bastó para que el tesorero y los suyos adivinasen algunos de los pormenores del drama espantoso de que hemos dado cuenta en uno de nuestros anteriores capítulos. Encontraron también la lámpara apagada y un montón de cenizas, que conocieron ser de lienzos que habían sido quemados, de lo cual dedujeron los esfuerzos que el desventurado había hecho para incendiar la puerta del subterráneo.

Sin poderse explicar el terrible misterio de aquel cadáver, encerrado en el sótano, Castellanos y sus amigos permanecieron largo rato estupefactos, y al fin tomaron el partido de sacarlo de la cueva y darle sepultura en el corral, no queriendo continuar ni por un momento en presencia de tan horroroso

espectáculo. Salieron, pues, del sótano y buscaron en la casa algún instrumento con que poder cavar una sepultura. No tardaron en encontrar una azada en el jardín, y con ella abrieron un trecho suficiente para colocar el cadáver. Condujéronlo fuera de la cueva y lo sepultaron, cubriéndolo con cuidado, para que no se conociese que la tierra había sido recientemente removida. Hecho esto, volvieron al sótano, donde los dejaremos ocupados en los comentarios que les sugirió aquel extraordinario acontecimiento, para decir lo que pasaba entretanto en la ciudad.

Pocos momentos después que Castellanos y los otros jefes de la conspiración hubieron salido de la casa de aquél, una partida de arcabuceros la ocupaba y registraba minuciosamente, buscando con el mayor empeño al tesorero real. Otras practicaban igual diligencia en casa del veedor Ronquillo, de Gonzalo de Ovalle y de los demás cabecillas del complot, designados en la orden del teniente. Las pesquisas fueron inútiles, no habiendo podido encontrar á uno solo de los conspiradores. Esto desazonó á doña Beatriz, pero no á don Francisco, que con gran temor y repugnancia había puesto su sello y firma al pie de aquella orden, que consideraba muy imprudente. La Gobernadora hizo que su teniente repitiese las prevenciones para que se buscase á los reos por toda la ciudad y sus contornos, lo que se practicó según ella lo deseaba.

Cuando esto tuvo lugar, hacía dos días que caían copiosos aguaceros, no dando la fuerte y continuada lluvia sino breves momentos de respiro á los habitantes de la capital. Siguió lloviendo durante todo el día y la noche del 10; amaneció el 11, sin que la atmósfera enlutada se aclarase por un solo instante, continuando las aguas sin interrupción. Un vago rumor circulaba entre los amedrentados vecinos de la ciudad. Decíase que doña Beatriz, en el exceso de su dolor por la muerte del Adelantado, había proferido palabras blasfemas, y aun se citaba el testimonio de personas muy respetables, que las habían

escuchado con escándalo. Temíase que la cólera del cielo se hiciese sentir en aquellos momentos y que pagase la población inocente el pecado de su gobernadora. Los ánimos se agitaban más y más, al ver que las aguas no tenían término, y la impaciencia del pueblo se desataba en injurias y murmuraciones. En esa situación se hallaba la capital al caer la tarde del 10. Continuó lloviendo incesantemente durante toda la noche; y á las ocho de la noche del 11, un fuerte terremoto y un ruido espantoso despertaron de improviso á los moradores de Guatemala. Muchos salieron precipitadamente de sus casas y no pocos quedaron sepultados bajo los escombros de techos y paredes, que cayeron á impulso de aquel primer sacudimiento de la tierra.

Pero el estrago causado por el torremoto no era sino el precursor de una grande y espantosa catástrofe. El ruido que se había escuchado lo causaba una fuerte avenida de agua, que arrastrando piedras enormes, pareció precipitarse de lo alto del volcán, é inundó la ciudad en breves instantes. El río, extraordinariamente crecido, salió de madre y aumentó los estragos de la avenida, arrasando casas y cuanto encontraba. Doña Beatriz, que dormía en un aposento bastante sólido del primer piso del palacio, al saber que la ciudad se inundaba, corrió precipitadamente, y seguida de doña Leonor, de doña Juana de Artiaga y otras doce señoras que la acompañaban, subió á la capilla, que estaba en el último piso.

El teniente don Francisco de la Cueva, al sentir el terremoto y ruido, se levantó, y tomando una lanza, saltó por las paredes de los corrales de su casa, pues el patio y puerta de la calle estaban completamente obstruídos. Se dirigió al palacio; pero la inundación, que anegaba ya todo el contorno del edificio y parte del primer piso, no le permitió penetrar.

Los conspiradores, encerrados en el sótano de la casa del médico Peraza, al escuchar aquel espantoso ruido, creyeron que la ciudad se había arruinado, y determinaron salir á todo

riesgo, lo que verificaron encaminándose hacia el palacio, enfrente del cual, pero á cierta distancia, hallaron á todos sus partidarios, que habían acudido á la cita.

Apareció en aquellos momentos aflictivos el venerable obispo y comenzó á exhortar al pueblo á que acudiese al socorro del palacio del Adelantado; pero la población indignada desoía las amonestaciones del prelado y contestaba á ellas con maldiciones á la Gobernadora, acusándola á gritos de ser la causa de aquella ruina. Los conspiradores, luego que comprendieron la situación, aprovecharon la excitación popular, y trabajaban para impedir que se auxiliase á doña Beatriz. Don Francisco de la Cueva, con algunos amigos decididos y soldados que se pusieron á sus órdenes, intentaba obligar al pueblo á que socorriese el palacio, con lo que se trabó una lucha terrible entre unos y otros.

Repentinamente un caballero de elevada estatura, pálido y extenuado, pero vigoroso todavía, que llevaba sombrero negro con una pluma blanca, apareció entre el grupo de los que acompañaban á don Francisco de la Cueva. Era don Pedro de Portocarrero, á quien despertaron sus criados, y habiendo sabido el peligro que corría el palacio del Adelantado, tembló por doña Leonor, y tomando su espada, acudió inmediatamente, con la esperanza de salvarla. Portocarrero luchaba por abrirse paso; pero se le opusieron los conspiradores, poseídos de rabia, y por algunos momentos tuvo que sostener un combate desigual y terrible contra diez ó doce adversarios. El desgraciado caballero recibió cuatro heridas graves, por las cuales se escapaba la sangre á borbotones. Entretanto, doña Beatriz y las damas que la acompañaban aparecían de tiempo en tiempo, en las ventanas de la capilla y pedían socorro con gritos desgarradores, á que contestaba el sordo rugido del iracundo pueblo que la maldecía. Los relámpagos, que rasgaban de vez en cuando el espeso velo que enlutaba la atmósfera, iluminaban con resplandor siniestro aquel horroroso espectáculo.

Cubierto de sangre y casi sin fuerzas ya, Portocarrero pudo desembarazarse al fin de los que le cerraban el paso, y con el agua arriba de la cintura, penetró en el palacio. Subió tan ligeramente como lo permitían sus heridas, la escalera que conducía á la capilla, donde presenció una escena patética y conmovedora. Doña Beatriz, subida sobre el altar, abrazaba los pies de la imagen de Jesucristo crucificado, y hacía en voz alta, acto de contrición, pidiendo á Dios perdón de sus pecados. Las damas, arrodilladas junto al altar, derramaban lágrimas y oraban con fervor. La hija del Adelantado, apoyada en el hombro de su amiga doña Juana, estrechaba contra sus labios mortecinos el relicario que había llevado al cuello por muchos días don Pedro de Portocarrero.

Al acercarse éste, doña Leonor lanzó un grito de alegría, y exclamó :

— Bendita sea la misericordia de Dios, que me permite veros un instante antes de que nos separemos para siempre, pues veo que voy á morir.

Diciendo esto, corrió al encuentro de don Pedro, cuya palidez y desfallecimiento pudo advertir á la luz de la lámpara que alumbraba la capilla. Portocarrero, con una sonrisa tristísima, contestó :

— No, Leonor, no sois vos la que vais á morir. Vengo á salvaros.

Al decir esto, reuniendo las últimas fuerzas que le quedaban, levantó en sus brazos á la joven y salió con ella de la capilla. Apenas había bajado la escalera don Pedro con doña Leonor, cuando un terremoto, aun más fuerte que el primero, hizo bambolear todo el edificio, oyendo el caballero y la joven un ruido espantoso sobre sus cabezas. La bóveda de la capilla había caído á plomo sobre la *sin ventura* doña Beatriz y las doce desgraciadas señoras que la acompañaban. La hija del Adelantado volvió la cabeza, y al ver los escombros que cubrían el pavimento de la capilla, perdió el conocimiento.

Aquella catástrofe no pasó desapercibida de los que luchaban en la calle frente al palacio. Un grito de horror resonó en el grupo de los que estaban al lado de don Francisco de la Cueva, y los conspiradores huyeron despavoridos.

En aquel momento apareció, á unas cincuenta varas del palacio, el anciano Pedro Rodríguez. Con el terremoto había caído una pared del calabozo donde estaba encerrado, lo que le permitió recobrar la libertad, pues prisioneros y guardias, todos habían huído, dejando el edificio abandonado. Al pasar frente á la casa del secretario Diego Robledo, que estaba en el camino que conducía de la cárcel al palacio del Adelantado, Rodríguez oyó que debajo de los escombros de la pared exterior, que había caído, salían quejidos apenas perceptibles ya. Acudió á salvar al desgraciado que yacía bajo las ruinas, y habiendo apartado los escombros con trabajo, descubrió al secretario mismo, que cogido por la pared, y fracturados el pecho y la cabeza, estaba próximo á expirar. El bondadoso anciano hizo cuanto le fué posible por reanimar á aquel desventurado, que abrió los ojos solamente para conocer al hombre generoso que se esforzaba por salvarlo.

— Es tarde, dijo Robledo, con voz desfallecida. Voy á morir... gracias... es la tercera y la mejor partida que me habéis ganado. Y diciendo esto, exhaló el último aliento.

Viendo que su permanencia era ya inútil allí, Rodríguez corrió hacia el palacio; pero llegó, como hemos dicho, en el momento en que caía la capilla, sepultando entre sus ruinas á doña Beatriz y á sus desdichadas compañeras.

Cuando Portocarrero salió llevando en sus brazos á doña Leonor, el agua había subido más y más, de modo que casi llegaba á la garganta de don Pedro, al salir éste fuera del palacio. Una repentina claridad iluminó aquel cuadro de desolación. El volcán se coronó de un espléndido penacho de luz y de humo, haciendo erupción las materias incandescentes que encerraba en su seno la montaña. Viéronse por todas partes

casas arruinadas y cadáveres de hombres y animales. Doña Leonor, al contacto del agua que cubría parte de su cuerpo, abrió los ojos, y al encontrarse en aquel lago, que amenazaba ya cubrir la cabeza de su amante, lo estrechó fuertemente contra su seno, y con la mano derecha, teniendo abrazado á don Pedro con la izquierda, se quitó el relicario y pasó la cadena al derredor del cuello de Portocarrero. Éste no tenía ya fuerzas; sentía que se doblaban sus rodillas; iba á caer... Puso sus labios fríos como el mármol en la frente de doña Leonor; y dijo : « Adiós, Leonor, para siempre, adiós. » « Adiós », repitió la joven, á quien Portocarrero soltó en aquel momento, siéndole ya humanamente imposible sostenerla en sus brazos. La corriente del agua fué arrastrándola lentamente, en tanto que Portocarrero, estrechando el *Agnus Dei* contra sus labios, decía con voz lánguida y balbuciente : *Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo... ten misericordia de mí... Misericor... dia... de... mí...* repitió, y cayendo desfallecido, se hundió para no aparecer más.

Á la luz de la erupción del volcán vió Pedro Rodríguez, á lo lejos, aquella triste escena, y lanzándose al agua, salió al encuentro de doña Leonor, á quien con gran trabajo, logró salvar, colocándola en lugar seguro. No bien había puesto el anciano á la joven encima de una piedra, la corriente del agua arrojó sobre las rodillas de ésta un objeto que le hizo dar un grito de horror. ¡Era el sombrero negro, adornado con una pluma blanca, que llevaba don Pedro de Portocarrero!

Cuando aclaró el día, se advirtió que la ciudad estaba casi toda arruinada y se recogieron más de seiscientos cadáveres de los que habían perecido en la terrible catástrofe de aquella mañana, por siempre memorable. Entre los muertos pudo conocerse al veedor Gonzalo Ronquillo, que al huír, después

de la caída de la capilla del palacio, no considerándose seguro en la ciudad, se salió fuera y fué á dar en un gran depósito donde se reunían las inmundicias de la población. Extrajéronse los restos de doña Beatriz, y fueron sepultados en la catedral, trasladándolos después á la de la Antigua, donde reposaron por mucho tiempo junto con los del Adelantado. Los de doña Juana de Artiaga y de las demás señoras, después de haber sido inhumados en la iglesia mayor, fueron trasladados á la de San Francisco en 1580, colocándolos en la capilla mayor, al lado del evangelio. Más desdichada que ellas, la hija del Adelantado, tuvo que llevar el peso de la vida por algunos años, conservando vivo en su memoria, como un oculto torcedor, el recuerdo de la muerte desastrada de Portocarrero y la tristísima historia de aquellos desgraciados amores.

FIN DE LA HIJA DEL ADELANTADO

MEMORIAS

DE

UN ABOGADO

CAPÍTULO PRIMERO

Los mendigos cubiertos de llagas, verdaderas ó falsas; los cojos, los mancos y los estropeados más ó menos apócrifos, que acudían los sábados á la puerta de mi tío, el maestro Cristóbal Roxel, (1) eran despedidos invariablemente con las ollas vacías y con la recomendación consoladora de "perdonar por el amor de Dios."

Eso no impedía que el maestro Cristóbal tuviera muy bien sentada su reputación de hombre caritativo, que ninguno de sus vecinos se habría atrevido á disputarle. Gozaba de ella tranquilamente, junto con la fama de ser el más hábil y formal de los tejedores que en los primeros años del presente siglo tenían obrador abierto en el barrio de San Sebastián de la nueva *Goathemala*, como entonces se decía.

El sujeto de quien se trata debía la fama de formal á la circunstancia de que entregaba las obras que se le encomendaban, á más tardar, veinte días ó un mes después del plazo

(1) Este apellido y otras palabras de la obra están escritos con la ortografía que se usaba en la época á que se refiere esta historia.

que él mismo había señalado. La de hábil tejedor, á sus excelentes cotines y mantas de la tierra, y sobre todo, á unas cotonias rayadas que si no eran perfectas en su clase, poco les faltaba para serlo. En cuanto al renombre de caritativo y generoso, que había adquirido á pesar de su dureza con los pordioseros, era debido á tres circunstancias. 1ª Mi tío no pasaba jamás delante del cepillo ó alcancía de las ánimas sin echar una limosna, que ascendía, según unos, á un cuartillo de real, y según otros á un real entero. 2ª Personas verídicas aseguraban haber visto muchas veces á ciertos pobres vergonzantes, de esos que todo el mundo conoce y que se diferencian de los que no tienen vergüenza sólo en la hora en que piden, atisbando las ventanas del maestro Roxel, á bocas de oraciones. 3ª y principal : mi tío me recogió y me criaba por caridad, desde que había faltado mi padre, hermano suyo, que se fué al otro mundo, dejándome por única herencia su nombre (Francisco,) su apellido (Roxel,) cinco ó seis telares, algunas existencias de tejidos de la tierra, no sé cuántas libras de tinta añil y otros útiles del oficio. Esos objetos que no valían cuatro reales, según el mismo maestro, pasaron á su poder junto con mi persona y la de un gato que se llamaba Mambrú; y ambos fuimos á constituir la familia de aquel honrado tejedor.

Como no hay acción buena que no tenga su recompensa, el oficio corrió bien desde que el maestro Cristóbal me recogió por caridad; y supo sacar el mejor partido posible de la cortedad que había dejado mi difunto padre. Rico ya, mi tío sintió cierta comezoncilla interior que lo excitaba á cambiar de traje, abandonando el cotón, el calzón rayado de cotín y las cutarras de polvillo de Totonicapam, que no iban bien con su estado de fortuna. Para que la transición no fuera demasiado brusca y le atrajera las burlas del barrio, decidió hacerse tercero, lo que le permitía el uso de la capa de estameña, del calzón corto, de las medias, de los zapatos de cordobán con hebillas de peltre y el de un levitón que le bajaba hasta las pantorrillas y que en

la espalda no tenía más que el forro de coleta, no sé si por economía, ó por evitar que la tela burda achicharrara los pulmones del propietario.

Convertido en tercero y vestido del modo que queda dicho, mi tío consultaba al mismo tiempo á la salud de su alma en la otra vida y á la vanidad mundana en la presente, cosas que no siempre son fáciles de conciliar.

Lo que yo no puedo explicarme hasta ahora es cómo fué que no conociendo el maestro Cristóbal la historia de Grecia, adoptó para mi educación un sistema bastantemente parecido al que empleaban los espartanos para criar á sus hijos. Considerando, sin duda, que debía cuidar del desarrollo de mis fuerzas físicas con preferencia al cultivo de mi entendimiento, me hacía emplear todas las horas hábiles del día en los recios ejercicios de teñir y tejer y llegué á la edad de diez y ocho años sin conocer la O por lo redondo. Era yo un muchacho débil y encanijado, con la cara y las manos azuladas, de tanto manejar el tinte. Mis dedos encallecidos habían adquirido cierta agilidad, que no empleaba yo únicamente en el manejo del peine y la lanzadera, sino en escamotear trompos, cuerdas, *tipaches*, tabas y otros juguetes que pasaban de los bolsillos de los aprendices de mi tío á los míos, sin que nadie supiese cómo ni á qué horas. Hasta en eso iba yo saliendo un verdadero lacedemonio. Esa propensión á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño hacía que mi tío profetizara que yo había de morir en la horca, género de suplicio del cual no tuve una idea muy exacta, hasta un día que me llevó á ver un ajusticiado.

El aparato de soldados, los sacerdotes que auxiliaban al reo, la túnica y el capirote que le cubrían el cuerpo y la cara, y el gentío que se agolpaba en derredor del patíbulo, me impresionaron fuertemente. El maestro Cristóbal ayudó á tirar los pies del ahorcado, conforme á una piadosa costumbre, para abreviar sus sufrimientos ; y termida la operación, nos volvimos á casa, echándome un buen sermón, en el que comparándome con

aquel criminal, me anunció, en términos positivos, que yo tendría el mismo fin. Lo único que le pedía á Dios, dijo, era que cuando aquello sucediera, ya él hubiera pasado á mejor vida, para que las gentes no lo señalaran como pariente del ahorcado.

Por la noche no pude conciliar el sueño, representándoseme la escena de la mañana, con todo su terrífico aparato y figurándome ser yo mismo el héroe de la jornada. Por varios días me abstuve de ejercitar mi habilidad en los bolsillos de mis compañeros de taller; pero debilitada la impresión que me causó el espectáculo, mis propensiones naturales y la necesidad me pusieron de nuevo en el resbaladero.

Mi comida se limitaba á unas tortillas, un poco de *frijol parado* y de vez en cuando un pedazo de cecina; lo cual era, según mi caritativo pariente, más de lo que yo merecía y necesitaba. La frugalidad forzada era otra de las semejanzas que presentaba la educación que yo recibía con la de los espartanos.

Pero sucedía que así como el verme privado de los entretenimientos propios de mi edad me inducía á hurtar los juguetes á mis compañeros de taller, el hambre me obligaba á aguzar el entendimiento para encontrar el modo de apoderarme de las morcillas, el queso, el pan, la fruta, los dulces y demás comestibles que encerraba la provocativa despensa de mi tío. Un día que éste dormía la siesta y que la cocinera había ido á visitar el jubileo, vi bostezar, (probablemente de hambre) á mi compañero de infortunio, el gato Mambrú, y me asaltó la idea de que trabajáramos en sociedad, poniendo en ejercicio nuestra industria para apoderarnos de los víveres. Dicho y hecho. Cogí á Mambrú, le até una cuerda á la mitad del cuerpo, lo introduje por la reja de la ventana de la despensa y una vez adentro, él mismo cuidó de agarrar lo primero que halló á mano. Asegurada la presa, tiré de la cuerda y Mambrú tuvo que salir de reculada y partir conmigo el botín, en el cual yo

naturalmente me aplicaba la mejor parte, que me correspondía por todo derecho, como inventor de aquel nuevo género de caza. Repetí la operación varias veces; y al cabo de algunos días Mambrú y yo engordábamos en proporción que enflaquecía la despensa de mi tío. Con femenil perspicacia notó la cocinera aquel fenómeno fisiológico y fundada en la correlación de los hechos, supuso que si nosotros ganábamos en carnes y la despensa perdía en víveres, era porque éstos se convertían en aquéllas, por medio de esa operación complicada que los sabios llaman asimilación y que ella no sé cómo llamaría.

Advertir el hecho y dar parte de él á mi tío fué todo uno. El maestro Cristóbal declaró desde luego que yo debía ser el ladrón; que si Mambrú engordaba, sería por simpatía, ó por imitación y concluyó con el consabido tema de que yo había de parar en la horca. Sospechando que los robos se ejecutaban mientras él dormía, acordó con la vieja ponerse un día en acecho y cogerme in fraganti. Hízolo como lo dijo y oculto en la cocina, vió introducir á Mambrú, y cuando acababa yo de retirarlo con una gran butifarra en la boca, apareció de repente por detrás, armado de unas disciplinas, que según decia él, le servían para azotarse por penitencia, pero que yo no vi emplear jamás sino en mi pobre persona.

Quise librarme del castigo, echando la culpa á Mambrú; pero mi tío no admitió aquella excusa descabellada, que sólo el miedo pudo haberme sugerido y me desolló sin misericordia, llamándome además de ladrón, desagradecido, que correspondía tan mal á quien se quitaba el pan de la boca para sustentarme; concluyendo, como de costumbre, con anunciarme la horca como término de mi carrera. Desde aquel día la ventana de la despensa estuvo siempre bien asegurada por la parte de dentro y á mí se me sujetó, por orden de mi tío, á un régimen alimenticio aun más espartano que el que sufría antes de aquella mi primera travesura.

CAPÍTULO II

Entre oficiales y simples aprendices tenía mi tío unos cinco ó seis mozos que trabajaban en la pieza de los telares y en un corredor donde estaban los tinacos y donde se verificaba la operación de teñir el hilo y la lana que se empleaban en los tejidos. Uno de los oficiales, que se apellidaba Requena y que era más conocido por el apodo de el *Tecolote*, porque no se le veía regularmente en la calle sino de noche, se hacía notar por su carácter adusto y concentrado y por la exactitud con que atendía al cumplimiento de su obligación. El primero siempre en el obrador, trabajaba el día entero y era todo el desempeño del maestro. Más aún : entre oficiales y aprendices se murmuraba que Requena era quien había discurrido y puesto por obra las cotonias rayadas que tanta honra y tanto provecho habían proporcionado al establecimiento. Era natural esperar que esa circunstancia hiciera que el maestro guardara alguna consideración á aquel oficial; y en efecto, hasta la época en que da principio esta historia, no se había dado caso de que le pusiera manos, aunque sí no le había ahorrado los dicterios y las amenazas. Mi tío era un hombre terco y atrabiliario, que se irritaba con la mayor facilidad y á quien la cólera impelía á cometer las mayores violencias.

Un día entró á casa con paso precipitado, y acudí á tomar la capa y el sombrero que me había enseñado á recibir y colocar en una percha, diciendo que era el único servicio que espe-

raba de mí, en pago de sustentarme y doctrinarme por caridad. Sus ojos, regularmente apagados, brillaban bajo las pobladas y entrecanas cejas y sus mejillas, pálidas de ordinario, aparecían como si se las hubiera refregado con grana. Llevaba en la mano un papel impreso, que contemplaba con aire de impaciente curiosidad.

—¿Hay entre Vds. alguno que sepa leer? dijo, dirigiéndose á los oficiales y aprendices, que conversaban y reían poco antes de que él entrara y que se pusieron á trabajar en silencio al oir sus pasos.

Como ninguno contestó á la pregunta, mi tío comprendió que todos los presentes eran tan literatos como él, y dando una patada en el suelo, dijo con mucha impaciencia.

— ¡Vaya una recua! y éste, añadió dándome un empellón que me hizo caer sobre uno de los tinacos, éste es el más borrico de todos. ¿De qué me sirve tanto sustentarlo y tanto doctrinarlo por pura caridad, para que á los veinte años, (mi tío cuando se enfadaba acostumbraba cargarme dos más en la cuenta,) no sepa siquiera leer esta gaceta en que salgo yo con mi nombre y apellido en letras de molde?

Pude haber replicado que yo no tenía la culpa de no saber leer; pero sabiendo por experiencia que una observación cualquiera, por moderada y racional que fuese, irritaría más á mi colérico y caritativo favorecedor, tomé el partido de guardar silencio.

El maestro recorría con la vista los renglones de arriba abajo, volvía y revolvía el papel por todos lados, sin acertar, por supuesto, á descifrar lo escrito, lo cual hacía que creciera su impaciencia, con grave peligro de mis espaldas, que á la cuenta tenían también la culpa de la ignorancia de mi tío. Viendo que la tempestad estaba próxima á descargar, me ocurrió una idea que podía librarme del justo castigo que me amenazaba y dije entre dientes, como si hablara sólo para mí, que quien podría leer aquel papel era el maestro de escuela

de la vecindad, y que como á aquella hora no estarían ya los muchachos, era fácil hacerlo venir.

— ¿Y por qué no lo habías dicho antes, pedazo de animal? exclamó mi tío, acompañándo la apóstrofe con un vigoroso puntapié, que me hizo salir del obrador en abreviatura. Anda á buscar al escuelero, añadió, y tráelo acá de las orejas, si es menester.

Cuando el maestro decía esto, ya yo estaba en la calle y en un momento salvé la corta distancia que mediaba entre nuestra casa y la escuela del barrio. Eran las doce y media, y el escuelero estaba comiendo pacíficamente con su familia.

— Hola, Chico, me dijo al verme, ¡cuánto bueno por acá! ¿Qué vientos te traen? ¿Eres servido?

Mi tío, le contesté, manda decir á Vd. que le haga la gracia de pasar un momento por allá.

El pobre pedagogo, al oir que el maestro Cristóbal Roxel, el más rico de los vecinos del barrio, lo enviaba á llamar, se puso en pie y sin acabar de comer, corrió á casa, donde encontramos á mi tío, que maldecía ya nuestra tardanza.

Después del saludo, humilde por parte del escuelero, casi insolente por la del tejedor, aquél le presentó la gaceta y le dijo:

— Maestro, dicen que me sacan en este papel; hágame favor de ver dónde estoy y qué es lo que dicen.

El pedagogo sacó unos anteojos, se los acomodó en la nariz y comenzó á buscar en la gaceta el nombre de mi tío, leyendo entre dientes, con voz gangosa, por la compresión que el aparato óptico ejercía sobre las cavidades nasales.

— " Se está formando en Dijon el tercer ejército de reserva, que mandará el General Murat, cuñado del primer Consul".... Esto no es, dijo el escuelero y leyó más abajo.

— "Luis Buonaparte está en Petersbourg".... tampoco. "La Dinamarca está aprontando sus 17 navíos de línea".... no. "Corrían rumores de que la escuadra de Brest".... nada.

"Tenemos la satisfacción de anunciar al público que la peste de Andalucía....

—¡Voto al diablo! interrumpió mi tío hecho una furia, ¿qué tengo yo con Buonaparte, ni con su cuñado, ni con la peste? Si V. no sabe leer y no encuentra donde me mientan en ese papel, dígalo de una vez, para buscar otro que sepa. Este bruto, añadió, dirigiéndome una mirada feroz, tiene la culpa. ¿Cómo le ocurre ir á llamar á un escuelero que no sabe leer gacetas?

— Si estoy buscando, dijo el pedagogo, aguarde V. un poco, que por aquí debe andar entre las noticias del interior del Reino. Á ver. "Omoa y Santo Tomás de Castilla".... no es esto. "Los cacaguatales".... Tejidos. Aquí está. "Se ha asignado el primer premio de hilados, consistente en una medalla de plata, de peso de dos onzas, con el busto del Rey N. S. en el anverso y en el reverso las armas de la Sociedad, al maestro tejedor Cristóbal Roxel, por sus excelentes cotines y mantas de la tierra; y particularmente por las finísimas cotonias rayadas, fabricadas en su obrador por el hábil oficial Antonio Requena, á quien se debe ese importantísimo adelanto en la industria fabril de este Reino."

El maestro, que había escuchado la primera parte del párrafo con visible complacencia, arrebató el papel de manos del escuelero al oir que se atribuía á otro todo el mérito de sus cotonias; arrojó al suelo la gaceta y pisoteándola con furor, gritó, dirigiéndose á Requena:

—¿Quién ha dicho á ese gacetero mentiroso que tú has trabajado las cotonias?

—Yo no lo he dicho, contestó el oficial; pero es la verdad.

Esa respuesta hizo caer á mi tío en un paroxismo de rabia. Se lanzó sobre Requena, que no se movió del puesto que ocupaba junto á uno de los telares, y levantando el brazo, le descargó en la cara una tremenda bofetada. La frente del *Tocolote* se cubrió de una nube sombría; se levantó y lanzando

al maestro una mirada que revelaba el odio y la desesperación, introdujo la mano derecha en la abertura de su camisa. Helados de espanto, el maestro de escuela, los oficiales y yo permanecimos inmóviles, y cuando aguardábamos que el ofendido se lanzara sobre mi tío, vimos á aquél vacilar como un toro herido y caer á plomo, arrojando dos chorros de sangre por las ventanas de la nariz.

— Échenle agua, dijo el maestro Cristóbal, y volviéndonos la espalda, se retiró del obrador.

Habiendo bañado dos veces la cara del Tecolote, abrió éste los ojos, se incorporó, se puso en pie y sin decir una palabra, se sentó junto al telar y continuó impasible su trabajo, como si nada hubiera sucedido.

CAPÍTULO III

La escena descrita en el precedente capítulo me impresionó vivamente. Pero más que las violencias de mi tío, (á las que estaba ya bastantemente habituado) y más aún que el sombrío furor del oficial, me afligió, ¿quién lo creyera? la circunstancia de no haber estado en aptitud de leer aquella gaceta que el maestro de escuela había recorrido casi toda, leyendo con una facilidad que yo no me cansaba de admirar, una gran parte de lo escrito. Cualquiera cosa habría yo dado por hacer otro tanto; y en mi simplicidad, consideraba á aquel pobre pedagogo como un prodigio, como un ser superior al resto de la humanidad, porque le era dado descifrar aquellos signos incomprensibles para mí.

Por la noche me desvelé pensando cómo haría para aprender á leer, y al siguiente día, que era un domingo, amenecí con el espíritu agitado por la misma idea.

"Si el maestro de escuela quisiera darme algunas lecciones, pensaba yo, me apuraría mucho, y quién sabe si en el espacio de cinco ó seis meses ya sabría leer las gacetas y poner mi nombre. Pero ¿á qué horas ha de ser eso, cuando estoy ocupado el día entero en el obrador? D. Eusebio Mallén (así se llamaba el pedagogo) no ha de querer molestarse por mí, enseñándome en las horas que no son las de la escuela. Sería preciso pagarle alguna cosa y es difícil que mi tío, que harto hace con sustentarme y doctrinarme por caridad, quiera pagar para que yo aprenda á leer gacetas. Siquiera que no se hubiese

enfadado tanto con la que da noticia del premio que le señalaron, tal vez se empeñaría en que aprendiera yo, para leerle otras en que vuelvan á mentarlo; pero ahora dice que todo lo que ponen los papéles son unas grandes mentiras y es seguro que no gastaría un real para pagar al maestro que me enseñara."

Esas desconsoladoras reflexiones hacía yo mientras me dirigía á la parroquia á oir misa. Cuando salía, triste y cabizbajo, oí que me llamaban, y volviendo la cabeza, me encontré con el maestro de escuela y su familia, que salían también de la iglesia.

—¿Cómo va, Francisco? me dijo el pedagogo; ¿le pasó á tu tío la cólera por lo de la gaceta? Nunca lo había yo visto tan furioso. Te aseguro que sentí el saber leer, cuando vi cómo se puso al oir el parrafito aquel. Creí que acababa con todos nosotros. ¡Ave María!

—Usted sentía el saber leer, le contesté, y yo habría dado diez años de mi vida por hacer lo que usted estaba haciendo. Nunca había yo visto una gaceta, D. Eusebio. ¡Qué dicha la de poder leer lo que dice un papel de esos!

El maestro me contestó con una carcajada, á la que hicieron coro su mujer y su hija única, Teresa, joven de diez y siete años.

—¿Y por qué no aprendes, Chico, me dijo la muchacha, fijándome sus lindos ojos negros y dejando ver dos hileras de magníficos dientes.

—Porque... le contesté... porque... no.

—Buena razón, replicó Teresa riéndose, y como si su perspicacia adivinara el verdadero motivo que me impedía aprender á leer, añadió poniéndose seria.

—Yo sé por qué. Es porque estás ocupado en el obrador desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Pero ese no es inconveniente. Tu tío sale todos los días á la oración y vuelve á las ocho de la noche; vente á casa, y mi madre te

dará lecciones. No será el primer muchacho de tu edad á quien le ponga la cartilla en la mano. ¿Es verdad, madre?

No acertaré á expresar el sentimiento de gratitud que me inspiró aquella criatura angelical, cuando vi cuán fácil y sencillamente me allanaba el camino para la consecución de lo que era por entonces el objeto de mis más ardientes deseos. La hija de D. Eusebio me pareció en aquella ocasión más linda de lo que me había parecido siempre. Vi, ó creí ver sus ojos más negros y expresivos; su boca más agraciada; su cuerpo más esbelto; su persona toda, en fin, llena de un atractivo irresistible, que no había yo advertido en otra de las muchas veces en que la había visto. Éramos vecinos muy cercanos y nos habíamos criado juntos desde niños.

Bien hubiera yo querido manifestar á aquella simpática joven mi reconocimiento y admiración que me inspiraba con alguna demostración muy expresiva; pero la presencia de su familia y la circunstancia de que nos encontrábamos en una calle que estaba llena de gente, me obligaron á limitarme á dirigirle una mirada que, según vine á saber más tarde, reveló á Teresa lo que pasaba en el fondo de mi alma. ¿Cuál es la mujer tan poco perspicaz que puede equivocarse sobre el género de sentimientos que inspira?

Teresa Mallén tenía, como he dicho, diez y siete años; sabía leer y había leído, no las gacetas que eran mi ilusión, sino algunos libros que le había proporcionado su padre, sujeto despreocupado para su época y condición social. Con un desarrollo físico superior al mío, con una inteligencia algo cultivada, y en una situación algo menos humilde que la que yo ocupaba, Teresa tenía derecho á verme como un muchacho que inspira algún interés, no exento enteramente de lástima.

Leyendo en mi corazón, contestó á la mirada apasionada que yo le dirigía, con una carcajada estrepitosa, y con el mayor desembarazo me dijo cuando llegábamos á la puerta de su casa:

—Conque desde mañana, Chico; y apúrate para que puedas leer las gacetas que hablen de tu señor tío.

Dicho esto, se entró, dejándome con sus padres, que con la mayor bondad repitieron la oferta hecha por Teresa, y que yo no pude menos que aceptar con gratitud. No era ya solamente, debo confesarlo, el deseo de aprender el que me atraía hacia aquella familia; era un sentimiento de otro género, del cual no me daba cuenta con exactitud y que habría yo sabido calificar, si hubiera sido algo más práctico en esas materias. ¿Cómo fué que conociendo perfectamente á aquella joven y viéndola con frecuencia, no había experimentado antes lo que entonces sentía por ella? He ahí lo que no acertaré á explicar. Tengo motivos para creer que el hecho no es muy extraordinario y que no era yo el primero ni seré seguramente el último que se haya enamorado un día de tantos de una persona á quien hubiese visto y tratado antes con indiferencia, entrando en el templo del Amor por la puerta de la Gratitud.

CAPÍTULO IV

Durante todo el día siguiente estuve aguardando con grande impaciencia la hora en que debía ir á casa de D. Eusebio. Sin saber bien por qué, reparé aquel día por la primera vez en el tinte azulado de mi cara y de mis manos y en los remiendos de mis calzones y de mi chaqueta de cotín. Para observar lo del color cerúleo de mi cara, me bastó el verla reproducida en uno de los espejos que tenía mi tío, destinados á figurar en los altares del Corpus; y para notar lo de la pobreza de mi traje, eran suficientes mis propios ojos, sin necesidad de otra clase de intermediario.

Aprovechando un descuido de la cocinera, me apoderé del jabón y el estropajo con que fregaba los trastos de la cocina, y cuando terminó el trabajo de la mañana en el obrador, emprendí la ardua tarea de hacer desaparecer el color de cielo de mi rostro. Más difícil aún era el disimular los remiendos de mi traje. Era éste una especie de exposición donde figuraban las muestras diferentes de las telas que se fabricaban en nuestro establecimiento, y en la que, por consiguiente, no faltaban ni la manta de la tierra, ni los cotines, ni la cotonia rayada, origen inocente de la terrible escena que en otro capítulo queda descrita. Aquello era irremediable y tuve que resignarme á pasar por la indecible mortificación de presentarme á los ojos de la hija del escuelero con mi condenado vestido.

¿Ríes tal vez, lector? Recuerda la vergüenza que te hizo sufrir un día, cuando tenías la edad que yo contaba entonces, el verte obligado á presentarte con el pantalón remendado ó con los zapatos rotos ante aquella que era el ídolo de tu joven alma, y convendrás en que cada época de la vida tiene sus amarguras, que no son menos crueles porque las consideremos después insignificantes y ridículas, cuando las vemos á la distancia. No sé qué no hubiera ya dado por cambiar mis calzones y mi chaqueta remendados por el traje de alguno de los niños de la ciudad y poder presentarme decentemente vestido á los ojos de Teresa. Pero repito que lo feo de mi ropa no podía remediarse como lo sucio de mi cara y de mis manos; y así, tuve que conformarme, consolándome con la idea de que como debía recibir la lección por la noche, los remiendos de mi vestido serían menos visibles que á la luz del día.

Cuando llegué á casa del maestro, Doña Prudencia me tenía ya preparada una cartilla adornada con una grotesca imagen del Bautista, santo que no sé tenga algo que ver con el aprendizaje de las primeras letras. Pero sea de esto lo que fuere, ellas son las que nos han abierto la puerta del saber y nos han puesto en aptitud de saborear los primeros frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal.

La buena señora me dió la primera lección, que encontré menos difícil de lo que me habría parecido, si no me hubiera estimulado la presencia de Teresa, que sentada frente á mí, se ocupaba en la tarea muy poco poética de cabecear medias, que á mí me parecía oficio de ángeles, por ser ella quien lo desempeñaba.

No hay necesidad de decir que fuí muy puntual en la asistencia á las lecciones de Doña Prudencia. Mi tal cual disposición y mi empeño me hacían adelantar rápidamente en la lectura, y sólo cuando la maestra no podía darme los puntos ó tomarme la lección y lo hacía Teresa por ella, me mostraba yo torpe y distraído. Esto me atraía reconvenciones, amenazas y

algunas ligeras correcciones de mi adorable preceptora, que lejos de producir enmienda, me ponían más torpe y me inspiraban un vivo deseo de que se repitieran esos castigos.

Pareciéndole á Teresa que yo no era muy *rudo*, una vez que ya decoraba con alguna facilidad, decidió que era conveniente aprendiera también á escribir y me puso una muestra de palotes. Pronto llegué á formarlos tan buenos casi como el modelo y lo mismo los finales. Yo no me limitaba á los ejercicios de la escuela. En casa trabajaba también por la noche, ejercitándome en la lectura y en la escritura, cuando estaba ya recogido mi tío. Un asiento de botella que hacía de tintero, una pluma de zopilote que Teresa me había enseñado á cortar, y unos cuantos pliegos de papel que ella misma me proporcionó, eran los útiles que servían para mi aprendizaje. Luego que supe formar letras, quise escribir un vocablo completo y no sé cómo fué que los caracteres que elegí para aquel mi primer ensayo caligráfico acertaron á ser una T, una E, una R, otra E, una S y una A, que escribí tantas veces cuantas fué necesario para llenar el papel. Muy satisfecho de mi obra, la mostré al siguiente día á mi joven maestra, quien riéndose de que me hubiera ocurrido poner su nombre y no otro vocablo cualquiera, añadió que las letras estaban muy bien hechas, aunque se conocía que algo me había temblado el pulso al formarlas; lo que atribuyó al trabajo de los telares en que yo me ejercitaba. Tomó la pluma é inclinada sobre mi hombro, corrigió las letras imperfectas y puso una B muy grande sobre mi plana, en señal de que estaba buena. Me recomendó que procurara formar un renglón; pero que asentara bien la mano sobre el papel, á fin de que lo escrito no saliera *cacarañado*.

No acertaré á explicar la sensación que experimenté al sentir la presión del brazo de Teresa sobre el mío, y el soplo de su aliento, tibio y perfumado, que bañaba por intervalos mi mejilla, donde se agolpaba la sangre. Sentí que ésta subía á mi cabeza, y me fué preciso un grande esfuerzo sobre mí

mismo para no arrojarme á los pies de mi nstitutriz y jurarle un amor eterno. Tan natural consideraba yo el amar á aquella criatura, que era para mí un conjunto de perfecciones, que me parecía inconcebible cómo los demás muchachos del barrio que conocían á la hija del escuelero, no se morían por ella como yo.

Después de haber formado aquel vocablo con las seis letras del nombre que ocupaba constantemente mi espíritu, quise probar á escribir un renglón entero, como me lo había recomendado mi maestra. Corté bien mi pluma de zopilote, renové la tinta, escogí la más blanca de las fojas de papel de que podía disponer, y con mano temblorosa por la emoción tracé, en una línea no muy derecha, las siguientes palabras :

" *Yo te amo y te amaré ciempre.* "

Como el reo que aguarda la sentencia de vida ó de muerte, esperé que llegara la hora de la lección, y cuando fué tiempo de ir á casa de D. Eusebio, me dirigí allá, llevando muy oculta mi plana-declaración. La suerte quiso favorecerme, y dispuso que cuando llegué estuviera Doña Prudencia ocupada en no sé qué oficio en el interior de la casa, y que Teresa se encontrara sola, en la salita donde recibía yo la lección.

— Y bien, Chico, me dijo mi amable preceptora, después de haber contestado á mi saludo ; á ver qué has hecho. Dame tu plana.

Temblé, vacilé, dudando si me atrevería ó no á mostrarle lo que había escrito, y por último me decidí, y le entregué la foja de papel.

— Yo te... ¿qué es lo que has puesto aquí, muchacho ? dijo Teresa, poniéndose encendida como la grana.

Yo estaba confuso y amilanado, casi arrepentido ya de mi idea, y temiendo ser despedido ignominiosamente de aquella casa que encerraba cuanto podía hacer mi felicidad en este mundo.

Mi maestra se puso seria y me pareció que sus ojos se hume-

decían ligeramente ; pero aquello no duró más que un momento. Prorrumpió en una ruidosa carcajada, y tomando la pluma, escribió al pie de mi declaración :

" *Siempre, se escribe con* s, *y no con* c. "

Hecho esto me pasó el papel para que viera lo que había escrito.

El dolor y la vergüenza me despedazaron el corazón. Habría querido que se hundiera la tierra y me sepultara en lo más recóndito de sus entrañas. Sin decir palabra, me levanté, arrebaté el malvado papel y tomando mi sombrero, salí precipitadamente de la casa y corrí á la mía, encerrándome en mi aposento, donde pasé la noche entregado á la más negra desesperación.

CAPÍTULO V

Al siguiente día ocupé mi puesto como de costumbre en el obrador; pero estaba tan preocupado con lo sucedido en la noche anterior, que no acertaba yo con el trabajo. Dos veces eché á perder un tejido, lo que me valió primero un aguacero de dicterios y después unos cuantos tirones de orejas, con los que mi tío me hizo ver que un operario no tiene derecho á enamorarse; y que si se enamora y yerra el trabajo, se expone a sufrir las consecuencias de su distracción. En el estado en que se hallaba mi ánimo, recibí con indiferencia aquellas vejaciones; tan cierto es que un grave dolor moral nos hace casi insensibles á los sufrimientos fisicos.

— ¿ Qué diablos tiene hoy este bergante, decía mi tío, que no da pie con bola en nada de lo que hace? Dos veces ha echado á perder el rebozo que estaba tejiendo. Si se le habla, no contesta; y si se le castiga se queda impávido como si fuera de palo. Si estás enfermo, añadió, dilo, para mandarte luego luego al hospital. Yo no estoy para cuidar á nadie, y demasiado he hecho con recogerte y criarte por caridad.

Dije que no tenía enfermedad alguna y seguí trabajando y echando á perder las obras que se me encargaban. La cólera de mi tío iba subiendo de punto, y me amenazó con que me echaría de cabeza en uno de los tinacos, si no me enmendaba.

Quiso mi buena estrella que mis faltas no se repitieran ya en en el resto del día, y llegó la hora de cerrar el taller, sin que se realizara la amenaza.

Á la oración me encerré en mi aposento, pues estaba resuelto á no volver á casa del maestro de escuela. La idea de presentarme á la que me había escarnecido y contestado con el desprecio y la burla á la efusión de mi alma, me era insoportable. Pasé la noche en una agitación febril, y al siguiente día la expresión abatida de mi rostro llamó la atención de mis compañeros de trabajo. Mi tío, que se ocupaba poco en observar fisonomías, me saludó con un puntapié y me dijo :

— Belitre, si hoy me haces las de ayer, por el santo de mi nombre que te pongo á teñir como un mazo de hilo.

Dicho esto, dejándonos instalados y distribuído el oficio, salió del obrador.

No bien había desaparecido mi tío, se levantó Requena, el oficial á quien el maestro había dado una bofetada como dos meses antes ; y con pretexto de tomar un poco de lana que le hacía falta, pasó junto á mí y en voz baja me dijo :

— Paciencia, Chico ; no hay mal que dure cien años.

Levanté la cabeza, fijé los ojos en el oficial y me asustó la expresión siniestra de su mirada.

Me puse á trabajar, y como mi mal, lejos de haber calmado, había aumentado en intensidad con las reflexiones hechas durante la noche, estuve aún más torpe que el día anterior y eché á perder completamente el tejido que mi tío me había encomendado.

Volvió éste de la calle, poco antes de las doce y entró en el obrador á inspeccionar los trabajos de la mañana. Estábamos á 30 de Marzo. El calor era intenso y nuestro sol tropical que inflamaba la sangre, predisponía á la cólera á las personas irascibles como mi tío.

Temblaron todos al verlo. Recorrió los trabajos y en la mayor parte de ellos creyó encontrar faltas que acarrearon á sus autores injurias y amenazas. Llegó el turno á mi obra. El maestro vió lo que había hecho y parecía no creer lo que sus propios ojos le mostraban. Después de un momento de silencio,

en que hubiera podido oirse el zumbido de una mosca en aquel taller lleno de gente, mi tío se lanzó sobre mí como una pantera, me agarró por el cuello y vomitando improperios me arrastró hasta llevarme junto á uno de los tinacos. Era hombre naturalmente vigoroso y la cólera le daba nuevas fuerzas. Como si hubiera sido yo un muñeco, me levantó del suelo y me introdujo la cabeza en el tinaco, que estaba lleno de añil, y no me sacó, sino cuando estaba á punto de ahogarme.

Yo vacilaba como un ebrio. Mi implacable pariente abrió la puerta del taller que daba á la calle y con un vigoroso puntapié me hizo ir á caer á tres ó cuatro varas fuera del obrador.

Quiso mi desgracia que esto sucediera en el momento en que los muchachos salían de la escuela de D. Eusebio, que estaba frente á nuestra casa ; y al verme salir, arrojado de una patada y todo pintado de azul, lo tomaron á broma y me dieron una silba estrepitosa. Pero lo que puso el colmo á mi sufrimiento, fué que cuando me levanté, dirigí instintivamente los ojos al balcón de la casa de D. Eusebio y vi á Teresa, que presenciaba mi aventura y hacía esfuerzos inútiles para contener la risa. La sangre se agolpó en mi cabeza, me sentí poseído de un odio mortal hacia mi tío y corrí al obrador, decidido á matarlo, ó á que me matara.

Pero cuando entré, ya el maestro había desaparecido por una puerta que comunicaba el taller con las piezas interiores de la casa ; puerta que, como de costumbre, él había cerrado por dentro. Me apoderé de unas tijeras grandes que servían en los telares é iba á entrar por la puerta de calle, resuelto á llevar á cabo mi criminal designio. Pero me encontré detenido por la mano vigorosa de Requena, que me dijo :

— ¡ Loco! ¿ Qué vas á hacer? Á perderte inútilmente?

Los demás oficiales me rodearon también, procuraron calmarme y Requena no me soltó hasta que vió que el abatimiento había sucedido en mí á la desesperación; y que, por

consiguiente, no había ya peligro de que efectuara un acto violento.

Salí del taller y andando á la ventura como un loco, me encontré fuera de la ciudad y al borde del barranco que corta por el noreste el llano de Jocotenango. La idea de quitarme la vida y poner término al sufrimiento que me abrumaba atravesó por mi imaginación acalorada; pero afortunadamente, á los diez y siete años la esperanza sobrepuja á cualquiera aflicción y derrama su bálsamo consolador sobre la herida más emponzoñada. Bajé al fondo del barranco, me tendí á la sombra de unos arbustos y me puse á ver correr el agua de una quebrada que arrastra allí su perezosa corriente.

Pasé tres ó cuatro horas en aquella muda contemplación. Iba ya á caer el sol; yo no podía pensar en pasar la noche en aquel sitio desierto; era joven, en toda la fuerza de la edad, no había comido en todo el día; tuve hambre, resolví salir y volver á casa, si no tranquilo, al menos resignado. Salí, pues, del barranco y me encaminé á casa de mi tío, á cuya puerta llegué entrada ya la noche. Llamé con precaución, aunque sabía que era hora en que él estaba fuera. La cocinera, que no me quería mal y que en aquella ocasión estaba muy cuidadosa por mí, corrió á abrirme, me dió de comer y me aconsejó que me acostara. Añadió que era conveniente que á otro día pidiera perdón á mi tío, á quien debía yo tanto y que prometiera formalmente la enmienda, con lo que no dudaba que me volvería á su gracia. Aunque yo no acertaba á comprender de qué ofensa debía pedir perdón, pues mis torpezas en el tejido me parecían harto castigadas, prometí hacer lo que me aconsejaba aquella buena mujer y me retiré á mi cuarto, echándome en la cama sin desnudarme.

La pieza que yo ocupaba estaba separada de la de mi tío por una puerta, á la que no se echaba llave; y el obrador, que como he dicho daba á la calle, estaba contiguo al dormitorio de mi tío. Advertí, pues, perfectamente, cuando entró éste;

oí que pedía la cena y que después de haber cenado, se recogía á rezar sus oraciones, como acostumbraba hacerlo antes de acostarse. Luego oí que se acostaba y noté que apagaba la vela, no percibiéndose ya luz por las rendijas de la puerta. Yo continuaba en mi cama vestido, meditando la manera de poner término á aquella situación, que se me hacía ya insoportable. Proyectaba abandonar la casa é ir á buscar acomodo en otro obrador, donde me trataran mejor y no estuviera próximo á aquella mujer que había correspondido mi amor con el desprecio más cruel.

Ocupado en estas reflexiones, oí de repente un grito en la alcoba de mi tío. Me puse en pie y me acerqué á la puerta, no atreviéndome á entrar desde luego, por el temor que me inspiraba el carácter violento de mi deudo. No oí de pronto el más ligero ruido; pero después un gemido sordo me convenció de que ocurría algo muy grave. Tomé la luz, que por fortuna no había apagado y corrí á ver lo que era aquello. ¿Cuál sería mi sorpresa y el terror que se apoderó de mí, al encontrar á mi tío caído de la cama, medio desnudo, expirando en un lago de sangre? Junto á él estaban las tijeras de que yo me había apoderado aquella mañana en el paroxismo de mi desesperación, y que dejé cuando los oficiales lograron calmarme. Una rápida ojeada bastó para hacerme comprender que aquel instrumento había servido para ejecutar el crimen, pues estaba cubierto de sangre. Al inclinarme para ver si mi tío respiraba y prestarle los auxilios que demandaba su situación, apareció la vieja criada, á quien despertó el primer grito y que vistiéndose precipitadamente, acudió á ver qué había sucedido á su amo. Viéndolo en el suelo y bañado en sangre, comenzó á dar gritos y corriendo á la salita, abrió una ventana y pidió auxilio con voces descompasadas. El primero que despertó fué nuestro vecino al maestro de escuela, y al oir que ocurría novedad en casa, acudió lo más presto que le fué posible. La vieja, que no se atrevía á salir, tomó la llave de la puerta de

la calle y la arrojó á D. Eusebio, diciéndole que, por el amor de Dios, llamara un médico y un padre. El maestro quiso saber bien lo que motivaba el alboroto; entró, me encontró junto á mi tío, á quien no había yo tocado aún pues el espanto me tenía como paralizado, y viendo cuál era la situación, volvió á salir precipitadamente en busca de auxilio. Los demás vecinos fueron acudiendo también y pronto se llenó la casa de gente. Una ronda que no andaba lejos y advirtió el alboroto, acudió á casa, llegando en el momento en que mi desdichado tío exhalaba el último aliento. El alcalde de barrio me dirigió una mirada que revelaba una terrible sospecha, y mandó á los ministriles que se apoderaran de mí y me aseguraran. Recogió las tijeras y nos dirigimos á la puerta de la calle, acompañados de algunos vecinos que llevaban luces. Los balcones de las casas estaban llenos de curiosos, y lo primero que ví en el de D. Eusebio fué á Teresa, que al verme salir maniatado, en medio de la ronda, lanzó un grito desgarrador y desapareció.

CAPÍTULO VI

Suponiéndome un gran criminal, me cargaron los pies y las manos con los grillos y las esposas más fuertes que había en la cárcel y me encerraron en un oscuro y húmedo calabozo, iniciando así la serie de torturas con que esa buena madre que se llama ley castiga á sus hijos, antes de saber si son ó no culpables.

Después de haber recibido mi declaración, el alcalde ordinario y juez de mi causa, mandó que antes de que se diera sepultura al cadáver del *occiso*, me carearan con él, á fin de ver si las heridas brotaban sangre espontáneamente en mi presencia. Hízose así, y como á la cuenta tanto su merced como el escribano y los testigos de asistencia, estaban de antemano convencidos de mi criminalidad, no vacilaron en afirmar que habían visto sangrar las heridas del cadáver, prueba evidente de que yo había sido el asesino (1).

Tomáronse las declaraciones de los oficiales y aprendices del taller y todos refirieron el lance de la mañana, sin ocultar mi arrebato de cólera, y cómo me había apoderado de las tijeras é intentado salir en busca de mi tío. Dijeron al mismo tiempo que aquella era la única vez en que la dureza del castigo había parecido exasperarme, y depusieron unánimes acerca

(1) Por algunos procesos de aquel tiempo, existentes en el archivo de la Corte de justicia, consta que se practicaba la diligencia á que se alude en este párrafo.

de la humildad y paciencia con que había recibido siempre las correcciones que el maestro me imponía. Una declaración de Don Eusebio, el escuelero, me fué también favorable, haciendo constar mi cristiandad, amor al trabajo, hombría de bien y afición á las letras.

El proceso caminaba con mucha lentitud. El juez entendía en otras muchas causas que merecían la preferencia, por su antigüedad, ó porque los reos tenían personas de valimiento que se interesaban por ellos. El abogado de pobres, á quien correspondía hacer la defensa tenía doscientas veintisiete causas sobre la mesa. Trabajaba día y noche, según él mismo aseguraba, y apenas tenía tiempo para ir á misa por la mañana, hacer una que otra visita indispensable, comer, domir dos horas de siesta, visitar el jubileo, pasear un rato por el campo y conversar por la noche dos ó tres horas con algunos amigos. No sabia qué hubiera hecho, sin el auxilio de dos pasantes, que ayudaban en aquel despacho tan laborioso. El pobre se sacrificaba; pero eso sí, era por algo; pues un sobrino del cuñado del portero del Presidente le había ofrecido empeñar toda su influencia, (que debia ser grande,) para que Su Señoría lo recomendara al Rey para la fiscalía de Palma de Mallorca.

Con los autos algo voluminosos ya, relativos al asesinato del maestro tejedor Cristóbal Roxel, se completó el número respetable de 228 procesos que dormían empolvados sobre la mesa de aquel funcionario infatigable.

Entretanto yo me fuí acostumbrando á la estrecha prisión en que permanecía encerrado; á los pesados hierros que me sujetaban; al *rancho* con que se me alimentaba y á la oscuridad de mi calabozo. Llegué á habituarme á ésta de tal modo, que pude leer, sin más luz que la muy escasa que penetraba por una claraboya abierta sobre la puerta de la bartolina, por la que recibia también la cantidad de aire indispensable para no morir asfixiado. El alcaide era hombre de no malas entrañas,

y consintió en pedir de mi parte algunos libros á D. Eusebio, que iba frecuentemente á informarse de mi situación, y que me envió algunas obras que me entregaron, previo permiso del regidor protector de cárceles. Debo consignar en estas Memorias que aquella fué la única muestra de protección que debí á aquel concejal, que no visitó una sola vez mi estrecho y sucio calabozo, ni averiguó si los hierros que me sujetaban eran una precaución innecesaria, ni habló, en fin, una sola vez al juez de mi causa, ó al abogado de pobres, para que se apresurara un poco la conclusión del proceso. En el ánimo de toda aquella buena gente dominaba la convicción profunda de que yo era un criminal, perverso y desagradecido y que mis sufrimientos eran poco para lo que merecía.

Dos ó tres visitas de cárceles tuvieron lugar en el considerable lapso de tiempo que duró mi prisión. Se dió cuenta de que mi causa estaba en poder del abogado de pobres, quien manifestó que la despacharía cuando le llegara su turno ; lo que pareció completamente justo á los Señores de la Real Audiencia.

Cuando llevaba yo ocho meses de prisión, D. Eusebio Mallén obtuvo una recomendación muy expresiva de un pariente en tercer grado de la esposa del abogado de pobres, para que se despachara mi asunto, y fué personalmente á presentarla y suplicar que fuese atendida. Introducido en una pieza donde trabajaban los dos pasantes auxiliares del abogado de pobres, D. Eusebio saludó con la mayor humildad y dijo el objeto de su visita. Los dos aprendices de abogado estaban ocupadísimos discutiendo los lances ocurridos el domingo precedente en el patio de gallos y calculando las probabilidades de dos ó tres peleas famosas que debían tener lugar el domingo siguiente. Contestaron apenas al saludo del maestro de escuela, y como si nadie más que ellos estuviera en el despacho, continuaron argumentando en favor del *giro*, del *melcocho* y del *malatova*.

Agotada la materia, uno de los abogados en ciernes tuvo á bien advertir la presencia de D. Eusebio y le preguntó qué se le ofrecía. El maestro respondió que iba con el objeto de poner en manos del señor don Fulano de Tal aquella esquela que le dirigía don Zutano y hablarle del asunto á que se refería. Uno de los jóvenes entró á pedir permiso al abogado para que entrara don Eusebio, y el otro salió de la oficina por una puerta que daba al corredor de la casa. El maestro tuvo la idea de aplicar el ojo á la cerradura de la llave del despacho del abogado de pobres y vió que el laborioso funcionario estaba ocupadísimo, recorriendo las gacetas de Madrid llegadas aquella mañana. No sabré decir si el encargado de mi defensa buscaba en los periódicos las últimas noticias de la guerra, ó la de las fiscalías vacantes en las Audiencias de la monarquía. Lo cierto es que el pasante tuvo que llamarle dos veces la atención para que lo escuchara.

Oyendo que estaba allí D. Eusebio Mallén, con una carta urgente de uno de los deudos de su esposa, dijo que no lo dejaban trabajar, que tenía 228 causas pendientes y que no sabía cuándo les daría fin; pero que entrara el que deseaba verlo. D. Eusebio, que oyó aquellas palabras, calculó que si el señor abogado de pobres continuaba *trabajando* con igual tesón en la lectura de las gacetas de Madrid, las 228 causas aguardarían hasta el día del juicio antes de ser despachadas. Entró, hizo tres profundas reverencias y puso en manos del letrado la misiva del pariente de su mujer. Leída que fué, el funcionario se rascó la cabeza con impaciencia y dijo, arrojando el billete sobre la mesa :

— Cada uno quiere ser el primero, y yo y esos muchachos no nos alcanzamos para despachar todo lo que hay. Á ver, Sánchez ¿en qué estado está la causa de ese Roxel que mató á su padre ?

— No está á mi cargo, contestó el pasante interpelado. Es uno de los 114 procesos que V. encomendó á Martínez.

Llamado el otro, dijo que no era cierto que tuviera él esos autos; que los tenía Sánchez. Éste insistió en que se hallaban en poder de Martínez, y Martínez volvió á afirmar que los había llevado Sánchez. El abogado puso término á la disputa, buscando en un gran legajo que él tenía en su propio despacho y en el cual apareció mi causa, que, de consiguiente, no paraba en poder de Martínez ni de Sánchez. La entregó á éste, con encargo de que la despachara cuanto antes, y D. Eusebio se retiró muy agradecido y satisfecho del buen éxito de su visita.

Diez ó doce días necesitó solamente el bachiller para extentender la defensa, que constaba de un pliego, escrito por sus cuatro caras. Como yo en mi declaración dije que había vuelto tarde á casa la noche que se cometió el delito y que había pasado la mayor parte del día en el barranco de Jocotenango, el joven Cicerón, mi defensor, discurrió probar la coartada, pero por desgracia le fué imposible aducir testigos que me hubieran visto en el fondo de un barranco á las once de la noche. Con semejante defensa y la convicción formada *a priori* por el alcalde y su asesor de que yo debía ser el asesino de mi tío, fácil es suponer cuál sería la sentencia. Fuí condenado á muerte de horca ; y atendiendo á la circunstancia agravante de haber quitado la vida al que había hecho conmigo oficios de padre bueno y amoroso, mandaba el recto y justo representante de la vindicta pública que se me condujera al lugar del suplicio, como solía hacerse, atado á la cola de una bestia.

Apelé de aquella sentencia que consideraba inicua, y mi causa pasó á dormir otro medio año en la oficina del escribano de la Real Audiencia. Entretanto yo estaba tranquilo. Atribuía á ignorancia ó mala voluntad del juez y á lo torpe de la defensa mi condenación á muerte, y no polía imaginar siquiera que fuese confirmada. Mandé suplicar á D. Eusebio buscara un abogado que se encargara de mi defensa en la segunda instancia, ofreciendo que le pagaría su trabajo luego que me viera

libre. Hízolo así el bueno del maestro de escuela y puso mi causa en manos de un letrado de gran reputación, que se encargó de ella, buscando más bien el aumento de su fama que no la recompensa pecuniaria, de que, á la verdad, tenía muy poca esperanza.

Mientras él preparaba la defensa, yo devoraba en mi calabozo cuanto libro me enviaba D. Eusebio. Agotada ya su exigua biblioteca, recurrió á un fraile franciscano muy sabio, que le prestó muchas obras sobre diversas materias, que pasaron a mis manos y cuya lectura me proporcionó cierto caudal de conocimientos, acumulados en mi cabeza sin el método que los hubiera hecho fructuosos.

Mi abogado trabajaba con empeño en la defensa. Sus numerosos pasantes dijeron en confianza á varias personas que estaba ya muy adelantada y que era una pieza que no la había visto igual el foro en ningún tiempo, ni la vería mejor en muchos años. La única razón que tenían los bachilleres para hablar con tanto elogio de la defensa, que no habían visto, era el número de pliegos que llevaba escritos el letrado y la circunstancia, harto significativa, de que mientras escribía, recurría á cada momento á un Diccionario francés.

CAPÍTULO VII

La obra maestra quedó al fin terminada. El abogado quiso que se leyera en audiencia solemne y el tribunal no tuvo inconveniente en acceder á la solicitud. Un numeroso concurso de lo más ilustrado de la ciudad acudió á oir aquella defensa de que se había hablado tanto. Yo estaba presente, sentado en un banquillo, aherrojado y con dos centinelas de vista, precauciones que se juzgaron necesarias, porque mi atrevimiento y mi ferocidad podían poner en peligro á los magistrados mismos.

No puedo decir cuál fué mi asombro al escuchar la lectura de lo que se llamaba mi defensa. El célebre abogado apenas tocaba el hecho como por incidente; no alegaba la falta de testigos, ni mis antecedentes honrosos, ni nada, en fin, de lo que hubiera podido llevar al ánimo de los jueces la convicción de mi inocencia. Había llenado media resma de papel con una elocuente disertación contra la pena de muerte; auxiliándose, á lo que pude entender después, con la traducción francesa, publicada en 1764, de la obra *De los delitos y las penas* del jurisconsulto Beccaria, que sólo mi abogado conocía en Guatemala. Temí que mi causa estaba en gravísimo peligro con semejante sistema de defensa; me animé á pedir la palabra; se me concedió y expuse sencilla pero enérgicamente las razones que probaban mi completa inculpabilidad.

El alegato de mi abogado fué acogido con ruidosos aplausos. Mi exposición fué escuchada apenas por los jueces, pues la sala

se había quedado vacía desde que comencé á hablar. ¿Qué podía yo decir que valiera la pena de ser escuchado, después de una obra como aquélla ? Cuando acabé de hablar, me volvieron á mi calabozo y aguardé que aquellos señores, á quienes la sociedad había armado contra mí con la cuchilla de la ley, dispusieran si la dejaban caer ó no sobre mi inocente cabeza.

Á lo que he sabido después, los debates fueron acalorados. Dos Oidores jóvenes, algo imbuídos ya en las ideas del siglo, acogieron con entusiasmo las teorías del sabio filósofo italiano, prohijadas por mi abogado, y opinaban por mi absolución. Pero por desgracia mía los otros tres magistrados, sujetos de edad madura y poco dispuestos á acoger novedades, dijeron que todo aquello estaba muy bien hablado; pero que la ley 2.ª, título 8º, Partida 7.ª, me condenaba á perder la cabeza. Que el delito estaba probado, aunque yo no lo hubiera confesado, y que mientras la ley estuviera en vigor, el deber del tribunal era aplicarla. Ese razonamiento era arreglado y prevaleció la opinión de que yo debía pagar con la vida mi supuesto delito. La sentencia del juez fué aprobada, aunque dispensándome benignamente la humillación de ir al suplicio atado á la cola de una bestia ; y como entonces los mismos jueces conocían en revista, dijeron en esa última instancia lo que habían dicho en la segunda : que yo debía ser ahorcado. Se me notificó la sentencia, haciendo que la escuchara hincado de rodillas y que besara el papel en que estaba escrita, en señal de sumisión á la autoridad que me pedía mi vida, en compensación de la que suponían que yo había quitado. Yo, hombre particular, no había tenido derecho para matar á un individuo ; la sociedad, conjunto de hombres, lo tenía para matarme á mí. Y como en apoyo de su doctrina contaba con cárcel, soldados, horca y verdugo, me obligaba á arrodillarme y á besar la mano que iba a echarme el dogal al cuello.

Entré en capilla. La ley, bondadosa hasta el extremo, me de-

volvía por tres días el uso completo de mis miembros. Me hizo quitar las esposas y los grillos, (doblando las guardias) y para no matar mi alma junto con mi cuerpo, me envió un sacerdote que me preparara para el terrible viaje de la eternidad.

Un reo con grillete y cadena al pie se situó á la puerta de la cárcel, junto á una mesa cubierta con una carpeta negra y encima un crucifijo. El hombre tenía la triste comisión de gritar á cada momento : *Una limosna para un pobre ajusticiado, por el amor de Dios;* y tañía una campanilla, cuyo retintín no era menos melancólico que aquel pregón. Yo escuchaba desde la capilla las aterradoras palabras, y cada grito de aquellos era para mí una muerte anticipada.

Algún trabajo costó al buen religioso encargado de prepararme que yo me resignara á morir. Parecía tan penetrado como todos de mi criminalidad y se esforzaba en convencerme de que debía confesar mi culpa y reconocer en el castigo que iba á sufrir, la sentencia de la justicia divina, que hablaba por boca de la justicia humana. Aquellos tres días fueron para mí tres siglos. La idea de la muerte me aterraba; no podía conformarme con el pensamiento desgarrador de dejar la vida en la fuerza de mi juventud y cuando apenas comenzaba á saborearla. Sus goces, (que para mí habían sido muy pocos, por cierto,) me parecían más halagadores, y los dolores perdían en aquel momento su terrífico aparato. Pasé por las más crueles alternativas de terror, desesperación, miedo y abatimiento; y para que no me faltara ninguna de las emociones que pueden agitar nuestro pobre corazón, la imagen de mi adorada Teresa aparecía, de vez en cuando, bajo la figura de la Esperanza, iluminando las espesas tinieblas de mi alma.

Amaneció el día que debía ser el último para mí. Á las once de la mañana el alcalde, juez de la causa, acompañado de su escribano y testigos, apareció en la capilla, donde estaba también el sacerdote, dirigiéndome sus exhortaciones. Con el juez iba un hombre vestido de una manera extraña, que se puso de

rodillas y me pidió perdón. Era el verdugo ; es decir, el brazo de la sociedad que iba á matarme, y que me rogaba le perdonara la iniquidad que conmigo cometía.

En aquel momento en que ví perdida toda esperanza de salvación, se verificó en mi espíritu una evolución extraña. La calma sucedió al terror, la energía al abatimiento y afronté la idea de la muerte con valor. Dije que podía ir al lugar del suplicio por mis propios pies y pedí como una gracia, que no hubo dificultad en concederme, que no se me vendaran los ojos. Las calles estaban atestadas de gente. El espectáculo de la ley armada que estrangula á un hombre inerme, no se da todos los días ; y de consiguiente, es necesario apresurarse á presenciarlo cuando se proporciona. La escolta me abría paso con dificultad por entre la masa de curiosos. Habríamos avanzado unos doscientos pasos, cuando alcancé á ver entre el gentío á mi excelente favorecedor, D. Eusebio Mallén, que conforme á una *piadosa* costumbre, asistia á mi suplicio, al frente de todos sus discípulos, vestidos de limpio, como en día de fiesta. El infeliz se cubría la cara con el pañuelo y lloraba. Á poca distancia de él estaban dos mujeres, una anciana y otra joven. La de más edad estaba bañada en lágrimas ; la joven, pálida y desencajada como un cadáver, no lloraba. Era Teresa, que había querido verme por la última vez y que se apoyaba en el brazo de su madre. Cuando pasé frente á aquel grupo, oí una voz querida que exclamaba : « *Sé que eres inocente. Adiós, hasta la eternidad.* » Quise contestar á aquella postrera despedida ; pero la voz se ahogó en mi garganta. Alcé la mano y la moví en dirección de aquel grupo y continué la vía dolorosa, consolado con la idea de que no era yo criminal á los ojos de la mujer á quien amaba. Llegamos al sitio fatal. El verdugo me echó el lazo al cuello y me hizo subir una escalerilla, lo que verifiqué sin necesidad de apoyo. Retiró la escalera y quedé pendiente en el vacío, sintiendo como si la tierra hubiera huído bajo mis pies. Me pare-

ció ver de pronto una gran llamarada de color rojizo y en seguida una luz templada y agradable, que iluminaba unas largas y bellas alamedas, en las que resonaba una armonía angélica. Éstas desaparecieron súbitamente, y ya no percibí más que la oscuridad y el silencio de la muerte.

....

....

CAPÍTULO VIII

Abrí los ojos y llevé la mano á la garganta, como para quitarme alguna cosa que me oprimía. Dí una mirada en derredor y me encontré en una habitación que no me era desconocida ; pero que no hubiera podido decir cuál fuese. Quise hablar y sentí que una mano suave oprimía mis labios. Entonces ví al lado de la cama en que estaba tendido, á Teresa Mallén, cuyo rostro no presentaba ya aquella expresión de abatimiento y de dolor que lo desfiguraba la última vez que la había yo visto, cuando caminaba al suplicio. Imaginé que me encontraba en la mansión eterna de los bienaventurados y que Teresa había ido á reunírseme, para no separarse jamás de mí. Cerré otra vez los ojos y continué contemplando intuitivamente la visión seráfica.

Un momento después volví á abrir los ojos, dirigí una mirada en derredor y ví al padre y á la madre de Teresa, que parecían velar también por mí. Por último advertí la presencia de dos personas que no pertenecían á la familia, un anciano y un joven, que tenían la vista fija en mí y espiaban con el mayor interés mis movimientos.

— Ya lo ves, dijo el anciano, dirigiendo la palabra al joven : no ha muerto, á pesar de que había espuma en la boca. Tienes desmentido el aforismo del maestro. Hipócrates se equivocó y la ciencia moderna tiene razón en ese como en otros puntos. No lo olvides : se debe socorrer á los estrangulados, aun

cuando haya espuma en la boca; porque no siempre es ese un síntoma mortal.

— Es verdad, dijo el joven; pero doctor, V. mismo ha notado todos los síntomas de la apoplejía y de la asfixia; ¿cómo explica V. que haya vuelto á la vida?

— Muy fácilmente, replicó el anciano. Hubo apoplejía y asfixia; pero ni la una ni la otra son necesariamente mortales, si el derrame de sangre en el cerebro no es muy considerable y si el conducto aéreo no ha experimentado rotura, sino contusión. La luxación de la vértebra cervical, que produce la lesión de la médula espinal, es la que no deja esperanza de vida en los casos de estrangulación; y esa luxación no se había verificado sin duda en este joven. He ahí lo que ha podido salvarlo.

— Y las oportunas sangrías del pie y de la yugular que V. le administró inmediatamente después que cortaron la cuerda, dijo el joven.

— La ciencia, dijo el anciano, cuya fisonomía pareció como iluminada por una llama interior, la ciencia no es más que un instrumento ciego de los designios de Dios. Si no hubiera sido por ese camino, probablemente se habría salvado por otro. Estaba destinado á vivir y ha vuelto de los umbrales de la eternidad.

Por aquella conversación vine en conocimiento de lo que conmigo había sucedido. Comencé á reunir mis ideas, fuí coordinándolas poco á poco y recordando los acontecimientos desde la noche fatal en que encontré á mi tío bañado en sangre, hasta el instante en que pendiente de la horca, perdí el conocimiento, deduje que alguna circunstancia inesperada y extraordinaria debía haberme salvado. Comprendí también que estaba yo al cuidado de la bondadosa familia de D. Eusebio y que aquellos señores eran los médicos que me habían prestado sus auxilios para volverme á la vida.

¡Contradicción extraña! Yo había visto la muerte con horror, y ahora experimentaba cier o disgusto al entrar de

nuevo en la existencia. La injusticia de que había sido víctima laceró mi espíritu impresionable; consideraba á la sociedad como un verdugo, y apenas si alcanzaban á reconciliarme con ella las pruebas de afecto que había recibido de la familia que me rodeaba y me prodigaba los más tiernos cuidados.

Tres días después de aquel en que recobré el conocimiento, hallándome solo con D. Eusebio, le pedí me explicara á qué casualidad debía yo mi salvación.

— No fué la casualidad, me dijo mi favorecedor, sino la Providencia la que acudió en tu auxilio. Has de saber que en el momento mismo en que salías de la cárcel para ir al patíbulo, se verificaba en otro punto de la ciudad, en el barrio del Calvario, un hecho que debía decidir de tu suerte. Un hombre excitado por los celos, se arrojaba, puñal en mano, sobre Antonio Requena, aquel oficial que, como lo recordarás, trabajaba en el obrador de tu tío.

— Lo recuerdo perfectamente, dije; prosiga V.; tal vez mi sospecha resulte cierta.

— Requena, continuó D. Eusebio, estaba también armado; paró el golpe; pero por desgracia para él y por fortuna para ti, reculó dos pasos, tropezó con una piedra, cayó y su adversario le sepultó el puñal en la garganta, sin que el otro pudiera defenderse. Acudió la justicia y recogió la declaración del herido, que estaba próximo á expirar. Dijo quién era su asesino y la causa que lo había impelido á cometer el crimen; luego preguntó la fecha del mes, y habiéndosele contestado que era el 30 de Marzo, una expresión de terror extraño se pintó en su fisonomía, y exclamó con voz entrecortada, pero perceptible: « *Castigo de Dios. Hoy hace un año que por venganza maté al maestro Cristóbal Roxel. Su sobrino muere inocente.* » No dijo más y expiró. El alcalde que oyó la declaración, corrió á la Audiencia, pidió permiso para entrar, se le concedió y expuso lo que acababa de decir Requena delante de varios testigos. Los Oidores entraron en consulta; el debate fué acalorado pero

breve; se acordó suspender tu ejecución. Uno de los ministriles corrió con la orden y llegó á tiempo para hacer cortar la cuerda. El doctor Sánchez estaba ahí mismo. Te sangró y te condujeron á la cárcel, colocándote en una pieza decente, donde pudieras estar en seguridad y comodidad, mientras se hacía la averiguación del caso. Me permitieron que entrara con mi familia á asistirte y lo hicimos así, ejecutando cuanto disponía el sabio médico que dirigía la curación, asistido del practicante que viste aquí con él. Tres días después la Audiencia mandó se te pusiera en libertad. Se había encontrado en casa de Requena una llave que hacía perfectamente á la puerta del obrador que da á la calle; y tomada declaración á los oficiales, refirieron el lance de la bofetada que le dió tu tío y ciertas palabras que te dijo y que revelaban un designio de venganza. Muchos opinan que el Tribunal no debió suspender la ejecución; otros, y yo entre ellos naturalmente, decimos que aunque la sentencia ejecutoriada haga, como dicen, de lo blanco negro y de lo negro blanco, habría sido una iniquidad el hacerte morir inocente. En todo caso, lo que el Rey Nuestro Señor diga, será, como siempre, lo mejor. La Audiencia ha dado cuenta á S. M. y se aguarda lo que tenga á bien resolver (1).

Yo había escuchado con atención profunda la narración de D. Eusebio. Más de una vez, durante mi larga prisión, me había asaltado la sospecha de que Antonio Requena era el asesino de mi tío. Aquel hombre vengativo y astuto había calculado perfectamente el golpe y dispuesto las cosas de manera que todas las apariencias me hicieran aparecer culpable. Guardó su odio y la resolución de matar al maestro, durante más de dos meses, y escogió para ejecutar el crimen, el mo-

(1) Hubo, según se dice en los últimos años del gobierno español, un hecho semejante al que aquí se refiere: la suspensión de la ejecución de un reo condenado á muerte. La resolución del Tribunal no se aprobó, y sus individuos fueron reprendidos severamente y castigados con una multa.

mento en que la exasperación me inspiró una idea violenta que calmó él mismo, no queriendo sin duda que otro le arrebatara el placer de la venganza. Me vió acusado, preso, condenado á muerte y próximo á ser ejecutado, sin decir una palabra; y sin el hecho inesperado que lo hizo caer bajo el hierro de un asesino, yo habría muerto por un crimen que no había cometido. La justicia humana se había engañado gravemente. Un minuto más y el mal era irreparable. Los Oidores que firmaron mi condenación hubieran conocido su error demasiado tarde; pero no por eso habrían dormido con la conciencia menos tranquila. ¿No era clara la ley de Partida? Ella dispone que el que mata muera. Es verdad que yo no había confesado el crimen; pero si se aguardara que todos los reos se reconocieran culpables, ninguno sería condenado. Las declaraciones y las apariencias me declaraban reo de homicidio. ¿Qué más? Yo debía morir para satisfacer á lo que no se tiene empacho en llamar vindicta, ó *venganza* pública. Como no soy jurisconsulto, consideraba aquello atroz, y me decía á mí mismo que si fuera abogado, no admitiría el cargo de juez, mientras no se derogara aquella ley de Partida, que mi *conciencia de magistrado* me obligaría á aplicar, y contra la cual se rebelaba mi *conciencia de hombre.*

Hechas aquellas tristes reflexiones, un pensamiento extraño surgió en mi imaginación. Yo, pensé, no soy ni he de ser legislador, y no tengo, por tanto, arbitrio alguno para poner remedio á ese grave mal, haciendo derogar una ley que considero inicua y de la cual he estado á punto de ser víctima. Pero ¿no me será dado, al menos, contribuir, en cuanto esté á mi alcance, á atenuar sus efectos, á limitar su aplicación? ¿No podré salvar, aun cuando sea á uno solo de mis semejantes de la cuchilla del verdugo? No es imposible, dije. Mis lecturas, sin método es verdad, me han inoculado el amor al saber. Tengo diez y nueve años; no es demasiado tarde para comenzar una carrera, cuando se lleva en mira un noble y santo propósito......

Mi resolución estaba tomada. Me puse en pie y extendiendo la mano derecha hacia D. Eusebio Mallén que me contemplaba atónito, exclamé :

— *Pongo á Dios y á este hombre de bien por testigos del juramento que hago de estudiar el derecho y defender gratuitamente, hasta donde alcancen mis fuerzas, á todo reo condenado á muerte, sea cual fuere la gravedad del delito de que se le acuse.*

Don Eusebio escuchó con recogimiento aquel juramento solemne, y tomándome la mano, la estrechó con efusión y dijo :

— Si así lo hicieres, Dios te lo premie, y si no, él te lo demande.

La emoción que yo experimentaba era superior á mis escasas fuerzas. Sentí que mi cuerpo vacilaba ; cerré los ojos y caí en los brazos de mi protector.

CAPÍTULO IX

Muerto mi tío, y siendo yo su único pariente, la ley me llamaba á heredarlo; pero acusándoseme de haberlo asesinado, el juez dispuso embargar los bienes y que se depositaran hasta la conclusión de la causa. D. Eusebio Mallén, cuya probidad era bien conocida, fué nombrado depositario, y tomó tan acertadas disposiciones, que el establecimiento continuó en el mismo pie que antes, bajo su vigilancia y la inmediata dirección de uno de los más competentes y formales de los operarios.

Declarada mi inocencia, se levantó el embargo y se me puso en posesión de la herencia. Los oficiales que habían declarado en mi causa temieron ser despedidos; pero lejos de hacerlo así, distribuí entre ellos, la cocinera de mi tío y los pobres de la parroquia la mayor parte de los productos del obrador durante el año de mi prisión; reservándome únicamente la cantidad necesaria para hacerme de algunos vestidos modestos y decentes y para comprar los libros que necesitaba. Sabía yo muy bien que los servicios que me habían prestado D. Eusebio Mallén y su familia eran de los que no se pagan con dinero, y que habría sido ofender gravemente á aquellas buenas gentes el ofrecerles cualquiera recompensa pecuniaria.

Yo amaba á Teresa, y habiendo visto la impresión que le hizo mi condenación á muerte, no podía dudar que la había motivado un sentimiento más tierno que el de un simple afecto.

La tarde del día en que se me puso en posesión de los bienes de mi tío, D. Eusebio y su mujer estaban de enhorabuena, como si ellos mismos hubieran sido declarados herederos.

— Francisco, me dijo el excelente hombre, mira cómo Dios traza caminos derechos por líneas torcidas. Criado en medio de las privaciones, maltratado por tu tío, (á quien Dios perdone) acusado injustamente de homicida, y habiendo llegado á las puertas mismas de la eternidad, te ves hoy reconocido inocente y rico poseedor de los bienes del que te escatimaba el pan. ¡Qué mundo éste, Francisco!

Diciendo así, D. Eusebio reía con todas sus ganas y se frotaba las manos, lo cual era en el bueno del maestro de escuela indicio de fuertes emociones, agradables ó desagradables.

— Estás ya enteramente restablecido, continuó diciendo. Creo que un paseo al campo te sentaría bien; ¿quieres que vayamos á dar una vuelta por el cerro del Carmen?

Doña Prudencia apoyó la propuesta; y yo, que creí ver en los ojos de Teresa el deseo de que accediera á la indicación, dije que me parecía muy oportuna la idea. Salimos, pues, y pronto estuvimos en la cúspide de la colina, contemplando el magnífico panorama que se ofrecía á nuestra vista. El sol, rodeado de nubes gualdas y purpurinas, desaparecía detrás de la empinada cresta de la cordillera. La ciudad se extendía á nuestros pies, dibujando en la penumbra la masa blanca de sus construcciones, sobre la cual descollaban de trecho en trecho las torres elevadas de los campanarios. Las fogatas de las rozas brillaban á lo lejos en el verde oscuro de las montañas del oriente, sobre cuyo perfil de líneas caprichosas el astro de la noche comenzaba á levantar su disco pálido. Todo era soledad y silencio en el valle; revelando apenas la proximidad de una población algo numerosa, el eco perdido de una campana que anunciaba la oración de la tarde. Pocas horas antes había caído uno de esos copiosos aguaceros tan comunes en la primavera y que vienen regularmente precedidos de rayos y

de truenos, que esparcen el terror en la ciudad. Pero ya en aquel momento habían desaparecido las últimas señales de la conmoción y recobrado la naturaleza su tranquila serenidad. D. Eusebio y su esposa entraron por un momento á la antigua capilla que se eleva en la cúspide de la colina. Teresa y yo nos sentamos bajo un árbol, contemplando con silenciosa admiración el espectáculo que se ofrecía á nuestros ojos.

— He aquí, le dije, algo que se asemeja á las alternativas de la vida. Pocas horas hace la atmósfera estaba cubierta de nubes sombrías; retumbaba el trueno; el rayo lanzaba por todas partes su llama abrasadora y torrentes de agua inundaban la tierra. Ahora todo ha pasado : la naturaleza ha recobrado su calma y vuelto á las condiciones normales de su existencia.

— Es verdad, contestó Teresa, cuyos ojos, que expresaban una alegría tranquila, seguían en el despejado horizonte los cambiantes que formaban los postreros rayos de la luz crepuscular. Así han sido Francisco, los últimos acontecimientos de tu vida. A la tempestad ha sucedido la calma y ahora debes esperar días tranquilos y felices.

— Para mí, repliqué yo, sin ser dueño de dominar mi emoción, no hay felicidad sin tu amor.

Teresa guardó silencio durante un momento. Su mano temblorosa arrancaba las hierbas del campo y las arrojaba con un movimiento inconsciente.

— ¿Y puedes dudar de él? me dijo con voz apenas perceptible.

Le tomé una mano sin decir palabra y la acerqué á mis labios.

— Tengo, le dije, que consagrar algún tiempo de mi vida, para prepararme al desempeño de una noble y santa misión. Dios y tu padre son testigos de mi juramento. Pasarán diez años antes de que me sea permitido unir tu suerte á la mía. ¿Me conservarás tu afecto?

— Sea cual fuere, Francisco, respondió Teresa, el tiempo

que deba yo esperarte, mis sentimientos no experimentarán el menor cambio. Mira ese sol que oculta sus últimos rayos detrás de los montes. Mañana hará lo mismo que hoy y todos los días se repetirá la escena hasta la consumación de los siglos. Mi amor será tan invariable como él y animará mi alma hasta el último instante de mi vida.

Don Eusebio y su esposa llegaron en aquel momento, y comenzamos á bajar lentamente la colina. Yo bebía el amor en los ojos de aquella que era la mitad de mi alma; y mi corazón, que pocos días antes estaba próximo á estallar, vencido por el sufrimiento, apenas tenía fuerzas para soportar aquella inmensa felicidad.

CAPÍTULO X

Aquella fué la última noche que pasé en casa de D. Eusebio. Restablecido ya, no debía permanecer más tiempo recibiendo la hospitalidad de la bondadosa familia. Manifesté mi resolución de trasladarme á la casa que había sido de mi tío, y aunque con mucho sentimiento, D. Eusebio y su esposa convinieron en que mi deseo era justo. Teresa guardó silencio, y acompañada de su madre, fué á preparar la modesta habitación que yo había de ocupar.

Instalado en mi casa, mi primer cuidado fué buscar un maestro de gramática latina, y comprar los libros que necesitaba para aprender aquella lengua. Emprendí el estudio con ardor y pronto vencí las primeras dificultades de mi aprendizaje. No necesité mucho para convencerme de que mi preceptor era un puro rutinero, que no conocía sino la parte material, por decirlo así, de aquella hermosa lengua, madre de muchos de los idiomas modernos. Incapaz de comprender sus bellezas, no se detenía á admirar la energía de sus formas, que no excluye la flexibilidad; la concisión y la rapidez de los giros, que se avienen bien con la elegancia y la majestad, debidas en gran parte al uso frecuente y atrevido del hipérbaton, que no ha osado imitar el castellano mismo. El latín era la lengua de la ciencia á que yo me proponía dedicarme; y no podía, por tanto, descuidar el aprenderlo con la posible perfección. Multiplicadas después las traducciones de las obras de los glosadores

y tratadistas antiguos, y abandonado por los modernos el uso del latín, no por eso considero perdido el tiempo que empleé en el estudio de un idioma del cual derivan la mayor parte de las lenguas vivas y que ha ejercido tan poderosa influencia en el desarrollo del espíritu humano. El latín que aprendí me ha servido eficazmente para facilitarme el conocimiento de otras lenguas modernas y para escribir y hablar con alguna corrección el castellano.

Mi asiduidad, unida á mi tal cual disposición, hizo que á los seis meses me encontrara en aptitud de poder presentarme á examen. Salí con tres notas de sobresaliente y con la fama de ser un gran latino, por haber traducido con facilidad algunos pasajes de las Selectas, una ó dos cartas de Cicerón y otras tantas de San Jerónimo.

Yo había hecho en privado el estudio de gramática; pero para el de filosofía era indispensable que asistiera á los cursos de la Universidad. Cuando fuí á matricularme, me detuve un momento á la entrada del edificio para ver el escudo de armas y traducir la leyenda que declara á aquel instituto *natable entre los demás del orbe*. La calificación era un poco pretensiosa; pero á mí no me pareció exagerada; tan alta era la idea que llevaba de los individuos de aquel claustro de doctores que con trajes de colores vistosos, bordados de oro y plata, había visto asistir varias veces en cuerpo á las funciones públicas.

Tuve la fortuna de escuchar las lecciones del célebre Goicoechea y fuí uno de los más decididos partidarios de las ideas nuevas que anunció aquel hombre de genio, que alarmaron al espíritu de rutina y excitaron la envidia, atrayendo persecuciones al que habia promovido el estudio de las ciencias experimentales y combatido los errores del escolasticismo. Fuí también uno de los que aplaudieron con más entusiasmo la justicia que después hicieron la autoridad y el públco al mérito y servicios de aquel sabio.

Entre los veinticinco ó treinta estudiantes que cursaban filo-

sofía, había dos que llamaron particularmente mi atención. Llamábase el uno D. Fernando Vargas y el otro D. Antonio Velasco; hijo el primero de un empleado de hacienda y el segundo de un negociante medianamente acomodado de la capital. Vargas era uno de esos jóvenes disipados, y turbulentos que se hacen de partido entre los estudiantes por su carácter franco y alegre, por su afición á todo género de travesuras y por ser siempre los primeros en pedir feriados. Vivía discurriendo y poniendo en ejecución chascos de que eran víctimas los catedráticos. Si un día aparecía uno de éstos caricaturado en la pizarra; si otro día se encontraba á un zopilote atado sobre la cátedra y con las alas extendidas, á guisa de espíritu santo; si una vez había fuegos artificiales en la clase á la mitad de la lección; si otra se sentaba el maestro sobre clavos colocados en el asiento de su silla, no había que preguntar quién era el autor principal de aquellas fechorías.

El D. Antonio Velasco era un tipo diferente. Taimado y astuto, ayudaba á Vargas á discurrir las travesuras; era el inventor de las más pesadas; pero jamás sacaba la cara, y antes bien había sabido captarse el aprecio y la confianza de los profesores. Aquel joven encerraba en su corazón el germen de la envidia, del odio implacable á todo lo que fuese superior á él y tenía, además, el talento de disimular tan detestables propensiones. Los dos estudiantes estaban ligados con amistad estrecha, á pesar de la diversidad de sus caracteres, habiendo llegado Velasco á adquirir una influencia absoluta sobre Vargas.

Desde que comencé á concurrir á las clases creí notar que éste no me veía con buenos ojos. Mi puntualidad, aplicación al estudio y el respeto que mostraba á los catedráticos fueron calificados de gazmoñería por aquel joven díscolo, que tuvo la franqueza de no ocultar la mala impresión que yo le había hecho y que no desperdiciaba ninguna de las oportunidades que se le ofrecían para mortificarme. Una ó dos veces oí que

hablaba de *soga* cuando yo pasaba junto á un grupo de estudiantes que reían y celebraban sus patochadas, y fingí no haber escuchado aquella insultante alusión al lance terrible que marcaba la página más triste de mi vida. Mi moderación, lejos de contener á aquel joven osado, lo hacía más y más insolente, y como si un mal genio lo excitara secretamente contra mí, redoblaba sus provocaciones, con la mira evidente de cansar mi paciencia. Era casi de mi misma edad; pero más fuerte y vigoroso que yo, y contaba con un seguro triunfo en caso de combate. El conflicto se hizo al fin inevitable. Vargas, Velasco y yo fuimos designados para sostener una conferencia, que debía comenzar con la lectura de nuestros respectivos *quodlibetos*. Yo era mejor latino que ellos y mi oración fué muy aplaudida por el catedrático. Las de mis compañeros estaban plagadas de solecismos y barbarismos y les atrajeron una severa censura. En la conferencia me dió también el triunfo el empeño con que había estudiado la materia sobre la cual recaía el certamen literario. Los honores de la jornada fueron evidentemente para mí; pero yo debía pagarlos caros. Al salir de la clase, Vargas me dirigió una mirada terrible y me mostró el puño, en señal de amenaza. Velasco fué á estrecharme la mano y me felicitó con efusión por mi quodlibeto y por lo bien que había argumentado en la conferencia. No hice caso de la provocación del uno y contesté modestamente á las enhorabuenas del otro.

Al siguiente día me llamó la atención al llegar á la clase, el advertir que los estudiantes todos habían entrado ya, sin embargo de que aun no se veía venir al catedrático. Entré yo también. La sala estaba llena, no faltando aquel día ni los más *falleros*. No había más sitio desocupado que el que yo tomaba de ordinario. Me dirigí á él, y al llegar me detuve horrorizado. Habían pintado con carbón en la pared una gran horca, con la figura de un hombre pendiente de un lazo y en derredor una inscripción latina que decía así : *Franciscus Roxelius*, *pro cri-*

minibus suis laqueo suspensus. (Francisco Roxel, ahorcado por sus crímenes.) Un rayo que hubiera caído á mis pies me habría hecho menos inpresión que aquella pintura y las aterradoras palabras que la rodeaban. La sangre se agolpó en mi cabeza y vi rojas las líneas negras que formaban el dibujo y las letras. Vacilé, iba á caer; pero hice un grande esfuerzo; llamé en mi auxilio toda la fuerza de mi alma, y sin decir una palabra me coloqué en mi puesto, cubriendo con mi cuerpo la pintura y quedando mi cabeza rodeada por la inscripción, como con una corona de burla y de infamia.

Entró el profesor y ocupó su silla. Su vista era corta y no podía alcanzar á ver las letras. El hecho pasó, pues, desapercibido para él. Por fortuna aquel día no me preguntó, pues probablemente no habría yo acertado á contestar á la cuestión más sencilla.

Terminó la clase. El profesor se retiró; yo me levanté, como todos, y antes de que saliera nadie, corrí á la puerta, la cerré y me puse la llave en el bolsillo. Busqué á Vargas entre el grupo de estudiantes, que seguían mis movimientos con curiosidad. No se ocultó, me le encaré y tomándole el brazo, le señalé la pintura y le dije:

— ¿Quién ha hecho eso?

— Yo, me contestó, en tono resuelto.

— Pues V., le dije, es un infame; y ahora mismo va á borrar con la lengua el insulto que ha trazado su mano.

Al oir esas palabras, retiró con violencia el brazo que yo le tenía asido, dió dos pasos atrás y bramando como un toro furioso, se lanzó sobre mí con los puños cerrados. La desesperación, el dolor y la vergüenza me daban fuerzas. Lo aguardé sin moverme; con el brazo izquierdo paré un vigoroso puñetazo que me dirigió, y antes de que tuviera tiempo de defenderse, le asesté un golpe terrible en la cara. La sangre de mi adversario corrió con abundancia. Su rabia no conoció limites; echó mano al bolsillo, sacó una navaja grande, la abrió y se preparó

á atacarme. Los estudiantes habían formado un gran círculo en derredor de nosotros y presenciaban la lucha, como si asistieran á una pelea de gallos.

Comprendí que no podía perder un instante. Me lancé sobre mi enemigo y logré coger con la mano izquierda la hoja de la navaja, hiriéndome al agarrarla. Al mismo tiempo le di con la derecha un golpe en la frente, que casi lo hizo perder el conocimiento. Tiré con fuerza de la cuchilla y lo obligué á soltarla. Entonces me abracé con él y lo hice caer, quedando yo sobre él. Le puse una rodilla en el pecho y le grité :

— ¿ Borrará V. eso ?

— Haré lo que V. quiera, me contestó. He sido injusto con V. y lo he insultado sin motivo. Perdóneme.

— Basta, le repliqué, y poniéndome en pie lo ayudé á levantarse.

Se dirigía al sitio donde estaba la pintura ; pero yo lo detuve, diciéndole :

— No necesito más. La satisfacción que V. me da me desagravia por completo. En cuanto á esa pintura, puede quedar allí todo el tiempo que se quiera : no me importa. El crimen es el que deshonra ; no el cadalso.

Dicho esto, abrí la puerta y salí, atravesando el grupo de estudiantes que me abrieron paso con respetuosa deferencia.

CAPÍTULO XI

Entre los jóvenes, como entre los hombres hechos, el concepto que se forma del valor de un individuo depende de la manera en que recibe el primer insulto grave que se le hace. Si lo rechaza con energía, su reputación está asegurada, y raras veces tiene necesidad después de volver por su honra, que todos se guardan de atacar.

El hecho de que he dado noticia al fin del anterior capítulo hizo ruido el mismo día en la Universidad; y se atribuyó á valor lo que fué efecto de la excitación extraordinaria que me había causado la injuria atroz que me hizo aquel joven, más atolondrado que maligno. El suceso se refirió con adiciones, como sucede de ordinario; pero siempre en sentido favorable á lo que llamaban mi valor, sangre fría y generosidad. En fin, poco faltó para que fuese yo declarado un Alejandro ó un César, por los que algunas horas antes se disponían á complacerse en mi humillación y en mi vergüenza. Cuando fuí al día siguiente á ocupar mi asiento en la clase, no quedaba el más ligero rastro de la pintura ni de la inscripción.

Lo mas extraño de todo fué que Vargas concibió desde entonces por mí una especie de admiración tan irreflexiva quizá como el odio que antes me profesaba. Al siguiente día salió á recibirme cuando entré en la Universidad, me estrechó la mano con efusión y me suplicó le permitiera llamarme amigo. Espíritu generoso y ligero, era igualmente pronto para el aborre-

cimiento como para el afecto. Velasco se me acercó también y alabó en términos exagerados mi comportamiento, agregando en voz baja y sin que lo oyera Vargas, que él había tenido muy á mal el hecho, y que si aquel amigo hubiera escuchado sus consejos, no me habría inferido tan injusto agravio.

La juventud es naturalmente confiada y yo no sospeché que aquellas protestas de adhesión encubrían un odio mortal, que el lance de la clase había exacerbado. Me entregué sin reserva á aquellos dos estudiantes, de los cuales uno era franco y bueno, el otro hipócrita y perverso, y vine á ser una especie de mentor para ellos. Les repasaba las lecciones, les corregía los quodlibetos, los estimulaba al estudio, les proporcionaba libros, les aconsejaba en todas sus dificultades, estableciéndose entre nosotros la más estrecha unión que nos valió entre los condiscípulos la denominación antonomástica de *los tres amigos*.

En la calle de la Merced vivía entonces una señora viuda de un militar español, con cinco hijas solteras, la mayor de las cuales contaba ya veintiséis años; (ella decía veinticuatro) y la menor diez y ocho, de los que rebajaba dos, como lo hacían sus otras cuatro hermanas en sus respectivas cuentas. Una hermana de Doña Lupercia Costales, (así se llamaba la viuda) vivía también con ella, cargando con poca paciencia el peso de sus treinta y cinco navidades y su celibato involuntario. Aunque la vida no era cara en aquel tiempo, siete personas no podían pasarlo desahogadamente con el montepío de la viuda y con la renta, no muy pingüe, de cierto vínculo ó mayorazgo que tenían en España, únicos ramos que formaban las entradas en el presupuesto de aquella familia. Las erogaciones ya debe suponerse que no debían ser demasiado limitadas, teniendo necesidad de guardar cierta decencia, indispensable, decía Doña Lupercia, á la viuda é hijas de un militar. Para cubrir el *déficit* que necesariamente debía resultar, la buena señora recurrió al sistema salvador de los empréstitos, comiéndose anticipadamente los montepíos y las rentas del vínculo de los años veni-

deros. Pero á fuer de hábil economista, ella comprendía que la gran medida era la reducción de los gastos; y en su sagacidad calculó perfectamente que éstos no podían disminuirse, como no hubiera algunas bocas menos que mantener, algunos cuerpos menos que vestir y algunos pies menos que calzar. El gran *desiderátum* de Doña Lupercia era, pues, eliminar bocas, cuerpos y pies; y como no había más que dos arbitrios para conseguirlo, que eran el convento y el matrimonio, se desvelaba discurriendo la manera de casar ó de hacer monjas á sus hijas. Para lo primero había la dificultad de que una sola de las cinco sentía tal cual vocación al estado religioso, y las otras cuatro se habían declarado decidida y enérgicamente por el matrimonio.

Pero siendo éste por su naturaleza un contrato bilateral, se necesita para celebrarlo el consentimiento de dos partes; y de consiguiente, no faltaba ya sino que la voluntad de cuatro varones coincidiera con la decisión de las cuatro doncellas.

Como medida conducente á la consecución de aquel propósito, Doña Prudencia abrió sus puertas á jóvenes y viejos, y aunque las *niñas* no eran prodigios de hermosura ni de ingenio, no les faltaban algunos tertulianos de cierta edad y un enjambre de estudiantes que, como moscas á la miel, acudieron á la casa de Doña Lupercia. Mis dos amigos fueron de ese número. Vargas comenzó por cortejar á la mayor, y fué descendiendo hasta la última, recorriendo después la escala cromática en sentido inverso. Doña Lupercia observaba y callaba, y lo dejaba hacer, contando con que el día menos pensado aquella mariposa iría á quemarse en alguna de las llamas en torno de las cuales imprudentemente revoloteaba. Don Fernando era hijo único de un padre acomodado, y la astuta viuda calculaba que aquella era una oportunidad favorable para aliviar el presupuesto, dando salida á una boca, un cuerpo y un par de pies.

Vargas pensaba por el momento en cortejar y divertirse, y recogía los fáciles laureles que le brindaba la simplicidad ó la

coquetería de las hijas de Doña Lupercia, con quienes gastaba frecuentemente algunas chanzas un poco pesadas.

Una vez que estaba en turno la Costales número 4, que era más cándida, le preguntó el amartelado si estaba en disposición de recibirle una carta. Las mujeres son siempre partidarias del género epistolar, y por consiguiente, la joven se mostró dispuesta á juzgar por sí misma del de mi amigo Vargas. Por la noche le puso éste en la mano un papel con tanto disimulo, que sólo la madre, la tía y tres de las niñas advirtieron la entrada de aquel contrabando. Quiso la casualidad que en aquel mismo instante le ocurrió á la interesada algo muy urgente que hacer en no sé cuál de los rincones de la casa. Volvió pocos momentos después, encendida como un camarón y medio llorosa. El pérfido le había dado, por carta de amor, una papeleta de muerto con su calavera, como entonces se usaba.

Si le daba una cita, la dulcinea estaba en la reja, puntual como un reloj á la hora señalada, y el galán dormía á pierna suelta, dejando que la pobre muchacha corriera el riesgo de atrapar un constipado. Dábale serenatas con los instrumentos no muy acordes, y una noche él y otros calaveras, tertulianos de la viuda, tuvieron la paciecia de cubrir los balcones con palmas y coronas atadas á los fierros y la casa amaneció al siguiente día con aquel extraño cortinaje, anuncio indirecto de una virginidad perpetua.

Instado por mis dos amigos, concurrí algunas noches á la tertulia de Doña Lupercia, después de mi visita acostumbrada á casa de D. Eusebio Mallén, donde se recogían muy temprano.

La sala de recibimiento era amplia. Las paredes estaban pintadas hasta la mitad, figurando la pintura una baranda, que sostenía unas perillas, de las cuales pendían festones de rosas. El resto de la pared estaba blanco, y el techo, sin cielo raso, dejaba ver las vigas de cedro con sus canalitos negros. En la estera se veía una pintura de la Virgen bastantemente buena,

y en los costados dos retratos en pie, que representaban al difunto marido de Doña Lupercia y á ésta, hechos pocos días antes de su matrimonio. El guerrero vestía una casaca azul con vueltas encarnadas y un pantalón blanco sumamente ajustado, y calzaba botas de las que había puesto en moda Federico el Grande. Tenía en la mano una esquela cerrada, cuyo sobrescrito informaba al curioso espectador del nombre, apellido y grado de aquel fiel servidor del Rey. Doña Lupercia aparecía en la flor de su edad, peinada con polvos, con peto de glasé de plata y enaguas de seda carmesí, en la mano izquierda un abanico y en la derecha una rosa que agarraba con los dedos índice y pulgar, con tanto cuidado, como si fuera un alacrán. Un sofá de rejilla, una docena de sillas, id., un monacordio, una mesa de cedro y un petate que cubría la mitad de la sala únicamente y que se quitaba cuando se ofrecía que bailaran, completaba el adorno de aquel salón ; muy semejante á los de casi todas las familias de aquel tiempo que estaban en la posición y estado de fortuna de Doña Lupercia Costales.

CAPÍTULO XII

Cuando me presenté en aquella casa por primera vez, la tertulia era numerosa. Tenía la palabra un capitán de artillería, á quien se le iba el ojo izquierdo, á causa de un estravismo divergente y que agregaba á aquel defectillo el de unas cuantas cicatrices y verdugones que él atribuía á heridas que había recibido en la última invasión de Omoa por los ingleses, y que otros las suponían recibidas en campañas menos gloriosas que las del dios Marte. Llamábase D. Alfonso Ballina, apellido desdichado que los malignos habían dado en trastrocar de una manera injuriosa, llamando al guerrero el capitán Gallina. Aquella era la primera noche que este sujeto se presentaba en casa de Doña Lupercia. Cuando entré, refería la historia del ataque del fuerte y los prodigios de valor que él había hecho en aquella jornada.

Me pareció que el capitán apuntaba sus miradas á la mayor de las hijas de Doña Lupercia; pero á causa del estravismo, pegaba á la tía de la joven, que, engañada por las apariencias, contaba ya con haber hecho la conquista de aquel valiente.

— No hay duda, Señor Don Alfonso, decía Doña Modesta, (así se llamaba la tía, pero los estudiantes le decían Doña Molesta;) no hay duda que el peligro fué grande; pero al fin V. tenía el consuelo, en caso de haber muerto, de no dejar atrás mujer é hijos á quienes hacer falta.

— ¡Oh, señora! contestó el capitán, echando á la mayor de

las jóvenes el ojo rebelde, que se iba siempre del lado de la tía; si hubiera yo encontrado la muerte en manos del inglés, mi único sentimiento habría sido precisamente el no dejar quien me llorara. Cien veces estuve para caer atravesado por las balas enemigas; pero me respetaron, sin duda porque estoy guardado para hacer alguna cosa en este mundo.

Calló el bueno del capitán, considerando, sin duda, haber preparado suficientemente el campo para un ataque formal. La tía suspiró con ternura, y dijo:

— ¡Qué dicha la de ser viuda de un héroe!

— Cierto, contestó D. Alfonso un poco amostazado, aunque la idea no es muy halagüeña para el marido. ¿Qué dice V., Luisita?

— Yo creo, contestó la Costales número 1, que debe ser muy cruel el enviudar, y por eso yo me he decidido por un esposo que nunca morirá.

— ¿Quién es, preguntó el capitán con animación, el dichoso que ha encontrado ese secreto? Dígamelo V., para preguntárselo.

Luisa levantó los ojos y una mano, señalando las vigas del techo, y dijo en tono solemne:

— Allá está.

Ballina quiso seguir la dirección de la mano de su pretendida; pero el condenado estravismo hizo que en vez de mirar hacia arriba, echara el ojo á otro tertuliano que acababa de tomar un violín y se disponía á acompañar una sonata que la Costales número 2 iba á ejecutar en el monacordio.

— ¿Conque ese caballero, dijo, es como el judío errante, que durará hasta la consumación de los siglos?

La tía soltera, á quien le pareció que el capitán tomaba demasiado interés en averiguar quién sería el futuro de su sobrina, se apresuró á explicar el *qui pro quo* y á hacer que se variara de conversación.

— Es, dijo, que esta muchacha está resuelta, enteramente

resuelta á ser monja, y por eso ha dicho á V. que el marido que ella ha elegido no morirá jamás. Pero oigamos la sonata que va á tocar Clarita con D. Florencio.

Las miradas se dirigieron al monacordio, delante del cual se colocaba la segunda de las hijas de Doña Lupercia, que tenía fama de gran *tocadora*. Un caballero trigueño y regordete, con una nariz un tanto exagerada, despabiló la única vela de sebo colocada delante del atril, y en seguida emprendió la tarea de templar al violín y de dar pez á las cuerdas del arco.

Sonaron los instrumentos, con gran satisfacción de mi amigo Vargas, que á favor del ruido podía conversar cómodamente en un rincón con la Costales número 4; de Velasco, que hacía otro tanto con el número 3 y de otro estudiante que se apoderó del número 5. El capitán Ballina dirigía sus fuegos oblicuos sobre el número 1 y la tía soltera descargaba los suyos, rectos y mortales, sobre el héroe de Omoa. Doña Lupercia jugaba al tresillo con otros dos tertulianos y yo meditaba en un rincón, sin fijarme mucho ni en la música, ni en el juego, ni en las intriguillas amorosas de mis compañeros, del capitán y de la tía. Hacía comparaciones entre aquellas jóvenes y la hija del maestro de escuela de mi barrio, y el resultado era poco ó nada favorable á las niñas de Doña Lupercia.

Aquel estado de cosas no se modificó, hasta que uno de los de la partida de tresillo, que había perdido ya ocho pesos, consideró que la cosa pasaba de castaño oscuro, y pretextando que tenía al día siguiente una ocupación que le obligaba á madrugar, dijo que debía acostarse temprano y se retiró, con gran descontento de la viuda, que estaba de ganancia. El otro tresillista se despidió también y Doña Lupercia, que buscó por toda la sala con quien charlar, encontró que era yo el único vacante, y me preguntó si no jugaba al tresillo. Con mi respuesta negativa, tuvo pie para descargar su mal humor contra el sujeto que se había levantado primero de la mesa de juego.

— Figúrese V., dijo, si es desvergüenza la de ese hombre.

¡Retirarse por haber perdido la miseria de ocho pesos, siendo rico y no teniendo obligaciones! Hay gentes que no saben usar de su fortuna. ¿Para qué sirve el dinero, si no es...

— (Para perderlo al tresillo en casa de las viudas pobres,) pensé yo.

— Si no es, concluyó Doña Lupercia, para darse gusto? Después, añadió, es una gran dificultad el encontrar con quien hacer la partida. Esos jóvenes, (señalando á los estudiantes) prefieren hablar necedades con las muchachas; el capitán no acaba de contar su campaña de Omoa y para D. Florencio no hay más que el violín.

— En efecto, contesté yo, por decir algo, ese caballero parece un poco aficionado á la música.

— ¿Un poco dice V.? replicó la viuda. Si es insoportable. Toca el día entero y parte de la noche y no lo oirá V. hablar sino del violín, del arco, de la clave de *sol* primera, del método de Zanetti y de las composiciones de Corelli y de Tartini. Visita en todas las casas donde hay alguna niña que toque el piano, o el monacordio, y sus amistades más estrechas son con los músicos de la ciudad. Una vez tuvo que ir á las ferias de Chalatenango y S. Miguel; pues ¿creerá V. que se llevó dos músicos, costeándoles el viaje, sólo para poder armar el concierto por los caminos y en las ferias?

— Y naturalmente tocará muy bien, dije yo.

— ¿Tocar bien? Nada de eso. Los que lo entienden dicen que no tiene la menor disposición para el violín, y que nunca llegará á tocarlo con perfección. La tiene para el piano, y ese instrumento no le gusta.

El reloj de la Merced dió las once, y la música estaba en su punto. La hija de Doña Lupercia llegó á cansarse y dejó á D. Florencio, que no se dió por vencido y continuó tocando solo. Eran las doce y no daba muestras de parar. Pero las velas se acababan y los tertulianos fueron desfilando. Se extinguió una de las dos, y no por eso aplacó el furor filarmónico de

D. Florencio. Yo quise ver en qué paraba aquello y no me moví. El pábilo de la vela arrojaba sus últimas llamaradas. El capitán Ballina refería por la vigésima vez la campaña de Omoa y el violinista comenzaba, medio á oscuras, una sonata de Kreutzer. Doña Lupercia cabeceaba en el sofá y Doña Modesta hacía esfuerzos sobrehumanos por atraer las miradas torcidas del capitán. Mi amigo conversaba con el número 4 y las otras que habían quedado solas, bostezaban y se persignaban las bocas. De repente se extinguió la mecha y quedamos completamente á oscuras. Hubo un zafarrancho general. El número 4 dió un grito, y dijo que le habían aplastado un callo; la tía se ofreció á conducir de la mano al capitán y ponerlo fuera de la sala y D. Florencio salió tocando la sonata de Kreutzer hasta la puerta de la calle.

Pocas noches después hubo un bailecito en casa de Doña Lupercia, para celebrar el cumpleaños de no sé cuál de las personas de la familia. Quitaron el petate de la sala, para que no se maltratara; arrimaron á la pared la mesa, cargada de botellas de licores y con algunos platos de comestibles, insuficientes para la numerosa sociedad que había sido invitada; agregaron dos velas al alumbrado ordinario, y madre, tía y señoritas, de veinticinco alfileres, aguardaban á las ocho en punto la llegada de los danzantes. Á poco entró media Universidad, presidida por Vargas y Velasco, llevando el primero una guitarra, con la que se proponía acompañar unas boleras que cantaba. D. Florencio fué puntual, y desde que entró desenvainó el violín y mientras comenzaba el baile, obsequió á la concurrencia con una composición de Viotti, que por desgracia no fué escuchada con toda la atención y el recogimiento que aguardaba aquel aficionado entusiasta.

Comenzó el baile. El monacordio y el violín constituían la orquesta. Doña Florencia logró atrapar dos jugadores de tresillo y organizó la partida en la pieza inmediata, dejando á las niñas entregadas al brazo secular de los estudiantes, bajo la guarda

nominal de Doña Modesta, á quien desesperaba la tardanza del capitán.

Como á las once hizo éste su entrada triunfal en la sala del baile. Vestía de grande uniforme; llevaba un sombrero con muchas plumas de diversos colores y arrastraba un largo chafarote con vaina de metal, haciendo un ruido que casi apagaba las voces del monacordio y del violín.

Se excusó cortesmente por llegar tan tarde, alegando los deberes del servicio y puso sitio en regla á la Costales número 1, con gran descontento de la tía Modesta.

Los estudiantes habían despachado ya los víveres y consumido más de las tres cuartas partes de los caldos, que de los estómagos se les subieron á las cabezas. Bailaban con desesperación, sin cuidarse de llevar el compás y gritaban á voz en cuello, desvelando á todo el vecindario.

Para poner un poco de orden en aquella barahunda, Doña Lupercia resolvió hacer uso de sus facultades constitucionales, dejó el tresillo por un momento y se presentó en la sala, reclamando el orden. No fué atendida, y viendo que nada lograría empleando la autoridad, dispuso recurrir á un expediente y propuso á mi amigo Vargas que cantara las boleras. La reunión acogió la idea con entusiasmo; el estudiante tomó la guitarra y se dispuso á entonar, haciendo todos los concurrentes un gran círculo en torno del cantor. La pobre Doña Lupercia no podía prever la zamotana que armaría lo que ella había propuesto con tan buena intención.

Vargas cantó una en pos de otra todas sus boleras, cada una de las cuales fué recibida con ruidosos aplausos. D. Florencio se animó y sin poder contener su entusiasmo, se puso á acompañar al cantor con el violín. El capitán comenzó á hacer segunda, con voz tan poco firme como su mirada, lo que produjo una armonía diabólica, que acabó de poner el colmo á la alegría de los concurrentes. Agotado el repertorio de las

boleras, el público pedía otras y Vargas no sabía qué hacerse para dar gusto á su auditorio.

— Pues no hay más sino improvisarlas, dijo Velasco, que la echaba de poeta. Yo voy á soplarte.

Diciendo así, se colocó junto al cantor y comenzó á decirle unos versos de pies más ó menos quebrados, que el otro cantaba al compás de la guitarra y del violín de D. Florencio, que en aquellos momentos produjo notas dignas de Beriot y de Paganini. De repente el asesor-poeta aconsejó al cantor la siguiente bolera, que Vargas tuvo la desdichada idea de entonar, fijando los ojos en el capitán :

Los militares, madre,
plumas se ponen,
porque las plumas nacen
de los cañones.
Y en la milicia,
con cañones y plumas
hay sus gallinas. (1)

Hay sus gallinas, *hay sus gallinas*, cantó en coro toda la reunión. El capitán se puso rojo, después verde, luego azul y en seguida no sé de qué otro color ; y echando ternos, sacó el chafarote y se lanzó sobre Vargas, tirándole un sablazo que éste paró con la guitarra. Doña Lupercia, la tía Modesta y las Costales, desde el número 1 al 5, soltaron el grito y corrieron á apagar las velas, medida extraordinaria y salvadora que les ocurrió como la única capaz de evitar un desastre. Ballina buscaba á su enemigo en medio de la oscuridad y la confusión y quiso la desgracia que por atrapar á Vargas, echó garra á D. Florencio que trataba de escapar con su violín. El héroe de Omoa se apoderó del instrumento y levantándolo en alto, le descargó sobre la cabeza del propietario, que gritaba con voz ahogada por la pena :

(1) Bolera inédita del Dr. Goyena.

— Máteme V., si gusta, pero no me rompa el violín.

El resultado hizo ver que la recomendación llegaba tarde. Vargas enarboló la guitarra y la descargó á ciegas, alcanzando, no al capitán, sino á la tía soltera, que se puso á aullar diciendo que la habían asesinado. Las niñas abrieron las ventanas y pidieron auxilio, y á no haber sido la oportuna llegada de una ronda, no sé en lo que aquello habría parado.

Al oir que la patrulla estaba á la puerta de la calle, los estudiantes nos escurrimos bonitamente ocultándonos en los últimos rincones de la casa. Entró la autoridad, llevaron luces y encontrando al D. Gaiferos del capitán que paseaba la sala de arriba abajo, sable en mano, figurándose que estaba en Omoa y buscando más enemigos que vencer, los soldados le rindieron las armas y apoderándose de D. Florencio y de los dos compañeros de tresillo de Doña Lupercia, dieron con ellos en la cárcel.

CAPÍTULO XIII

Tal era, sobre poco mas ó menos, nuestra vida de estudiantes. Terminados los cursos de filosofía, mis dos amigos y yo nos presentamos á examen para obtener el grado. Yo había estudiado y aprendido algo, y fuí aprobado. Vargas y Velasco sabían muy poco y pasaron también.

El primero decidió matricularse en el curso de derechos, como yo, y el segundo prefirió la medicina, pareciéndole carrera más lucrativa.

Esta circunstancia no alteró en manera alguna la amistad que nos unía. Vargas, Velasco y yo continuamos en la misma intimidad, pasando juntos casi todas las horas que nos dejaba libres el estudio.

Velasco tomó gusto á la ciencia, y su talento despejado lo hizo pronto notable entre sus condiscípulos y llamó la atención de los profesores. En la clase de anatomía, sobre todo, se observó la sangre fría y aun complacencia con que ayudaba en las disecciones, siempre que había cadáver en el anfiteatro. Tenía también un pulso muy firme para las operaciones quirúrgicas y verdadero gusto en hacer uso del bisturí y de la lanceta.

Una ciencia que estaba por entonces muy en boga y que hoy ha perdido gran parte de su crédito, la frenología, entusiasmó al joven estudiante, que se declaró partidario decidido de las teorías de Gall y de Spurzheim. Andaba á todas horas tocán-

donos las cabezas y calificándonos, según las doctrinas de aquellos autores, y frecuentemente también, según la idea que tenía de nuestras propensiones y carácter. Esto hacía decir á Vargas que el Dr. Velasco, como él lo llamaba, largaba el tiro y en seguida ponía el blanco en el punto donde había pegado.

Pero el ramo por el cual mostró desde luego mayor predilección, el que lo encantó sobre todo, fué la Toxicología, ó ciencia que trata de los venenos. No contento con el estudio teórico, hacía continuas experiencias en diferentes animales, mientras le era dado hacerlas en los hombres.

Vargas mostraba en los cursos de Instituta, Derecho patrio y Cánones la misma desaplicación de que había dado pruebas en los de Filosofía. Nada puntual en las clases, guardaba su exactitud para la tertulia de Doña Lupercia, en la cual era siempre el primero que llegaba y el último que salía. Aludiendo á su afición á las observaciones frenológicas, Velasco solía decir que importaba más estudiar hombres que libros ; y Vargas componía la frase á su modo y decía que valía más estudiar mujeres que hombres.

Mientras mis dos amigos daban rienda de ese modo á sus respectivas propensiones, yo estudiaba el derecho con ardor y veía con la posible frecuencia á la familia de D. Eusebio Mallén, á la que me ligaban la gratitud y el sentimiento, más tierno aún, que me inspiraba Teresa. Un acontecimiento imprevisto vino á modificar las condiciones de aquella modesta y apreciable familia. Sucedió que D. Eusebio, á causa de una grave enfermedad, que amenazó su vida, quedó imposibilitado de continuar al frente de la escuela, lo cual le obligó á solicitar su retiro, que le fué concedido, con las dos terceras partes de su módico sueldo, que no alcanzaba á satisfacer sus necesidades. Sabedor del hecho, puse todos mis recursos á la disposición de aquellos que habían sido tan buenos conmigo y á quienes consideraba yo como mi propia familia. Pero D. Eusebio llevó su delicadeza

hasta el punto de rehusar decidida y terminantemente los auxilios que yo le ofrecía con tan buena voluntad.

— No, Francisco, me dijo, es necesario que cada cual se baste á sí mismo; y si sus recursos ordinarios no alcanzan, que redoble su trabajo para proveer á sus necesidades.

— Pero V. no está ya en aptitud de trabajar como antes, le repliqué.

— Puede hacerlo mi hija, observó D. Eusebio. Limitando nuestros gastos y esforzándose Teresa á ganar algo más, tendremos lo suficiente para pasar la vida, sin aceptar tus bondadosas ofertas que agradezco en mi alma.

Comprendiendo que aquella resolución era irrevocable, no insistí, y tuve que aguzar el ingenio para inventar medios de prestar algunos auxilios á aquella familia, sin parecer que lo hacía, á fin de no alarmar su delicadeza. Procuraba yo que otras personas encargaran á Teresa algunas obras de costura, y trataba de pagarlas con más de los acostumbrado; pero ella devolvía siempre el exceso, diciendo que no podía recibir sino lo justo. Su asiduo trabajo era, pues, miserablemente retribuído, como lo ha sido en todo tiempo y en todas partes el de las mujeres.

Un día aquella penosa situación cambió, por un medio enteramente imprevisto. Don Eusebio Mallén estaba en su casa leyendo, en lo que se ocupaba la mayor parte del tiempo desde que había dejado la escuela. Doña Prudencia hacía cigarros y Teresa se empeñaba en concluir una obra de costura que estaba comprometida á entregar el día siguiente. Se oyó en la calle el ruido de un coche, y se advirtió con asombro que había parado á la puerta. Era una verdadera novedad para aquella familia, cuyas relaciones estaban circunscritas á un pequeño círculo de personas que no podían proporcionarse el lujo de un carruaje.

— ¿ Quién podrá ser? dijo Doña Prudencia con curiosidad.

— Ese forlón, contestó D. Eusebio, cerrando el libro y qui-

tándose los anteojos, debe haber parado frente á casa por algún accidente.

No bien había pronunciado esas palabras, tres fuertes aldabonazos en la puerta de la calle indicaron á la familia que iba á recibir una visita de representación. En efecto, un momento después entró en la salita un sujeto de alguna edad vestido de negro y que saludó con ese aire de protección que suele tomar el superior respecto al inferior cuando quiere mostrarle alguna cortesía. Don Eusebio conocía al sujeto; pero no así Doña Prudencia y Teresa, y como en aquel tiempo aun no se acostumbraban las presentaciones, quedó á la sagacidad de las dos señoras el cuidado de adivinar por la conversación quién era aquella visita.

— ¿Y cómo va de males, D. Eusebio? preguntó el caballero, sacando una caja de rapé de plata sobredorada y tomando un polvo.

— Algo mejor, Sr. D. Pedro, contestó D. Eusebio; aunque para decir á V. la verdad, esta ociosidad forzada no me sienta bien y....

— Ya comprendo, interrumpió D. Pedro con alguna impertinencia; escasez de recursos, dificultad para proveer á las necesidades de la familia. ¿Eh? Es una verdadera hipoteca. He pensado en ello y de eso es testigo intachable esta visita.

Recalcó particularmente sobre las últimas palabras, como si quisiera dar á entender que sin tal motivo, no habría honrado á aquella pobre gente con su presencia. Tomó otro polvo, y desdoblando un gran pañuelo de madraz, se disponía á sonarse.

— No es eso lo que iba yo á decir, contestó D. Eusebio con alguna animación. Mis recursos son escasos, es verdad, desde que tuve que dejar la escuela; pero mi hija trabaja más que antes y nos proporciona lo que hemos menester.

— Eso es precisamente, replicó el otro, lo que yo he dicho á Su Señoría el Sr. Dr. D. Marcos Dávalos, Oidor de la Real Audiencia. Andrea es un protocolo de virtudes. ¿No es Andrea

el nombre de esta muchacha? Humilde, callada, entendida; en fin, completa como una escritura hecha con todas las formalidades legales; y tal como puede convenir á Su Señoría.

Dicho esto, el sujeto se sonó dos veces con tanta fuerza, que hizo retemblar los vidrios de la ventana. Teresa se levantó é iba á marcharse; pero el caballero la detuvo con una señal de la mano, y le dijo:

— No se vaya V., niña; lo que vengo á decir le interesa particularmente, y si no hubiera estado aquí, habría sido llamada y rogada para que prestara su asistencia.

Teresa consultó á su padre con una mirada; D. Eusebio le indicó que no se fuera y después dirigiéndose á la visita, dijo:

— No comprendo, Sr. D. Pedro, lo que V. quiere decir, ni en qué puede ser de alguna utilidad mi hija Teresa al Sr. Dr. Dávalos. Pero como quiera que sea, yo doy á V. mil gracias por el interés que toma por nosotros.

— Y muy grande que es, replicó D. Pedro, y V. tiene de ello plena probanza en el hecho de que entre tantas jóvenes que doy fé conocer en la ciudad, he propuesto al Sr. Dávalos la hija de V. y no otra.

— ¿Y podré saber, preguntó D. Eusebio, para qué nos ha hecho V. el favor de proponer á mi hija?

— Pues la he propuesto, contestó el caballero, para doncella de compañía y lectora de la Sra. Doña Ana Dávalos, hija única del Sr. Oidor. Mantención y casa y 20 pesos mensuales, me parece que eso es una capellanía lega. ¿Eh?

— Es, dijo D. Eusebio, mucho más de lo que podíamos esperar. No he ganado yo tanto por enseñar las primeras letras á más de cien muchachos, durante veinte años. Y sin embargo, debo decir á V., Sr. D. Pedro, que agradeciéndole infinito haya recomendado á mi hija para esa ocupación, tengo el sentimiento de no aceptarla.

— ¿Cómo dice V.? replicó el caballero asombrado: ¿Rehusar

esa posición tan ventajosa al lado de la hija de un Oidor? ¿Está V. loco, hombre? Usted necesita un curador. ¡Y yo que creía hacer á esta buena gente un gran servicio!

— Como tal, dijo D. Eusebio, recibo la propuesta de V., Sr. D. Pedro, y la aceptaría de mil amores, si no me obligara á separarme de mi hija.

— Ta, ta, ta, dijo el sujeto, rellenándose otra vez las narices de tabaco. Buena razón para perder una colocación que proporcionará á esta muchacha alimentos y 20 pesos de sueldo, (lo que ganan mis escribientes en la escribanía de cámara de la Audiencia, menos la mesa.) La muchacha podrá venir á ver á Vds., en algunos plazos, quiero decir de cuando en cuando, con permiso de la señora, y Vds. podrán verla también en casa del Sr. Oidor, cuando no esté muy ocupada.

Don Eusebio replicó rehusando en términos corteses la oferta que le hacía el escribano de cámara de la Real Audiencia, pues ése era el que por favorecer al maestro de escuela, á quien conocía, había recomendado á Teresa y, lo que es más, tenido la bondad de ir personalmente á dar la buena nueva á la familia. Amostazado con la negativa, el escribano se levantó para marcharse y se disponía á decir alguna cosa poco agradable á D. Eusebio; pero Teresa le suplicó tuviera la bondad de aguardar un momento. En seguida dijo á su padre:

— El señor tiene razón. Sería una locura perder la colocación decente y lucrativa que nos hace el favor de proporcionarme. Muy sensible es para mí separarme temporalmente de Vds.; pero el sacrificio es necesario. Nos veremos con frecuencia, como dice el señor y....

No pudo concluir. Se le hizo un nudo en la garganta y la pobre muchacha comenzó á sollozar. El escribano sacó la caja, se atacó las narices de rapé y murmuró entre dientes que era la primera vez que veía llorar á una persona porque le ofrecieran un empleo con 20 pesos y la mesa.

— Padre, dijo Teresa con voz entrecortada; resuélvase V.;

es necesario ; con un año que sirva yo á esa señora, ganaré lo suficiente para que V. pueda pagar lo que debe sobre la casa.

Don Eusebio insistía en su negativa; pero Teresa redobló sus instancias; y el infeliz tuvo al fin que condescender y consintió en separarse de su hija.

— Eso es proceder con todo arreglo á derecho, dijo el escribano. Ya verá V., añadió dirigiéndose á Teresa, qué bien le va con la colocación. Pues no digo nada; 20 pesos y la mesa ; ¡ cuántas personas se considerarían felices con un empleo semejante ! Conque alistarse, pues desde mañana comenzará V. á cartular, digo á desempeñar su encargo. Hasta la vista.

Dicho esto, el curial se marchó muy satisfecho por el servicio que hacía á aquella familia, que le proporcionaba al mismo tiempo el probar su celo á uno de los más importantes de los miembros de la Real Audiencia.

CAPÍTULO XIV

Aquella misma noche me comunicó la familia la resolución que había tomado, y Teresa me dijo le perdonara el haberse decidido á aceptar la propuesta sin consultarme. Era urgente y temía que cualquiera demora la hubiera hecho perder una colocación decente y ventajosa, que le proporcionaría los medios de ayudar eficazmente á sus padres.

Nada pude decir á esto, aunque, sin saber por qué, no me agradó que Teresa fuera á casa del Dr. Dávalos. Se hablaba en la ciudad con cierto misterio de la hija de este caballero, á quien muy pocas personas conocían ; pues apenas hacía tres meses que su padre estaba en Guatemala, trasladado de la Audiencia de Santiago de Chile. Decían que su figura era extraña y su natural áspero, caprichoso y desabrido ; noticias que no quise comunicar á Teresa, en la esperanza de que si la señora era tal cual la pintaban, le sería fácil dejar la colocación.

Pasaron dos semanas sin que yo viera á Teresa, que en todo aquel tiempo no fué á casa de sus padres. Éstos habían estado á visitarla, y á lo que me decían, no se mostraba disgustada de su situación, aunque nada les dijo respecto al carácter de su señora.

Un día D. Eusebio Mallén llegó á mi casa con un billete que me dirigía Teresa. Decía únicamente que Doña Ana deseaba hablar conmigo, y que ella (Teresa) me recomendaba mucho estuviera á las cuatro y media de la tarde en la Casa de mone-

da, donde habitaba el Dr. Dávalos, como Superintendente del establecimiento. En seguida se leían en el billete estas palabras subrayadas: "*Debes venir vestido de luto riguroso.*"

Aquello me pareció extraño; pero no creí deber negarme al llamamiento de la hija del Oidor; tanto más, cuanto mediaba la expresiva recomendación de Teresa para que no faltara á la cita. Á las cuatro de la tarde me vestí de negro y me dirigí á la Casa de moneda. El portero tenía orden de dejarme entrar y me indicó el camino que debía seguir para llegar á las habitaciones particulares del Oidor Superintendente. Un criado vestido también de luto y con un crespón negro atado al brazo izquierdo, me introdujo, haciéndome atravesar algunas habitaciones, hasta que llegamos á una puerta á la cual el sirviente llamó dos veces. Abrieron y entré en una especie de antesala que conducía á un salón, cuya entrada me franqueó otro criado en el mismo traje. La pieza estaba completamente cerrada, toda colgada y alfombrada de negro é iluminada con la luz de ocho cirios que rodeaban un féretro cubierto de paño negro, con una cruz amarilla. Encima descansaba el cuerpo de una mujer vestida de blanco, ceñida la cabeza con una corona de flores y en la mano una palma que descansaba sobre su pecho. El rostro de aquella mujer tenía la palidez de un cadáver; pero había en su expresión algo que parecía indicar que no estaba muerta. No hacía el más ligero movimiento y tenía los ojos cerrados. Á un lado estaba un ataúd forrado de raso blanco. Tres mujeres, que parecían criadas, y que vestían también de luto, lloraban arrodilladas al pie del féretro, y Teresa, en traje del mismo color, estaba á poca distancia, con un libro. Me detuve espantado, y dije en voz baja al criado que me había abierto la puerta del salón:

— ¿Qué es esto? ¿Quién es esa dama que está allí tendida y al parecer muerta?

— Es, contestó el sirviente, en el mismo tono, mi señora Doña Ana. Guarde V. silencio, van á dar las cinco y volverá á la vida.

En efecto, un reloj colocado en un extremo del salón dió cinco campanadas. Al sonar la última, la persona tendida en el féretro exhaló un gemido, se incorporó, abrió los ojos, levantó la palma que llevaba en la mano, tocó ligeramente la corona que ceñía su frente, y sonriendo con una expresión de profunda melancolía, se puso en pie, rodeándola las criadas y Teresa, que la observaba con atención.

— María, dijo la señora dirigiéndose á una de las doncellas, nada he visto, nada he oído; todo ha sido exactamente igual á las otras veces; y suspiró con aire de abatimiento.

Dió algunos pasos en dirección de una de las puertas de la sala, y de repente, como asaltada por una idea súbita, se detuvo y dirigiéndose á Teresa, le dijo:

— ¿Ha venido?

— Sí, señora, contestó Teresa, aquí está.

Me hizo seña con la mano para que me acercara y llegué hasta ponerme delante de aquella extraña figura. Entonces pude observar á Doña Ana con más detenimiento. Era alta, delgada y pálida como una azucena y sus ojos lánguidos y negros, como su cabello. Aquella mujer habría sido una belleza, sin la extenuación que daba á su figura toda un aspecto cadavérico.

— Acérquese V., me dijo, con una voz algo imperiosa, que ella trataba de dulcificar. Acérquese. Usted murió también; pero más dichoso que yo, probablemente pudo alcanzar esos arcanos de la otra vida, que á mí no se me han revelado.

Estuve un momento sin saber qué debía contestar á aquellas palabras extrañas, cuyo sentido no comprendía muy bien. Entonces Doña Ana despidió á su servidumbre y nos quedamos solos, con Teresa, á quien la señora retuvo cuando iba á marcharse con las otras doncellas.

— Sí, dijo Doña Ana fijando en mí sus ojos desmesuradamente abiertos; yo estuve muerta durante doce horas, hace hoy tres años precisamente. Iban ya á encerrarme en el ataúd,

en ese mismo ataúd que está aquí, cuando Dios quiso volverme á la vida. Un gemido como el que V. debe haber escuchado hace un momento, reveló á mis gentes que yo vivía. Me incorporé; levanté la mano que asía esta misma palma; toqué esta corona que ciñe mi frente.... No había duda; yo había resucitado. Pero ¡ay! no conservaba ya el menor recuerdo de lo que ví y oí en mi rápida excursión por el reino de la muerte, y eso es lo que me desespera. ¿Dónde estuvo mi espíritu durante aquellas doce horas? ¿Qué hizo? ¿Qué regiones desconocidas recorrió? He aquí lo que no acierto á explicarme. En vano he procurado ya varias veces reproducir aquella escena, vestirme como lo estaba aquel día, tenderme en el féretro, rodearme de mis gentes llorosas y enlutadas como entonces.... Todo ha sido inútil. He vuelto á morir y he entrado de nuevo en la vida, sin la menor noción de lo que pasa allá en la eternidad.

Dicho esto, la pobre señora se cubrió el rostro con ambas manos y se puso á sollozar. Teresa tomó un vaso de plata que estaba sobre una mesa y lo presentó á Doña Ana, que bebió el contenido con precipitación. Algo calmada ya, volvió á fijar en mí sus grandes ojos negros y me dijo en voz baja:

— ¿Es verdad que V. murió ahorcado y resucitó?

— Cierto es, señora, contesté, que por un supuesto crimen...

— No es eso, interrumpió la dama con impaciencia: sé que era V. inocente; lo que necesito me diga es si murió efectivamente, qué vió en el otro mundo y si encontró allá alguno de sus deudos, amigos ú otras personas queridas que hubiesen muerto.

Observé que Teresa me hacía una seña, como indicándome que no contradijese á Doña Ana, y dije:

— No podré asegurar, señora, si mi muerte fué verdadera o aparente. Cuando quedé balanceándome en el aire, pendiente de la cuerda que me oprimía el cuello, vi como si la atmósfera se hubiera iluminado con una llama rojiza. En seguida una luz templada y agradable, como la del crepúsculo,

comenzó á hacerse ver y se extendieron á mi vista calles de árboles á las cuales no alcanzaba yo á ver el término, y en las que resonaba una música armoniosa. Mi espíritu se perdió en aquellas arboledas sin fin y de repente la escena espléndida desapareció, y todo fué silencio y oscuridad. No ví ni oí más.

— Usted, replicó la señora, murió efectivamente; pero como lo hicieron volver muy pronto á la vida, no tuvo tiempo de entrar en la mansión de los bienaventurados, á donde conducen esas alamedas que vió y en las que le fué dado al menos escuchar los coros de los ángeles. Vuelva V. á verme; sé que ha de ser algún día esposo de esta joven, que ha sabido ganar mi afecto; me será grato contribuir de alguna manera á su felicidad.

Doña Ana me presentó su mano pálida y descarnada, que tomé y llevé á mis labios con respeto, y se retiró, apoyada en el brazo de Teresa, que me hizo seña de que la aguardara.

Me senté en una silla, frente al féretro y me puse á reflexionar, mientras volvía Teresa. Todo aquello me parecía muy extraordinario, y no acertaba á comprender cómo Doña Ana podía tener realmente ideas tan extrañas. Un momento después entró Teresa y se sentó á mi lado. Viendo sin duda en mi semblante la impresión que me había hecho su señora y lo que acababa de ver y oir, me dijo:

— Ya considero que lo que has presenciado aquí debe parecerte muy raro, Francisco. Es la segunda vez que sucede en los quince días que hace estoy en esta casa. Por la camarera de la señora estoy informada de lo que origina todo esto que á ti te parece sin duda inexplicable. Doña Ana sufrió, tres años hace, una enfermedad muy grave, que llegó á punto de que su familia y los médicos mismos la creyeran muerta. La vistieron con el mismo traje que ahora le has visto, le pusieron en la cabeza la corona y en la mano la palma y tendida en un féretro igual á ese que tenemos delante, estuvo aparentemente muerta durante doce horas. Cuando su familia iba á colocarla

en ese ataúd que está allí, exhaló un gemido, se sentó y al ver el aparato que la rodeaba, el traje que vestía y á las personas de su servidumbre llorando y vestidas de luto, comprendió que la habían creído muerta, y volvió á perder el conocimiento. Acudieron los médicos y lograron hacerla volver ; pero desde aquel día le quedó la idea fija de que había muerto real y verdaderamente, un sentimiento profundo de no poder darse cuenta de lo que vió y oyó en la otra vida y de no haber visto allá alguna persona á quien buscaba. Hizo conservar cuidadosamente todos los objetos que sirvieron en aquella ocasión y los ha traído consigo. Además, ha dado en la idea de que reproduciendo la escena vuelve á morir y que quizá logrará lo que no obtuvo la primera vez. He allí porqué la has visto tendida en el féretro, en este salón enlutado, y la servidumbre toda de duelo, pues no puede soportar en esos momentos la vista de una persona que no esté vestida de negro.

— Es decir, observé después de haber escuchado la relación que me hizo Teresa, que te han traído para que cuides una loca.

— No podré asegurar que Doña Aná sea loca, replicó Teresa. En todo lo demás es una persona sensata y buena, aunque algo violenta. Los médicos han prevenido que no se le contradiga y que se le deje en libertad de hacer lo que le acomode. He allí por qué todos hemos debido prestarnos á la escena que acabas de presenciar.

Doña Ana me ha tomado afecto, gusta de mi compañía y de conversar conmigo, y queriendo darme una prueba de su protección, me dijo hace algunos días, que deseaba establecerme. Esto me puso en la necesidad de abrirle mi corazón y darle los informes que me pidió respecto á ti. Tu historia pareció interesarle sobremanera y ayer me previno te llamara, como lo hice.

— ¿Y el padre de Doña Ana, pregunté á Teresa, qué dice de las rarezas de su hija ?

— El pobre caballero, me contestó, idolatra á Doña Ana; su único pensamiento es el de complacerla y ha dado orden de que todos obedezcamos hasta el último de sus caprichos. Tenemos también prohibición expresa de hablar con persona alguna de fuera de la casa de esa especie de enfermedad de la señora.; y cuando ella me dijo que te llamara y consulté á su padre, convino en que vinieras, contando con tu discreción, en la que le dije yo podía confiar enteramente.

Después de haber escuchado esos informes acerca de las rarezas de Doña Ana Dávalos y conversado con Teresa sobre otras materias, volví á mi casa dolorosamente afectado por cuanto había visto y oído aquella tarde, reconociendo una vez más, cuánto debía agradecer á la Providencia el que hubiera querido que yo conservara ilesa mi razón, después de la prueba peligrosa á que la sometió mi condenación á muerte, mi ejecución y mi vuelta á la vida.

CAPÍTULO XV

Aprovechando la invitación que me hizo la hija del Oidor, fuí algunas veces á la Casa de moneda, y tuve oportunidad de ver y hablar á aquella dama, que me pareció muy sensata en todo cuanto decía, siempre que no se trataba de lo que ella llamaba su muerte y se resurrección. Mostraba cada día más afecto á Teresa, y ésta correspondía por su parte á aquel sentimiento con una adhesión sincera. Á pesar de la diferencia de condición social y de edades, pues Doña Ana contaba cinco ó seis años más que la hija del maestro de escuela, llegó á establecerse entre ellas una verdadera intimidad, que las hacía verse no ya como señora y sirviente, sino como amigas ó hermanas.

Pasó así algún tiempo, reservando yo aun á mis amigos Vargas y Velasco el secreto de la locura (que para mí no era otra cosa) de la hija del Dr. Dávalos. Una noche fuí, como solía hacerlo, á visitar á esta señora, que por afecto á Teresa, sin duda, se mostraba cada día más bondadosa conmigo. Al atravesar uno de los largos corredores del edificio, que una lámpara iluminaba escasamente, me crucé con un hombre embozado hasta los ojos, y cuyo aire me pareció muy semejante al de Velasco. Consideré aquel hecho tanto más extraño, cuanto que Doña Ana Dávalos no recibía sino á uno que otro de los amigos íntimos de su padre. Me detuve para examinar á aquel desconocido, que por su parte se fijó también en mí,

pues á la cuenta el encontrarme en aquel sitio le pareció tan inexplicable como á mí se me hacía su presencia en él. Velasco ignoraba completamente mis relaciones con Teresa Mallén, pues á pesar de nuestra amistad, yo había creído prudente no revelar á mis dos amigos un secreto que no era mío exclusivamente. El embozado, después de haberse fijado un momento en mí, como si hubiera querido acabar de reconocerme, se alejó precipitadamente, sin decirme una palabra. Por mi parte no creí tampoco deber hablarle y lo dejé pasar, esperando que Teresa podría explicarme aquel misterio. Entré; encontré á Doña Ana algo más animada que de costumbre. Sus mejillas, tan pálidas de ordinario, estaban ligeramente sonrosadas y había en sus ojos, en el tono de su voz, en su persona toda, algo que revelaba una emoción inusitada. Teresa estaba al lado de la señora, como de costumbre, y me pareció inquieta y distraída. No se hizo la más remota alusión que confirmara mi idea y comencé á dudar si engañado por alguna semejanza casual, habría yo tomado á otra persona cualquiera por mi amigo Velasco. Nos vimos al día siguiente y no me dijo una sola palabra que aclarara aquel misterio. Yo guardé igual reserva, por mi parte, y pasó algún tiempo sin volver á encontrar á Velasco, ó al que yo había tomado por él, en casa de Doña Ana Dávalos. Llegué á creer que me había equivocado y respetando la reserva que guardaba Teresa, no le comuniqué la sospecha que abrigaba respecto á aquel desconocido.

Yo continuaba mis estudios con empeño y estaba ya al concluir mis cursos de la parte teórica del Derecho. Vargas casi no asistía ya á las clases, á pesar de mis instancias y pronto me convencí de que no concluiría la carrera. No así Velasco. Estudiaba las ciencias médicas con mucha dedicación; sus progresos eran notables; los profesores lo distinguían entre los demás estudiantes y corría de boca en boca una expresión del célebre Dr. Sánchez, que indicaba el alto concepto que había formado del genio médico de aquel joven.

Recibimos nuestros grados casi al mismo tiempo, lo que no pudo hacer nuestro amigo Vargas, que mostraba cada día menos afición al estudio y muy poca puntualidad en las clases.

Comencé mi pasantía en el bufete de un abogado de los más célebres de aquel tiempo, el Dr. D. Juan Gualberto Morales, gran memorista, de quien se decía, (sin duda con exageración) que sabía los códigos de pe á pa; que podía indicar hasta la página y el lugar de la plana de la Curia Filípica donde se encontraba esta ó la otra doctrina; que conocía perfectamente cuanto habían escrito los tratadistas y que era, además, profundo en el Derecho canónico, en la Teología, en la literatura española, latina y griega, sin que le fueran extrañas las de otras naciones. El Dr. Morales era un prodigio de ciencia, y su rectitud se había hecho proverbial, pues jamás se hacía cargo de una causa que no fuera justa. No tenía aquel gran abogado más que un ligero defecto: el de perder todos los negocios que se le encomendaban. Esto dependía, sencillamente, de que sus escritos, llenos de erudición, eran tan largos y tan fastidiosos, que cansaban á los jueces, y muchas veces ya no los leían, sentenciando *inauditam partem*. Su exactitud minuciosa, lo hacía detenerse en pormenores curiosos, interesantes tal vez, pero impertinentes al asunto. Si defendía á un reo acusado de haber muerto á un hombre haciendo uso de una pistola, el Dr. Morales no dejaba de consignar en su defensa quién había sido el inventor de las armas de fuego y el de la pólvora, y aun daba el análisis químico de este combustible. Si el defendido estaba ebrio, decía quién había inventado el aguardiente y discurría con erudición y aun con filosofía sobre las causas de la propensión de los hombres á hacer uso de los espirituosos.

Tal era el letrado en cuyo estudio comencé mi práctica. Su despacho era un modelo de exactitud y de orden exagerado. Libros, expedientes, recado de escribir, muebles, todo estaba inventariado y numerado, como los objetos de un museo, y se

necesitaba cierta tramitación un poco dilatada para mover de un lado á otro alguna de aquellas piezas. Lo único en que no había orden de todo cuanto pertenecía al Dr. Morales, era su traje. Mal pergeñado, roto, y hasta sucio, cualquiera lo habría tomado por un pordiosero, sin ese no sé qué inexplicable que revela al hombre distinguido, aun bajo los harapos.

No debo pasar en silencio ciertos rasgos que pueden contribuir á que los lectores de estas Memorias completen su juicio acerca de aquel letrado. Bajo un exterior modesto, encerraba pasiones vivas. Era testarudo, no olvidaba los agravios y su amor propio asomaba la oreja bajo la piel de la humildad.

Soltero, sin hermanas y no tratando jamás con mujeres, tenía, sin embargo, no sé si en su alma ó en su sangre y sus nervios, una inclinación secreta hacia el sexo en general, que debía estallar en la primera oportunidad. Ésta no se había presentado en cuarenta años; pero ya se sabe que lo que no sucede en un siglo sucede en una hora; y de consiguiente, aquel sabio no estaba libre absolutamente de enamorarse el día menos pensado, como un tonto.

Todos los días, á las ocho de la mañana, ocupaba yo la mesa que me había designado D. Juan Gualberto en su despacho, y me ponía á trabajar. Á la misma hora llegaba otro de los pasantes, de apellido Zúñiga, exacto, aplicado al estudio, taciturno, con mucha memoria, poco talento y mal corazón.

El tercer pasante de D. Juan Gualberto se apellidaba Pérez y era el reverso de Zúñiga. Llegaba siempre tarde, era desidioso, estudiaba poco pero aprendía luego, supliendo su talento despejado y su atrevimiento, su falta de dedicación. Pérez no encontraba dificultad en nada y para él no había puente angosto. Citaba párrafos enteros de la Curia, que jamás habían salido de la cabeza arrevesada de Hevia Bolaños, y una vez, cuestionando con el Dr. Morales sobre no sé qué punto de derecho, le dijo con aplomo que la opinión que sostenía estaba conforme con la ley 6.ª, título 4°. de la Partida 8ª. El Doctor le

hizo observar, riéndose, que las Partidas no eran más que siete, y Pérez replicó y sostuvo seriamente que eran ocho, y aun recitó la ley en el castellano del tiempo del Rey Don Alfonso.

Pérez era uno de los tertulianos de Doña Lupercia Costales, en cuya casa fué presentado por el calaverón de Vargas, como maestro de piano que se ofrecía á dar lecciones gratuitas á Isabel, ó sea la Costales número 3. Por supuesto, el tal profesor no sabía tocar una tecla ; pero á las tres noches estaba instalado en la familia con tanta confianza, fueros y privilegios, como si lo hubieran conocido toda la vida, y nadie volvió á acordarse del pretexto bajo el cual había entrado en la casa.

Un día aconteció que cierto vecino de la viuda discurrió levantar un altillo que dominaba la casa de ésta, y como ella tenía sus razones para no querer que *la juzgaran*, preguntó en plena tertulia de qué abogado se valdría para entablar pleito al tal vecino. Pérez indicó en el acto al Dr. Morales, su maestro, y aun ofreció hablarle y recomendarle el asunto. La idea fué bien acogida, no precisamente por la buena reputación del abogado, sino porque era público y notorio que era muy poco exigente en punto á honorarios. La viuda se puso las tocas y acompañada de su hija mayor, fué á ver al Dr. Morales, prevenido ya por su pasante. Esa fué la oportunidad que el diablo, que nunca duerme, aprovechó para inflamar el corazón del sabio. Ver á la Costales número 1 y quedar prendado, enamorado decididamente de su hermosura y donaire, fué todo uno. Ofreció escribir resmas de papel sobre el asunto del altillo y añadió que si había justicia en la tierra, no quedaría adobe sobre adobe en la nueva torre de Babel que la soberbia de aquel mal vecino intentaba elevar hasta los cielos.

Doña Lupercia salió muy satisfecha con lo de la torre y Luisita no dejó de conocer que había clavado la flecha en el corazón de aquel grande hombre, lo cual halagaba su vanidad, por más que fuera poco elegante la figura del enamorado. No hay

para qué decir que el Dr. Morales tuvo necesidad urgente de ir con mucha frecuencia á hablar con la viuda acerca de lo del altillo. Las consultas, los reconocimientos y las vistas de ojos se multiplicaron; el expediente crecía y crecía y estaba ya más alto que la fábrica que motivaba el litigio; pero más de prisa que el altillo y que los autos crecía la pasión de mi pobre maestro. Enamorado por la primera vez á los cuarenta años, de una mujer que está resuelta á ser monja; tener por rival á un capitán de artillería que había vencido en Omoa al inglés y á quien se le iba un ojo y haber de lidiar, por añadidura, con una tía soltera que se había propuesto arrebatar los cortejos á su sobrina, eran circunstancias propias para poner en conflicto hasta á un hombre más práctico que el sabio Morales. Ya veremos los resultados de la tercería que él fué á entablar en el embrollado asunto que se ventilaba entre la Costales número 1, la tía Modesta y el capitán Gallina.

CAPÍTULO XVI

Una noche fuí á visitar á Doña Ana Dávalos, y la encontré en compañía de Teresa, como de costumbre; pero me llamó la atención el encontrar el gabinete de labor donde recibía la señora sus visitas, iluminado muy escasamente, amortiguando la luz del velón (colocado sobre una mesilla incrustada de carey y madreperla,) una pantalla de plata cincelada, que figuraba una mariposa con las alas desplegadas.

Doña Ana estaba recostada en un canapé, vestida de blanco, ceñida la cabeza con la corona de flores del mismo color y agitando con violencia la palma que tenía en la mano.

— ¿ Viene V. á verme morir? me preguntó; voy á emprender de nuevo el viaje á la eternidad, y ¡ ojalá no sea tan infructuoso como los anteriores! ¡Oscuridad y silencio! Eso fué todo para mí. Y él, añadió dirigiéndose á Teresa, que debía estar ya aquí, no parece.

Diciendo así, sacudía la palma con impaciencia y fijaba los ojos, desmesuradamente abiertos, en un reloj de mesa que tenía en frente.

Yo no podía adivinar quién fuera la persona á quien aludía Doña Ana al decir *él*, y la respuesta de Teresa me dejó en la misma ignorancia.

— Aun no es hora, dijo; es seguro que no faltará. ¡ Es siempre tan exacto!

Doña Ana cerró los ojos y no dijo una palabra más. Teresa

me hizo seña de que guardara silencio y permanecimos así durante diez minutos. Dos golpes apenas perceptibles dados en la puerta que caía al corredor, hicieron que la señora se pusiera en pie como sobresaltada.

— Adelante, dijo, y dió dos pasos hacia la puerta, como para recibir al que llamaba.

¡ Cuál sería mi sorpresa al reconocer á mi amigo Velasco, que se dirigió á la hija del Oidor, á quien saludó en voz baja ! Hizo una ligera inclinación de cabeza á Teresa Mallén y otra á mí, como si hubiera sido yo un desconocido.

— Creía que usted no vendría, dijo Doña Ana, volviendo á tomar su posición en el canapé y señalando á Velasco una silla que estaba al lado. Teresa se retiró á un rincón del gabinete y yo me levanté para marcharme ; pero la hija del Oidor me hizo seña para que me quedara.

— Usted, me dijo, ha muerto y resucitado, y está iniciado, en parte, en los misterios de la otra vida. Quédese ; converse con esta joven en tanto yo me preparo para emprender el viaje.

Dicho esto, se levantó y se dirigió á una puerta que comunicaba con el salón donde la encontré tendida en el féretro la primera vez que la ví. Velasco la siguió, sin decir palabra, y aun sin mirarme, conducta que me parecía inexplicable.

— ¿ Qué hace aquí este joven ? pregunté á Teresa, luego que estuvimos solos.

— No me lo preguntes, me contestó con aire suplicante. Sabes que no guardo para ti secreto alguno de los que me pertenecen ; pero faltaría yo á mis deberes, si satisfaciera á tu deseo. Dentro de pocos días podré, sin duda, hacerlo, sin traicionar la confianza de Doña Ana y de su padre.

Aquellas palabras picaron mi curiosidad más vivamente ; pero conociendo el carácter reservado de Teresa Mallén, comprendí que insistir en exigirle más explicaciones, sería causarle inútilmente un desagrado. Respeté, pues, su silencio,

y variando de conversación, hablamos de nuestro mutuo amor y de nuestras esperanzas de felicidad, cuya realización iba acercándose, á medida que se aproximaba el término de mi carrera literaria.

Pasó así una media hora, al cabo de la cual se abrió la puerta del salón y apareció Velasco, cuya fisonomía impenetrable no dejaba ver la más ligera emoción, ni indicio alguno que pudiera ponerme en aptitud de descifrar aquel misterio. Se despidió de Teresa, y haciéndome una cortesía ceremoniosa, se marchó.

Inmediatamente me puse en pie, tomé mi sombrero, y sin dar tiempo á que Teresa me hiciera observación alguna, salí del gabinete y alcancé á Velasco.

— ¿ Qué significa esto, Antonio ? le dije. ¿ Cómo has venido á esta casa ?

— ¿ Y á ti, me contestó, quién te proporcionó esta relación con la hija de un Oidor?

— Yo... le repliqué tartamudeando, he sido llamado ; pero tú...

— ¿ Y quién te dice que yo no lo haya sido también ?

— Pero yo debo tal vez mi venida á esta casa, observé, á alguna circunstancia muy especial que no concurre en ti.

— Ni en mí ni en nadie, contestó Velasco, sonriendo con malicia ; puesto que no es fácil que otra persona haya muerto y resucitado como tú.

Esa respuesta me hizo ver que él sabía por qué había sido yo llamado por Doña Ana Dávalos, y aumentó la mortificación que me causaba el no acertar á explicarme su presencia en aquella casa y la intimidad que parecía haber entre él y la hija del Oidor. La reserva de Velasco me pareció extraña y me picó, sin advertir que si era una falta á la amistad, yo la había cometido primero, ocultando mis visitas y cuanto se refería á ellas á mis dos amigos. No quise hacerle más preguntas, y al salir de la Casa de moneda, nos separamos, despidiéndonos con alguna frialdad.

Dejé pasar algunos días sin ir á ver á Doña Ana Dávalos, informándome de Teresa con sus padres, á quienes veía frecuentemente. Un día trabajábamos en el despacho del Dr. Morales el pasante Zúñiga y yo, cuando entró el otro compañero Pérez, que llegaba por lo regular media hora ó una hora después de la que nos estaba prescrita.

— ¿ Saben Uds. la noticia que ha amanecido hoy en la ciudad? nos dijo.

— No, le contestamos, ¿ qué hay ?

— Pues la gran novedad es que un practicante de medicina, Antonio Velasco, ha logrado lo que había procurado en vano todo el Protomedicato, con el Dr. Sánchez á la cabeza : ha curado completamente á la hija del Oidor D. Marcos Dávalos.

— ¿ Y qué mal padecía esa señora? pregunté yo, fingiendo la mayor indiferencia.

— La más rara que pueda V. imaginar, contestó Pérez. Doña Ana Dávalos sufría unos ataques que la ponían como muerta hasta ocho días. ¿ Qué tal que ha habido veces que la amortajen, que le preparen el ataúd, que la tiendan y dispongan ya el entierro ? Pues dicen que con la mayor sencillez la ha puesto buena.

— ¿ Y se sabe, preguntó Zúñiga, con qué remedio ha curado Velasco á la hija del Oidor ?

— Es un secreto, respondió Pérez. Unos dicen que con unas hierbas del campo ; otros que con unos polvos minerales ; pero la verdad sólo él y ella la saben. Cuentan que ahora todo es alegría en casa del Dr. Dávalos y que la enferma ha cambiado completamente y como por encanto.

Esa conversación me explicó el misterio de las visitas de mi amigo Velasco á Doña Ana Dávalos. Probablemente, pensé, alguno de los doctores que veían á la enferma se hizo acompañar, en una de tantas visitas, por mi amigo, para mostrarle aquel caso curioso de enajenación mental ; y una vez introducido en casa del Oidor, Velasco tendría suficiente habilidad

para ganar la confianza de la familia, ofrecería curar á Doña Ana y lo habrá logrado, Dios sepa por qué medios.

Pocos días después vine á confirmar aquellas sospechas. El mismo Dr. Sánchez, el sabio protomédico, era quien había llevado á Velasco á ver á Doña Ana, anunciándolo al padre de la enferma como un joven de grande inteligencia, de un saber y de un espíritu de observación superiores á su edad. El astuto practicante observó cuidadosamente á la hija del Oidor y desde luego concibió el proyecto de dar un golpe maestro, curándola de aquella monomanía que los más hábiles y experimentados profesores no habían logrado vencer. Tomó tan bien sus medidas y supo elegir tan acertadamente el tratamiento, que el éxito coronó sus esfuerzos. Doña Ana estaba curada, ó al menos parecía estarlo.

Terminada la curación, no había ya por qué guardar la reserva absoluta que Velasco había exigido cuando ofreció hacerse cargo de la asistencia de la enferma. Teresa podía hablar del asunto y me refirió lo que había pasado.

— Doña Ana, me dijo, es hija única del Dr. D. Marcos Dávalos. Provisto para una plaza de Oidor en la Audiencia de Santiago de Chile, yendo á tomar posesión del empleo, perdió á su esposa durante la navegación. Aquel acontecimiento impresionó vivamente á Doña Ana, que comenzó á dar muestras de enajenación mental. En Santiago se logró que desaparecieran esos síntomas alarmantes; transcurrido el tiempo del duelo que guardaron el Dr. Dávalos y su hija, comenzaron á relacionarse con las familias principales del país. Una de éstas fué la de cierto caballero llamado D. Juan de Lanuza, cuyo hijo mayor, D. Álvaro, se enamoró de Doña Ana y logró ser amado por ella apasionadamente. Estaba todo arreglado para el matrimonio; pero por desgracia la víspera del día en que debía verificarse, el Capitán General descubrió una conspiración tramada por varios insurgentes, y adquirió pruebas irrecusables de que el joven Lanuza era uno de los más comprometidos en

el plan. Reducido á estrecha prisión, pocos días después, él y sus compañeros fueron remitidos á España, bajo partida de registro. Á poco de haber salido del puerto el barco que los conducía, se levantó una furiosa tempestad, naufragó el buque y pereció la mayor parte de los que iban en él, salvándose en una isla unos cuantos de los presos, entre los cuales no estaba el novio de Doña Ana. Se ha creído que lo más probable es que haya perecido; pero la duda en que quedó Doña Ana y la conmoción que le causó el acontecimiento, tuvo por consecuencia inmediata el que sufriera una grave enfermedad, que terminó con una muerte aparente, que engañó á la familia y á los médicos. Como te dije otra vez, vuelta á la vida por un milagro, cuando iban á encerrarla en el ataúd, quedó bajo la influencia de una idea dominante: la de que había muerto realmente, y con el dolor de no haber visto en el otro mundo al que iba á ser su esposo; no sabiendo, de consiguiente, si éste vive ó no. He allí el origen del trastorno parcial de esta pobre señora; trastorno que los médicos más hábiles no habían logrado curar. Un día el Dr. Sánchez se presentó aquí acompañado de ese joven Velasco, á quien, según parece, él estima y distingue por su gran disposición para la medicina y por los progresos extraordinarios que se dice ha hecho en los estudios. El practicante observó detenidamente á la enferma, y pocos días después vino á ver al Dr. Dávalos y le ofreció curar radicalmente á su hija, bajo la condición de que no sólo no la vería otro médico, sino que se reservaría completamente el que estuviese él encargado de la curación. El Oidor, reflexionando que los esfuerzos de los facultativos habían escollado, y prevenido en favor del joven por los elogios del Dr. Sánchez, aceptó la propuesta y puso á su hija en manos de Velasco, instruyéndole del origen y causa del mal. Mucha fué la habilidad con que éste ganó la confianza de la enferma, apoyándole la idea de que realmente había muerto, no una sino varias veces; y diciéndole además, que volvería á morir y que él le aseguraba

que vería al fin en el otro mundo á la persona muerta que más hubiera amado. La alegría de Doña Ana no tuvo límites desde aquel momento. Tres veces se ha repetido la escena de la muerte, desde que Velasco dirige la curación; pero nadie ha sido admitido ya en la sala donde se ha encerrado Doña Ana sola con su joven médico. Después de las dos primeras veces, la señora me dijo en voz muy baja y con muestras del mayor júbilo, que había visto y oído cosas admirables en el otro mundo; pero no se mostraba enteramente satisfecha y parecía aguardar la completa realización de su deseo. Fué así efectivamente. Hace pocas noches Doña Ana hizo preparar, como de costumbre, el salón donde se tiende cuando se supone muerta, y habiendo llegado Velasco, se encerró con ella. Eran las nueve. Á las once, el joven médico llamó al Dr. Dávalos y á mí, y habiendo entrado encontramos á Doña Ana temblorosa y bañada en lágrimas.

— Ya usted lo ve, padre, dijo al Oidor; no era una idea extravagante la que me agitaba. He visto hoy á aquel que debió ser mi esposo, entre nubes de oro y púrpura, rodeado de un grupo de ángeles. Lo sé ya, Álvaro ha muerto; es feliz, y yo no tengo más sino aguardar tranquila el momento en que Dios disponga que yo vaya á reunirme con él en la eternidad.

Don Marcos abrazó á su hija con efusión y estrechó la mano del joven médico con muestras de la más profunda gratitud. Velasco no se mostraba conmovido absolutamente y parecía ver el resultado de sus esfuerzos con entera indiferencia. Por qué medio ha logrado que Doña Ana crea ver á D. Álvaro, es lo que no sabemos aún; pero lo cierto es que ella parece enteramente curada. Hoy está contenta; desea la sociedad tanto como la evitaba antes y todo ha cambiado en esta casa.

Con mucho interés escuché aquella narración y me alegré sinceramente de que mi amigo Velasco hubiera logrado curar á la hija del Oidor. Comprendiendo ya el motivo de su reserva,

no consideró censurable su conducta, y fuí á buscarlo expresamente para felicitarlo por aquel triunfo. Encontré á mi amigo en su cuarto de estudio, sentado en una silla sin cojín, inclinado sobre una mesa de cedro sin carpeta, en la cual estaban confundidos libros, instrumentos, huesos humanos y animales muertos.

— Vengo á felicitarte, le dije, por la curación de Doña Ana Dávalos; y eché una ojeada en derredor del cuarto, buscando inútilmente algún mueble donde pudiera sentarme.

— Toma esa silla, dijo Velasco, levantándose; y apilando unos cinco ó seis libros en folio, se sentó sobre ellos y añadió:

— Ya supongo que debes interesarte por la salud de la hija del Oidor.

— Por ella y por tu reputación me intereso, le contesté, y me alegro de que hayas logrado lo que habían procurado inútilmente tus mismos maestros.

— Era un caso curioso de lypemanía, contestó Velasco sonriendo y acariciando una calavera que estaba sobre la mesa. Prescindí completamente del método curativo farmacéutico y me limité al higiénico, y sobre todo al moral. Doña Ana creía haber muerto y resucitado varias veces y buscado en vano en el otro mundo á una persona que considera muerta; pero no sabiéndolo de cierto, había dado en el tema de convencerse por sus propios ojos. Era inútil combatir esa idea por medio del raciocinio. Yo sé que un sabio médico griego del siglo VI curó á una mujer que suponía haberse tragado una serpiente, haciéndole creer que la arrojaba y echándola en efecto en el vaso en que deponía. Sé que otro lypemaniaco que se creía condenado, se curó, entrando en su cuarto un individuo bajo la figura de un ángel, que le anunció la absolución de sus pecados. Otro no comía porque aseguraba estar muerto, y fué necesario fingir que se hacía comer á un verdadero muerto en su presencia y que éste le hablaba, asegurándole que en el otro

mundo se comía también. Así pudo lograrse que se alimentara y se curó. Otros muchos casos de curaciones ingeniosas pudiera yo citarte, que me sugirieron la idea de hacer ver a Doña Ana una supuesta escena del otro mundo y á su prometido esposo en medio de un grupo de ángeles. Una linterna mágica de las perfeccionadas por Euler, que por consejo mío pidió su padre, con vidrios á propósito y en uno de ellos reproducida la figura del novio de Doña Ana, copiada de un retrato que conservaba D. Marcos, fué el medio que empleé para fingirle la aparición. En una de las ocasiones en que se creía muerta, se le hizo oir una música lejana, haciendo ejecutar una pieza en un cuarto inmediato. Al oirla abrió los ojos. El salón estaba ya oscuro ; vió en la pared un gran círculo luminoso y las figuras de los ángeles que pasaban en grupos caprichosos. De repente percibió con toda claridad el rostro de su amante, dió un grito, cerró los ojos, y cuando los volvió á abrir, la visión había desaparecido.

Segura ya de que el hombre á quien amaba murió y está en el cielo, la resignación y la tranquilidad sucedieron á la agitación de aquel delirio parcial, y la enferma puede considerarse curada.

Mientras hacía aquella relación, Velasco había tomado una rana muerta que tenía sobre la mesa y la abrió con el bisturí, en seguida le introdujo un alambre de cobre al través de la columna vertebral, aplicó el extremo del alambre á un pedazo de hierro, y no tardaron en producirse violentas convulsiones en los músculos del animalejo. Yo seguía con interés aquella operación, que mi amigo ejecutaba como distraído, y visto el resultado, le dije:

— Pues si has tenido la habilidad de curar á una loca, fingiendo la aparición de un muerto, no es menos curioso que hagas ver á un cuerdo un animal muerto que se mueve como si estuviera vivo.

— Yo no hago más en esto, me respondió riéndose y de-

jando su rana, que ensayar un descubrimiento reciente del célebre médico italiano Galvani. Pero lo que te admirará, sin duda, es saber que las teorías sobre el cerebro, los músculos y los nervios que se deducen de esa experiencia casual de Galvani, y que hoy hacen tanto ruido en Europa, habían sido anticipadas aquí, á fuerza de raciocinio, por mi sabio maestro el Dr. Sánchez, en lecciones á sus discípulos en 1790; (1) es decir, cuatro años antes de que publicara Galvani su tratado *De viribus electricitatis in motu musculari.* ¡ La electricidad ! exclamó Velasco animándose, he allí la explicación y la causa de los grandes fenómenos de la vida. ¿ Y por qué no podría yo hacer con un hombre lo que acabas de verme ejecutar con una rana ? Conocido el principio vital y dueño de él, ¿ no podría, añadió en voz baja y con misterio, hacer revivir un cadáver y arrancar á la muerte sus víctimas? (2)

— ¡ Delirios! contesté poniéndome en pie; delirios del orgullo, Antonio. El hombre tiene la triste facultad de destruir la obra de Dios; pero no la de rehacerla. ¡ Cuidado Antonio! La ciencia, conducida en alas de la vanidad, puede llevarte á una región donde no puedas sostenerte y caigas precipitado en un abismo. Adiós.

Dicho esto, estreché la mano de aquel joven tan inteligente como audaz, y salí, penosamente afectado por la conversación que acababa de tener con él.

(1) Este pasaje alude á una carta del Dr. D. José de Flores inserta en el capitulo CXXIX, Tomo III de las *Memorias* del Sr. García Peláez.

(2) Es bien sabido que el entusiasmo que causó, en los últimos años del siglo pasado y principios del presente, el descubrimiento de Galvani, sugirió á algunos sabios europeos ideas semejantes á las que expresa D. Antonio Velasco.

CAPÍTULO XVII

Como á las seis de la mañana del día siguiente, estando aún en la cama, dormido, sentí, medio en sueños, que me movían con fuerza y oí una voz que decía:

— Una gallina asada y dos botellas de moscatel.

Me figuré que soñaba é iba á volverme al otro lado; pero un sacudimiento más fuerte me convenció de que estaba allí alguno que procuraba despertarme y que repetía:

— Dos botellas de moscatel y una gallina asada. Luego; no hay tiempo que perder.

Abrí los ojos y ví á mi amigo Vargas, que tenía en la cabeza un gran sombrero de jipijapa, que llevaba al hombro una escopeta y terciado á la espalda un morral, que parecía estar lleno de municiones.

— ¿Qué significa esto? le dije, ¿te has vuelto loco? ¿qué es eso de gallina y de botellas?

— Pues es muy claro, replicó Vargas; que tenemos hoy día de campo en los Arcos con las Costales; que anoche me encargaron que te avisara, advirtiéndote lo que debías llevar, y como saldremos á las ocho, vengo á despertarte, para que haya tiempo de que asen la gallina. Vístete.

— Pero hombre, dije yo...

— No hay excusa, Chico; va el capitán vizco, D. Florencio, y por supuesto su violín, nuestro famoso Doctor Velasco, y lo que apenas te cabrá en la cabeza, el sabio Morales, tu maes-

tro, que está enamorado hasta los tuétanos de la Costales número 1. Vamos á estar alegres. Arriba; dí que asen el animal.

— ¿Y tú qué llevas? le pregunté.

— Me señalaron un chumpipe relleno; pero no pude conseguirlo y mandé preparar otra ave. Ya verás. La cosa va á estar buena.

Viendo que sería inútil tratar de excusarme, hice el ánimo y me decidí. Llamé á mi cocinera y le mandé preparar en el acto la gallina y que fuese á comprar las dos botellas de vino que se me habían asignado.

Mientras me vestía, Vargas se puso á limpiar con una lija el cañón de su arma, que estaba algo tomado de orín.

— ¿Y cuál es, pregunté á mi amigo, la cuota que se ha señalado al Dr. Morales?

— Ése paga la música, contestó Vargas, que consiste en una flauta y un violín. Don Florencio con el suyo y yo, que tocaré la guitarra, completaremos la parte instrumental. Formarán la vocal dos tiples, que cantarán las tonadas más en boga.

— Pues la fiesta será buena, dije yo;... ¡ah! ¿y cómo iremos? porque de aquí á los Arcos hay alguna distancia.

— Cada cual como pueda; yo alquilé un caballo, que me cuesta doce reales por todo el día y está aquí en el patio. Si quieres, podremos tomar otro para ti. Doña Lupercia y su familia van en coche alquilado á razón de seis reales la hora, que costean el capitán y los compañeros de tresillo de la señora.

Comprendí que no debía perder tiempo en procurar el caballo, y luego que estuve vestido, salí con Vargas á arreglar ese punto indispensable.

No lejos de mi casa vivía el alquilador de caballos, sujeto muy conocido de colegiales y estudiantes, obligados á recurrir al establecimiento en cada huelga de las tres ó cuatro que había en el curso del año. Nos llevó á la caballeriza para que viéramos las dos únicas bestias que le quedaban disponibles :

un caballo alazán y una mula *prieta*. Ponderó hasta las nubes los méritos de sus bestias, y Vargas les puso más tachas de las que en realidad tenían, (y que no eran pocas). Por supuesto declaramos la mula enteramente inadmisible, á causa de su sexo. Examinando despacio el alazancito, mi amigo descubrió que una de las orejas del animal era de cartón pintado. El chalán negó el hecho de pronto; y cuando al fin tuvo que confesarlo, dijo que la oreja postiza había quedado tan perfecta, que la natural no era mejor, y que no hubiera conocido la sustitución la madre que parió al alazancito.

Para que acabáramos de decidirnos, el chalán dijo que no hacía media hora que había alquilado otro caballo del mismo color y del mismo cuerpo al criado del Dr. Morales, que había pagado por él tres pesos, muy contento. Convenimos en tomar el alazán, que alquiló el individuo por catorce reales, (sólo por ser para nosotros, según dijo), y se ofreció él mismo á llevarlo á mi casa. La gallina estuvo pronto bien dorada, las botellas listas y con unos cuantos panes que hice agregar, Vargas y yo llenamos unas árganas, que colocamos á la grupa de mi silla. Montamos y tomamos alegremente el camino de los Arcos.

Vargas estaba de mejor humor que de costumbre. El aire del campo, el caballo y la idea de que iba á divertirse grandemente, hacían que lo viera todo de color de rosa. Estuvo más locuaz que de ordinario; me contó varios lances chistosos acaecidos en casa de las Costales, en los que generalmente hizo el papel de víctima mi respetable maestro el Dr. Morales, á quien Vargas designaba con el apodo de Cujacio. Yo no llego á comprender por qué un sabio ha de parecer siempre ridículo cuando está enamorado.

Habíamos andado unas dos ó trescientas varas más allá del Guarda, y alcanzamos el coche de alquiler que conducía á las damas. Era una enorme máquina, que consistía en una gran caja forrada de cuero no muy fino, pintado de colores vivos, adornado en la parte de atrás con unas figuras de niños que se

divertían en coger mariposas con los sombreros. Esa caja, hecha para contener cuatro ó cinco personas á lo más, iba ocupada con la Sra. Costales, la tía Modesta y las cinco señoritas, que se acomodaron como les fué posible. Por fortuna prevalecían las modas francesas del tiempo del Consulado; lo que equivale á decir que los trajes de las damas eran sumamente estrechos y se llevaban sobre una sola pieza de ropa interior. Dando una ojeada por la ventanilla de aquel coche, le habría parecido á uno ver una ancheta de paraguas enfundados, pues ese era el aspecto que presentaban las señoras con sus vestidos pegados al cuerpo.

La caja del coche, ó forlón, como lo llamaban, descansaba sobre unos gruesos tirantes, formados de correas de cuero, que hacían las veces de resortes y mantenían el vehículo en un balance fuerte y continuo, produciendo en los intestinos y las cabezas de los que iban dentro, cuando eran un poco delicados, los efectos del mareo. La armazón de la cama sobre la cual descansaba la caja era de piezas fuertes de madera, pintadas de verde, tirando todo aquel pesado aparato dos mulas, una de las cuales montaba un cochero, que las hacía caminar á fuerza de látigo, de silbidos, de reniegos y de juramentos.

Detrás de la caja había una tabla cubierta de clavos aguzados, para evitar que los aficionados á disfrutar gratis de la vida arrastrada, pudieran satisfacer su propensión. Pero como era preciso llevar de alguna manera al violinista, al flautista y á los tiples, y hubiera sido costoso el proporcionarles caballos, discurrió Doña Lupercia que los dos maestros se colocaran en la parte de atrás, poniendo una tabla sobre los clavos, y que los tiples fueran en los estribos del coche. El conductor convino, mediante unos dos reales de gala, en sufrir que las mulas cargaran con aquel indebido aditamento, que naturalmente hacía más trabajosa la marcha del carruaje.

Cuando mi amigo y yo le dimos alcance, los músicos habían desenfundado los instrumentos, por orden de Doña Lupercia

y los tiples se disponían á cantar. El Dr. Morales, á guisa de guardia de corps, iba al lado del coche, dividiendo su atención entre la Costales número 1, y el alazancito, compañero del mío, que había resultado algo brioso. Agarrado con ambas manos de la manzana de la silla, le aflojaba la rienda, y el belicoso animal mostraba tendencias marcadas á regresar á su caballeriza. Por fortuna iba allí cerca Pérez, el pasante, que moderaba los ímpetus del animal y tomándolo del diestro, lo hacía volver, á cada conato de tomar una dirección opuesta á la que llevaba el coche. Iba el sabio con el credo en la boca, como suele decirse, y me costó no poco trabajo evitar que Vargas asestara un zurriagazo en las ancas del alazancito del Dr. Morales, lo cual habría dado por resultado inmediato el poner en tierra una buena dosis de erudición jurídico-teológica-literaria. Aun sin la intervención de Vargas, la desgracia estuvo á punto de suceder, al sonar los instrumentos y entonar los tiples; pues el bucéfalo, espantado con el ruido, quiso hacer de las suyas, y fué necesario que nos apeáramos para ayudar al jinete. Naturalmente insté á mi maestro para que cambiáramos las cabalgaduras, ya que la mía parecía ser más pacífica; pero no quiso dar su brazo al torcido; dijo que él había montado caballos peores, y siguió agarrado de la manzana de la silla, dirigiendo miradas de amor al interior del coche y de miedo á las orejas del alazancito.

Llegamos al fin sin que sucediera el percance que era de temerse. El doctor bajó con la posible ligereza y no volvió á acordarse de su caballo, que iba ya á tomar el portante hacia la ciudad, cuando por fortuna fué detenido por uno de los músicos.

Había llegado ya la mayor parte de los concurrentes al día de campo, y andaban atareadísimos buscando algún sitio á propósito para poner los caballos. La empresa era ardua, pues en la extensa llanura donde se eleva majestuoso el acueducto, no se divisaba en aquella época un solo árbol, ni había en

aquellos contornos potrero ni labor alguna donde hubieran podido acomodarse las cabalgaduras. Fué necesario resolverse á *apersogarlas* en el campo, dejándolas en libertad de pacer la hierba, no muy abundante, de la poco fértil llanura.

Resuelto el problema respecto á los cuadrúpedos, quedaba la dificultad de encontrar un punto á propósito para que los bípedos pasáramos el día al abrigo de los rayos del sol. Se resolvió que una comisión, compuesta de los dos tresillistas y del sabio Morales explorara el campo y decidiera la cuestión. Mi ilustre maestro sacó una enorme cartera ó libro de memorias, que nunca lo desamparaba, tomó el lápiz, le aguzó la punta con un cortaplumas y acompañado de los otros dos miembros de la comisión, salió en busca de lo que no había de hallar, pues bastaba tener ojos para ver que hasta donde alcanzaba la vista, no había árboles ni cosa que se le pareciera. Mientras la comisión emprendía sus estudios, las damas se volvieron á meter en el coche y los varones nos ocupamos en dirigirles por las ventanillas galanterías más ó menos nuevas é ingeniosas; pero que á ellas les parecían más agradables que las notas del violín y de la flauta y los chillidos de los tiples.

La comisión anduvo por un lado y por otro ; recorrió el campo en todas direcciones; el Dr. Morales tomaba notas y llevaba ya escritas treinta y cinco páginas del libro de memorias; todo inútilmente. Ni las idas y venidas, ni las vueltas y revueltas, ni los trabajos del sabio hacían brotar un árbol que proporcionara la apetecida sombra. La comisión regresó afligida y desalentada. No lo estábamos menos los demás, y comenzaban ya las murmuraciones á media voz contra la idea del tal día de campo, cuando, ¿ quién lo creyera? el más zafio, el más ignorante de todos los presentes encontró la solución de la dificultad. Mientras la comisión exploraba y el Dr. Morales redactaba el informe, el cochero había desenganchado sus mulas, y sin decir palabra, atravesó los arcos y fué á colocarlas del otro lado, bajo la sombra que proyectaba la elevada construcción,

Uno de tantos observó casualmente el hecho y corrió á dar aviso, gritando *¡ sombra ! ¡ sombra !* con más alegría que la que supongo yo experimentaría el primero que gritó *¡ tierra !* al divisar las islas del Nuevo Mundo. Acudimos todos, y viendo aquella extensión de ocho ó diez varas á cubierto de los rayos del sol, nos preguntábamos unos á otros cómo no nos había ocurrido una cosa tan sencilla. Así sucede siempre después que se hacen los grandes descubrimientos.

El Dr. Morales acabó de redactar su informe, proponiendo para lugar de reunión la parte del campo que quedaba á aquella hora al abrigo del sol, agregando que cuando el astro lanzara sus rayos perpendicularmente sobre el goblo terráqueo, la concurrencia se colocaría bajo los arcos mismos, y después, al declinar el sol hacia occidente, se buscaría la sombra por la parte opuesta; y concluyó con una disertación muy erudita sobre los acueductos, extendiéndose particularmente acerca de los que construyeron los antiguos romanos. El hombre ilustre pretendía que para proceder con orden, debía leerse su escrito antes de tomar posesión del sitio destinado á la reunión; pero la gran mayoría de los concurrentes fué de otro dictamen, y se constituyeron desde luego del otro lado de la arquería, dejando la lectura del luminoso informe para después de comer. Se extendieron en el suelo unos petates *tules* que se habían llevado con aquel objeto y tendidos todos sobre aquella rústica alfombra, comenzamos á disfrutar de las delicias del día de campo.

CAPÍTULO XVIII

Había entre las personas reunidas para divertirse y gozar á la sombra de los Arcos, una que ni se divertía ni gozaba, pareciendo inquieta y desasosegada, y alargando el pescuezo constantemente para buscar algo que aguardaba y que, según la dirección de la visual, debía llegar por el camino de la ciudad. La persona que daba tales muestras de zozobra era Doña Modesta, y el objeto de sus ansias podía ser uno de tres convidados que estaban en retardo : D. Florencio, el violinista; mi amigo Velasco y el capitán Ballina. Queda á la conocida sagacidad de los lectores y las lectoras de estas Memorias el calcular cuál de los tres sujetos era el que hacía que el pescuezo de la tía Modesta se alargara á cada rato y que sus miradas se dirigieran hacia el camino de la capital.

Afligida por la tardanza, la sensible señora buscaba algún lenitivo á su dolor, alguna distracción al pensamiento que la atormentaba, y dirigía miradas tiernas al sabio Dr. Morales, quien, nada práctico en la telegrafía amorosa, ni advertía siquiera aquellas pruebas de interés de parte de la tía y dedicaba ¡ ingrato ! toda su atención á la sobrina.

— Es como que oigo el trote de un caballo, dijo de repente Doña Modesta, suspendiendo el fuego graneado de miradas que descargaba sobre mi ilustre maestro, y dirigiendo la visual hacia el camino.

— No es trote de caballo lo que se oye, dijo uno de los músicos, sino un violín.

Había alguna diferencia entre uno y otro sonido; y sin embargo, el resultado hizo ver que la tía y el filarmónico habían oído bien. Pronto se vió ondear en el despejado horizonte el elevado penacho de plumas de todos colores del capitán Ballina y se percibieron con entera claridad las notas con que despertaba al dormido viento de la desierta llanura el arco de D. Florencio, hiriendo á compás el bordón, la tercera, la segunda y la prima de su violín.

— ¡Ellos son! exclamó la ex-joven señora, con alegría, dirigiendo al sabio una mirada preñada de designios de venganza; pero que desgraciadamente no pudo hacer efecto en mi maestro, que en aquel momento se ocupaba en traducir á la Costales número 1° un madrigal latino que en elogio de su belleza había compuesto la noche antecedente.

El capitán no hacía á caballo una figura muy airosa; y cuando, como sucedió aquel día, tenía la extraña ocurrencia de cabalgar en mula, de uniforme, botas federicas con grandes espuelas y sombrero adornado con plumas, parecía completamente ridículo. Pero á los ojos de Doña Modesta, un héroe, á caballo ó en mula, es siempre un héroe; y queriendo mostrarse obsequiosa con el capitán y despertar los celos del Doctor, mandó á uno de los tiples que fuera á tomar la rienda y desensillar la cabalgadura del vencedor de los ingleses en Omoa.

Con el capitán llegaban mi amigo Velasco y D. Florencio, que pàra divertir á sus dos compañeros de viaje, había sacado el violín y atando la rienda á la manzana de la silla, dejó que su caballo siguiera á los otros, y se ocupó en ensayar una pieza nueva que había estudiado, según dijo, expresamente para el día de campo.

El capitán Ballina echó una ojeada á la reunión, y buscando á la señora de sus pensamientos, se amostazó visiblemente, al encontrarla en coloquio tirado con el Dr. Morales, de cuyas

intenciones comenzaba el guerrero á concebir graves sospechas. Puso la mano derecha en el puño del sable y se llevó la izquierda á la cara, como si fuera á retorcerse el mostacho; pero luego se vió que no podía ser con ese objeto, por la sencilla razón de que el capitán estaba completamente afeitado, como todos los militares de aquel tiempo. No teniendo bigote que retorcerse, el héroe se dió unos cuantos tirones de la nariz, demostración de cólera tan expresiva como cualquiera otra, y dirigiendo la palabra á mi sabio maestro y la mirada á Doña Lupercia, que quedaba al lado opuesto, le dijo :

— ¿Me permitirá V., señor garnacha, que pegue yo unos botones á esa casaca?

— Usted puede pegarle cuantos guste, capitán, contestó el sabio con ironía; y no dudo que lo hará V. bien, pues al verlo venir tan airoso en su mula, todos hemos comprendido que tiene V. tanto de militar como de sastre.

— ¡Voto á bríos! exclamó el capitán, que eso no me lo dice V. dos veces, y si es hombre, tome su espada, véngase aquí tras los Arcos y ajustaremos cuentas. ¿Usted cree que puede insultarse impunemente á un hombre que se ha batido en Omoa con el inglés?

El Dr. Morales, que en su vida las había visto más gordas, se puso pálido; pero el amor propio, sin duda, y la presencia de la mujer á quien amaba le hicieron sacar fuerzas de flaqueza, como suele decirse, y con voz que procuró hacer lo más firme que le fué posible, contestó al capitán :

— Usted me provoca, porque sabe que estoy desarmado, y que no sería posible encontrar aquí una espada para que pudiera yo batirme.

— Eso que no, gritó Ballina, dando una fuerte patada en el suelo. Si es verdad que aquí no hay una espada para V., hay armas de fuego de que podemos hacer uso. Yo he traído mi escopeta de caza, con la que he matado pájaros al vuelo, y veo allí, (señalando á los Arcos, donde estaba arrimada la de Var-

gas,) otra con que puede V. tirar. Conque manos á la obra.

Viendo que el lance llevaba visos de enseriarse, Doña Lupercia y sus hijas prorrumpieron en mil exclamaciones y rodearon á los que se disponían á combatir. El capitán se mostró intransigente, diciendo que el insulto que le había hecho el letrado era de los que no se lavan sino con sangre; y el letrado por su parte contestaba á los ruegos y las lágrimas de aquellas damas, que él había sido provocado y que no hacia más que aceptar el desafío. Doña Modesta tenía opinión contraria á la de su hermana y sobrinas, y sostenía que el duelo era inevitable, en la esperanza de que el capitán le pegara un buen susto al letrado, de quien estaba muy ofendida por el momento.

En fin, como ni el uno ni el otro de los antagonistas entraba por razón, el desafío se llevó á cabo, apartándose los combatientes un buen trecho, para no asustar á las señoras, que muy afligidas (con excepción de la tía que probó aquella vez sus instintos sanguinarios,) se acogieron al coche. Los varones todos, (menos los músicos, gente de suyo pacífica) acudimos á presenciar el combate. El capitán eligió por padrino á uno de los tresillistas; el Dr. Morales al otro; Velasco preparó su estuche y reconocidas las escopetas, se encontró que una y otra estaban cargadas. D. Florencio se retiró como á unas treinta varas de los combatientes, y considerando, sin duda, que la música calma las pasiones más feroces, se puso á tocar una sonata en el violín, con la esperanza de que así lograría evitar la efusión de sangre.

Pero las buenas intenciones del nuevo Orfeo no pudieron vencer los impulsos carniceros del héroe de Omoa, ni doblegar el valor tranquilo del sabio, que en aquellos momentos se elevó á la altura de los hombres de Plutarco. Colocados á cincuenta varas de distancia, apuntaron el uno al otro con las armas homicidas. Uno de los padrinos dió la voz : *á la una, á las dos, á las tres....* ¡Pum! ¡pum! Se oyó un grito de dolor y un hombre cayó en tierra. Pero ¡ cosa rara ! no era uno de los

combatientes, sino el desdichado D. Florencio, á quien había bañado la cara y roto el violín la munición con que estaba cargada la escopeta del capitán. El condenado estravismo había sido la causa del percance; pues pretendiendo apuntar al letrado, el artillero vizco apuntó en realidad al violinista. En cuanto al tiro del Dr. Morales, quien cerró los ojos y volvió la cara al hacer fuego, pasó como á diez varas sobre la cabeza del enemigo, no haciendo, de consiguiente, daño á nadie. Acudimos todos al que creíamos muerto D. Florencio; pero encontramos que por fortuna no pasaban de cuatro ó cinco las municiones que se le habían introducido entre cuero y carne, y que quien había recibido la mayor parte de los proyectiles era el violín, que quedó hecho un harnero de agujereado. Mientras Velasco extraía con presteza y habilidad el plomo alojado bajo la epidermis de la cara de D. Florencio, los padrinos entraron en consulta, y fundados en varias razones, declararon que el honor estaba satisfecho, invitando á los contendientes á darse la mano. Prestáronse uno y otro á la reconciliación con magnanimidad heroica y volvimos todos á donde estaban las damas, que los recibieron con lágrimas de júbilo, (menos la tía, por supuesto;) diciendo que los veían vivos y no lo creían. Todos estaban alegres y satisfechos : solo D. Florencio se mostraba compungido y lloroso por la pérdida de su violín.

Celebramos las paces cantando y bailando, siendo el capitán y el Doctor los héroes del día, y refiriendo cada cual los rasgos de denuedo que les había notado durante el combate. La pretendida, que hacía igual aprecio del valor guerrero de sus dos amantes, mantuvo la balanza de sus condescendencias sin inclinarla ni al un lado ni al otro, de modo que al concluir la fiesta, ambos se gloriaban en su interior de haber hecho al fin la conquista de aquel corazón rebelde. Las demás Costales, del número 2 al 5, se divertían con los jóvenes, mientras la buena de Doña Lupercia daba codillos á sus compañeros de juego, debajo de uno de los arcos. Sólo Doña Modesta estaba

de un húmor de perros. No bailaba, no conversaba, sus dos pretendidos andaban ocupados con el número 1, y aunque á eso del medio día resolvió dirigir sus flechas á Don Florencio, éste le contestó hablándole de la clave de sol, de las corcheas y de las semínimas, y sobre todo, de la irreparable ruina de su violín.

Cuando fué hora de comer, paró el baile, extendieron los manteles sobre los petates y colocaron en aquella mesa improvisada los platos y los cubiertos. El servicio, por supuesto, no era muy completo. No había dos platos iguales, y la persona que tenía tenedor, carecía de cuchillo, y á aquel á quien había tocado cuchillo, le faltaba cuchara. Pero todos declaramos que aquello era parte de la diversión, y que para eso habíamos ido al campo. Comenzaron á servir la mesa y empezaron á circular las botellas. Media hora después todos hablaban á un tiempo y no nos entendíamos unos á otros. Los brindis, las galanterías y las carcajadas se sucedían sin interrupción, y cuando terminó la comida estábamos un si es no es pasados de punto.

— ¿ Y ahora qué hacemos? dijo Vargas.

— Juguemos S. Miguel, dijo Doña Modesta.

La idea fué acogida con entusiasmo, como lo habría sido probablemente cualquiera otra, y se organizó el juego. Por unanimidad de votos se decidió que el Dr. Morales iría á la cabeza de la fila, haciendo de ángel, y que el capitán Ballina sería el diablo, que iba á apoderarse de las almas. La primera ánima que se dejó atrapar fué la tía, que, por lo visto tenía una inclinación decidida á que se la llevara Lucifer. Las demás fueron cayendo á su turno, hasta que lo dejamos de puro fatigados.

Para descansar, propuso el Dr. Morales leernos el informe de marras; pero el capitán le salió de ambas, opinando por una cacería en la laguna, que estaba poco distante. Dividiéronse los pareceres. Doña Lupercia y los tresillistas optaron

por la lectura; D. Florencio, la tía, las señoritas y los jóvenes se decidieron por la caza. Yo me quedé á oir el informe, por deferencia á mi ilustre maestro, y supe después, por mis amigos, los pormenores de la excursión.

D. Florencio se apoderó del violín del músico y lo llevó consigo, ya que no había de servir por el momento. Las damas abrieron unos enormes paraguas de tafetán encarnado, para librarse de los rayos del sol; los cazadores tomaron sus escopetas y la partida echó á andar alegremente, en dirección de la laguna.

Las jóvenes se situaron á alguna distancia de los cazadores; Doña Modesta, más animosa y queriendo juzgar mejor de la puntería del capitán, se adelantó un poco más. Vargas apuntó á unas becacinas, que tuvieron la buena inspiración de levantar el vuelo, un segundo antes de que saliera el tiro. Pérez descargó el arma mortífera sobre unas palomas, y acertó á una gallareta, que según se creyó, debió haber ido á morir en el fondo del agua, pues nadie volvió á saber qué había sido de ella. El plomo llovió sobre otros varios de los huéspedes de aquel lago; pero por un motivo ó por otro, los cazadores no tomaron una sola pieza. Esa gloria estaba reservada al capitán Ballina, que había cargado su escopeta con bala rasa y aguardaba se presentara alguna ave que valiera la pena, para descargarla. Apareció al fin un alcaraván, y como la hija mayor de Doña Lupercia manifestó vivos deseos de poseer aquel animal, el artillero le dijo que lo diera por cogido. Preparó el arma, apuntó, hizo fuego, la bala salió silbando, se oyó un grito aterrador y la tía Modesta, con la cara bañada en sangre, cayó en brazas de D. Florencio, que estaba allí inmediato. Era una nueva víctima de la mala puntería del capitán. Corrieron todos, rodearon á la tía, Velasco reconoció la herida y encontró que, por dicha, el proyectil no había hecho más que desgarrar el cuero cabelludo de Doña Modesta. La curó y se puso buena; pero durante la operación le dieron dos ataques de nervios,

pasión que pretendía haber concebido por aquella joven. La hija del Oidor se encontró perpleja al escuchar tan inesperada confesión. Sabía que Teresa me amaba, que la ligaba á mí un compromiso formal, y por otro lado la gratitud y el interés que Velasco había sabido inspirarle, pesaban mucho en su ánimo y le aconsejaban hablar en su favor. Pudo más esta razón que cualesquiera otras consideraciones. Doña Ana reveló á Teresa el amor de Velasco y abogó por él con decidido empeño. Los méritos personales de aquel joven; el brillante porvenir que le estaba reservado y la circunstancia, muy importante en aquel tiempo, de pertenecer á una familia harto mejor que la mía, fueron los argumentos que empleó aquella señora en favor de su protegido. Teresa la oyó con mucha pena y le contestó expresando su firme determinación de cumplir el compromiso que conmigo la ligaba y en el que estaba empeñada no sólo su palabra, sino su corazón.

Velasco, á quien Doña Ana comunicó el mal resultado de su empeño, se puso pálido al oir la resolución de Teresa, y pareció mortificarle sobre todo, la idea de que yo le fuese preferido. La aversión secreta que contra mí había concebido desde que hacíamos los estudios de filosofía, llegó á tomar en aquella alma apasionada las proporciones de un odio mortal, que continuó ocultando, sin embargo, bajo las apariencias de la más fina amistad. Fingió desistir de sus pretensiones; ofreció á Doña Ana olvidar á Teresa Mallén y suplicó únicamente, como recompensa al sacrificio que hacía de su amor en aras de la amistad, que no se me dijese una palabra de lo que había pasado. Lo prometió Teresa con tanta más voluntad, cuanto esperaba que la inclinación de Velasco sería un capricho pasajero y no quería introducir, con una revelación á su juicio innecesaria, la discordia entre amigos tan íntimos como Velasco y yo.

Guardó éste cuidadosamente en lo más recóndito de su alma su inclinación contrariada y sus proyectos, y sin dejar de ver á Doña Ana y á Teresa, que estaba siempre con ella, observó

una conducta completamente reservada, logrando al fin que una y otra lo creyeran curado de aquel loco amor. Se estrechó más conmigo y pasábamos juntos todo el tiempo que nuestros estudios nos dejaban libre.

Se acercaba el día en que debía yo presentarme á examen para obtener la licenciatura. Sin dejar de ver á Teresa, mis visitas fueron menos frecuentes; ocupando casi enteramente los días y las noches en prepararme para el acto solemne que pondría término á mis afanes.

Tenía fé en mí mismo. Había estudiado mucho y estaba seguro de poder contestar satisfactoriamente á la cuestiones que se me propusieran. No había punto alguno de la teoría de la jurisprudencia civil y canónica que no me fuera familiar, y conocía también los códigos y la práctica de los tribunales. ¿Por qué temer? Los que estaban llamados á calificarme eran hombres rectos y votarían conforme á su conciencia. Esto no obstante, mi espíritu impresionable era asaltado de vez en cuando por dudas aterradoras.

" Es tan fácil, pensaba, á un examinador el hacer quedar mal á un estudiante, que con un poco de mala voluntad de parte del primero y algún aturdimiento ó cortedad de parte del segundo, puede éste aparecer, por mucho que sepa, como un ignorante. Hay antipatías inexplicables, hay en algunas almas cierta malignidad innata que las hace propensas al abuso ; hay en muchos corazones un germen oculto de envidia, un deseo secreto de hacer daño, que suele ser pésimo consejero en ocasiones dadas. El estudiante es reo; el examinador es juez, y juez irresponsable y arbitrario. Terminado el examen, le ponen en la mano una A y una R de plata, una de las cuales debe depositar secretamente en la urna. Tanto da echar la una como la otra de esas dos mayúsculas. Es verdad que precede al hecho un juramento de votar conforme á la conciencia ; pero el que lo presta y el que lo recibe suelen considerarlo como una pura fórmula con la cual se cumple casi maqui-

pasión que pretendía haber concebido por aquella joven. La hija del Oidor se encontró perpleja al escuchar tan inesperada confesión. Sabía que Teresa me amaba, que la ligaba á mí un compromiso formal, y por otro lado la gratitud y el interés que Velasco había sabido inspirarle, pesaban mucho en su ánimo y le aconsejaban hablar en su favor. Pudo más esta razón que cualesquiera otras consideraciones. Doña Ana reveló á Teresa el amor de Velasco y abogó por él con decidido empeño. Los méritos personales de aquel joven; el brillante porvenir que le estaba reservado y la circunstancia, muy importante en aquel tiempo, de pertenecer á una familia harto mejor que la mía, fueron los argumentos que empleó aquella señora en favor de su protegido. Teresa la oyó con mucha pena y le contestó expresando su firme determinación de cumplir el compromiso que conmigo la ligaba y en el que estaba empeñada no sólo su palabra, sino su corazón.

Velasco, á quien Doña Ana comunicó el mal resultado de su empeño, se puso pálido al oir la resolución de Teresa, y pareció mortificarle sobre todo, la idea de que yo le fuese preferido. La aversión secreta que contra mí había concebido desde que hacíamos los estudios de filosofía, llegó á tomar en aquella alma apasionada las proporciones de un odio mortal, que continuó ocultando, sin embargo, bajo las apariencias de la más fina amistad. Fingió desistir de sus pretensiones; ofreció á Doña Ana olvidar á Teresa Mallén y suplicó únicamente, como recompensa al sacrificio que hacía de su amor en aras de la amistad, que no se me dijese una palabra de lo que había pasado. Lo prometió Teresa con tanta más voluntad, cuanto esperaba que la inclinación de Velasco sería un capricho pasajero y no quería introducir, con una revelación á su juicio innecesaria, la discordia entre amigos tan íntimos como Velasco y yo.

Guardó éste cuidadosamente en lo más recóndito de su alma su inclinación contrariada y sus proyectos, y sin dejar de ver á Doña Ana y á Teresa, que estaba siempre con ella, observó

una conducta completamente reservada, logrando al fin que una y otra lo creyeran curado de aquel loco amor. Se estrechó más conmigo y pasábamos juntos todo el tiempo que nuestros estudios nos dejaban libre.

Se acercaba el día en que debía yo presentarme á examen para obtener la licenciatura. Sin dejar de ver á Teresa, mis visitas fueron menos frecuentes; ocupando casi enteramente los días y las noches en prepararme para el acto solemne que pondría término á mis afanes.

Tenía fé en mí mismo. Había estudiado mucho y estaba seguro de poder contestar satisfactoriamente á la cuestiones que se me propusieran. No había punto alguno de la teoría de la jurisprudencia civil y canónica que no me fuera familiar, y conocía también los códigos y la práctica de los tribunales. ¿Por qué temer? Los que estaban llamados á calificarme eran hombres rectos y votarían conforme á su conciencia. Esto no obstante, mi espíritu impresionable era asaltado de vez en cuando por dudas aterradoras.

" Es tan fácil, pensaba, á un examinador el hacer quedar mal á un estudiante, que con un poco de mala voluntad de parte del primero y algún aturdimiento ó cortedad de parte del segundo, puede éste aparecer, por mucho que sepa, como un ignorante. Hay antipatías inexplicables, hay en algunas almas cierta malignidad innata que las hace propensas al abuso ; hay en muchos corazones un germen oculto de envidia, un deseo secreto de hacer daño, que suele ser pésimo consejero en ocasiones dadas. El estudiante es reo; el examinador es juez, y juez irresponsable y arbitrario. Terminado el examen, le ponen en la mano una A y una R de plata, una de las cuales debe depositar secretamente en la urna. Tanto da echar la una como la otra de esas dos mayúsculas. Es verdad que precede al hecho un juramento de votar conforme á la conciencia ; pero el que lo presta y el que lo recibe suelen considerarlo como una pura fórmula con la cual se cumple casi maqui-

nalmente. El juramento se quebranta con mucha frecuencia en favor del reo. ¿No es posible que se infrinja alguna vez en contra? El ilustre Goicoechea tuvo una R en su examen para el grado de Doctor. Fué la protesta oculta y cobarde de la envidia contra el mérito, que dió lugar á un dicho agudo del que conociendo su propio valer, se levantaba sobre la baja emulación. Y si hubo uno que, á pesar del juramento, reprobara á Goicoechea, ¿podré yo estar seguro de mis examinadores?... Pero no. Son quimeras que levanta mi imaginación acalorada. No puedo suponer á los miembros de la Audiencia ninguna especie de mala disposición contra un pobre estudiante, oscuro y desconicido de la mayor parte de ellos. Si alguna noticia tienen de mí, más bien debe serme favorable que no adversa. El Dr. Dávalos, llegado el caso, informará á sus colegas de mi honradez y aplicación al estudio."

Esas reflexiones me tranquilizaban y me hacían afrontar con confianza el lance decisivo. Mi honra dependía de él. Mi porvenir, y lo que á mis ojos era más aún, el cumplimiento de un voto solemne, de un noble y santo propósito, estaban ligados al resultado de aquel acto.

Llegó el día del examen. Á las diez de la mañana fueron á buscarme Velasco y Vargas, para acompañarme á la Audiencia. Yo apenas había comido en los tres días anteriores y estaba pálido y desencajado. Velasco me pulsó y dijo que un poco de un elixir confortante me haría bien. Sacó un frasco pequeño del bolsillo, vertió unas cuantas gotas de un licor oscuro en un vaso de vino y me invitó á que lo tomara. Experimentaba yo cierta repugnancia inexplicable á probar aquella bebida. Dos veces alargué la mano al vaso y otras tantas la retiré como instintivamente. Velasco redoblaba sus instancias, y como no tenía yo motivo serio para rehusarlo, me decidí y apuré el contenido, que me pareció solamente un poco amargo.

Los corredores del edificio de la Audiencia estaban llenos de estudiantes, que iban á presenciar el examen y entre los

cuales era unánime la opinión de que lo haría yo muy bien. Recibí al paso apretones de manos y enhorabuenas anticipadas, que me alentaron y me hicieron reir interiormente de los temores pueriles que me habían asaltado días antes. Estaban allí también mi buen amigo D. Eusebio Mallén y los tertulianos de Doña Lupercia, que habían ido gustosos á presenciar mi gran triunfo literario.

Acompañado de mis amigos entré á la Escribanía de cámara, donde me presentaron los maceros del tribunal la capa de sarga negra y el bonete de terciopelo.

No había yo escrito ni aprendido de memoria la disertación que debía pronunciar antes del examen, y para la cual se me abrieron puntos dos días antes. Tomé solamente algunas notas, seguro de poder hablar sobre la materia con exactitud, improvisando la oración. Entré en el salón precedido por los dos maceros, que vestían gramallas de damasco encarnado y con sus varas de plata abrieron calle por entre el grupo de estudiantes. Hice una profunda reverencia al tribunal, que estaba ya reunido, en el fondo del salón, bajo un dosel de terciopelo carmesí, que ocupaba toda la pared y la parte del techo que cubría la mesa. El Regente y los cuatro Oidores vestían la toga. Saludé también á mi maestro el Dr. Morales, á quien vi en el escaño de los abogados, y fuí á sentarme en el banco que me estaba destinado, frente al tribunal. Dos de los Oidores arreglaban expedientes sobre la mesa; otro escribía y un cuarto dormitaba en su sillón y despertó sobresaltado al ruido de la campanilla, que tocó el Regente.

Puesto en pie, comencé mi disertación con voz entera, y salvé con toda facilidad la parte del exordio. Mi inteligencia estaba firme y despejada; las ideas afluían naturalmente y las palabras se presentaban con prontitud, como esos servidores eficaces, atentos á los deseos de sus amos. Al llegar á la mitad de la narración, empecé á sentir que la cabeza me pesaba y que me temblaban las piernas. Las ideas iban embrollándose y las

palabras me ocurrían difícilmente. Después comencé á ver duplicados los objetos. Los castillos y los leones del escudo de las armas reales que pendía bajo el dosel, tomaron proporciones fantásticas. Se alargaban desmesuradamente, y en seguida se acortaban hasta perderse casi de vista. Una pluma que el escribano de cámara se había colocado detrás de la oreja, comenzó á extenderse en forma de abanico, agitándose al impulso del viento sobre la cabeza del curial. Los anteojos del Regente eran dos discos enormes, que giraban sobre su eje en vueltas interminables. Las campanas de la ciudad tocaban á rebato y las caras de leones que adornaban los brazos de las sillas de los Oidores, se reían al verme y me mostraban sus dientes aguzados. Concluí la oración, sin saber ya lo que hablaba. Comenzó el examen y mis respuestas fueron desatinadas. Sostuve las doctrinas más absurdas; equivoqué todas las citas; zaherí á los Oidores y hubo preguntas á las cuales no hallé nada absolutamente que contestar. La estupefacción era general. Yo parecía bueno y sano, y sin embargo, mis palabras eran las del más zafio y el más ignorante de los hombres. El examen fué corto. Me retiré á la Secretaría, sin darme cuenta de lo que me pasaba y veinte minutos después sonó la campanilla; presentáronse las maceros y me introdujeron de nuevo en la sala de la Audiencia.

Los miembros del tribunal mostraban un aire severo. Sólo el Dr. Dávalos parecía profundamente afligido é inclinaba la cabeza sobre el pecho. Puestos en pie, prestaron el juramento de votar conforme á su conciencia, si yo era apto ó no para ejercer la abogacía. El escribano recogió los votos con la impasibilidad de quien está habituado á la operación; y en seguida, volcando la urna sobre el cojín de terciopelo, vi saltar cuatro RR. y una A. de plata, que ejecutaban una danza fantástica en torno de la campanilla.

— Reprobado, exclamó el escribano con una voz que resonó

en todos los ámbitos de la sala ; *pudiendo presentarse á nuevo examen dentro de seis meses.*

Prorrumpí en una estrepitosa carcajada y caí sin conocimiento en los brazos de Vargas y Velasco, que se habían apresurado á socorrerme.

CAPÍTULO XX

Estuve siete días postrado en la cama, sufriendo una aguda fiebre. Velasco y Vargas no me desamparaban un momento, asistiéndome con afecto fraternal. En el delirio, veía á veces á los miembros de la Real Audiencia, armados de RR. enormes que lanzaban sobre mi cabeza y que se me clavaban en las sienes, causándome dolores insoportables. Otras sentía que los porteros me empujaban con sus mazas hacia un abismo oscuro y frío, todo poblado de árboles, cuyas ramas figuraban también aquellas letras, y que al chocar entre sí, las pronunciaban, formando un sonido estridente, que me taladraba los oídos. Repetía constantemente las preguntas del examen y contestaba con respuestas descabelladas, no muy diferentes de las que había dado en realidad en aquel acto.

Los esfuerzos del Dr. Sánchez, á quien D. Eusebio había llamado para que dirigiera la curación, mi juventud y mi constitución robusta triunfaron al fin de la enfermedad. Cuando pude darme cuenta de lo que me había sucedido, comprendí lo triste de mi situación. Un estigma que consideraba indeleble marcaba mi frente; mi porvenir estaba arruinado; mis ilusiones convertidas en humo; la idea de volver á ver á mis maestros, á mis amigos, á mis compañeros de estudio, y sobre todo á aquella que era el ídolo de mi alma, se me hacía insoportable. Me parecía que en la calle, en la iglesia, en el paseo, por todas partes, me señalarían con el dedo y me gritarían : Reprobado.

Bajo la impresión del abatimiento y la vergüenza que me causaba el desastre que había sufrido, pensé en vender mi casa y el establecimiento de los telares; distribuir el producto entre los pobres é ir en seguida á ocultarme en lo más áspero de una montaña, para acabar mi vida entre los animales salvajes.

Mis dos amigos Velasco y Vargas apoyaban mi resolución de abandonar la carrera; pero alegando razones diferentes en apoyo de su opinión. Vargas decía que yo tenía lo suficiente para pasar la vida y divertirme, sin necesidad de quemarme las cejas y encalvecer sobre los libros. Velasco era de parecer que renunciara á recibirme, pues estaba vista la mala disposición que contra mí abrigaban los Oidores, y que si otra vez me presentaba á examen, volverían á reprobarme.

Yo no podía creer que hubiera esa prevención desfavorable por parte de aquellos señores; pero sentía una repugnancia invencible á repetir una prueba que había tenido un resultado tan funesto. Sin embargo, á medida que pasaban días, experimentaba una tristeza indefinible, al figurarme que abandonaba la carrera, y una especie de remordimiento de faltar al juramento solemne que había hecho de estudiar, hacerme abogado y defender gratuitamente á todo reo condenado á muerte.

Cuando mi convalecencia estaba ya adelantada y podía considerarme completamente restablecido, á lo que había dicho el médico que me asistía, D. Eusebio Mallén, que pasaba conmigo la mayor parte del día, hizo recaer la conversación sobre el asunto que ocupaba constantemente mi espíritu.

—Francisco, me dijo el excelente hombre, estás ya bueno y es tiempo de ir pensando en lo que debes hacer...

— Lo que yo debo hacer, D. Eusebio, le interrumpí, es renunciar para siempre á esa desdichada carrera, y no abrir ya un libro; sepultarme en una montaña, y que nadie vuelva á saber de mí.

— No te creía yo de tan poco ánimo, Francisco, replicó D. Eusebio sonriendo con bondad, que sucumbieras sin luchar

y te dejaras vencer por el primer contratiempo que sufres en la vida.

— Hay males irreparables, dije yo, y el que me abruma es uno de ellos. Mi reputación está arruinada, y un momento ha inutilizado diez años de esfuerzos y fatigas.

Diciendo así, no era dueño de contener las lágrimas que rodaban por mis mejillas.

— ¿Y si te equivocas? dijo D. Eusebio estrechándome la mano cariñosamente. ¿Quién te ha dicho que el concepto de aplicación y de saber que tenías entre tus condiscípulos haya sufrido en lo más pequeño con lo sucedido?

— ¿Que no ha sufrido mi reputación? ¡Imposible! ¿Y cómo se explicaría el que no haya yo podido contestar acertadamente á una sola, á la más sencilla de las cuestiones que se me propusieron?

— Nadie puede explicarlo. Tu maestro el Dr. Morales, el asesor del juzgado donde has hecho tu pasantía y tus compañeros mismos, que son regularmente los mejores jueces del mérito de cada estudiante, dicen á una voz que eres el más aprovechado de tus condiscípulos; y que no una, sino muchas veces te han oído hablar con entero acierto acerca de las materias mismas sobre las cuales recayó el examen. Yo considero, Francisco, cualquiera especie de falta á la verdad, indigna de un cristiano y de un hombre de bien, y por ninguna consideración mancharía mis labios con una mentira. Debes creerme cuando te digo que tu reputación ha quedado ilesa y que la opinión de muchos es que hay algún misterio oculto en lo que te ha sucedido, que se aclarará algún día. Valor, Francisco. Yo he imaginado un medio que pondrá en claro tu competencia á los ojos de todos y destruirá cualquiera duda, (si es que alguna queda) respecto á tu saber.

— ¿Y cuál es ese medio? pregunté yo, poniéndome en pie y sintiendo que el corazón me palpitaba con violencia.

— El medio es, dijo D. Eusebio, que en cuanto tu salud te lo

permita, te presentes á la Universidad solicitando los exámenes para obtener el grado de Doctor en Derecho civil; prueba más ardua aún que la que sufriste hace pocos días en la Audiencia. El juramento que prestaste y del cual soy testigo te lo exige, y... Teresa te lo ruega.

— Lo haré, exclamé estrechando entre mis brazos á aquel hombre bondadoso. Lo haré. Usted me aparta del abismo á donde me arrastraba la desesperación. Gracias, mi salvador, mi amigo, mi padre. Dentro de ocho días me presentaré á examen para el doctoramiento, y si Dios me ayuda y el éxito corona mis deseos, obtenido el grado por la Universidad, volveré á solicitar examen en la Audiencia. No debo contentarme con ser Doctor; debo y quiero ser abogado.

— Y yo, dijo D. Eusebio á media voz, velaré por él en los días que precedan á los exámenes.

Desde aquel momento no pensé ya sino en poner los medios de adelantar mi convalecencia. La naturaleza secundó mis esfuerzos, y una semana después del día en que tuve con el padre de Teresa la conversación que dejo referida, pude presentarme, solicitando ser admitido al primer acto literario para el grado de Doctor, que llamaban *repetición*.

El suceso llamó la atención y excitó la curiosidad pública. Yo había querido que D. Eusebio Mallén fuera mi padrino; pero su modestia se alarmó al sólo imaginar que iba á desempeñar unas funciones para las que se buscaban regularmente personajes de mucha consideración. Rehusó decididamente y me aconsejó eligiera al Dr. Dávalos. Hícelo así; el Oidor se prestó con gusto y salimos juntos, en su coche, á distribuir las invitaciones por toda la ciudad.

Observé que desde que se aproximó el día de la repetición, D. Eusebio no me dejaba solo. Para no interrumpirme tomaba un libro y leía mientras yo escribía ó estudiaba; pero no me perdía de vista. Noté el hecho, como digo, mas no le di importancia ni me detuve á investigar lo que podría motivarlo.

El edificio de la Universidad estaba de gala. El salón de actos adornado con un cortinaje de damasco carmesí; los corredores regados con hoja de pino y en la puerta principal una *marimba*, que tocaron sin interrupción dos indios mientras duró la fiesta.

En presencia del numeroso claustro y de la lucida concurrencia de personas particulares invitadas, pronuncié mi oración con despejo y facilidad, y en seguida contesté á los argumentos que me propusieron tres doctores. Mis respuestas parecieron completamente satisfactorias y fuí aprobado por unanimidad de votos. Al día siguiente me impusieron el capelo y quedé incorporado en el claustro como licenciado en derecho civil por la Universidad. Comenzaba la reparación; pero aun no era tan completa como yo la deseaba.

Me ocupé empeñosamente en prepararme para el examen que llamaban *fúnebre*, que como de costumbre, debía verificarse en la sala de sesiones del Cabildo metropolitano. D. Eusebio me acompañaba constantemente, y me decía que no hiciera cuenta de su presencia.

Salí con toda felicidad de aquel certamen literario, que no era ya un acto de fórmula, como la repetición. Sujetos competentes me preguntaron durante seis horas y me propusieron cuestiones graves de jurisprudencia civil. Á las doce de la noche un repique en la catedral y el estallido de muchos cohetes dobles anunciaron á mis amigos y al público mi triunfo literario. Era la costumbre. Así se enaltecía la ciencia, se le daba prestigio á los ojos del pueblo y se colocaba á los hombres de letras en un puesto eminente en la escala social. Á ese resultado contribuían también las ceremonias y el aparato con que se imponía la *borla* á los laureandos. Muchos años han transcurrido desde el día en que tuvo lugar la función solemne en que recibí las insignias de Doctor, y todavía palpita mi corazón al recordar el acto.

En un elevado anfiteatro, decorado con un cortinaje de

damasco carmesí, estaban las bancas destinadas al Cancelario, doctores, y bachilleres que formaban el claustro. En el fondo se levantaba el dosel, con las armas de la Universidad, y un sillón que debía ocupar el Presidente de la Audiencia y Capitán General del Reino. Una numerosa orquesta, situada en la nave lateral derecha, iba á hacerse oir al comenzar la ceremonia. Precedidos por los maceros, que abrían paso entre el gentío que llenaba la iglesia, salimos de la sala capitular, en número de más de cuarenta individuos entre doctores y licenciados universitarios. Dos bedeles llevaban en bandejas de plata las propinas y los pañuelos de seda destinados á los miembros del instituto. El representante de la autoridad real fué recibido ceremoniosamente á la puerta del templo y conducido al sitio que le estaba destinado. Los miembros de la Universidad ocuparon sus puestos; el Dr. Morales, decano de la facultad de Derecho civil, subió á la cátedra, delante de la cual me coloqué, y después de la misa de Espíritu Santo, pronuncié la oración en idioma latino. Yo había dedicado el acto á Jesucristo; al Dios hombre que desde lo alto de la cruz perdonó á los que iban á darle la muerte y no temí sembrar mi discurso de argumentos contra la pena capital; protestando, sin embargo, mi respeto á la legislación existente. Se me argumentó, satisfice á las objeciones y recibí la borla de Doctor, en derecho civil. Teresa, con los ojos bañados en lágrimas de alegría, seguía todos mis movimientos y no perdía una sola de mis palabras que no comprendía y que quizá por eso mismo le hacían más ilusión, dándole una idea muy alta de mi ciencia.

Terminado el acto, mi padrino el Dr. Dávalos me estrechó en sus brazos y lo mismo hicieron, uno en pos de otro, mis colegas, los demás doctores. Al verme ataviado con aquella muceta de seda encarnada, vistosamente bordada de oro; cubierta la cabeza con el bonete de terciopelo negro, sobre el cual brillaba la borla, y resplandeciendo en mi mano el rubí que adornaba el anillo doctoral; al recibir los plácemes de

aquellos hombres eminentes por su saber en diversos ramos y encontrarme elevado hasta ellos, recordé mi niñez, pasada en el oscuro taller de un tejedor, la ignorancia de mis primeros años, las dificultades con que había tenido que luchar para obtener aquel triunfo literario, y experimenté, ¿por qué negarlo? un santo orgullo, al considerar mi punto de partida y el término á que había llegado. Sentía el más vivo placer al encontrarme condecorado con aquel honroso distintivo y agradecí á la sociedad el que, haciéndome justicia, me expidiera una ejecutoria de nobleza tan buena como cualquiera otra : la de la ciencia. *Noble* quiere decir *notable*; ¿no lo era yo desde aquel día?

Transcurridos los seis meses que la Audiencia me había fijado, volví á presentarme, solicitando ser examinado para poder ejercer la abogacía. Fuí admitido, y puedo decir que mi calificación estaba hecha de antemano. El examen fué muy breve y de pura forma, y una aprobación unánime compensó el baldón que medio año antes había sufrido en aquel mismo sitio.

Al salir del salón, los primeros brazos que se abrieron para estrecharme fueron los de D. Eusebio, á quien, con lágrimas de gratitud, correspondí aquella nueva demostración de afecto. Vargas estaba medio loco de júbilo desde el día de mi doctoramiento.

— Si fuera yo capaz de experimentar, me dijo, ese sentimiento que se llama envidia, me la causaría el triunfo que has alcanzado.

— Vargas se me ha anticipado, dijo Velasco; era esa misma idea la que iba yo á expresar exactamente.

— Ni tú, Fernando, contesté al primero, ni tú Antonio, dije al segundo, tenéis por qué envidiarme. Tú, Vargas, no has querido seguir la carrera, por falta de afición; y tú, Velasco, recibirás con más lucimiento que yo, sin duda, las insignias doctorales.

— Puede ser, contestó Velasco, mordiéndose los labios ligeramente.

En aquel momento me volví por casualidad hacia D. Eusebio Mallén, y ví con sorpresa que los ojos penetrantes del anciano se fijaban en los de mi amigo, como si quisiera leer en lo más recóndito de su alma.

Pocos días después Velasco sufrió sus exámenes y recibió el grado de Doctor en medicina, con el lucimiento que debía esperarse. Le felicité con toda la efusión de mi alma, y me pareció extraño que ni D. Eusebio ni Teresa quisieron concurrir á la catedral el día en que mi amigo recibió la borla. En mi candorosa ceguedad por aquel joven, acusaba yo de mala prevención á D. Eusebio y á su hija, y me dolía que no hicieran justicia á aquel á quien suponía yo bueno y leal, y cuyo corazón, receptáculo de las más viles pasiones, de los institos más diabólicos, no llegué á conocer sino muy tarde.

CAPÍTULO XXI

Terminados mis estudios, ibá yo á ver convertida en realidad la ilusión halagadora que había sido el encanto de mi vida durante diez años ; mi matrimonio con Teresa Mallén. El amor que yo sentía por ella había crecido y desarrolládose conmigo; me había estimulado y alentado en mis horas de abatimiento; y cuando, abrumado por el dolor y la vergüenza de la reprobación, no pensaba ya si no en huir de los hombres y buscar un asilo entre las fieras, una palabra de Teresa transmitida por se bondadoso padre, me había hecho cobrar nuevas fuerzas, decidiéndome á luchar y emprender mi rehabilitación.

Me disponía ya á hablar á D. Eusebio, para quien, naturalmente, no era un secreto el compromiso que había entre su hija y yo, y que lo aprobaba y sancionaba con su consentimiento tácito. Un accidente inesperado me impidió llevar á cabo mi resolución. La madre de Teresa enfermó de gravedad, suceso que puso en alarma á la familia, que no pensó ya ni se ocupó sino en poner los medios de salvar á la enferma. Respetando la aflicción de D. Eusebio y de Teresa, y esperando que el mal no sería de larga duración dejé para más tarde la realización de mis deseos, y ocupé también el tiempo que los deberes de mi nueva profesión me dejaban libre, en acompañar y ayudar á aquella familia, que consideraba ya como mía.

Con gran sentimiento de Doña Ana Dávalos y de su padre, volvió Teresa á su casa y prodigaba los más tiernos y afectuosos

cuidados á su madre, procurando al mismo tiempo inspirar al afligido D. Eusebio una confianza que ella misma estaba distante de abrigar.

Admiré en aquella ocasión, no sólo el valor moral, sino la energía física de aquella joven. Pasaba los días y las noches á la cabecera de Doña Prudencia; y aunque varias vecinas que tenían afecto á la familia se alternaban velando á la enferma, Teresa no la desamparaba. La gravedad se prolongaba: las amigas más íntimas iban cansándose, y aunque visitaban la casa durante el día, se retiraban por la noche, pretextando ocupaciones ó indisposiciones que les impedían ofrecerse á velar. Pero para Teresa no había más ocupación que asistir á su madre, y su salud debía ser superior á toda clase de fatigas. Es increible lo que una pobre mujer puede hacer en esos casos. El hombre de naturaleza más vigorosa sentirá sus fuerzas agotadas y sucumbirá, mucho antes de que una esposa, una hija, y sobre todo una madre, dé muestras de cansancio y descuide un momento á la persona querida confiada á su tierna y afectuosa solicitud. ¡Desdichado de aquel que, privado de ella en su última hora, aborda solo á las tristes y desiertas playas de la eternidad!

El célebre Doctor Sánchez era el médico de cabecera de la madre de Teresa. El sabio se encontró perplejo, en presencia de una enfermedad oscura y complicada, sobre la cual poco ó nada le enseñaban sus libros. Anunció á D. Eusebio que iba á hacerse acompañar por el joven Velasco, idea que aceptó aquél con repugnancia, pero que no se atrevió á objetar. Mi amigo vió á la enferma é hizo indicaciones oportunas que aprovechó el anciano y distinguido profesor, dispuesto siempre á acoger la verdad de donde quiera que procediese. Pero el mal era uno de aquellos que se burlan de la ciencia y que están destinados á probar la insuficiencia de sus recursos. Sin ceder un solo día de su intensidad, se prolongaba indefinidamente.

Yo me ocupaba, entretanto, en el ejercicio de la profesión,

dirigiendo diferentes negocios, y pasó algún tiempo sin que se me presentara la oportunidad de defender á un reo condenado á muerte.

Era generalmente sabido en el público mi juramento solemne, y además yo había suplicado al abogado de pobres me pasara cualquiera causa que llegara á su despacho en que hubiera sido impuesta al reo en primera instancia la pena capital.

Cumpliendo con mi recomendación, me llevó un día el proceso instruído contra un mozo llamado Rafael Zambrano, á quien el Alcalde mayor de Sololá había sentenciado á sufrirla.

— Es un caso grave, me dijo aquel letrado, y en el que va V. á tener mucho que trabajar. El reo es sordo-mudo de nacimiento, circunstancia que hace, naturalmente, más difícil la defensa.

— ¿Está confeso? pregunté.

— No, me contestó mi colega; pero hay pruebas suficientes para condenarlo, y creo que el tribunal confirmará la sentencia.

Luego que me quedé solo, me encerré á estudiar los autos. Resultaba de ellos que el joven Rafael Zambrano, de edad de diez y ocho años, sordo-mudo, pastor de ovejas en una labor poco distante de la cabecera de la Alcaldía mayor de Sololá, había mostrado inclinación á Eulalia Choy, muchacha de diez y siete años, relacionada con el labrador Patricio de la Cruz. La moza recibió siempre con desprecio las insinuaciones del pobre mudo, á quien burlaban los demás labriegos, haciéndole entender, por señas, lo inútil de sus pretensiones. Patricio de la Cruz era de un carácter violento; más de una vez había maltratado á la muchacha de palabra y de hecho por sospechas infundadas, y poco antes de la catástrofe que motivó el proceso, la reconvino por supuestas infidelidades. Pero sus celos no llegaban hasta abrigar desconfianza respecto al mudo, de cuyas pretensiones se reía, como los demás.

No había en la laborcita más pastor de ovejas que Rafael, á quien el amo había dado una flautilla ó pito de caña para que

llamara al ganado, y que él tocaba, aunque sin oir los sonidos del rústico instrumento.

Eulalia, como todas las mujeres del campo, andaba frecuentemente sola y atravesaba muchas veces la áspera y solitaria montaña á donde el sordo-mudo conducía regularmente el rebaño que guardaba. Un día Eulalia no volvió á su casa; el amante se mostró inquieto y la buscó inútilmente por toda la aldea y sus contornos. Pasó otro día sin que apareciera. El alcalde del lugar salió con dos alguaciles, en solicitud de la perdida joven, y después de mucho andar se dirigió á la montaña. Registrando minuciosamente el bosque, encontraron, á un lado del camino, en un sitio que la arboleda hacía casi impenetrable, el cadáver de la desdichada Eulalia Choy, cosido á puñaladas y medio devorado ya por las aves carnívoras. Al lado estaba la flautilla de caña de Rafael Zambrano, que el alcalde y los alguaciles reconocieron al momento, y que llevaron al pueblo, junto con el cadáver. Capturado el pastor á quien desde luego se consideró autor del crimen, se le encontró ligeramente desgarrado el cutis de las manos y manchada de sangre la camisa, lo que hizo suponer que la muchacha había querido defenderse con las uñas, de su asesino.

El mudo negó, por señas, haber sido el autor del crimen; pero incapaz de explicarse, condenado por la circunstancia del encuentro del pito junto al cadáver, y de los otros indicios, y atendido el hecho de que debía suponérsele irritado contra la que había recibido con desprecio sus insinuaciones amorosas, el juez lo declaró culpable y lo sentenció á muerte, con dictamen de asesor letrado.

Ví que el abogado había tenido razón al decir que el caso era grave; pero culpable ó no el acusado, mi deber era defenderlo y hacer todos los esfuerzos que estuvieran á mi alcance para salvarlo de una pena contra la cual se rebelaba mi conciencia, aun cuando recayera en un verdadero criminal.

Mi primera diligencia, después de haber estudiado los au-

tos, fué dirigirme á la cárcel con el objeto de conocer al reo y examinarlo por mí mismo. Hablé al alcaide y le dije que necesitaba permiso para entrar, no una, sino muchas veces, y á las horas que me fuera posible, para tratar de entenderme con el reo cuya defensa me estaba encomendada. El guardián, al oir mi nombre, me contestó que podía ir siempre que lo tuviera por conveniente, y se ofreció á acompañarme aquella vez, hasta encontrar al sordo-mudo. Llegamos á la primera reja, á la cual se agolpaba un grupo de gente que hablaba con los presos, amotinados detrás de la segunda, que estaba enfrente. Los de afuera y los de adentro gritaban para hacerse oir, y los encarcelados se disputaban á empellones y bofetadas los puestos junto á la reja, desde los cuales podían ver y hablar á sus gentes. Entretanto un reo de los que llaman *interiores*, por ser de los destinados al servicio interno de la prisión, atravesaba el espacio vacío entre reja y reja, yendo y viniendo de la una á la otra, los mil objetos menudos que los presos habían enviado á comprar por su medio, y que él recibía de un muchacho que desempeñaba esa comisión. Dan á aquel reo el nombre de *boquetero*.

No hay palabras suficientes para expresar la impresión que me causó el espectáculo de miseria, abyección, abandono é inmundicia que ofrecía el interior de la prisión. El alcaide me abrió las dos rejas y atravesé un largo y estrecho callejón, donde encontré unos quince ó veinte presos que jugaban á la taba. Con excepción de una que otra fisonomía realmente feroz, la mayor parte de aquellos individuos no presentaban en la expresión de su rostro ese carácter odioso y repugnante que imprime regularmente el hábito del crimen. Sin más que por tener yo el aspecto de persona decente y entrar acompañado del guardián de la cárcel, me abrían paso y me saludaban con respetuosa deferencia. Uno de aquellos miserables se me acercó y me pidió algún dinero, quedando contentísimo con un real que le dí. Otros me pidieron cigarros y no faltó alguno que me

preguntara con aire desconfiado y hostil si era yo uno de los alcaldes. Contesté que era abogado y que iba á hablar con uno de sus compañeros, cuya defensa me estaba encomendada.

— Á ver, dijo el alcaide, ¿dónde esta el *gritón?*

Fueron á llamarlo y ví aparecer á un muchacho que se movía con alguna dificultad, como si se sintiera adolorido al andar.

— ¿Qué tiene ése? preguntó el alcaide al preso que estaba más cerca. ¿Le han dado *caballo*?

— No, contestó el otro ; está así desde anoche, que por bobo cayó en el juego de los frailes.

En ese momento llegó el muchacho y le dijo el guardián.

— Que venga Rafael Zambrano.

El gritón, cuyo oficio era llamar á los presos á quienes buscaban, dió una especie de alarido, repitiendo el nombre y apellido que había pronunciado el alcaide.

Los presos prorrumpieron en carcajadas, rebuznos y silbidos, y el alcaide, comprendiendo lo que motivaba aquella zalagarda, dijo al gritón :

— Majadero, ¿cómo quieres que te oiga el sordo? Anda á traerlo.

Yo comenzaba á interesarme en todo lo que veía, y queriendo conocer un poco aquella sociedad, muy diferente sin duda de aquella de que yo formaba parte, dije al alcaide que prefería ir con el gritón en busca de mi defendido.

— Bien, contestó el guardián, si V. quiere meterse entre esa canalla, por mi parte no tengo dificultad ; pero es conveniente que entre V. acompañado. Á ver, dijo al gritón, llama al *presidente.*

— *Tucurú*, gritó el muchacho, *Tucurú.* Se oyó á la distancia una voz ronca que decía :

— ¿Qué diablos quiere conmigo el gritón? ¿Habrá *cachado* ya con qué pagar, para quedar libre del servicio?

El que así había hablado se adelantó, abriéndose paso con

los puños entre el grupo de presos, que se hacían á un lado y que lo veían con cierto respeto.

— Aquí tiene V., Sr. Doctor, me dijo el alcaide, al presidente de la cárcel, que es el más pillo de todos. Tres veces le ha olido á cáñamo el pescuezo ; pero el diablo ha enredado las pitas de modo que salió condenado á diez años con retención. Es fuerte, audaz, no tiene miedo á nadie, y al verlo aparecer, tiemblan los quinientos presos que hay aquí encerrados y sobre los cuales este hombre ejerce una autoridad poco menos que absoluta.

El presidente era un hombre como de unos cuarenta años ; pequeño de estatura ; de complexión recia y de semblante más bien burlón que no feroz. Llevaba en la mano un nervio de toro, con el que sacudió unos cuantos latigazos á los que no se apresuraban á dejarle libre el paso y se plantó delante del alcaide, con quien, á lo que advertí, trataba de potencia á potencia.

— El señor, le dijo el guardián señalándome, es un letrado que viene á ver al sordo-mudo, de quien es defensor. Vas á acompañarlo y tú me respondes de él.

— Si es defensor, contestó Tucurú, que entre ; nadie le tocará el pelo de la cabeza. Y en cuanto á entenderse con el mudo, esa es cuenta de él, y podrá hacerlo, si es que sabe la lengua de las guacamayas.

Los demás presos celebraron con groseras carcajadas aquella salida, que probablemente aludía á los gritos inarticulados del pobre sordo-mudo.

— ¡ Silencio ! gritó el presidente y levantó el zurriago.

Nadie chistó palabra ; el alcaide tomó dos llaves de un gran mazo que pendía de su cintura y saludándome con atención, se marchó, dejándome bajo la guarda del soberano absoluto de aquella mansión del crimen y de la desdicha.

CAPÍTULO XXII

Atravesamos dos patios, donde vi á otros muchos de aquellos desgraciados, completamente ociosos en su mayor parte, ó lo que era peor aún, divididos en pequeños grupos jugando á los dados. Advertí que casi todos estaban armados de pedazos de cuchillos, navajas, clavos y huesos puntiagudos. Unos cuantos, menos haraganes, ó más industriosos que sus compañeros, se ocupaban en torcer pita, trabajar objetos curiosos de hueso y cerda y tejer fajas y encajes.

Después de haber buscado á mi cliente entre los diversos grupos, me dijo el presidente que probablemente estaría en alguno de los salones. Nos dirigimos á uno bastante espacioso, donde había varios presos, ocupados como los que yo acababa de ver, y algunos durmiendo en los grandes bancos de mezcla que les servían de camas, con la cabeza apoyada en bordes de la misma materia, que hacían veces de almohada. Me llamó la atención el ver colgados de clavos, de trecho en trecho, varios objetos, como piezas de ropa, materiales para los trabajos que ejecutaban los presos, cigarros y algunos comestibles, sin que, aparentemente, cuidara nadie de aquellas prendas.

— ¿Cómo es, pregunté al presidente, que no se roban todas esas cosas?

— Hay un preso de los interiores, me contestó, que las cuida; pero la verdad es que si la gente fuera *mañosa*, bien

podía hacer un buen alzo, pues el *cuartelero* no puede estar aquí á toda hora cuidando los *trebejos*.

Observé que en la cabecera del salón el camastrón de mezcla era un poco más elevado que en el resto de la pieza, y habiendo preguntado al presidente lo que significaba aquello, me dijo que eso se llamaba el *trono*, y que allí dormía él con algunos de los presos á quienes concedía aquella distinción honorífica. Por sus explicaciones comprendí que los elegidos para acompañarlo, eran, como él mismo, los reos de delitos más graves y los que por consiguiente, estaban condenados á penas más severas.

No habiendo encontrado al sordo-mudo en el salón, salimos y continuamos recorriendo el edificio. De repente oí ruido de cadenas; mi guía y protector me informó que eran los *chivos*, que se preparaban para salir al trabajo. Adelantando un poco, ví efectivamente unas treinta ó cuarenta mancuernas de presos que estaban acomodándose por sí mismos los grilletes y las cadenas con tanta algazara y alegría como si estuvieran aderezándose para ir á un baile.

— *Los de capa* y *bota*, chilló el gritón al rato; y al oir esa voz, fueron saliendo los que iban á ocuparse en los trabajos públicos, á quienes se designa con aquella frase. En la tecnología especial de la cárcel *capa* y *bota* equivale á cadena y grillete.

Pasamos junto á un grupo curioso que formaban dos presos, achaparrados en un rincón, conversando y fumando; pero advertí que uno solo tenía un cigarro muy grueso; aspiraba el humo y luego lo arrojaba en grandes bocanadas, que recibía el otro con la boca abierta.

Por último el presidente me dijo que divisaba al mudo, y me señaló á un muchacho que estaba sentado en el suelo, solo y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

— Allá está, me dijo. Le ha cogido por triste. Vea V. qué bobo. ¿Qué perderá él con trepar al palo?

Diciendo así, el presidente se reía y hacía una mueca expresiva, como para significar que él se burlaba de la justicia y de la muerte.

Llegados junto al mudo, mi guía lo sacudió con fuerza por un hombro y se empeñó en hacerle entender, por señas, que yo iba á verlo y que era su defensor.

Contra lo que yo esperaba, advertí que aquel desdichado no era un estúpido. Por el contrario, vi brillar en sus ojos la chispa de la inteligencia. Se puso en pie, me saludó con respeto y cruzó los brazos, como para darme á entender que estaba dispuesto á lo que yo mandara.

Ardua tarea era la de hacerme comprender por aquel pobre mozo. Valiéndome siempre de la pantomima, le pregunté por qué estaba en la cárcel, á lo que contestó levantando los hombros y moviendo muchas veces la cabeza de un lado á otro, para significar, sin duda, que no tenía delito. Á veces parecía querer hablar y prorrumpía en uno de esos gritos inarticulados que el presidente de la cárcel comparaba con los de la guacamaya.

— Éste tiene á lo menos la ventaja, dijo mi guía, de que no *se chilla.* Aunque lo *guisen*, no *canta.*

Comprendí que quería decir que lo ejecutarían sin que confesara. Me esforcé durante un largo rato en procurar obtener del sordo-mudo algunos datos que pudieran servirme para la defensa ; pero viendo que adelantaba muy poco, resolví dejarlo y volver una vez y otra y cuantas fuera necesario hasta lograr mi objeto. Le puse en la mano algunas monedas, que recibió con muestras de agradecimiento, le dije adiós, dándole á entender que volvería, y apenas le había vuelto la espalda, me tiró de la capa, é hizo una seña como para figurar que tocaba una flauta. Comprendí que quería darme á entender que me fijara en la que había sido la prueba principal contra él ; y aunque procuré obtener alguna explicación sobre el particular, los ademanes que hizo no me dieron por el momento

indicación alguna que pudiera aprovecharse. El presidente me acompañó hasta la reja interior y me despedí de él, dejándole algún recuerdo de aquella mi primera visita.

Entré en mi casa poco satisfecho, pero no desalentado y con la idea, (que no sabía bien, sin embargo, en qué fundar,) de que aquel desgraciado era inocente del delito que se le imputaba.

Varias veces volví á la cárcel, y viendo que mis esfuerzos escollaban constantemente en los defectos físicos de mi defendido, concebí un día el proyecto de enseñarle á expresarse por medio de un alfabeto manual, y aun á leer y escribir, á lo que se prestaba su despejada inteligencia y viveza extraordinaria. Yo conocía las obras de los españoles Pedro Bonnet y Ramírez de Carrión, precursores del Abate de L'Epee en la empresa humanitaria de enseñar á los sordo-mudos, y adoptando el método de aquellos autores, emprendí la tarea. Me admiré al notar los progresos que en dos semanas hizo mi discípulo, que había aprendido ya las letras del alfabeto y estaba en aptitud de poder formar algunos vocablos. Días enteros pasaba yo en la cárcel, y daba por bien empleados mis esfuerzos, si ellos conducían á ponerme en aptitud de probar la inocencia de mi cliente. Mis frecuentes visitas me familiarizaban cada día más con las costumbres de los habitantes del establecimiento y me proporcionaron el ser testigo de las escenas desagradables, aflictivas y aun horrorosas, que se verifican en el interior de ese edificio, á dos pasos de la residencia de las autoridades superiores, civiles y judiciales del reino. La cárcel constituye una sociedad especial, regida por principios peculiares y enclavada sin embargo, en el corazón mismo de la ciudad. Más allá de esas rejas que todo aquel que pasa ve quizá con indiferencia, hay un mundo aparte, en el cual el crimen, la astucia y la audacia son los títulos de consideración; que se gobierna con la fuerza brutal; en donde el vicio se ostenta sin máscara y donde se da rienda, sin traba de ninguna

especie, á los peores instintos de nuestra pobre naturaleza.

Tuve ocasión de ver entrar muchos presos nuevos, á quienes el presidente recibía en el boquete, tomando nota de sus nombres. ¡ Desdichado de aquel que tenía un aire tímido ó una figura ridícula ! Ése estaba seguro de ser sometido á las más duras vejaciones. Cuando por desgracia entraba alguno de los que son especialmente aborrecidos por los presos, el espectáculo era terrible verdaderamente. Ví llegar un día á un pobre corchete, que después de haber sido perseguidor implacable de los malhechores, fué á su turno enviado á la cárcel, por un abuso de autoridad que había cometido. Reconocido por el presidente, éste dió un silbido particular, que resonó en los patios y provocó una explosión de aullidos y de ladridos como de perros. Los presos, que contestaron de ese modo á una señal conocida, se precipitaron hacia el punto donde había sonado el silbido, y encontrando al corchete, se arrojaron sobre él, gritando que iban á darle *caballo.* Quise intervenir y hablé al presidente en favor de aquel desdichado ; pero á pesar del respeto que me mostraba de ordinario, me contestó con destemplanza que no me mezclara en lo que no me iba ni me venía, y que si quería seguir entrando á la cárcel, sin peligro, que viera, oyera y callara. Comprendiendo que sería inútil toda tentativa en favor de aquel miserable, tuve que ser testigo mudo de la escena. El corchete estaba pálido y echaba en derredor miradas que denotaban el terror que lo dominaba. Dirigíansele los insultos más soeces y pronto fueron designados por el presidente cinco presos de los más vigorosos, para ejecutar la operación. Cuatro de ellos echaron al suelo al corchete y agarrándolo por pies y manos, lo levantaron, haciendo que el quinto se le montara encima. En seguida comenzaron á sacudirlo fuertemente. El que hacía de jinete espoleába al desdichado, cuyos lamentos se perdían entre el estrépito de los aullidos y ladridos de los quinientos habitantes de la cárcel,

que celebraban aquella venganza, ejercida sobre un representante de la autoridad y de la ley.

Después de haberlo dejado caer sobre las piedras, volvieron á tomarlo en peso y con gran algazara fueron á echarlo en la pila, baño que debió ser favorable al contuso y magullado cuerpo del corchete.

— Mañana, á la limpieza, hasta que pague; gritó el presidente, dando á entender que el nuevo preso quedaba obligado á limpiar los calabozos, oficio de que no se eximiría, sino mediante el pago de cierta cuota.

Desagradablemente impresionado con aquella escena, me retiré al apartado rincón donde daba las lecciones á mi cliente, cuyos progresos me habían hecho concebir desde pocos días antes fundadas esperanzas de que pronto podríamos entendernos.

En efecto, aquella tarde el sordo-mudo, valiéndose del alfabeto convencional que había yo logrado enseñarle, me hizo una relación del hecho que había motivado su encausamiento y condenación á muerte, que me descubrió la completa inocencia de aquel desventurado. Dijo que había concebido una pasión violenta por Eulalia Choy, á pesar de que no ignoraba la clase de relaciones que existían entre ella y Patricio de la Cruz. Que ni los desdenes de la muchacha, ni la burla de los otros campesinos pudieron curarlo de aquel amor, que ejercía un imperio absoluto sobre su corazón. Él sabía muy bien los puntos por los cuales la Eulalia pasaba con frecuencia, y llevaba las ovejas hacia aquellos sitios, para verla, aun cuando fuera de lejos solamente, pues ella le había significado que la molestaba su presencia. Una tarde se emboscó en la montaña con aquel objeto; la vió atravesar el camino y la siguió con la vista hasta que se internó en la espesura del bosque. Entonces él salió al camino y comenzó á tocar la flautilla de caña, para reunir las ovejas, que andaban esparcidas en aquellos contornos. Ocupado en esa tarea, vió apa-

recer á Patricio, que se adelantaba en la misma dirección que había tomado la Eulalia. El mozo se acercó á mi cliente, le arrebató la flauta, y dándole un fuerte empellón le volvió la espalda y continuó su marcha. Suponiendo que iría en busca de la muchacha, y que regresaría con ella, no quiso verlos pasar juntos y se apresuró á reunir el rebaño. Como no tenía ya la flauta con que lo llamaba, le fué preciso internarse en el bosque en busca de algunas ovejas, y encontrando á una enredada en un zarzal, tuvo que sacarla, desgarrándose las manos con las espinas. Volvió á la labor; al siguiente día advirtió la alarma que causó la desaparición de la joven, y pocas horas después se encontró preso, atado fuertemente y caminando á Sololá, con el cadáver de Eulalia Choy y la flauta que le había quitado Patricio de la Cruz. Comprendió al momento lo que había sucedido. Patricio, celoso hacía algún tiempo de otro de los campesinos, asesinó á la muchacha y dejó caer junto al cadáver, por inadvertencia probablemente, el instrumento que vino á ser su injusto acusador.

Debe considerarse el interés con que seguí aquella relación en la expresiva y animada pantomima del sordo-mudo. Me persuadí de que aquella era la verdad. Estaba explicada la presencia de la flauta junto al cadáver, y las lastimaduras de las manos de Rafael Zambrano, que habían hecho suponer una lucha desesperada entre él y su supuesta víctima. No era culpable, y la justicia humana, como quiso hacerlo conmigo, habría, según toda probabilidad, quitado la vida á un inocente, sin la actividad, poco común, que yo había desplegado para descubrir la verdad. Aquella reflexión me horrorizaba y bendije á la Providencia que había hecho que comenzara yo el cumplimiento de mi voto solemne, patrocinando á un inocente.

La atención con que seguí la relación del sordo-mudo me hizo no sentir correr las horas; y cuando fueron las cinco y media de la tarde, cerraron las puertas de la cárcel, sin adver-

tir que yo me quedaba dentro. El presidente se sorprendió a verme; dijo que me creía fuera hacía un buen rato y que pasada la hora del reglamento, nadie podía salir del edificio·

— Una noche, añadió riéndose, como quiera se pasa. ¿ No hay aquí muchos que hemos de vivir diez años en la *geruza?* ¿ Qué tanto ha de ser que V. no pueda dormir una sola noche con nosotros?

Encontré en la observación algún fondo de filosofía; me resigné á sufrir doce ó catorce horas de prisión, y me propuse sacar del acontecimiento el mejor partido posible, como creo debe hacerlo el hombre en todas la situaciones de la vida.

CAPÍTULO XXIII

El presidente me anunció que me haría un lugar en el *trono*, junto á su persona, distinción que agradecí y acepté; y como iban ya á cerrar los calabozos, entré en aquel donde debía yo pasar la noche.

— Ahora, me dijo, va V. á presenciar una operación que se practica siempre á esta hora. Á ver, gritó; vengan los que tienen prendas empeñadas.

Acudió una multitud de presos, y ví que iban desnudándose á toda prisa de camisas, calzones y otras piezas de ropa, que se entregaban á otros, que pagaban pequeñas cantidades. Aquellos objetos habían sido empeñados por un día, con calidad de *tormento;* es decir, que el prestamista tenía la facultad de usarlas, mientras no se le devolviera el dinero dado sobre ellas, y la fuerte usura que cobraba. Los que no tenían con que pagar, se resignaban á carecer de su ropa hasta que estuvieran en aptitud de hacer la devolución.

— Esta banda está empeñada al *chifle*, dijo uno.

— ¿ Es verdad ? preguntó el presidente al dueño de la prenda.

— Sí, contestó éste ; que se la coja por los dos reales.

Empeñar un objeto al *chifle*, equivale á dar al usurero el derecho de quedarse con él, si el que recibe el préstamo, (siempre muy inferior al precio justo de la prenda,) no puede devolverlo, en el plazo estipulado. Había muchas piezas dadas

á *gabela*, es decir como simple prenda, sin el derecho de usarlas y con la condición de venderlas en remate público al plazo señalado, para recobrar el dinero dado sobre ellas y entregar el sobrante, si lo había, al dueño del objeto.

El presidente decidió autoritativamente las cuestiones que se suscitaron y más de una vez hubo de intervenir el látigo para hacer entrar por razón á los recalcitrantes.

Terminada la operación, se cerraron los calabozos, ó salones, cada uno de los cuales tenía un jefe particular, cuyas funciones cesaban durante el día. No pude dominar cierto sentimiento de disgusto al encontrarme encerrado en aquella pieza de veinticinco varas de largo por ocho de ancho, con unos ciento treinta individuos, más ó menos criminales. Un candil encerrado en un farol alumbraba apenas el salón, atravesando la luz difícilmente los vidrios sucios y empañados, y proyectando una débil claridad sobre las paredes ennegrecidas por el humo. Algunos de los presos encendían fogatas con carbón y se ocupaban en mejorar un poco los frijoles que les daban como rancho por la tarde. Otros se dividieron en grupos y se divertían en jugar á los dados, al tute, al *conquian* y al *rentoy*, juego de engaños y de señas convenidas, que requiere alguna habilidad en los que toman parte en él.

En un rincón del calabozo estaba, todo mohino y acongojado, el corchete entrado aquella tarde y cuyos vestidos estaban acabando de sécársele en el cuerpo. Le pregunté al paso si tenía con qué pagar para excusarse de la obligación de la limpieza, y como me dijo que no, le di con qué se redimiera. Creí que con el caballo que había sufrido en mi presencia estaría satisfecho el espíritu de venganza de los presos contra aquel miserable; pero pronto pude convencerme de que no era así y que se le reservaban nuevas vejaciones. Conversaba yo en el trono con el presidente, y vi salir de un oscuro rincón del calabozo unos quince ó veinte individuos envueltos en sábanas figurando hábitos de frailes. Llamaron al corchete

y lo vistieron del mismo modo, obligándolo á tomar parte en el juego.

— Eso va á estar bueno, dijo el presidente; veamos.

Me puse á observar el juego y advertí que uno de los supuestos frailes se tendía en el suelo con la cara hacia arriba y con los brazos extendidos. Los demás iban llegando uno en pos de otro, se inclinaban sobre él y parecían hablarle al oído. Llegó el turno del corchete; se postró como los demás y entonces el que estaba tendido cerró los brazos y aseguró fuertemente al miserable, sobre quien los otros frailes descargaron sendos latigazos, hasta dejarlo rendido á golpes. La risa, la algazara y los aullidos de perros con que se celebró aquella burla pesada, hacían retumbar el viejo y carcomido maderamen del techo del salón. Supliqué á Tucurú que por compasión hiciera cesar aquel castigo; pero los oídos de los presos son sordos cuando se trata de un corchete. Tucurú reía y aullaba como los demás, y no hizo el menor caso de mis indicaciones.

— Déjelo que aguante por esta noche, me dijo, y luego hablándome al oído añadió: mañana habrá otro presidente, y tal vez el que sea hará algo en favor de ese diablo de corchete.

— ¿Cómo dice V.? ¿que habrá otro presidente? le pregunté en voz baja; ¿va V. á dejar el cargo?

— Yo y otros dos, dijo, vamos á *plumearnos* esta noche.

Comprendí que se trataba de una evasión y me causó mucha pena que la casualidad me hubiera llevado á presenciarla.

— Estoy sentenciado á diez años, añadió; llevo cinco, y ya me aburrí de vivir entre cuatro paredes. Usted va á ver (y movía la cabeza con misterio.) Los otros dos, *Culebra* y *Tacuazin*, son muchachos guapos y los escogí porque se necesita para la empresa hombres de pelo en pecho, y que no sean muy gordos.

— ¿Pues por dónde piensa V. evadirse? le pregunté.

— Adivine, me contestó. Lo que yo le aseguro es que ni V., con ser tan sabio y haber leído tantos libros, hubiera discurrido salirse por donde nosotros nos vamos á escurrir.... Pero chitón, añadió, que allí anda *ronseando* uno que no me la hace buena y que se me ha puesto que es soplón.

Tucurú habló de otra cosa y se puso á referirme su vida, recalcando sobre los pormenores y circunstancias que podían hacerla más odiosa. Diríase que pretendía aparecer peor de lo que era, y figurar como efecto de una índole naturalmente depravada, lo que se debía más bien á la falta de educación y á los malos ejemplos que había tenido á la vista desde su infancia.

Llegada la hora en que los presos debían recogerse, el presidente dió la orden de que se acostaran, y cada cual corrió á buscar su puesto en los camastrones. Á mí me aderezaron como mejor pudieron una cama con un poco de paja, en un sitio inmediato al del presidente. Los dos presos á quienes éste había designado con los apodos de Culebra y Tacuazin, tenían también lugar en el trono, como que eran de los más criminales y de los más antiguos en la cárcel. Observé que ni Tucurú ni sus dos compañeros cerraban los ojos; y á cierta hora, cuando todos los presos debían estar ya dormidos, se levantó Culebra envuelto en una sábana, atravesó el salón como una fantasma y se detuvo junto al farol, donde estaba colocado el candil que despedía su llama moribunda. El preso levantó la sábana á la altura de la luz, la agitó ligeramente, la llama vaciló, é impotente de resistir á la ráfaga de viento, se extinguió, dejando el calabozo completamente oscuro.

Tucurú me tomó por la mano y siguiendo el callejón estrecho que quedaba entre los dos camastrones, me condujo hasta la puerta del calabozo. Abrió sin hacer el más ligero ruido, pues había cuidado de untar con grasa la llave y la cerradura, y seguidos de los otros dos presos, salimos al patio.

— La puerta, me dijo el presidente luego que estuvimos

fuera, queda abierta, para que V. pueda volver á entrar, después que nosotros nos hayamos largado.

Atravesamos un patio y después pasamos á otro donde hicimos alto. Tucurú hizo fuego con un pedernal, encendió una pajuela y con ésta una vela de sebo, para guiarnos en la oscuridad, que era completa. Los tres presos se dirigieron á un lugar excusado que había en un ángulo del patio y levantaron la tabla. Se desnudaron de las camisas, y vestidos solamente con un calzón muy ligero, se prepararon á bajar al fondo de aquel lugar infecto.

— ¿ Pero qué piensan Vds. hacer? les pregunté. ¿ Adónde van á salir?

— Caminaremos por el desagüe, me dijo Tucurú y levantando la losa de la primera reposadera que encontremos, estaremos en la calle.

— ¡ Caminar por el acueducto! le dije ; ¿ y ha calculado V. bien todos los inconvenientes de semejante empresa? Desde luego tienen Vds. que ir casi arrastrándose, porque la cavidad del caño no permite ir de otro modo ; después, hay agua, inmundicias, aglomeradas tal vez, que puedan detenerlos á medio camino ; y por último, las losas de las reposaderas están bien aseguradas y no es fácil que un hombre solo las levante.

— En todo he pensado, replicó el presidente de la cárcel ; sé que podemos dejar el cuero en la empresa ; pero yo y estos muchachos preferimos morir como sapos en el desagüe, á estar años y años encerrados aquí. Conque pecho al agua ; y adiós, señor amo, si el diablo nos ayuda, y logramos salir por una reposadera, ó sino por la boca del desagüe, pronto oirá V. hablar de nosotros.

Diciendo así, Tucurú, que era el que debía ir delante, se metió en el común, introdujo la cabeza y luego el cuerpo en el caño y desapareció. Culebra y Tacuazin hicieron otro tanto, y yo permanecí durante un breve rato sin moverme del sitio,

asombrado de la audacia de aquellos hombres á quienes el deseo de recobrar la libertad inducía á arrostrar los peligros y las dificultades de aquella empresa temeraria.

No volví á oir el más ligero rumor, y lleno de inquietud por la suerte de aquellos miserables, alumbrándome con la vela que me habían dejado, volví hasta la puerta del calabozo, la abrí con el mayor cuidado, extinguiendo antes la luz, y siguiendo á tientas el callejón que quedaba entre los dos camastrones, llegué al trono donde pude fácilmente reconocer mi puesto, por el colchón improvisado que me habían formado con paja.

No temía yo que los fugitivos fueran descubiertos; pues eso no me parecía fácil; mi temor era que los asfixiaran los miasmas de las materias corrompidas acumuladas en algunos puntos del acueducto. Pasé algunas horas en mortal zozobra por la suerte de aquellos tres desdichados; pero al fin el sueño comenzó á vencerme, y cuando embargó completamente mis sentidos, me pareció encontrarme tendido en un estrecho cañón, por el cual corría el agua; arrastrándome penosamente, impelido por un hombre que caminaba detrás de mí y me obligaba á avanzar, y sin poder hacerlo con facilidad, porque me lo estorbaba el cuerpo de otro individuo que llevaba la delantera y con cuyos pies tocaba mi cabeza. Sentía una opresión y una congoja horrible, y cuando me disponía á gritar pidiendo socorro, desperté, al estrépito que hizo la puerta del calabozo, que se abrió de par en par con violencia. Abrí los ojos y vi al alcaide de la cárcel, que entraba seguido de soldados que llevaban luces.

— Tucurú, gritó el guardián, ¿falta alguno en este calabozo?

Los presos despertaron al ruido y se pusieron en pie, á la la voz del alcaide, que iba á pasar lista. ¿Dónde está el presidente? dijo, ¿cómo no despierta? Llámenlo.

Pero el presidente estaba lejos y no podía acudir al llama-

miento. Pronto se advirtió su falta y la de los otros dos presos, y todo fué alboroto y confusión en la cárcel.

— Tres se han fugado, dijo el alcaide, que estaba furioso; pero si se han ido por donde yo pienso, á esta hora ya habrán caído.

Me acerqué al guardián, que se sorprendió mucho al verme, y le informé de la casualidad que me había hecho quedarme encerrado en la cárcel. Preguntéle qué había ocurrido y me dijo :

— Acaba de descubrirse, de una manera muy rara, que se habían fugado algunos de los presos. Dos ó tres hombres llamaban á la puerta de un estanco de aguardiente en la esquina de S. Sebastián, y les sorprendió oir rumor de voces en la calle, donde no había una sola persona. Fijando la atención, advirtieron que las voces se oían bajo la tierra, hacia el medio de la calle. Hicieron las suposiciones más extrañas pretendiendo explicar el hecho, y como una de tantas fué que tal vez los presos pretendían salirse por el desagüe, vinieron á avisarme. Cuatro soldados armados han ido hacia la esquina de la plazuela, y si como lo creo, se han ido por el desagüe, pronto los tendremos aquí de vuelta pie con mano. Vamos al patio donde está el común.

Dicho esto, salió con los soldados y yo me quedé verdaderamente afligido por los tres infelices, á quienes no dudaba habrían capturado.

Ninguno de los presos volvió ya á acostarse, agitados todos con el acontecimiento y ansiosos de averiguar el resultado. Pronto empezó á aclarar. Nada hay tan triste como la luz del alba que comienza á penetrar en el recinto de la cárcel, algún tiempo después que ha iluminado el resto de la población. Los calabozos, los patios, y sobre todo, las caras de los habitantes de aquella lóbrega mansión, parecen más siniestras á aquella hora. Pasaron unos minutos, sin que se supiera de los fugitivos ; y al cabo de aquel tiempo, se abrió la puerta de la

cárcel para dar paso al preso conocido con el apodo de Tacuazin, que atado de pies y manos y medio muerto de fatiga, fué conducido á una bartolina. Los otros dos se habían escapado.

Supe después, por la declaración del reo capturado, los pormenores de lo ocurrido y las congojas por las cuales pasaron Tucurú y sus dos compañeros.

Arrastrándose con la mayor dificultad, atravesaron la primera parte del acueducto, que es la más estrecha, y en que apenas cabían acostados. Al llegar á una reposadera, Tucurú, que iba adelante, probó á levantar la losa; pero inútilmente; pues estaba bien asegurada y no le fué posible removerla. Determinaron seguir avanzando; pero al querer salvar la reposadera, se presentó un peligro con que no habían contado. El depósito estaba lleno de lodo apelmazado, en el cual se hundieron los dos brazos de Tucurú, que no logró desprenderse sino con gran dificultad y haciendo uso de toda su fuerza. Los otros, advertidos ya, procuraron evitar el peligro, apoyándose en el borde opuesto de la cavidad; pero no era fácil evitar que se les hundieran en el lodo espeso los pies y parte de las piernas, teniendo que hacer un gran esfuerzo para desembarazarse. Fueron avanzando así, buscando la salida en el extremo del acueducto, que estaba abierto, y probando, inútilmente, á levantar las losas que cubrían las reposaderas. Cada vez que aquellos tres desdichados se encontraban en su penosa marcha con uno de los desagües transversales que llevan las inmundicias de las casas al cañón principal, sufrían horriblemente, aspirando miasmas deletéreos que amenazaban asfixiarlos. Habían recorrido ya más de cuatrocientas varas, y no les faltaban sino unas cien para llegar á la boca del acueducto, cuando ocurrió el incidente que los descubrió. Ajeno de que pudiera haber quien lo escuchara, Tecurú habló á sus dos compañeros, mientras se esforzaba en salvar la reposadera de la esquina sur de la plazuela de S. Sebastián

y como las losas que cubren esos depósitos están agujereadas, pudieron oir la voz con bastante claridad los dos sujetos que acertaron á encontrarse en aquel momento á pocas varas de distancia, en la puerta del estanco. Mientras éstos se ocupaban en discutir acerca de lo que sería aquella voz, y en tanto que fueron á dar aviso, en consecuencia de la sospecha que concibieron de que había una evasión de presos, los tres fugitivos avanzaban, ignorando el peligro que los amenazaba. En el momento mismo en que Tucurú y Culebra acababan de salir del acueducto, llegaron los soldados. El ojo experto de los reos descubrió á los que iban á perseguirlos y que en efecto les apuntaban ya con sus fusiles ; y á pesar de que estaban deshechos con la fatigosa caminata de más de quinientas varas en que se habían arrastrado bajo la tierra en un cañón estrecho, lleno de agua y de inmundicias, haciendo un esfuerzo extraordinario lograron avanzar, antes de que les hicieran fuego, hasta ocultarse detrás de la arquería del estanque inmediato. El cabo que mandaba los cuatro soldados, sospechando que habría otros muchos presos dentro del acueducto, situó dos hombres junto á la boca del cañón, para impedirles la salida y corrió con los otros dos en persecución de los fugitivos. Pero Tucurú y Culebra se hicieron invisibles y no pudo encontrárseles por ninguna parte. El otro preso que quedaba en el desagüe tuvo que rendirse y refirió los pormenores de la evasión. Así terminó aquella tentativa temeraria, en la cual tres desalmados expusieron gravemente su vida por recobrar la libertad. Hicieron cerrar la boca del desagüe de la cárcel que estaba en la plazuela de S. Sebastían ; duplicaron la condena á Margarito Méndez (alias) Tacuazin ; expidieron órdenes severas para la captura de Venancio Tirado (a) Tucurú y de Gregorio Funes (a) Culebra y á los tres ó cuatro días de la evasión se advirtió un aumento considerable en los robos, heridas y otras fechorías tan comunes por aquel tiempo en los barrios de la ciudad; lo que, con razón ó sin ella, se atribuyó

á los dos famosos criminales cuya fuga me había tocado presenciar (1).

(1) El hecho referido en este Capítulo no es enteramente imaginario. Muchos de los lectores recordarán una evasión de presos que tuvo lugar, hace algunos años, por el desagüe de la cárcel y que se descubrió de la manera casual que aquí se indica.

CAPÍTULO XXIV

Los datos que me suministró la relación del sordo-mudo me pusieron en aptitud de hacer una defensa de aquel desdichado tan completa y convincente, que no podía dejar duda de su inocencia en el ánimo de los Oidores. Para sincerar á mi cliente era indispensable decir quién había sido el verdadero autor del crimen, lo cual no ofrecía inconveniente, por haber desaparecido Patricio de la Cruz durante la secuela de la causa; siendo la opinión común en el lugar, que había muerto. El encuentro de la flautilla junto al cadáver y los rasguños de las manos del supuesto asesino, estaban explicados de una manera sencilla y natural. El carácter violento de Patricio de la Cruz, los celos que lo atormentaban, la índole pacífica del sordo-mudo y la resignación con que había sobrellevado siempre los desdenes de la muchacha y las burlas de los otros campesinos, eran circunstancias que contribuían á robustecer la convicción de que había sido Patricio de la Cruz y no Rafael Zambrano el asesino de Eulalia Choy.

La Real Audiencia revocó la sentencia que condenaba á muerte á mi defendido, y lo absolvió de la instancia.

El pobre mudo recibió con lágrimas de alegría la noticia de su absolución, que me apresuré á comunicarle. Me manifestó su resolución de no volver al punto de su residencia y me suplicó lo tomara á mi servicio con tales instancias, que no me fué posible negarme y lo llevé á mi casa. Determiné

dedicarlo á tejedor en el establecimiento que conservaba yo siempre, más que por el provecho que me rendía, (que había venido á menos) por cariño al oficio de mi padre y que había sido el mío en mis primeros años.

Pero el acontecimiento inesperado que paso á referir me impidió llevar á cabo ese propósito y me puso en la necesidad de deshacerme del establecimiento. Sucedió que mi amigo Vargas, cuya poca afición al estudio lo había hecho acabar por abandonar enteramente la carrera, logró, mediante la influencia de su padre, obtener una plaza en la oficina de hacienda de la cual éste era jefe. El joven mostró desde luego aptitud y actividad y se grangeó la estimación y la confianza de los empleados superiores, que llegaron aun á confiarle las llaves de la caja. Nadie podía imaginar siquiera que el hijo del jefe de la oficina, sobre quien pesaba una grave responsabilidad, abusara de aquella confianza. Pero hubo un mal genio que arrastró á mi pobre amigo hasta ponerlo al borde de su ruina.

Un día estaba yo precisamente comunicando al sordo-mudo mi idea de que aprendiera el oficio de tejedor en mi establecimiento, cuando entró Vargas, cuyo semblante pálido y aire abatido me causaron viva inquietud, haciéndome temer que algo muy grave había ocurrido á mi amigo. Hice seña al mudo de que se retirara y cuando estuvimos solos, pregunté á Fernando qué tenía, pues su aspecto me indicaba alguna desgracia.

— La mayor que puedas imaginar, me contestó, dejándose caer en una silla con mucho abatimiento. Hace algún tiempo me convidó Velasco á que concurriera á una casa donde se reunen varios á jugar, diciéndome que el juego no era fuerte y que los sujetos que concurrían eran personas que buscaban más bien un entretenimiento que la ganancia. Fuimos; ví jugar; sentí una tentación irresistible á tomar parte en el juego; lo hice y gané; retirándome muy satisfecho y casi

resueldo á no volver. Nuevas instancias de Velasco y la perspectiva de ganar más me indujeron á concurrir otra vez. Hícelo así, y en efecto gané de nuevo. Todos decían que mi dicha era extraordinaria, que yo había nacido para jugador y que haría fortuna en muy poco tiempo. Juzgué sinceras esas observaciones, que el resultado confirmaba y continué jugando, con diferentes alternativas. Pero de repente la suerte se declaró contra mí de una manera decidida. Perdí todo lo que había ganado y me deshice de algunas prendas de poco valor, cuyo producto desapareció también en pocos días. Aquellos reveses, lejos de servirme de advertencia saludable, excitaron en mi corazón una inquietud mortal, un desasosiego indefinible, que me impelían á buscar en el mal mismo el remedio de la dolencia que me aquejaba, como busca el hidrópico el alivio en el elemento que lo mata. Jugué y perdí el miserable sueldo que devengaré en un año; y cuando ese último recurso hubo desaparecido y la desesperación comenzaba á apoderarse de mí, hubo uno (no te diré quién) que me insinuó la idea de tomar una corta suma de la caja en la oficina en que estoy empleado y de la que, como sabes, es jefe mi padre. Me era esto tanto más fácil, cuanto que frecuentemente se me confían las llaves y reponiendo la suma antes del día último del mes, en que se hace el corte, nadie advertiría el hecho. Era, me decía el sujeto, un simple préstamo por pocos días, que tenía yo la facilidad de reintegrar y que serviría de base á mi fortuna. Trabajo me costó decidirme. Una voz interior me gritaba que aquella acción era indigna de un hombre de bien; que tomando el dinero de la caja, me exponía á gravísimas consecuencias, y lo que era peor aún, exponía á mi padre y al otro empleado conclavero. Rechacé con indignación la primera insinuación que se me hizo; volvieron á instarme una y muchas veces, y al fin, (lo digo con horror y con vergüenza,) caí en la tentación; tomé doscientos pesos, que jugué y perdí; y como si un vértigo infernal perturbara mi inteligencia, sin

saber ya lo que hacía, extraje quinientos más que perdí también; en seguida otros quinientos y por último seiscientos que he visto desaparecer anoche de mis manos, y hundirse en el abismo, llevándose mi honor y el de mi padre.

Vargas calló, y cubriéndose la cara con ambas manos, lloraba y sollozaba, abrumado por el dolor y por la desesperación.

Yo reflexioné un momento, y levantándome de la silla en que estaba sentado, me acerqué á mi pobre amigo y tomándole la mano con afecto le dije:

— El abuso ha sido grave, gravísimo, Fernando. Tu abatimiento y tus lágrimas me dicen que comprendes la enormidad de la falta y me hacen confiar en que la lección no será perdida. No necesito de dirigirte reconvenciones; lo que me toca es procurar salvarte. Estamos á 21; faltan diez días solamente para que se haga el corte de caja. Es necesario, pues, procurar el reintegro de la suma, sin pérdida de tiempo.

— ¡Procurar el reintegro! dijo Vargas, ¿y cómo, Francisco? ¿Crees tú que haya arbitrio humano de que pueda yo obtener mil ochocientos pesos, suma sobre la cual me ha hecho poner la mano la más espantosa fatalidad? Mi conducta, amigo mío, es abominable; estoy herido mortalmente en lo que el hombre tiene de más caro en esta vida y voy á buscar en algún país extranjero, donde pueda vivir desconocido, ocultando el apellido que he deshonrado, el olvido y la oscuridad que convienen á un desdichado como yo. Adiós, Francisco; compadéceme y pídele á mi padre que me perdone, como perdono yo al que me indujo á cometer el crimen.

Diciendo así, mi pobre amigo se levantó, disponiéndose a marcharse; pero yo lo detuve y le dije:

— No, Fernando; la falta cometida está bastantemente castigada con el sufrimiento que te ocasiona. Te repito que ahora es necesario únicamente en reintegrar la suma, antes de que se advierta la sustracción, lo cual queda enteramente á mi cuidado. ¿En qué clase de moneda estaba?

— En pesos mejicanos, contestó Vargas.

— Bien, repliqué, espero que no me faltará como salvarte. Valor y confianza. No hay que perder un momento. Voy á dar los pasos necesarios y mañana te comunicaré el resultado.

Salimos juntos. Vargas volvió á su casa, con el corazón henchido de esperanza y yo fuí á buscar á cierto vecino acomodado que varias veces me había propuesto comprarme el establecimiento de tejidos y la casita. Mi resolución estaba tomada. ¿Qué significaba el sacrificio de aquellos pobres intereses materiales, cuando se trataba de salvar la honra y tal vez la vida de un amigo?

La casa, los telares, las existencias en materiales y unas pocas manufacturas que había, bien valían unos dos mil ochocientos, ó tres mil pesos. Confiaba yo, pues, en obtener esa suma, que me pondría en aptitud de salvar á Fernando y me dejaría un sobrante que me proponía destinar á otro objeto.

Yo no soy negociante. La persona con quien traté conoció desde luego que alguna necesidad urgente me apremiaba á deshacerme de lo único que poseía, y no tuvo empacho en ofrecerme la mitad de la suma que me había rogado aceptara otras veces, y aun no la daba toda al contado, pues me proponía largos plazos para cubrir una parte de ella. Debatimos el negocio dos días, y al fin tuve que hacer el sacrificio de dar la casita y el establecimiento, con todos sus enseres y existencias por dos mil pesos, con tal de obtener la suma al contado. Luego que se firmó la escritura, salió el comprador diciendo por toda la ciudad que me había *embolsado* y agregando, en confianza, que la necesidad de cubrir los gastos hechos en las fiestas del doctoramiento era la que me había obligado á sacrificar mi haber por una bicoca. Yo lo dejé decir y quedé contentísimo de haber hecho el negocio.

— El dinero está listo, dije á mi amigo, á quien llamé á mi casa, á fin de darle la buena nueva; pero lo he obtenido y te lo daré con dos condiciones.

— Suscribo á ellas desde luego, cualesquiera que sean, contestó Fernando. Trabajaré día y noche para reintegrar la suma, y el interés que deba abonar, sea el que fuere.

— Las condiciones son, repliqué yo, que no me has de preguntar cómo he obtenido la suma, que devolverás sin crédito alguno, cuando buenamente puedas; y que me des tu palabra de honor de no volver á jugar jamás.

Vargas se levantó sin decir palabra, se dirigió á mi mesa, y tomando una pluma, trazó unas cuantas líneas sobre un papel y otras en otro y me los entregó. El primero era una obligación de reintegrar los mil ochocientos pesos; el segundo el juramento de no volver á jugar, mientras viviera. Hice pedazos las dos fojas de papel y dije á mi amigo :

— Entre tú y yo la palabra basta.

Vargas quiso arrodillarse y tomarme la mano para besarla; pero yo lo levanté y lo reconvine por aquella demostración que no iba bien con la amistad que nos unía. Me renovó de palabra la promesa de no volver á jugar, y agregó que estaba resuelto á dejar la carrera civil y á seguir la militar, á que lo llamaba más bien su carácter. Aprobé la idea y nos ocupamos en disponer la manera de trasladar la suma á la oficina, sin que se advirtiera el hecho.

Pudo hacerse la operación con toda felicidad, y nadie notó que hubiera faltado la cantidad de la caja durante algunos días. Fernando obtuvo, mediante la influencia de su padre, el despacho de subteniente en una compañía del Fijo, y se me presentó muy bizarro y alegre con su uniforme blanco, con vueltas azules. Yo desocupé mi casita y entregué el establecimiento con mucha tristeza; sintiendo un vivo dolor al separarme del lugar donde había pasado casi toda mi vida y alejarme de la mujer á quien amaba. Y no era únicamente la idea de la distancia la que me afligía : lo más doloroso para mí, lo más duro del sacrificio que tuve que hacer en aquella ocasión en favor de la honra de un amigo, consistía en que

privado de mis únicos recursos, me era imposible realizar en algún tiempo mi matrimonio, aun cuando desapareciera el inconveniente de la enfermedad de la madre de Teresa. Tenía yo que vivir de mi profesión y haciendo algunas economías, reunir lo necesario para asegurar á la que iba á ser mi esposa una modesta y decente subsistencia.

Teresa vió con tranquilidad el sacrificio de mi corta fortuna y, como lo hacía siempre con todos los males de la vida, aceptó con resignación y con dulzura el retardo de nuestra unión. Yo no podía enterarla del motivo que me obligaba á deshacerme de lo que poseía; pero aquella criatura angelical dijo que lo que yo hacía era siempre lo mejor y no procuró investigar las razones de una resolución que debía parecerle, sin embargo, bastantemente extraña.

Tomé en arrendamiento una casita en un punto central de la ciudad y me consagré con empeño al ejercicio de la abogacía; ocupación no muy lucrativa, es verdad; pero interesante para quien tiene gusto en ver de cerca el combate de las pasiones y de los intereses humanos.

Sobrábanme doscientos pesos de los dos mil en que había vendido mi haber; suma harto insignificante para poder establecer con ella la fundación que tenía yo proyecto de hacer, de una escuela nocturna de primeras letras para los niños que se ocupaban durante el día en los talleres de los tejedores. Tuve, pues, que resignarme á emplearla en comprar algunos vestidos y útiles para aprender á leer y escribir, que distribuí, en memoria de mi tío, entre los muchachos más necesitados de los talleres de mi barrio.

Vargas cumplió fielmente su promesa y nunca tuve por qué arrepentirme de haberlo ayudado en el conflicto en que lo pusieron su natural condescendencia y el genio funesto que debía causarnos tantas y tan graves pesadumbres á todos los que tuvimos la desgracia de encontrarlo en el camino de la vida.

CAPÍTULO XXV

El sordo-mudo á quien había yo tenido la fortuna de salvar del patíbulo, continuaba viviendo conmigo. Su natural despejo hizo que aprendiera no sólo á leer, sino á escribir correctamente, adquiriendo una hermosa forma de letra. Esta circunstancia lo puso pronto en aptitud de ayudarme en el despacho de los negocios, poniendo en limpio los escritos cuyos borradores le entregaba yo al efecto diariamente.

Aquel desdichado llegó á tomar por mí un afecto de hijo. Me acompañaba por todas partes y su solicitud llegó hasta á parecerme exagerada algunas veces. El pobre mozo no me perdía de vista, como si hubiera sido encargado por alguno de velar por mi seguridad. Cuando tenía necesidad de salir por la noche, me suplicaba que le permitiera acompañarme; y aun de día, si me alejaba un poco del centro de la ciudad, era seguro que el sordo-mudo me seguía á cierta distancia, sin perderme de vista. Yo, que estaba muy ajeno de sospechar que me amenazara peligro de ninguna especie, extrañaba un poco aquel cuidado minucioso; pero no di al hecho mayor importancia que la que consideré á la solicitud que me pareció había empleado en mi favor D. Eusebio Mallén en los días que precedieron á mis exámenes para el doctoramiento.

El sordo-mudo no tardó en comprender las relaciones que existían entre Teresa y yo y concibió un tierno y respetuoso afecto por la que había de ser mi esposa. Ella aprendió al

momento el alfabeto manual que yo había arreglado para entenderme con Rafael y lo empleaban ambos corrientemente, conversando por aquel medio con facilidad.

La enfermedad de la madre de Teresa seguía su curso, sin que los esfuerzos de los médicos y el cuidado asiduo de D. Eusebio y de su hija lograran otra cosa que alivios momentáneos. Velasco visitaba á la enferma cada tres ó cuatro días, observando con Teresa una conducta reservada, bajo la cual la perspicacia de la joven supo adivinar, sin embargo, la rabia y los celos que devoraban el corazón de aquel hombre funesto. La reputación de mi falso amigo había crecido extraordinariamente. Algunas curaciones felices de enfermos que otros de sus colegas habian desahuciado, pusieron el sello á su fama y lo hicieron el médico de moda en la ciudad. Llamábanlo de todas partes, atribuíanle verdaderos milagros y poco faltó para que se le considerara árbitro absoluto de la vida y de la muerte. Ganó una cátedra por oposición, y en poco tiempo hizo una fortuna regular, porque no era descuidado para el cobro de honorarios. Con todo eso la ambición de Velasco no estaba satisfecha. Aspiraba al puesto prominente de Protomédico y á los honores de médico de cámara del Rey, es decir que pretendía recoger la herencia del sabio y anciano Dr. Sánchez, que había llegado á aquellos puestos después de largos años de estudios y de ejercicio de la profesión.

Mi amigo sabía que la ciencia sola no le haría obtener lo que era el objeto de sus ambiciosos deseos. Necesitaba un apoyo poderoso, y calculó acertadamente que lo encontraría en la influencia y relaciones del Dr. Dávalos. Aquel joven sin corazón y de ideas atrevidas concibió el proyecto de hacerse amar por Doña Ana y una vez dueño de su afecto, pedirla por esposa á su padre. Contra ese plan se presentaba únicamente el inconveniente grave de la preocupación que había en aquel tiempo contra los médicos. No era fácil que un Ministro togado, que ostentaba un escudo de armas con diez y seis cuarteles y una

genealogía que remontaba á los antiguos Condes de Castilla, aceptara de grado por yerno á un hombre que ejercía aquella profesión, por más que fuera distinguido por su talento y por su ciencia. Velasco lo sabía bien; pero tenía fé en su destino y nada le parecía imposible. Confiando en su figura simpática, en sus maneras finas y en la influencia que ejercía en el espíritu débil y enfermizo de Doña Ana, esperaba vencer la resistencia que suponía encontrar en D. Marcos Dávalos. Fué poco á poco insinuando á la joven señora el amor de que se fingía poseído, y cuando Doña Ana se apercibió de aquellas pretensiones, le parecieron extrañas y atrevidas; pero no las rechazó con la firmeza de quien está resuelta á no darles oídos algún día. Reservó á su padre lo que había advertido y continuó recibiendo á mi amigo con distinción y muestras de amistad. Alentado Velasco al notar que sus primeras indicaciones no eran desechadas con energía, redobló su empeño, se mostró vivamente apasionado y aprovechando una coyuntura favorable, declaró terminantemente su amor y dijo que ponía á los pies de Doña Ana su corazón y las esperanzas de su porvenir. La hija del Oidor opuso alguna resistencia y acabó por confesar que Velasco no le era indiferente; pero añadió que jamás se casaría sin el consentimiento de su padre. El joven médico pareció ebrio de gozo. Dijo á Doña Ana que tenía que diferir por algún tiempo el hablar al Dr. Dávalos, porque necesitaba adelantar un poco más su fortuna, antes de pedirle la mano de su hija. Doña Ana se mostró satisfecha, sin comprender que el plan del astuto pretendiente era apoderarse por completo de su corazón y tener en ella misma un poderoso auxiliar en la lucha que esperaba tendría que sostener con el Oidor. Continuó, pues, mostrándose cada día más obsequioso y enamorado, y la pobre señora fué poco á poco dando entrada en su alma á una pasión violenta, de esas á que son tan propensas las mujeres de temperamento nervioso y de imaginación romancesca.

El primer efecto que produjeron las relaciones de mi amigo

con Doña Ana Dávalos, fué cierta frialdad de ésta hacia Teresa, á quien la orgullosa dama no podía perdonar el haber sido antes amada por el joven médico. La infeliz ignoraba que en realidad el corazón de su amante nutría un sentimiento mezclado de amor y de despecho por la hija del maestro de escuela; y que ella, solicitada por especulación, debía servir únicamente de escabel para elevar á aquel ambicioso. Teresa notó el desvío de Doña Ana, á quien quería sinceramente, siéndole tanto más sensible, cuanto que la gravedad de su madre debía ser un nuevo motivo de interés y de simpatía de parte de la hija del Oidor. Pero siguiendo su sistema, observó aquel cambio sin quejarse y ni á mí mismo me dijo una palabra acerca de la extraña conducta de la que había sido para ella más que señora, amiga tierna y afectuosa.

Mientras Velasco urdía aquella intriga que, según sus cálculos, debía asegurarle un enlace brillante y afirmar su fortuna, yo me ocupaba asiduamente en el ejercicio de la abogacía, para adquirir lo necesario á fin de proporcionar una posición modesta á la mujer de condición humilde á quien amaba. Trabajaba mucho y con algún provecho, lo que me hacía esperar que no estaba distante el día tan deseado de mi corazón en que vería yo realizadas mis ilusiones.

Entretanto volvió á presentárseme una nueva ocasión de emplearme en la defensa de un reo de muerte. Aquella vez era una mujer la que reclamaba mi amparo. Margarita Vadillo, después de haber servido de nodriza á un niño de una familia decente de la capital, se quedó en la casa cuidando de él como niñera. Dotada de pasiones muy vivas, la muchacha concibió un amor entreñable por el chico; no sufría que se le impusiera el más ligero castigo y se encolerizaba contra cualquiera que hablaba de los defectos de aquel pobre niño, que tenía la desgracia de ser contrahecho, de facciones nada regulares y de un carácter duro y violento. Al revés de lo que sucede á menudo, la deformidad moral estaba en armonía en aquella criatura con la física.

Á su lado crecía un hermanito menor, pacífico, amable y lindo como un ángel, que arrebataba la admiración de todos los que lo veían y hacía el contraste más chocante con el otro. Margarita entraba en un verdadero furor cada vez que oía los elogios que se hacían en la calle de Gabriel y veía torcer el gesto á los que encontraban al desdichado Paquito. Pero lo que sobre todo desesperaba á la pobre moza era cualquier muestra de predilección de la familia en favor del primero, ó de despego y desvío respecto del segundo. Margarita Vadillo, en su ignorancia y pasión de que se encontraba poseída, llegó á formarse en su cabeza el más extraño silogismo. Si no hubiera Gabriel, pensaba ella, no habría con quien comparar á Paquito, y éste no parecería feo. Además, si estuviera él solo en la casa, no habría otro que le fuera preferido. De ese argumento á la resolución de hacer que desapareciera el que ella suponía causa de la desgracia de su predilecto, la distancia era corta. Su odio mortal le sugirió el crimen más espantoso, de que fué víctima el desdichado Gabriel. Un día la madre de los niños había hecho poner fuego á un horno grande que tenía en su casa, con el objeto de asar un cochinito. Las dos inocentes criaturas jugaban junto al horno, y en un momento en que la señora se había alejado para ir en busca de alguna cosa que le hacía falta, Paquito propuso, por vía de juego, que uno de los dos fuera el cochinito y que lo asaran. Gabriel aceptó la idea con alegría, y se prestó á que lo introdujeran á él desde luego en el horno, á condición de que Paquito entraría en seguida. Puso el cuerpecito en actitud de imitar la figura que hacía el animal y aquella mujer sin entrañas metió al desgraciado niño en el horno y tapó la boca para que no pudiera salir ni se oyeran los gritos.

— Así que estés bien asadito, dijo Paco, avisa, para entrar yo.

La infeliz criatura tardó poco en perecer, en medio de aquel horroroso martirio. Cuando llegó la madre, Paquito le dijo

riéndose, que la Margarita y él habían asado ya el cochinito; y como la señora veía allí el animal y no á su segundo hijo, se estremeció de horror. La desventurada se convenció pronto de su desgracia. Á sus gritos acudieron las gentes de la casa; Margarita, alarmada, quiso huir; pero lograron asegurarla y fué conducida á la cárcel. Imposible negar el hecho. Convicta y confesa del crimen, fué condenada á muerte de garrote, y luego que el alcalde pronunció la sentencia, me pasaron la causa para que hiciera la defensa.

El caso era gravísimo; el vecindario entero estaba conmovido y pedía á gritos el último suplicio para Margarita Vadillo. ¿En qué fundar la defensa? Parecían cerrados todos los caminos legales, ya que el crimen estaba plenamente probado y que la confesión de la rea no dejaba la menor duda de su culpabilidad.

Estaba en mi bufete, leyendo la causa por quinta vez, buscando algún resquicio por donde atacar el procedimiento ó la sentencia, cuando llegó mi amigo el Dr. Velasco, que iba á visitarme. Al momento el sordo-mudo entró en el gabinete y se puso á arreglar los muebles y limpiar los libros muy despacio, operación no muy necesaria, pues la había ejecutado ya aquel mismo día; pero como no estorbaba, lo dejé hacer y entré en conversación con mi amigo.

Ésta recayó pronto en el asunto de Margarita Vadillo, que llamaba la atención generalmente, y después de haber discurrido sobre el hecho y sus circunstancias, confesé á Velasco que estaba profundamente afligido y desalentado, no encontrando arbitrio alguno legal para salvar de la muerte á mi defendida.

Velasco me escuchó con atención y me dijo sonriendo:

— ¿Y por qué no alegas la excepción de enajenación mental?

— Porque no habría, contesté, prueba en que apoyarla.

— ¿Y qué mejor prueba, replicó el joven Doctor, que el crimen mismo?

— El crimen probará una pasión violenta; pero no locura.

— Eso que tú llamas pasión violenta, dijo Velasco, jugando con un cortaplumas que estaba sobre la mesa, la llamo yo locura. Margarita Vadillo en su estado fisiológico no habría asado al niño. El crimen revela un estado patológico; es efecto de una monomanía que no está bien clasificada.

La teoría de mi amigo me pareció aterradora. Reflexioné un momento, y le dije :

— Según eso, es necesario, á tu juicio, suprimir los castigos, los presidios y hasta los códigos y los jueces.

— Sí, replicó él, con mucha calma, y establecer hospitales especiales, con médicos que apliquen á esos locos que Vds. los abogados llaman criminales, los métodos curativos más convenientes. Es menester curarlos, no castigarlos.

—¡Pobre sociedad, dije yo, con semejante sistema, que tiende nada menos que á destruir la responsabilidad del hombre y á asegurar la impunidad del crimen. El asesino, el incendiario, el ladrón son, á tu modo de ver, monomaniacos, á quienes debe tratarse con métodos análogos al que empleaste para curar á Doña Ana Dávalos.

— Con ese ó con otros, replicó Velasco, con tal de que se reconozca el principio de que la pasión, cuando llega á cierto grado, constituye una enfermedad mental y destruye la libertad, condición necesaria, como sabes, para que las acciones sean imputables. En el caso de Margarita Vadillo debes sostener que los celos le perturbaron la razón y que no debe considerársela responsable del hecho.

— No, Antonio, dije yo, no iré á sostener en nuestros tribunales un sofisma que está en contradicción manifiesta con los principios que rigen á todas las sociedades humanas y con el derecho universal. Alegaré como circunstancias atenuantes, la ignorancia de mi defendida, su sexo, la pasión, que sin excu-

sarla y sin hacer que el crimen deje de ser crimen, la cegó al punto de llevarla á cometer aquel atentado. Margarita Vadillo no estaba loca en el sentido jurídico, médico ó vulgar de la palabra. El hombre, dotado de libre albedrío, puede escoger el bien ó el mal, con entera libertad. Si hace lo primero, cumple con los deberes de cristiano y de buen ciudadano; si lo segundo, falta á la ley divina y humana, y es responsable á Dios y á la autoridad del país en que vive.

Velasco se encogió de hombros y salió murmurando entre dientes que con hombres como yo, las ciencias sociales no darían jamás un paso hacia adelante.

Oí la observación y dije que si los pasos de las ciencias sociales habían de ser dirigidos á destruir la sociedad, prefería verlas estacionarias; y me ocupé en la redacción de la defensa, alegando lo único que podía decir, conforme á derecho, en favor de la que había cometido un crimen tan atroz. Me fijé sobre todo en lo horroroso y desagradable del espectáculo de una débil mujer conducida al patíbulo; y aunque no logré que se revocara la sentencia, tuve la satisfacción de que mis argumentos hicieran impresión á los jueces y al público, y espero haya sido aquel el último caso de una mujer á quien se aplique en mi país la pena capital.

CAPÍTULO XXVI

Agotados los esfuerzos para arrancar aquella víctima al verdugo, luego que la sentencia fué confirmada en última instancia, me ocupé ya únicamente en proporcionar alivios y consuelos á Margarita Vadillo.

Preguntándole si le hacía falta alguna cosa, si deseaba algo, me contestó únicamente :

— Ver una vez á mi niño antes de morir.

Me pareció que había algo de profundamente tierno en aquellas pocas palabras. Era el amor intenso, infinito, que había arrastrado á aquella desdichada al crimen, que llenaba su alma, y que le hacía considerar como el supremo bien sobre la tierra el ver á aquel que era la causa inocente de su muerte.

Tomé sobre mí la penosa comisión de pedir á la pobre madre concediera aquel favor á la que había quitado la vida á su hijo, y la encontré menos difícil de lo que esperaba. Armada de esa santa resignación de que se ven frecuentemente ejemplos en las madres en nuestro país, escuchó mi petición con bondad, y á pocas reflexiones que le hice, me confió al niño, á quien llevé á la capilla, donde se preparaba Margarita para la muerte. Lo estrechó entre sus brazos, lo cubrió de besos, lo bañó con sus lágrimas y dijo que lo único por que sentía morir, era porque ya no habría quien lo defendiera cuando lo llamaran feo y jorobado.

Tres días después de la ejecución, estaba yo en mi casa, impresionado todavía con el doloroso espectáculo que hube de presenciar, pues creí de mi deber acompañar á mi cliente hasta el pie del cadalso, cuando oí en la pieza inmediata el ruido de un sable que arrastraba por el suelo y oí tararear una canción. Conocí al momento la voz de mi amigo Vargas, que entró y me estrechó la mano con efusión.

— Vengo á darte, me dijo, una buena nueva.

— ¿Cuál es? le pregunté, ¿te han hecho ya teniente?

— No, pero ganaré pronto el grado, pues sabes que el tiempo de servicio en las costas se cuenta por doble. Estoy destinado á Omoa.

Me complació el ver la alegría con que mi amigo se disponía á arrostrar los peligros de un clima mortífero y las privaciones á que se sujetaría en aquella costa inhospitalaria. Alabé su buena disposición á obedecer las órdenes de sus jefes y el espíritu varonil con que se preparaba á aquel servicio peligroso y molesto.

— Parar celebrar mi buena fortuna, me dijo Fernando, vengo á proponerte que vayamos esta noche al coliseo, que se abre después de una larga suspensión, con una comedia famosa del teatro antiguo, y en la que va á representar un actor nuevo, aficionado, amigo tuyo. Lo que quieras te doy, si adivinas quién es.

— No siendo tú, le repliqué, como no has de ser, no puedo calcular quién de mis amigos sea tan calavera que se presente en las tablas en una función pública y pagada.

— Ha sido estudiante con nosotros, dijo Vargas. Se graduó y comenzó á hacer la pasantía... pero no te digo más. Vamos esta noche y lo verás, á ver si lo reconoces entre los demás comediantes.

Fué necesaria aquella circustancia, que picó vivamente mi curiosidad, para que me determinara yo á ir al teatro, en la situación en que se hallaba mi ánimo. Las ideas dominantes

respecto á la profesión de cómico se han modificado notablemente desde entonces hasta la época en que escribo estas Memorias; pero cuando tuvieron lugar los sucesos á que me refiero, los actores eran vistos con el mayor desprecio, y la idea de que una persona regular abrazara esa profesión, era considerada como absurda. Pero, por una contradicción de esas en que el público incurre frecuentemente, el anuncio de que un joven de familia decente, que había estudiado y que tenía buena figura iba á presentarse en las tablas, hizo que se tomaran todas las localidades del estrecho y poco concurrido coliseo provisional que había en la casa que después llamaron *de los Ángeles*, por un motivo conexionado con el destino que por entonces tuvo aquella finca.

Desde el año 1794 había logrado el Presidente Troncoso lo que no pudo obtener su antecesor el Sr. Estachería, que lo procuró con empeño: el establecimiento de un coliseo provisional, en una casa particular arrendada al efecto. Después de haber estado al principio en la calle de la Merced, vino á constituirse á media cuadra de la Plaza-vieja. El estaclecimiento no fué de larga duración. La opinión fué poco favorable á aquel ensayo. La ignorancia y la rutina se aunaron contra él y prevaliéndose de los defectos que necesariamente debía tener aquel incipiente espectáculo, voces autorizadas se levantaron contra él y desapareció. La casa donde había estado el teatro durante algún tiempo, fué vista con horror, y se habló de apariciones diabólicas que cruzaban por las noches los corredores y el patio. Nadie quería arrendarla y fué preciso colocar en la pared exterior esas figuras, nada artísticas por cierto, que parecen representar ángeles y cuya presencia ahuyentó los conciliábulos de los diablos, para que hubiera alguno que se prestara á habitar la casa. (1)

(1) Tal es, al menos, la tradición oral que corre entre personas de edad, respecto al origen de esos groseros medios relieves, que han hecho muy bien en conservar como recuerdo histórico.

Aquel fué el coliseo á donde mi amigo Vargas y yo nos dirigimos para ver la representación del drama de D. Francisco de Rojas: *García del Castañar*, que para llamar más la atención anunció el cartel con el título de: *Del Rey abajo, ninguno.*

Cuando llegamos, el local aparecía casi lleno. Como estaba prevenido y se acostumbraba, el patio contenía exclusivamente á los espectadores del sexo masculino, en bancos de pino mal labrados, que costeaba la empresa. Los corredores á las mujeres, en sillas que cada una había enviado con anticipación, y sobre la azotea, en dos secciones de hombres y mujeres, el pueblo en pie detrás de unos maderos puestos para evitar la caída de alguno de los espectadores. En los corredores se pagaban cuatro reales por persona; en el patio dos y en la azotea, ó *gallinero*, uno. Nada de techo ó toldo para defendernos del sereno y de alguna lluvia intempestiva. El público del patio y de la azotea iba al espectáculo expuestos á toda contingencia, aunque con la confianza de que no era probable cayera un chubasco en plena estación seca.

El alumbrado consistía en unas cuantas velas de sebo, colocadas en faroles, entre pilar y pilar del corredor y las candilejas de aceite de higuerillo que ardían á la orilla del foro. El telón de boca, pintado por algún pintor de brocha gorda, contenía dos figuras alegóricas, una de ellas de mirada feroz, armada de un puñal con el que parecía amenazar á su compañera, otra mujer, alegre y vivaracha, que se disponía á parar el golpe con una careta. Para que nadie pudiera dudar quiénes eran aquellas dos damas, les salían de las bocas, á guisa de culebras, unos grandes letreros que decían: YO SOY LA TRAGEDIA; YO SOY LA COMEDIA. Unos niños cachigordos con alas jugaban á los pies de las susodichas y eran, según decían en el gallinero, hijos de las dos señoras. La orquesta, bajo la dirección de un D. Manuel Camato, primer violín y al mismo tiempo empresario del teatro, se componía de seis instrumentos de cuerda y cuatro de viento, que hacían esfuerzos desesperados para ponerse de

acuerdo, sin haberlo logrado una sola vez en toda la noche. En la primera banca, cerca del primer violín, estaba el aficionado D. Florencio, que no perdía una sola nota y parecía haber concentrado todas las potencias de su alma en los oídos para oir y en los ojos para ver los movimientos del arco del maestro. Un agudo silbido anunció al público que iba á levantarse el telón. Los que fumábamos en pie en el patio, con nuestros chambergos puestos, continuamos fumando, sentados y sin descubrirnos, después de alzado el telón.

El escenario correspondia al resto del teatro. Debía figurar un salón regio; pero era necesario avivar mucho la fé para figurarse uno que tenía delante algo parecido á las habitaciones de los palacios en aquellos bastidores de papel embarrado de colores chillantes y en aquel telón del fondo, de un tinte indefinible, sobre el cual resaltaban unas cuantas figuras no sé bien si de emperadores romanos, ó de patriarcas del antiguo testamento.

Salió el que hacía de Rey, y se inició haciendo una profunda cortesía al Señor Alcalde de primer voto que presidía la función. Alfonso XI vestía ni más ni menos como el *Rey español* de los nacimientos, lo que pareció muy lógico, puesto que era español y rey. Naturalmente un monarca debe andar á toda hora del día y de la noche con la corona en la cabeza; y de consiguiente el cómico que hacía el rey no se quitó aquel distintivo, sino en el pasaje en que se finge un cortesano é inviste á D. Mendo del carácter real. Hablaba simpre como regañando, pues es muy claro que un rey no ha de decir las cosas más sencillas como todo el mundo, correspondiéndole el tono grave y levantado. Por el contrario los palaciegos; ésos aparecían humildes hasta la bajeza y andaban haciendo genuflexiones ante su señor, como los sacristanes cuando pasan delante del sacramento.

Todos estábamos atentos, esperando que saliera el actor nuevo, y éste no aparecía, como si hubiera querido hacerse desear. Pasaron las dos primeras escenas, y nada. Á la tercera

el gallinero comenzó á impacientarse y á murmurar, y de repente se oyó una voz que gritó: *que salga el nuevo.* El Alcalde se levantó para imponer silencio; pero fué imposible. El clamoreo se hizo general y el representante de la autoridad no la tuvo bastante para contenerlo. *Que salga el comediante nuevo, ó que me devuelvan mi real*, gritaba la plebe. Los silbidos y la grita habrían hecho retemblar la casa, á no ser por la dichosa circunstancia de que el bullicio se hacía á cielo abierto, con lo cual el aire, violentamente agitado, podía esparcirse libremente por la atmósfera, sin peligro del edifio. El empresario dejó á un lado el violín, (del cual se apoderó en el acto D. Florencio, como para defenderlo en todo evento) y asomando por la concha del apuntador, suplicó encarecidamente al *respetable público* que tuviera un poco de paciencia; que el protagonista no debía salir sino en la escena quinta, y que era imposible anticiparlo. Los del gallinero contestaron al empresario silbando con más fuerza y *haciendo chivo*, no obstante lo cual la pieza continuó y al fin llegó la escena en que debía aparecer el nuevo comediante.

Era necesario cambiar la decoración, pasando del palacio del rey á la casa del rico labrador García. El telón que figuraba el regio alcázar se atoró á medio camino, y la sustitución de los bastidores se hizo tan despacio, que hubo necesidad de aguardar más de diez minutos antes de que se completara la transmutación de la escena, quedando siempre un bastidor de quien no se acordó ninguno de los tramoyistas y que figuraba un pedazo de palacio en medio de la sala del labrador. Como había necesidad de una puerta, salió con ella un quidan y la colocó muy serio en medio de dos bastidores, lo que provocó la hilaridad del público, que celebró el incidente con los acostumbrados silbidos.

Lista ya la escena, salió García, cuya aparición fué saludada como lo había sido la de la puerta. Su traje era de pastor de nacimiento, y como representaba un labrador, el director de es-

cena juzgó indispensable colocarle un gran azadón en el hombro derecho, sin embargo de que el personaje no es un jornalero, sino un hacendado rico. Llevaba una gran barba y una peluca postiza, lo cual lo desfiguraba completamente, haciendo que el público se perdiera en conjeturas y suposiciones, tratando de adivinar quién era en realidad el nuevo comediante. Unos decían: es Fulano, otros es Zutano; quién creía reconocer al escribano A.; quién al boticario B.; éste al procurador C. y aquél al pertiguero de la catedral. Pero por último hubo uno que dió en el clavo. *Es Pérez*, gritó, y al oir la voz, reconocí á mi alegre compañero de pasantía en el bufete del Dr. Morales, que rodando de una en otra profesión había venido á parar en cómico.

— ¡Pobre muchacho! dije á Vargas, si me lo hubieras dicho no lo habría creído. Pero escuchemos, que ya empieza á hablar.

En efecto, Pérez comenzaba á recitar las sextillas de la escena 5ª. del drama, y luego advertí por su género de declamación y mímica con que la acompañaba, que mi festivo compañero se había propuesto convertir en personaje grotesco uno de los caracteres más serios y varoniles del teatro antiguo español. Ya sea que no comprendiera el pensamiento del autor ó ya (y, eso creo más bien) que conociera perfectamente al público para quien representaba, lo cierto es que Pérez hizo un gracioso de sainete del protagonista de aquel drama, lo cual hacía desgañistarse de risa á los espectadores, aun en los pasajes más terribles de la pieza. El gallinero declaró que el comediante nuevo era el mejor de los *chucanes* que habían trepado á las tablas, y el patio y los palcos expresaron la misma idea aunque en términos un poco diferentes.

No menos que los chistes del nuevo cómico hacía reir al público todo cuanto hablaba el actor que hacía el papel de D. Mendo, que tenía el defecto de ser tartamudo, y para completar una palabra necesitaba repetir tres ó cuatro veces

cada sílaba. Así, desde la escena primera, en que el rey le dice:

« Don Mendo, vuestra demanda
He visto.
Y él contesta :
« Decid querella ;
« Que me hagáis, suplico en ella,
« Caballero de la banda,

el pobre tartamudo estropeó lastimosamente la cuarteta, diciendo :

« De.... de.... cid que.... que.... que querella ;
« Que.... que.... que me.... me.... me hagáis su.... su...plico en ella,
« Ca.... caballero de la ba.... ba.... ba.... banda.

El teatro resonaba con los aplausos cad ı vez que hablaba el pobre tartamudo; y cuando pasaba un rato sin tomar parte en el diálogo, comenzaban los del gallinero á gritar : *que hable el tartajo*, *que hable el tartajo*. Una de tantas veces, aburrido con aquellas exigencias, Don Mendo se volvió al público y dijo :

-- « Si.... si.... si.... no.... no.... no.... me... me.... to.... to.... to.... toca ; ¿ co.... co... co.... como he de.... de.... de habl.... bl.... bl... bl.... bl.... blar?

Aquella explicación fué, por supuesto, saludada con un coro general de carcajadas, gritos y silbidos y fué necesaria la intervención del Alcalde para que se restableciera el orden.

Los entreactos, (ó entreautos, como decían en el gallinero) eran larguísimos; pero los amenizaba la orquesta y los chillidos de los muchachos que recorrían la casa, gritando : *caramelos y cigarros*, *señores*, y los de las mujeres cargadas de grandes tinajas y no pequeños canastos que anunciaban *la agua loja y los barquillos.*

Para que la fiesta fuera completa, sucedió que como á las diez y media, cuando D. Mendo se disponía á entrar por el balcón en casa de Doña Blanca, se descolgó inopinadamente uno

de esos aguaceros que no son raros en el mes de Marzo y nos puso á todos hechos unas sopas. Por supuesto ya no concluyó la pieza, y cada cual trató de volverse á su casa luego que escampó el agua y bajaron un poco los charcos, que habían convertido la ciudad en una nueva Venecia.

Tales eran los espectáculos dramáticos de aquellos tiempos dichosos, y tal el público para quien se daban. Si los colores del cuadro parecen un poco recargados en uno ú otro pasaje, los lectores de estas páginas no tienen sino preguntar á los hombres de mi tiempo, y si la memoria les es fiel, les dirán haber visto mucho, ya que no todo lo que dejo dicho de las representaciones teatrales de la época á que me refiero.

CAPÍTULO XXVII

Después de los acontecimientos de que he dado noticia en los últimos capítulos, ocurrieron algunos otros, más ó menos intimamente ligados con la historia de mi vida, ó con la de algunos de los personajes principales que figuran en estas Memorias.

Uno de ellos fué la muerte del sabio Dr. Sánchez, que bajó al sepulcro cargado de años y de méritos, y cuya falta dejó en el país un vacío que aun no ha podido llenarse en el largo período de tiempo transcurrido desde que desapareció aquel hombre superior á su época. Médico filósofo, el Dr. Sánchez no abrazó un sistema exclusivamente; aceptaba lo que creía bueno y razonable de la ciencia moderna, conservando con religioso respeto las verdades que atesoró la antigüedad. Era un ecléctico, y no un escéptico, como suponía el vulgo.

La muerte del Dr. Sánchez dejaba vacante el puesto de Protomédico, objeto de la ambición del joven Velasco, que no ignoraba cuán difícil sería que uno de los profesores más modernos fuese elevado á aquel honor, que no se acordaba sino á un mérito probado con largos años de ejercicio de la profesión. Esto no obstante, la audacia de mi amigo no creía que hubiese algo imposible para él. Confiaba en su saber, en su reputación y en que el apoyo del Dr. Dávalos haría que se prescindiera en su favor de las reglas establecidas y sancionadas con la práctica de muchos años.

Pero para acabar de asegurarse ese apoyo, era preciso dar el golpe maestro : hacerse aceptar como yerno por el Oidor, y eso fué lo que Velasco creyó llegado el caso de procurar, persuadido de que el amor había echado ya en el corazón impresionable de Doña Ana raíces bastantemente profundas, para hacer de ella un auxiliar eficaz, en caso necesario.

Velasco entró en materia con el Dr. Dávalos sin muchos rodeos. Le pintó con vivos colores la pasión que había concebido por su hija desde que la vió; la pidió por esposa y ofreció al Oidor consagrar su existencia á hacerla tan feliz como ella merecía.

Don Marcos escuchó al joven médico sin interrumpirlo, y cuando éste aguardaba una negativa rotunda, fundada en la desigualdad de condiciones, se quedó asombrado al oir por toda respuesta que consultaría la voluntad de su hija, y que si ésta no se oponía á aquella unión, daría su consentimiento sin más reserva que la de aguardar unos pocos días la llegada de un informe que había pedido relativo á D. Álvaro de Lanuza, el antiguo novio de Doña Ana.

— ¿Pero no había perecido en un naufragio? preguntó Velasco, poniéndose pálido.

— Esa fué la idea que hubo generalmente, respondió el Oidor ; pero yo nunca tuve una completa seguridad de aquella desgracia. Escribí á varios amigos residentes en diferentes países, y hace poco he recibido una carta de mi corresponsal de México, que me dice tener datos fundados de que existe en aquella ciudad el sujeto por quien le he preguntado, aunque bajo un nombre supuesto.

— Pero no habiendo venido D. Álvaro, replicó Velasco, en tanto tiempo, á reclamar de Doña Ana el cumplimiento de la promesa hecha bajo muy diferentes circunstancias, creo que tanto V. como ella pueden considerarse en completa libertad.

— El juramento de mi hija, caballero, interrumpió el Oidor, frunciendo las cejas, y mi palabra de honor son sagrados. Si

D. Álvaro de Lanuza no ha venido, debe ser porque se lo hayan impedido inconvenientes graves; lo conozco demasiado para creerlo capaz de faltar voluntariamente á un compromiso solemne.

— ¿Y si Doña Ana, observó Velasco, ha dado entrada en su corazón á un nuevo amor?

— Aun cuando sea así, replicó Dávalos; si casada con otro se presentara de repente el hombre á quien no ha dejado de amar sino cuando lo ha creido muerto, mi hija, esclava de su deber, sacrificaría su antiguo afecto; pero su razón sucumbiría en la prueba.

Velasco hizo un ligero movimiento de hombros, que no percibió su interlocutor, y contestó fríamente.

— Esa será cuenta mía, señor D. Marcos. Yo deseo obtener el consentimiento de V.; y en cuanto á que D. Álvaro volviera á turbar la paz de mi matrimonio y á poner en peligro la razón de Doña Ana, ya lo veríamos.

— Es inútil hablar más de esto, D. Antonio, dijo el Oidor. Repito que si mi hija consiente en ser esposa de V. y si la noticia que aguardo me quita toda esperanza de que exista D. Álvaro, no me opondré á que se haga lo que ella desee. Conque, aguardemos.

— Aguardemos, ya que V. lo exige, dijo mi amigo. Confío, Sr. Doctor, en que esa carta que V. espera, le hará ver que los muertos no vuelven y que cuando V. y yo arreglamos, para curar á Doña Ana, el hacerla ver á su antiguo novio entre los bienaventurados, le mentíamos con la verdad.

Dicho esto, Velasco se despidió del Dr. Dávalos, con menos tranquilidad en el fondo de su alma respecto al resultado del informe esperado, que la que denotaban sus palabras.

Otro de los sucesos que se verificaron en aquellos días, tuvo por teatro la casa de las Costales y por actores algunos de los sujetos que han figurado ya en esta narración.

El famoso capitán Ballina, á quien sirvieron de espuela las

pretensiones de mi ilustre maestro el Dr. Morales, decidió abandonar el sistema de exploraciones y escaramuzas, como él decía, y emprender el ataque formal de la plaza, (es decir de la Costales número 1) tomándola por asalto, si no era posible por capitulación.

Comenzando por parlamentar, escribió una carta muy floreada y llena al mismo tiempo de términos de fortificación, en la que se dirigía á su novia bajo el nombre clásico de Filis y le decía haber notado la intención de la gobernadora del fuerte, (ésa era Doña Lupercia) de entregar la plaza á un enemigo traidor y cobarde, (ése era mi maestro ;) lo cual él estaba decidido á evitar á todo trance, poniendo fuego al polvorín y haciendo saltar el castillo. En seguida invitaba á Luisa, en términos más claros, á huirse con él; ofreciéndole sustraerla á los malos intentos de Doña Lupercia, que proyectaba entregarla á un odioso tirano. Le trazaba con toda exactitud el plan de la evasión, le exigía pronta respuesta para tomar las medidas conducentes á la ejecución del atrevido proyecto y firmaba : LINDORO, *que fino te adoro.*

El capitán hizo seña con los ojos á Doña Luisita de que le dejaba el tamal bajo el cojín del sofá ; pero como de costumbre, la mirada cayó á la izquierda de la persona á quien iba dirigida, y fué la tía Modesta la que entendió, por la ojeada, que el héroe le advertía que debía buscar algo bajo aquel cojín, que había hecho los mismos oficios Dios sabe cuántas veces.

Apoderóse la dama del billette ; y ya sea que creyera que realmente iba dirigido á ella, ó lo que es más probable, que considerara la ocasión de perlas para atrapar un novio, lo cierto es que Doña Modesta contestó la misiva, manifestándose resuelta á hacer feliz al capitán y á seguirlo aun cuando fuera al último extremo del mundo conocido, ó por conocer. Firmaba *tu* FILIS, á secas ; porque aunque quiso corresponder al versito del amartelado, no encontró más consonante á Filis

que *bilis*, y le pareció que no venía bien tratándose de amor. Con mucho disimulo puso el billete en el mismo sitio donde el capitán había depositado el suyo, con lo cual el héroe no tuvo más que meter la mano y sacar la guaca.

Tres noches después, entre doce y una, el favorecido capitán, embozado hasta los ojos, armado de todas armas y montado en su mula, paseaba un callejón al cual daban las paredes de la huerta de la casa de la Sra. Costales, que siendo poco elevadas, proporcionaban toda facilidad para el rapto de la nueva Elena. La nocbe estaba como mandada hacer exprofesamente para las circunstancias, oscura y tempestuosa; de modo que dos personas no podían verse las caras á un paso de distancia. Cuando el alumno de Marte paseaba el callejón por vigésima segunda vez, creyó escuchar entre el ruido del aguacero, del otro lado de aquellas adoradas tapias, tres palmadas que le resonaron en el corazón. Contestó con un agudo silbido, señal convenida, y pronto creyó distinguir la figura de un ángel humanado que cabalgaba sobre el albardón de la pared. Acercóse palpitándole de amor el corazón, y sin apearse de la mula, ayudó á descender, recibió en sus brazos y colocó cuidadosamente en la delantera de la silla á su adoraba Filis, ó á la que el desdichado tenía por tal. Poniendo espuelas á la bestia, echó á andar más alegre que... cualquiera de los que han ejecutado raptos por las paredes ó por otras partes, desde que hay galanes que roben y damas que se dejen robar.

El capitán condujo su tesoro á casa de unas señoras honradas y viejas, parientas suyas, á quienes tenía prevenidas de antemano y que velaban aguardando á la joven, á quien el cortejo había pintado como una desdichada víctima del despotismo maternal.

Las honradas dueñas salieron á recibirla á la puerta de calle con los brazos abiertos, y ella entró con la cara toda tapujada, como correspondía á una niña tímida y ruborosa, á quien solo el amor ha obligado á abandonar el hogar doméstico.

Ballina dejó en la puerta su preciosa carga, y haciendo volver ancas á la mula, regresó por las mismas calles que había llevado, hasta llegar á casa de Doña Lupercia; pero no ya por las paredes de la huerta, como ladrón nocturno, sino por la puerta de la calle, en la que el vencedor de los ingleses dió tres fuertes aldabonazos. Al tercero despertó Doña Lupercia sobresaltada, y levantándose en un traje que el decoro no permite describir, abrió una ventana, maldiciendo á quien tenía la diabólica ocurrencia de ir á despertarla á aquella hora y en semejante noche.

— ¿Quién es? preguntó con mal humor.

— Yo, contestó el capitán.

— ¿Y quién es yo? replicó la señora, que no conoció la voz.

— Don Alfonso de la Ballina, capitán del real cuerpo de artillería, para servir á Dios, al Rey y á Vd.

— ¿Y qué se le ofrece á esta hora al señor capitán, que viene á echar abajo las puertas de la gente pacífica? preguntó Doña Lupercia.

— Lo que se me ofrece, señora, contestó Ballina, es advertir á V. del paso que su terquedad y su protección indebida á un hombre indigno de la mano de su hija, nos ha obligado á dar á ella y á mí. Obrando como militar y como caballero, acabo de transportarla á una casa decente, donde permanecerá mientras se corren las diligencias matrimoniales. He creído al mismo tiempo de mi deber el venir á dar á V. este aviso.

— ¿Está V. borracho, hombre de Barrabás? preguntó Doña Lupercia. ¿Qué está V. diciendo de haber transportado á mi hija y de diligencias matrimoniales? Vaya V. á dormir la mona y deje esas bromas pesadas para otra hora, si quiere divertirse.

— ¡Yo borracho? exclamó Ballina, lanzando á Doña Lupercia por los ojos rayos oblicuos que la oscuridad de la noche hacía completamente inofensivos. ¡Yo borracho! Si no debiera

yo respetar á la que dentro de cuatro días ha de ser mi suegra, quiera ó no quiera, ya diría á V. ahora cuántas son cinco. Llame V. á su hija Luisa, y verá cómo es cierto y muy cierto que el pájaro ha volado; y si V. quiere saber dónde para, mañana se lo dirán. Conque buenas noches y duerma V. en paz.

Dicho esto, el capitán se disponía á espolear su mula y volverse muy tranquilo á su casa, cuando oyó unas ruidosas carcajadas en los otros dos balcones, á los cuales habían ido asomando las Costalitas del número 1 al 5 y que se divertían á más no poder con lo que ellas atribuían también á efecto de una buena *montera* que debía de haberse puesto el capitán.

— ¿Conque yo he volado y voy á casarme con V? preguntó Luisa. Pues no está mala la chanza.

— ¡ Cómo, cómo! preguntó Ballina, acercándose al balcón, aterrado. ¿Usted aquí? ¡Misericordia! Pues entonces, ¿quién es la Filis que me ha escrito, la que ha brincado la pared de la huerta, á la que yo he llevado en esta mula que ha de comer la tierra y á la que ahora mismo dejo depositada en casa de mis parientas?

La respuesta á todas esas preguntas fueron nuevas risotadas de las muchachas y aun de Doña Lupercia, que se confirmaban más y más en la idea de que el capitán estaba completamente borracho. El desventurado no aguardó más; aplicó las espuelas á la mula y salió á todo escape, alcanzando á oir únicamente que Doña Lupercia llamaba á gritos á su hermana, para que fuera á tomar parte en la fiesta.

En efecto, mientras el capitán Ballina corría desesperado en busca de la explicación de aquel enigma, Doña Lupercia y sus niñas invadían el cuarto de Doña Modesta, con gran algazara, buscándola para referirle el lance. Pero el buen humor de madre é hijas se convirtió en sorpresa y en aflicción, y en miedo y en espanto, al no encontrar á la hermana y tía por ninguna parte; y mucho más al ver sobre la mesa una carta cerrada, con sobrescito para Doña Lupercia. Abrióla temblando y la leyó

á pujidos, no sé si por la emoción, ó porque la letra era algo enredada. Las cinco doncellas, en deshabillé como la señora, se agruparon detrás de ésta y alargaban las cinco cabezas por encima de los hombros de mamá, ayudándola cuando se atollaba en los pasos más escabrosos de la epístola, cuyo tenor era el siguiente :

" Querida hermana : con mucho dolor de mi corazón me he.... (¿qué dice aquí? preguntó Doña Lupercia) me-he.... muerto.. (no, no puede decir muerto. Á ver, dijo una de las niñas, si yo atino : me he.... r, e, re : v, u, e, l, vuel; revuelto. No, no es v, dijo otra, es s. S, u, e, l, suel ; resuelto) me he resuelto (¡ qué letra !) á salir de casa. Las sustancias de Ballina (¿Que querrá dar á entender con eso de las sustancias? — Instancias, mamá, corrigió el número 4. — Eso es, instancias, dijo la señora y continuó :) " las instancias de Ballina para que me case con él han sido muchas; y como te... mí.... a.... mos tu oposición, para evitar un escándalo hemos decidido que me saque esta noche por la pared de la huerta. (¡ Virgen de los desamparados ! exclamó Doña Lupercia; ¡ Señor del aposentillo ! ¿qué es lo que ha hecho esta loca? — Siga, mamá, dijo una de las chicas, á ver que más dice.) " Yo lo siento por vos y por las muchachas, y en particular por la pobre de la Luisa, pues he notado que ella pensaba que mi Alfonso la veía con buenos ojos. (¿Qué había de ver á nadie con buenos ojos ese tuerto de Satanás? gritó Doña Lupercia frenética;) " pero no había tales carneros, y ya verán que todo era por mí."

La señora no quiso leer más. Estrujó la carta con rabia y prorrumpió en gritos, amenazas é imprecaciones, haciendo coro las cinco señoritas, lo que produjo un clamoreo tal, que los vecinos, que comenzaban á salir de sus casas, (pues iba ya siendo de día,) acudieron á saber el motivo de aquel alboroto. Dos horas después no se hablaba de otra cosa en la ciudad, contándose el suceso de mil maneras diferentes. Hubo alguno que aseguró que la robada era Doña Lupercia, y no faltaron

otros que contaron que el disoluto del capitán había cargado con dos Costales.

La escena entre Ballina y Doña Modesta fué espantosa. Reniegos, votos y juramentos de parte del galán; lágrimas, disculpas y caricias de parte de la dama, que declaró terminantemente estar resuelta á no volver á su casa, después de aquella campanada. Ballina estaba en sus trece y juraba que primero pondría la mano entre los molinillos de un trapiche, que entregársela á aquel estafermo; pero Doña Modesta movió tantas teclas, interesó en su favor á tantos sujetos respetables, que el héroe acabó por convencerse de que debía cubrir el honor de la *niña*, y ocho días después, salieron de bracete de casa de las parientas y se dirigieron á la iglesia, donde recibieron la bendición nupcial.

Tal fué el fin trágico de los amores de aquel artillero, destinado siempre á errar las punterías; y así fué cómo Doña Modesta, aunque algo pasada ya de edad, obtuvo, á fuerza de energía y de valor, lo que sus jóvenes sobrinas no habían conseguido aún y lo que quizá no conseguirían jamás, pues comenzaban á presentar todas las apariencias de que habían de quedarse en el mundo para vestir santos.

CAPÍTULO XXVIII

El matrimonio del capitán Ballina y de la tía Modesta fué el platillo de las conversaciones de la ciudad durante quince ó veinte días. La figura extravagante del novio, la edad y lo marchito de las gracias de la novia, el rapto y el runrún que corría de que el héroe de Omoa había cogido gato por liebre, eran circunstancias á propósito para excitar la malicia y el buen humor de los ociosos. Un versificador que no tenía mucho que hacer, compuso una *ensalada* en que refería el lance con adiciones y comentarios y no paró hasta hacer llegar tres ó cuatro copias á manos de los interesados. Ballina juró desollar vivo al autor de aquellos pasquines; pero como todo el mundo sabía quién era, menos él, el juramento tuvo la suerte de otros muchos que se han hecho y que se harán antes y después de aquél.

Gran falta hizo Vargas para celebrar el acontecimiento; pero cuando Ballina y Doña Modesta dieron aquella ruidosa campanada, ya mi amigo iba tocando en las costas del norte; de modo que no le llegaron sino los ecos debilitados por la distancia.

Mi sabio maestro el Dr. Morales, libre de aquel molesto, ya que no peligroso rival, redobló su empeño con la primogénita de Doña Lupercia; acumuló doctrinas y autoridades para convencerla de que el estado del matrimonio era tan bueno ó mejor que el religioso; pero Luisa estaba siempre en sus trece de que había de ser monja, aunque no se sabía para cuándo lo dejaba.

D. Florencio, que había comprado de ganga en una almoneda un magnífico violín, que nadie quería por haber pertenecido á un ético, sustituyó con ventaja el que arruinó la endiablada puntería del capitán y tocaba de la mañana á la noche sin mejorar gran cosa ni su estilo ni su ejecución.

Doña Lupercia continuaba jugando tresillo; se reconcilió pronto con su hermana, y se llenó de entusiasmo cuando ésta le anunció, bajo mucha reserva, que sentia vértigos, náuseas y otras mil novedades extrañas que no hallaba absolutamente á que atribuir, pues no había comido nada qué pudiera haberle hecho mal. Doña Lupercia participó el gran acontecimiento á sus hijas y después á todas sus vecinas, que al saber la nueva, se dijeron al oído unas á otras que aquel niño iba á ser indudablemente el Ante-Cristo. Por último se acordó la buena señora de que no había dicho una palabra del suceso al futuro papá, y considerando que no le faltaba algún derecho á saber lo que era ya público en la ciudad, se lo espetó sin rodeos ni circunloquios. El capitán torció los ojos más de lo acostumbrado, balbuceó dos ó tres palabras incoherentes y estuvo á punto de caer desmayado de sorpresa y de júbilo. Desde aquel instante sujetó á la pobre Doña Modesta al régimen más severo, evitándole aun las cosas más sencillas, de miedo de que se desgraciara el futuro heredero de la ilustre raza de los Ballinas. Si se ofrecía pasar un charco, el capitán tomaba en peso á su cara mitad, para evitar los peligros del salto. Otro tanto hacía si necesitaba subir ó bajar una sola grada y no había antojo de Doña Modesta (que no los tuvo pocos) que el artillero no se apresurara á satisfacer, aun cuando le fuera preciso mover al efecto cielo y tierra.

Doña Modesta aumentaba visiblemente de circunferencia. Las niñas de Doña Lupercia trabajaban á toda hora, preparando los mil objetos menudos de que necesita indispensablemente un ser humano para hacer su entrada solemne en este mundo. El capitán se desvelaba noches de noches buscando el nombre

que había de poner al infante, (que por fuerza tenía que ser hombre) y había recorrido ya tres veces el Almanaque de Beteta, sin encontrar uno que le gustara. Recurrió al antiguo testamento, y hasta á la mitología pagana, sin que aquel repertorio clásico lo sacara de la dificultad.

En ese conflicto llegó el plazo fijado por Doña Modesta, y pasó sin novedad; lo que hizo creer en algún ligero error de cuentas. Transcurrieron otros meses, y nada. Consultados los médicos, declararon que no entendían una palabra de lo que pasaba y la familia continuó aguardando al Mesías prometido. Aun cuando sea anticipando un poco el curso de los acontecimientos, diré que la señora de Ballina estuvo durante tres años en estado interesante, y al cabo de ese tiempo resultó con que no había nada de lo dicho. Él capitán torció los ojos, como buscando sobre quien descargar su furor, y no encontrando persona más á propósito, se desató en injurias é improperios contra Doña Modesta á quien llamó vieja y otras cosas peores. Desde aquel día la casa fué un infierno, y agotada al fin la paciencia de la pobre señora, se decidió á encargar al Dr. Morales que promoviera el divorcio. El negocio cayó en buenas manos. El grande hombre lleva hasta hoy escritas resmas de papel y el asunto pende y penderá hasta el dia del juicio en el juzgado de matrimonios.

Mientras se verificaban aquellos sucesos, ocurrieron dos incidentes íntimamente relacionados con la historia de mi vida. Fué uno de ellos la muerte de la madre de Teresa, santa mujer que pasó al otro mundo después de haber cumplido en éste escrupulosamente sus deberes de esposa y madre. La salud de Teresa no pudo resistir á tan largas y penosas fatigas. Se enfermó seriamente y su padre y yo nos consagramos con el mayor empeño á velar por la existencia de aquel ser querido. Velasco, cuya conducta era siempre reservada y decorosa respecto á Teresa, y que había asistido á Doña Prudencia desde la muerte del Dr. Sánchez, se ofreció con vivas instancias á dirigir la cura-

ción de la enferma; instancias que yo, ¡desdichado de mí! apoyé calorosamente, y á las cuales no se atrevió á negarse D. Eusebio.

El otro incidente que ocurrió simultáneamente casi con la muerte de la madre de mi prometida esposa fué uno de que no tuve noticia por entonces, cuyos pormenores vine á conocer después y que conviene referir en este lugar de mis Memorias.

Una noche, entre siete y ocho, llegó al mesón que llamaban de Jáuregui, situado en una calle triste y excusada de la ciudad, un viajero de aspecto distinguido y que parecía muy enfermo. Se apeó con dificultad de la mula que montaba, pidió un cuarto y cargando con una valija pequeña que contenía probablemente objetos de grande interés para él, encargó al mesonero hiciera llamar inmediatamente á un médico.

Salió el mesonero á cumplir la comisión del huésped. Á media cuadra de distancia del mesón precisamente vivía uno de los más acreditados doctores de la capital; pero la casualidad, como se dice vulgarmente, ó los ocultos designios de la Provi dencia, como sería más acertado decirlo, hicieron que el Dr. L.... no se encontrara en su casa en el momento en que fueron á llamarlo para el misterioso pasajero enfermo. ¡De cuán insignificantes circunstancias depende el destino del hombre! En el médico que necesitaba, buscaba el mesonero dos condiciones: que tuviera fama de acertado, para que no se muriera el enfermo y perdiera él la conveniencia, y que no viviera muy lejos, porque no podía estar mucho tiempo fuera del establecimiento. Pensando en algún facultativo que reuniera esas dos circuns tancias, el hombre vió que atravesaba la plaza-vieja el Dr. Ve lasco, y muy contento por haber encontrado tan pronto lo que buscaba, corrió á hablar á mi amigo, que caminaba cabizbajo y como abrumado por sus pensamientos.

— Señor Doctor, dijo el mesonero, pensando en el rey de Roma y él que asoma. Iba yo precisamente á ver á V. (eso no

era enteramente cierto) para suplicarle venga al mesón de Jáuregui á ver un enfermo. Es un español (1) que acaba de llegar, y parece persona de posibles y que pagará bien.

— ¿Un pasajero que acaba de llegar? dijo Velasco, algo inquieto, como si aquella noticia coincidiera con sus secretas cavilaciones. ¿Y de dónde viene? ¿Cómo se llama?

— Nada de eso podré decir, replicó el mesonero; pero V. puede preguntárselo á él mismo, si desea saberlo; esto es en caso de que quiera V. ir á verlo.

— Vamos luego, replicó Velasco, y echó á andar, seguido por el mesonero.

— ¿Y cómo no ha preguntado V. su nombre al forastero? añadió el Doctor. Las cosas están algo delicadas; hay rumores de que andan por estos reinos, algunos emisarios de Buonaparte, disfrazados. Él mismo no sería imposible que viniera á ocultarse por acá; y V. debe haber oído no hace mucho el bando que se publicó, dando las señas de ese gran enemigo de Dios y del Rey, y encargando á todos los vasallos de S. M. que lo capturen, si lo encuentran.

La cara del mesonero se alargó desmesuradamente al oir aquellas observaciones, que le parecieron demasiado serias.

— ¡Voto á sanes! exclamó el pobre hombre, levantándose el sombrero con la mano izquierda y dándose una gran palmada en la frente con la derecha. ¿Cómo me había yo olvidado del bando? ¡Ave María purísima! ¿Si será el tal Buonaparte el sujeto que acaba de llegar al mesón? Ahora que V. me dice eso, recuerdo lo que decía el bando y veo que todas las señas convienen. En el acto voy á echarlo á la calle, aunque pierda el real diario que me había de pagar y otros gajes que me produciría. ¡Guarda con el tal huésped de mis pecados! ¿Qué necesidad tengo yo de que me ahorquen por causa del tal Buonaparte?

(1) En boca del mesonero, *español* no significaba precisamente un peninsular, sino una persona decente.

— No será tal vez necesario despedirlo, dijo Velasco; pues acaso no sea lo que digo, sino algún vasallo leal del Rey, que vendrá á esta ciudad por sus negocios. Lo que V. debe hacer es exigirle que le diga su nombre y apellido, de dónde viene y qué agencias lo traen á este reino; pues V., como dueño de un establecimiento público, está obligado á saber bien qué clase de personas recibe.

— Pues así lo haré, como tres y dos son cinco; replicó el mesonero; y si resulta que sí es Buonaparte y lo ahorcan, allá se lo haya. ¿Quién le manda venir á comprometer á la pobre gente, que no se mete con nadie?

Diciendo esto llegaron al mesón y se dirigieron al cuarto señalado con la letra F, que ocupaba el recién llegado. Era una pieza pequeña, cuyas paredes estaban llenas de letreros con los nombres de varios huéspedes que se habían alojado en ella, con malos versos y expresiones poco decentes que algunos de éstos dejaran como recuerdo de su residencia temporal en aquella casa. El techo estaba tapizado de telas de araña y la puerta, mal ajustada, dejaba penetrar corrientes de aire nada convenientes á un huésped enfermo, y molestas aun para los sanos. El amueblado consistía en una cama formada con unas reglas de pino y un cuero de res; una silla ó butaca grande y una mesa coja, cuya madera no era fácil distinguir, bajo la capa de grasa y suciedad que la cubría. En un candelero de barro, hecho en Patzum, y que representaba un moro, figura tan grosera como la materia de que estaba formada, ardía una miserable candela de sebo, cuyo largo pábilo despedía una luz mortecina, que apenas permitía distinguir los objetos. Fué el primer cuidado del mesonero despabilar la candela con los dedos, con lo cual pudo percibirse un bulto tendido en la cama, y cubierto de pies á cabeza con una capa.

— Está dormido, dijo el mesonero; á no ser que se haya muerto, que es lo mejor que podía haber hecho.

El huésped no dormía. Se descubrió la cara y abrió los ojos,

paseando en derredor la mirada incierta y vaga de un febricitante. El mesonero tomó la candela y la acercó á la cara del enfermo, á fin de que el Doctor pudiera examinarlo. Velasco se fijó en el semblante del pasajero, y poniéndose tan pálido como él, dió un paso atrás, como asustado. El mesonero, á quien no se escapó aquel movimiento y que vió inmutarse al Doctor, dijo entre dientes :

— Ciertos son los toros. Es el tal Buonaparte en cuerpo y alma, y ahora sí que me arruino, si no doy parte.

Velasco tomó el pulso al enfermo y sin decir palabra se salió del cuarto, haciendo seña al mesonero de que lo siguiera.

El pobre hombre temblaba y tenía los cabellos erizados, como si hubiera visto al diablo.

— ¿Conque él es? dijo, dando diente con diente. Voy á avisar al cuartel del Fijo que está aquí cerca, para que venga todo el batallón y que lo cojan.

— No haga V. disparates, contestó Velasco; no es seguro que sea el sujeto que V. cree. Entre, hágale las preguntas que le he dicho y cuidado con olvidar la más insignificante de sus respuestas. Aguardaré aquí á que V. vuelva.

Diciendo así, el joven médico se puso á pasearse en el corredor del mesón, presa de la más viva inquietud.

— No hay cuidado, dijo el mesonero, yo lo haré cantar, quiera ó no quiera, y me quito el nombre, si no averiguo si es el mentado Buonaparte ó quién.

El diplomático hostelero entró al cuarto, volvió á despabilar la vela, se sentó en la butaca, tosió dos veces y fijando sus ojillos de lince en los grandes ojos azules del enfermo, entró en materia :

— ¿Usted sabe, le dijo, que yo soy el dueño de este mesón?

El pasajero no contestó hasta después de un momento, y como si hiciera un grande esfuerzo para hablar, dijo :

— Lo supongo; ¿y qué?

— ¿Y qué? Pues es claro que siendo el dueño de esta posada,

tengo necesidad de saber á quién recibo en mi casa. El último bando es muy apretado ; ¡ si V. lo hubiera oído como yo ! ¡ Vaya ! Como hecho á propósito para los mesoneros que reciben gentes desconocidas. ¿ De dónde viene V ?

— De Francia, contestó el huésped.

— ¡ De Francia ! ¡ Jesucristo ! ¿ No es esa la tierra de Buonaparte ?

— Sí, ¿ y qué importa eso?

— ¡ Vaya si importa ! ¿ Por qué ha venido V. á Guatemala?

— Por negocios propios.

— ¡ De Francia y por negocios propios! pues la cosa se va poniendo turbia, dijo para sí el mesonero.

— ¿ Es V. militar?

— Si no lo soy, puedo haberlo sido.

— Ó lo es, ó lo ha sido, pensó el mesonero. Autos en favor.

— ¿ No será V. algún enemigo del Rey?

— ¡ El Rey ! exclamó el enfermo, cuyos ojos se dilataron y cuyo rostro se encendió ligeramente. ¿ Qué tengo yo que hacer con su Rey de V. ?

— ¿ Que qué tiene V. que hacer con *mi* Rey? gritó el mesonero. ¡ Desdichado ! Todo está descubierto. Usted viene de Francia, á negocios propios, es militar y habla con desprecio del Rey ; más claro no canta un gallo. Usted.., añadió en tono solemne y levantando el candelero figura de moro, usted es... Buonaparte ; y salió corriendo del cuarto á participar al Doctor el gran descubrimiento.

Con atención profunda escuchó Velasco la relación que le hizo el mesonero de sus preguntas y de las respuestas del desconocido ; y apoyándose en un pilar, permaneció pensativo durante un largo rato.

— Doctor, dijo el otro, no hay que perder tiempo ; voy al cuartel á llamar el batallón, antes de que este hombre condenado, que sin duda está tan enfermo como V. y como yo, se levante, subleve la ciudad y ataque el real Palacio.

— Lo que hay que hacer, contestó Velasco, es dar providencia de sacar de aquí á este hombre cuanto antes.

— Pues eso es lo que yo digo, Doctor; sacarlo de la ciudad, del Reino, embarcarlo otra vez para Francia; pero para todo eso se necesita el auxilio del batallón.

— ¡Qué batallón ni qué calabaza! dijo Velasco impacientándose. Repito que es necesario trasladar este hombre á otra parte, y no decir á nadie una sola palabra de su venida. Á nadie; ¿entiende V.? Voy á dejar una receta para una bebida que le dará V. cada hora. Ponga V. una persona que lo vele esta noche y que yo pagaré, y mañana á esta misma hora vendré por él con una silla de manos.

El mesonero sintió que se le quitaba un gran peso del corazón, al oir que el Doctor se proponía llevarse á Buonaparte, y no acababa de alabar la caridad de aquel médico, que no sólo pagaba quien velara al enfermo, sino que iba á cargar con él y á asistirlo en su casa. Prometió guardar el secreto, y lo más extraño del caso es que cumplió la promesa; pues sólo en la cocina del mesón soltó aquella noche tres ó cuatro expresiones muy significativas, acompañadas de un movimiento de cabeza que daba á entender que él sabía muchas cosas respecto á aquel huésped.

Una buena mujer se prestó, mediante una pequeña gratificación, á velar al enfermo y le administró la medicina con toda exactitud, lo que hizo que al siguiente día amaneciera más despejado, disminuyendo considerablemente la fiebre que lo atormentaba.

CAPÍTULO XXIX

Velasco entró muy temprano en el cuarto del enfermo; y después de haberle tomado el pulso, le dijo:

— Está V. mucho mejor que anoche, caballero.

— Sí, señor, contestó el pasajero incorporándose. Supongo que V. es un médico, y aun me parece haberlo visto aquí anoche.

— Vine llamado por el mesonero, que estaba un poco alarmado. Usted ha tomado la fiebre en la costa probablemente.

— Sí, en Trujillo. No quería detenerme, y la fatiga del camino me ha perjudicado.

— Naturalmente. Pero ahora un clima favorable y las medicinas cortarán el mal. Eso sí, debo decir á V. que necesita una asistencia más esmerada que la que puede proporcionársele en un mesón. ¿No conoce V. á alguna persona en la ciudad?

— Á nadie.

— ¿No trae V. cartas de recomendación?

— Ninguna.

El Doctor permaneció pensativo y sin decir palabra durante un rato; y después, como quien toma repentinamente una resolución, dijo:

— Pues aquí no puede V. estar de ningún modo. Su vida está en peligro, y se me haría cargo de conciencia el déjar á V. en este abandono. ¿Quiere V. venir á una casita particular, donde lo haré asistir por dos criados de confianza?

El enfermo reflexionó un momento antes de contestar. Paseó una mirada por aquel cuarto sucio y destituído aun de lo más necesario; fijó sus ojos azules, que la enfermedad hacía parecer más grandes de lo que realmente eran, en la fisonomía del médico, y le dijo:

— Bien; iré donde V. guste, y pagaré cualquier gasto que sea preciso hacer.

Velasco podía apenas disimular la alegría que le causó aquella respuesta. Estrechó la mano al enfermo y dijo, levantándose para marcharse:

— Convenido, Sr. D.... ¿cómo debo llamar á V.? Conviene que un médico sepa al menos el nombre de su enfermo.

— Don Juan de Altamirano, contestó el pasajero.

— Bien, Sr. D. Juan, dijo Velasco. Esta noche vendré yo mismo y haré llevar á V., con las precauciones convenientes, á una casita pobre y retirada, es verdad; pero en la cual no carecerá de nada de lo que pueda hacerle falta. Usted me ha inspirado mucho interés desde el momento en que lo vi, aunque no sabría decir por qué. Voy á dar mis disposiciones; continúe V. tomando la medicina, y hasta la noche.

— Gracias, Doctor, dijo el viajero y cerró los ojos, como fatigado de la conversación.

El mesonero estuvo durante todo el día vigilando el cuarto señalado con la letra F. y contando las horas, pues habría querido hacer volar el tiempo y verse libre cuanto antes de tan terrible huésped.

Á las siete de la noche llegó el Dr. Velasco al mesón, con una silla de manos que cargaban dos hombres. Entró en ella el enfermo, que puso bajo el asiento la valija que le había servido de almohada y echaron á andar, siguiéndolos el Doctor á cierta distancia.

Tomando solo calles excusadas, llegaron al punto que llaman *Arco de las Domínguez*, donde se bifurcan la que va hacia la

iglesia de Candelaria y la que conduce á la Parroquia-Vieja. Siguiendo la primera, la silla paró frente á la octava casa á la izquierda. Llegó el Doctor, abrió la puerta y entraron, volviendo á echar llave por dentro. La casita constaba de dos piezas: la que daba á la calle contenía solamente una mesa y una silla ó butaca grande, tapizada de baqueta, y comunicaba con otra, algo más pequeña, en la cual se veía una cama decente, con buenos colchones y ropa limpia. Un fuerte olor á cal y manchas blancas en el suelo del cuarto indicaban que la pieza había sido blanqueada recientemente; quizá en el mismo día. El enfermo se desnudó, por indicación del médico y se metió en la cama, habiendo cuidado de colocar entre una y otra almohada la valija, de que parecía no querer desprenderse. Los dos hombres que habían cargado la silla salieron por una puerta que daba á un correder pequeño que caía á uno de los potreritos que enfrentan con el Cerro del Carmen. Así, la comunicación entre la casita, que daba por el frente á la calle de Candelaria y por la espalda al Cerro y el potrero, plantado de alfalfa, era franca; como que casa y potrero pertenecían al mismo propietario. El alfalfal tenía una puerta que daba á la calle del Cerro.

El Doctor se sentó frente á la cama, observando al enfermo, cuyo rostro, pálido y desencajado, bañaba la luz de una vela que ardía sobre la mesa.

— ¿Cómo se siente V.? preguntó.

— Un poco fatigado, contestó el viajero; pero confío en que el cambio de casa me será favorable.

— Así lo espero, observó Velasco. Aquí tiene V. una campanilla para llamar á los criados cuando los necesite. Anselmo y Gervasio estan allí, en el corredor, y acudirán al llamamiento. Como no conocen los números, queda aquí sobre la mesa un reloj de arena para que puedan guiarse por él y administrar á V. la medicina cada hora.

— Gracias, Doctor, dijo el enfermo, sonriendo; la solicitud

de V. ha provisto á todo. No sé cómo podré corresponder tantos favores.

— Nada tiene V. que agradecerme, replicó Velasco. Repito que V. me ha interesado, y mi recompensa será que recobre pronto la salud. ¿Desea V. alguna cosa?

— Nada absolutamente.

— Bien, dijo Velasco, V. me dirá lo que necesite y tendré el mayor gusto en cumplir sus órdenes. Que V. descanse y hasta mañana.

El médico salió por la puerta que daba al corredor, habló en voz baja á los criados y atravesando el potrerito, abrió la puerta que daba á la calle del Cerro y salió, dejándola con llave.

Los dos criados á quienes Velasco había designado con los nombres de Anselmo y Gervasio, estaban en un extremo del corredor, en cuclillas junto á una fogata, sobre la cual se balanceaba una olla de barro, pendiente con un ovillo de un trípode que la sostenía. La olla contenía agua, un puñado de sal, un poco de manteca y los frijoles que, con un grueso montón de tortillas que tenían en las manos, debían componer su cena.

— La cosa está de conveniencia, dijo el que parecía de más edad; dos pesos diarios á cada uno y una buena gratificación cuando el negocio concluya, es una verdadera ganga.

— Y la ventaja de que no den con nosotros esos corchetes condenados y nos vuelvan á meter en la geruza, dijo el otro riéndose. Me tiemblan las carnes de sólo acordarme de aquel condenado desagüe, y del riesgo en que estuvimos de que nos atraparan.

— Pero ahora si nos echan garra, dijo el que había hablado primero, lo menos que nos sucede es ir derechitos á San Felipe. Vale más pues, estar guardados por algún tiempo. Dice D. Antonio que no hemos de salir ni á penar, y que si damos un paso fuera de la puerta, nos *entriega.*

— Pero á bien que esto no ha de durar mucho, repuso el

joven. El enfermo, ó sana ó se muere ; nos da el médico nuestro pisto y alzamos el volido.

— ¿Ó sana ó se muere? dijo el de más edad moviendo la cabeza; ó le sucede otra cosa ; porque cuando este mediquito nos ha traído aquí á vos y á mí y nos lo ha entregado... la verdad, no es así no más. Dos pesos al día y una buena gala después, no se ganan de balde. Ya veréis, yo conozco más el mundo que vos, y te digo que no quisiera hallarme al fin del cuento en el pellejo de ese pobre enfermo.

— ¿Pero entonces para qué lo cura? Con dejarlo morir ya estaba.

— ¿Y si le conviene que viva todavía? ¿Qué sabemos? Pero eso no es de nuestra incumbencia ; que nos pague y *masque* nos mande matar al diablo.

Diciendo así, Tucurú, á quien los lectores de estas Memorias habrán reconocido sin duda en el de más edad de los dos supuestos criados, atizaba el fuego con la punta de su cuchillo, mientras Culebra, pues ése era el otro individuo, sacaba de la olla con la mano un puñado de frijoles, para ver si estaban ya cocidos.

Velasco había conocido á aquellos dos perversos antes de su fuga,por haber estado asistiendo á los presos durante una ausencia del médico de cárceles. Después que se escaparon de la prisión, la casualidad hizo que los encontrara una noche en un barrio de la ciudad, y antes de conocerlo, se le echaron encima con el objeto de despojarlo del reloj y del dinero que llevara. Reconocido, los dos malvados, que como todos los de su clase, guardan siempre cierta ley al médico que los ha asistido alguna vez, le pidieron mil perdones, dijeron que si se le ofrecía alguna cosa, estaban prontos á servirlo y le indicaron dónde podría encontrarlos en caso de que los necesitara. Así, le fué fácil á aquel hombre diabólico echar mano de los dos criminales para la ejecución de los planes que había concebido.

La circunstancia de haber comprado algunos días antes el

potrerito de la calle del Cerro, con la casita anexa, sirvió maravillosamente á Velasco, que agitado por una vehemente sospecha al ver al viajero enfermo, creyó del mayor interés para él sacarlo del mesón y llevarlo adonde estuviera completamente en su poder. Mi falso amigo no era hombre que cometiera un crimen innecesario: tenía, pues, que asegurarse de la identidad de aquel sujeto, para proceder con entera seguridad.

Continuó asistiendo al desconocido enfermo con el mayor empeño; lo visitaba frecuentemente y procuraba ir ganando poco á poco su confianza. El viajero, á medida que cobraba fuerzas, iba ofreciendo á los ojos del Doctor, en los rasgos de su fisonomía, algo que contribuía á confirmarlo en su idea; pero, por otra parte, ni una sola palabra había traicionado su secreto, si era que realmente guardaba alguno. Había dicho á Velasco que era natural de Lima; que había vivido algún tiempo en Francia, y que por consejo de un amigo suyo que había estado algún tiempo en Guatemala, había venido á este Reino, con la esperanza de encontrar alguna colocación en el comercio. Decía todo aquello de una manera tan natural y tan sencilla, que Velasco suspendía el juicio y se inclinaba á creer en la sinceridad de aquellas palabras. Pero cuando levantaba los ojos al rostro del viajero y examinaba una por una sus facciones, encontraba tal semejanza entre ellas (á pesar de tener crecida la barba) y cierto retrato, que no vacilaba en aceptar como cierto el que aquellos dos sujetos eran una misma persona.... Pero ¿y si aquella semejanza era puramente casual, como otras muchas? No conociendo la voz, ni el cuerpo, ni las maneras de una persona, es muy fácil equivocarse por alguna semejanza en los lineamentos del rostro; con mayor razón si sólo se han visto éstos en un retrato. Esa duda torturaba el alma de Velasco, que se desvivía buscando la explicación de aquel enigma.

Sus conversaciones con el que se hacía llamar D. Juan de Altamirano le habían hecho formar la idea de que no era

hombre que se dejara intimidar y á quien pudiera arrancarse un secreto por la fuerza. Sospechaba que aquella valija, que parecía interesar tanto al enfermo, contendría probablemente algunos papeles de familia ú otros documentos que podrían proporcionar la deseada explicación; ¿pero cómo apoderarse de ella sin excitar las sospechas del viajero? He ahí lo que Velasco meditaba día y noche, sin encontrar salida á la dificultad.

La ciencia, instrumento ciego que el hombre puede emplear así en el bien como en el mal, vino á proporcionarle al fin un medio seguro de sorprender el secreto del viajero.

Desde muchos días antes el joven médico se ocupaba activa y secretamente en un estudio profundo de los anestésicos, ó sea de los agentes que tienen la propiedad de producir la insensibilidad. Un proyecto diabólico, que sólo aquella alma depravada podía haber concebido friamente, le hacia buscar con incesante empeño lo que los médicos de la antigüedad habían conocido de una manera imperfecta y lo que el tiempo debía revelar después por completo para bien de la humanidad. Velasco había hecho experiencia en varios animales de los efectos anestésicos del éter sulfúrico; pero no se había atrevido á probarlo en un hombre. El vivo deseo de asegurarse de la virtud de ese agente, para sus planes ulteriores, y el grande interés que tenía en apoderarse de aquella valija y averiguar su contenido, le sugirieron el pensamiento de hacer el experimento en el viajero enfermo.

Un incidente que ocurrió en aquellos días puso á Velasco en la necesidad de llevar á cabo sin pérdida de tiempo su determinación.

El Dr. Dávalos lo llamó á su casa, y encerrándose con él en su gabinete, le dijo que acababa de recibir la carta que esperaba de su corresponsal de México.

— ¿ Y qué dice? preguntó Velasco, que podía apenas disimular su inquietud.

— Dice, continuó el Oidor, que el sujeto en quien se habian

fijado sus sospechas, ha desaparecido repentinamente de aquella ciudad, sin que sepa nadie el camino que ha tomado.

— ¿ Y no menciona, volvió á preguntar Velasco, el nombre de ese individuo ?

— Sí ; dice que se llama D. Diego de Astorga.

El joven médico permaneció pensativo durante un rato, y luego dijo :

— Ahora bien, Sr. D. Marcos ; ya V. vé que puede considerarse desvanecida la última esperanza que V. abrigaba de que aparecería D. Álvaro de Lanuza. ¿ No cree V. llegado el caso de que se realicen mis ardientes deseos, que son también los de Doña Ana, como V. no lo ignora ?

— Sí, D. Antonio, contestó el Oidor ; sé que mi hija ama á V. y me inclino mucho á creer que D. Álvaro no aparecerá ya jamás. Yo tengo grande estimación por V., y mis ideas respecto á su profesión están distantes de ser las de las personas de mi clase. Considero el saber, un título tan honroso casi como la descendencia de abuelos ilustres, y no desconozco que se le abre á V. una carrera brillante. Usted se casará con mi hija ; pero un asunto de familia de grande importancia me llama á España, y he obtenido la licencia para ausentarme por un poco tiempo, conservando mi plaza en esta Audiencia. No quiero separarme de mi hija y hacer solo ese largo viaje. Véngase V. con nosotros y el matrimonio se verificará en España. Allá buscaremos los medios de que V. adelante en su carrera. ¿ Desea V. obtener alguna plaza ? Creo contar con alguna influencia en la corte, que aprovecharé con gusto en favor de V.

El joven Doctor disimulaba difícilmente su alegría, al ver cómo el Oidor mismo se anticipaba á sus deseos.

— Usted sabe, contestó, que la muerte del Dr. Sánchez ha dejado vacante la plaza de Protomédico, que aun no se ha provisto, hallándose perplejo el ánimo del Presidente entre los tres ó cuatro doctores que la pretenden y cuyos méritos

pueden considerarse equilibrados. Una insinuación del primer Ministro pondría término á la dificultad.

— ¿ Usted se interesa, preguntó el Oidor, por alguno de los solicitantes ?

Velasco se quedó un poco cortado con la pregunta y no sabía bien qué debia responder á ella. Después de un momento de silencio, dijo :

— No me intereso absolutamente por ninguno de ellos. Los tres ó cuatro pretendientes son hombres de rutina, incapaces de continuar la obra emprendida por mi sabio maestro el Dr. Sánchez. Se necesita al frente de la facultad un médico joven, que esté á la altura de los adelantos de la ciencia.

— Comprendo, replicó Dávalos, sonriendo. El proyecto es ambicioso ; pero no de imposible realización. Mi hermano, que está en el Consejo de Indias, puede servirnos eficazmente.

— Además, dijo Velasco, el Dr. Sánchez era Médico honorario de S. M...

— ¡ Oh ! ¡oh ! ¿ Eso también ? No le suponía á V. ideas tan levantadas ; pero no me desagradan. ¿ Quién sabe ? Hemos llegado á una época en que el mérito, ayudado un poco del favor, puede alcanzarlo todo. Véngase V. conmigo á Madrid y allá veremos lo que puede hacerse.

— Pero sería preciso, Sr. D. Marcos, obtener del Presidente la promesa formal de que aplazará, durante cierto tiempo, el nombramiento de Protomédico.

— Eso no es difícil, contestó el Oidor ; por el contrario, es una idea que el carácter naturalmente indeciso y vacilante de este señor y su inclinación á huir de todo género de compromisos, le harán considerar como la más oportuna y conveniente. Déjelo V. á mi cuidado, y vaya preparándose para el viaje.

Después de esa conversación, Velasco creyó que era llegado el caso de poner por obra ciertos planes funestos que urdía desde mucho tiempo atrás aquella alma cuyas pasiones

no estaban contenidas por el freno de la conciencia. Pero ante todo era preciso averiguar si el viajero que el destino ciego había puesto en sus manos, era ó no D. Álvaro de Lanuza, como lo sospechó desde la noche en que lo vió por la primera vez. No se habrá olvidado que Velasco había tenido oportunidad de ver el retrato de D. Álvaro que conservaba el Oidor y que sirvió para que lo copiaran en el vidrio de la linterna mágica empleada para curar la locura de Doña Ana. La semejanza entre aquel retrato y las facciones del viajero enfermo era tan notable, que hizo nacer la sospecha que desde aquel momento atormentó el espíritu del médico. La aparición de D. Álvaro echaba abajo sus planes ambiciosos; y el viaje á España no salvaría la dificultad, pues era indudable que D. Álvaro, (si realmente era él) una vez restablecido, seguiría á la hija del Oidor, así como había venido á buscarla desde México. Era, pues, indispensable, urgente, averiguar si su sospecha era fundada, y eso fué lo que Velasco decidió poner por obra, empleando el medio que sus estudios y experiencias médicas le habían proporcionado.

CAPÍTULO XXX

Resuelto á hacer en su enfermo la experiencia de la inhalación del éter sulfúrico, Velasco arregló las cosas de modo que le fuera fácil penetrar en el cuarto y ejecutar la operación mientras estuviera dormido. Era esto tanto más fácil, cuanto que la puerta que daba al corredor, donde dormían los dos criminales, quedaba siempre sin llave, para que los supuestos criados pudieran acudir al llamamiento del enfermo, en caso de que los necesitara.

Dos noches después del día en que el médico había tenido con el Dr. Dávalos la conversación que en el último capítulo queda referida, estuvo haciendo compañía al enfermo hasta las diez, y cuando advirtió que el sueño comenzaba á rendirlo, se despidió, y como lo hacía siempre, salió por la puerta que daba al corredor, que dejó de manera que pudiese abrirse sin hacer ruido. Tucurú y Culebra dormían profundamente en un extremo del corredor. Velasco se sentó en el otro extremo, con la espalda contra la pared y la cara vuelta hacia el Cerro, que se divisaba en la distancia, dibujándose vagamente en la oscuridad la silueta de las torrecillas almenadas que coronan el frontis de la capilla que se eleva sobre la colina. ¡ Dios sabe qué ideas audaces rodarían á aquella hora en el alma tempestuosa de aquel hombre, para quien era mudo el espectáculo grandioso del firmamento y de la naturaleza!

Una hora después, cuando consideró que el viajero estaría dormido, se puso en pie, y avanzando en silencio hasta la puerta, la empujó con precaución y entró. Una vela ardía aún sobre la mesa, pues de propósito había cuidado de no apagarla al salir. El que se hacía llamar D. Juan de Altamirano dormía profundamente. Velasco tomó la vela y la puso en un rincón del cuarto. Sacó del bolsillo un frasco que contenía éter y un pedazo grande de lienzo blanco. Durante un rato estuvo contemplando á quel hombre, cuya fisonomía le recordaba cada vez más los rasgos de su rival. Es necesario estar ya muy avezado al crimen para ejecutar sin conmoverse una acción que puede causar la muerte de un ser humano. Era el primer experimento de aquella clase que se hacía en una criatura racional. La muerte artificial que iba producir el anestésico, podía venir á ser la muerte eterna. Dudó un instante... Pero se le representó de repente la ruina de sus proyectos ambiciosos ; consideró lo que sufriría al ver desvanecidas sus más lisonjeras esperanzas, y ya no vaciló. Abrió las puertas para que se estableciera una corriente de aire ; derramó el líquido en el lienzo, lo colocó desde luego á cierta distancia de la cara de éste, para que la inhalación fuera verificándose sin que despertara ; aproximó en seguida el lienzo á las narices y á la boca del enfermo y le tomó el pulso. El viajero comenzó á agitarse y parecía experimentar sofocación. La cara se inyectó ; las pulsaciones eran frecuentes y precipitadas. En seguida abrió los ojos y las pupilas comenzaron á dilatarse ; desapareció la inyección de la cara y el pulso fué descendiendo rápidamente. Un momento después la respiración se hizo regular ; la pupila se dilató más aún y las pulsaciones bajaron á 50 por minuto. La insensibilidad era completa.

Velasco levantó la cabeza al enfermo con la mano izquierda, y con la derecha le quitó una cinta encarnada, de la cual pendía una llavecita, que él sospechaba ser la de la valija ; tomó ésta, la abrió y se acercó á la vela para examinar el contenido.

Encontró desde luego una cantidad considerable de monedas de oro, algunas alhajas y una cajita de carey que parecía encerrar un retrato. La abrió; era una mujer... ¡era Doña Ana Dávalos!

Para acabar de convencerse, tomó una carta de las muchas que contenía la valija. La desdobló y vió en ella el nombre de D. Álvaro, aunque el sobrescrito era para D. Diego de Astorga.

El misterio estaba explicado. Era preciso volver á colocar la valija bajo la almohada, pues la insensibilidad producida por el éter no dura más que cuatro ó cinco minutos. Hízolo así Velasco, que temblaba de rabia. Volvió á poner la cinta con la llave al rededor del cuello del enfermo; apagó la luz y salió.

Al siguiente día el Dr. Dávalos dijo á Velasco que había recibido aviso de la próxima salida del buque en que habían de embarcarse, y que tres días después deberían salir de la capital, con dirección á Trujillo. El joven médico tenía hechos sus preparativos de marcha, pues desde el momento en que el Oidor le propuso que lo acompañara á España y él aceptó la idea, comenzó á alistarse. Lo único que le faltaba ejecutar eran tres crímenes horrendos; dos de los cuales meditaba desde mucho tiempo y el que había concebido recientemente para desembarazarse de un rival temible.

Yo estaba, naturalmente, muy ajeno de sospechar lo que tramaba aquel malvado, cuya perversidad no se me había revelado todavía. Ocupado exclusivamente en el ejercicio de mi profesión, y viviendo con mucha economía, faltaba poco ya para que mis ahorros me permitieran realizar aquella aspiración que mi alma alimentaba desde que contaba yo diez y nueve años: mi matrimonio con Teresa. La fatalidad parecía haberse complacido en jugar con mis esperanzas. Cada vez que contaba ya con obtener el cumplimiento de mi ardiente deseo, algún acontecimiento imprevisto había ido á estor-

barlo, alejando la realización de mis ensueños de felicidad. En fin, ahora, me decía á mí mismo, no habrá obstáculo que venga á interponerse entre Teresa y yo. Unos pocos días más y podré unirme para siempre á la que ha sido el ídolo de mi alma, desde los días de mi juventud. Aguardaba únicamente que acabara de restablecerse, pues vivamente afectada, como dije, con motivo de la muerte de su madre, su salud se había visto alterada y la convalecencia adelantaba lentamente.

Pasaba yo al lado de Teresa todo el tiempo que mis ocupaciones me dejaban libre. Tenía ya veintinueve años. La frescura y el brillo de la primera juventud habían desaparecido de su rostro; pero sus facciones presentaban ese desarrollo, esa regularidad, esa armonía indefinible que no se obtienen sino en el equinoccio de la vida. Á las gracias infantiles había sucedido la severa majestad de una belleza femenil que sin haber perdido aún la ligereza y elasticidad de la juventud, ofrecía un conjunto encantador de corrección de formas y de atractivo irresistible, semejante al divino ideal que debe haber inspirado á los estatuarios griegos.

La tez morena, ligeramente sonrosada; el cabello oscuro y abundante; el ojo negro, que humedecía siempre una lágrima; la frente noble y despejada; la nariz de una regularidad perfecta; la boca pequeña y guarnecida de una dentadura blanca y pareja; la mano bien delineada; el brazo admirablemente contorneado; un talle esbelto y un cuerpo flexible y mórbido; tal era en su físico Teresa Mallén en la época á que me refiero. Su inteligencia había madurado también. Ensanchado el círculo de sus ideas con la lectura y con la reflexión, su acierto y rectitud de juicio en todos los negocios de la vida eran notables. En la parte moral, Teresa era tan buena, tan pura, tan inocente como cuando había comenzado á amarla. Con tales circunstancias, ¿cómo no había yo de considerar como el mayor bien que podía alcanzar sobre la tierra el unir mi suerte á la de

aquella criatura adorable? Veía, pues, con extraordinaria alegría aproximarse cada día más el término de mis aspiraciones y le había suplicado ya fijara el día de nuestra unión. ¡ Ay, cuán lejos estaba yo de imaginar el espantoso contratiempo que la enemiga suerte me estaba preparando, en los momentos mismos en que embriagaban mi alma los más hermosos sueños de felicidad! El crimen oculto y traidor urdía la trama que debía envolvernos, y aprestaba el deshonor y la muerte, en sustitución de la existencia tranquila y dichosa que imaginaba yo haber asegurado.

Tuve el placer de volver á abrazar en aquellos días á mi amigo Vargas. Encargado de una comisión importante por el jefe militar que mandaba la guarnición de Oma, vino á la capital, y fué á buscarme al salir del Real Palacio, á donde había ido á presentar los despachos de que era portador. La Providencia me enviaba un hombre de corazón, bueno y leal, un verdadero amigo, un auxiliar en la terrible prueba que se me preparaba.

Satisfecho con el resultado de la experiencia del éter sulfúrico como agente anestésico, hecha en D. Álvaro de Lanuza, Velasco, que no podía ya disponer sino de tres días, creyó llegado el caso de llevar á cabo el proyecto diabólico que le habían sugerido el despecho y el amor, (si es que puede darse tal nombre á una pasión bastarda,) que en el fondo de su alma no había dejado de sentir jamás por Teresa.

La noche antevíspera del día señalado para la partida del Oidor, de su hija y de Velasco, había estado á despedirse de D. Eusebio Mallén, que, sin saber por qué, experimentaba una alegría secreta al ver alejarse aquel hombre, cuyo carácter le inspiraba siempre los más graves recelos. El público ignoraba las relaciones que existían entre la hija del Oidor y el joven médico ; y el viaje de éste aparecía únicamente como efecto de un deseo natural de conocer el mundo y adelantar sus conocimientos. Don Eusebio y Teresa se despidieron de él afectuosamente

y con toda sinceridad le desearon toda clase de felicidades.

Teresa no estaba completamente buena, y como todas las noches, se recogió temprano. D. Eusebio tenía también costumbre de hacerlo y se retiró á su habitación, que estaba contigua á la de su hija, comunicándose por una puerta que se cerraba por la noche, aunque sin llave. El dormitorio de Teresa tenía otra puerta que daba al corredor.

Velasco, que tenía entrada franca en la casa, se había procurado una llave falsa de la puerta de calle y otra del aposento de Teresa. Poco después de las doce, abrió con el mayor cuidado la primera y penetró en la casita del maestro de escuela, sin ser sentido. Aplicó la otra llave á la cerradura del cuarto de Teresa, empujó suavemente, cedió la puerta y dió entrada al malvado. Un candil ardía en un nicho abierto al efecto en la pared, junto á la puerta, iluminando la estancia débilmente. Teresa dormía. Su rica cabellera caía en hondas de azabache sobre las almohadas, y uno de sus brazos, desnudo hasta arriba del codo, salía fuera de la ropa y descansaba muellemente sobre el cuerpo. El infame contempló con avidez aquellos atractivos. Sacó del bolsillo el frasco que contenía el funesto licor, capaz de producir la insensibilidad : empapó un lienzo, y como lo había hecho pocas noches antes con D. Álvaro, lo aplicó á la boca y á la nariz de la desventurada joven, que pocos momentos después cayó en un letargo semejante al de la muerte.

Los designios de la Providencia, que gobiernan las cosas de este mundo bajo un plan que los hombres no podemos juzgar, y ni acertamos siquiera á comprender, permiten algunas veces que se consumen los más horrendos crímenes con aparente impunidad.

Cinco minutos después, el infame salió del aposento, que volvió á cerrar, y pudo oir, cuando llegaba á la puerta de la calle, el grito de horror que la infeliz Teresa lanzó al volver en sí del letargo.

Desesperada, medio loca de espanto y de dolor, se echó fuera de la cama y se precipitó en los brazos de su padre, que acababa de levantarse. Profería frases incoherentes, cuyo sentido no alcanzaba á comprender el desdichado D. Eusebio, quien veía que había ocurrido alguna desgracia terrible y no acertaba, sin embargo, con lo que pudiera ser. Los gemidos de Teresa partían el corazón del anciano, que interrogaba á su hija, y no obtenía por respuesta más que expresiones entrecortadas y de sentido ininteligible. D. Eusebio acabó por creer que la infeliz había perdido el juicio, y dando voces á la única criada que los servía, le previno cuando entró, fuese á llamarme inmediatamente. En seguida, como vencida por tan terrible agitación, Teresa cayó en una especie de estupor, de que no la sacó por completo mi presencia. Torrentes de lágrimas inundaban su rostro angelical. Suplicó á su padre la dejara un momento sola conmigo y me dijo, en voz muy baja, una ó dos frases que me revelaron el crimen de que había sido víctima y cuyo autor le era completamente desconocido. La estreché en mis brazos y puse los labios con respeto en la casta frente de aquella que no había perdido la más pequeña parte de mi amor. Hice, en mi interior, el firme propósito de no descansar hasta descubrir y castigar al infame autor de aquel agravio, y supliqué encarecidamente á mi adorada Teresa recobrara alguna calma

La noche fué cruel. La fiebre abrasaba mi sangre, y no meditaba sino planes de venganza.

Entretanto el que había perpetrado tan odioso abuso, se dirigió á la casa donde tenía á Don Álvaro de Lanuza; entró por la puerta del campo; llegó al corredor y despertó con la punta del pie á los dos malvados que dormían. Tucurú y Culebra se pusieron en pie; Velasco les dió orden de que tomaran unos instrumentos de labranza que estaban en un rincón del corredor y les dijo que lo siguieran.

Llegados á cierto punto del potrero, abrigado por unos árboles, hizo alto, y les dijo :

— Aquí. Dos varas y media de largo, una de ancho y tres de profundidad.

Los dos malvados comenzaron á cavar; Velasco se embozó en su capa y volvió á salir por la puerta del campo.

CAPÍTULO XXXI

Pasé el día entregado á la más terrible inquietud. La idea de que se me había inferido el más cruel agravio, (pues naturalmente lo consideraba como hecho á mí mismo,) y el no saber de quién tomar venganza, me causaba una indecible desesperación. Habría dado la mitad de mi vida por conocer al oculto objeto de mi impotente saña. Concebí el proyecto de ocurrir á los tribunales, de decir á Vargas lo que había sucedido y requerir su auxilio para descubrir al autor del crimen; ideas insensatas que la reflexión me hizo desechar, demostrándome que aquellos pasos no harían otra cosa que dar publicidad á lo que Teresa no había revelado ni aun á su mismo padre. Salí á la calle como un loco, interrogando las fisonomías de todos los hombres que encontraba; pues en cada uno de ellos esperaba ver algo que me revelara al autor de la inaudita ofensa. No ví más que rostros impasibles é indiferentes y algunos en los cuales advertía la extrañeza que les causaba la expresión de mi semblante, que pintaba sin duda las pasiones tumultuosas que agitaban mi espíritu.

Volví á mi casa, me encerré en mi gabinete y pasé muchas horas entregado á la desesperación. Entrada ya la noche, oí que llamaban á mi puerta de la manera particular en que acostumbraba hacerlo el sordo-mudo. No hice caso y continué en mis sombrías cavilaciones. Un momento después, volvió á llamar, y lanzó uno ó dos gritos inarticulados, con el objeto evi-

dente de advertirme que deseaba hablarme. No quise abrir, y no pasaron dos minutos sin que el pobre mudo redoblara los toquidos y los gritos, lo cual me hizo pensar que quizá pudiera tener algo interesante que decirme. Abrí; llevaba una vela encendida. Sin decir palabra me entregó un billete cerrado y se cruzó de brazos, mientras yo abría aquella carta, cuyo sobrescrito era de una letra enteramente desconocida. No sé por qué mi mano tembló al romper el sello. Busqué la firma.... no la había; era un anónimo que decía así:

" Si quiere V. conocer al autor del agravio hecho á Teresa Mallén, vaya esta noche, á las nueve en punto, á la octava casa de la banda izquierda de la calle que partiendo del arco de las Domínguez, va á la iglesia de Candelaria. Destruya V. este papel. "

Fácil es pensar la impresión que me hizo aquella extraña carta. Reflexioné un momento... Consulté el reloj; eran las nueve menos cuarto... mi resolución estaba tomada. Hice cuatro pedazos el billete y lo arrojé bajo la mesa. Ceñí mi espada, tomé el sombrero, me embocé en la capa, é hice seña al sordomudo de que me aguardara. No había perdido uno solo de mis movimientos y parecía querer penetrar con su mirada investigadora el secreto que torturaba mi alma.

Salí á la calle y con paso precipitado me dirigí hacia la casa designada en el anónimo. El corazón me latía con tanta violencia, que parecía como si fuera á romperme el pecho. La noche estaba oscura y las calles desiertas; pues en aquellos tiempos, pocos, muy pocos eran los que se aventuraban á aquella hora en los barrios de la ciudad, que la falta de policía y de alumbrado hacía peligrosos. Desde el arco de las Domínguez comencé á contar las puertas, y al llegar á la octava, me detuve, la empujé y se abrió. Daba á una pieza completamente oscura. Entré, y apenas había pasado el umbral, la cerraron y echaron la llave, que estaba prendida sin duda de la cerradura, por la parte de adentro. Casi al mismo tiempo sentí que

me echaban un lazo al rededor del cuerpo y que me ataban fuertemente, dejándome imposibilitado de mover los brazos y de hacer uso de mi arma. Quise gritar; pero una mano vigorosa me acomodó una mordaza en la boca, lo que me impidió completamente el uso de la palabra. En esa situación, se abrió una puerta, que no había yo podido ver á causa de la completa oscuridad del cuarto. Apareció un hombre que llevaba una vela en la mano. Era Velasco. Estaba pálido; el cabello erizado y los labios temblorosos. Eché una ojeada en derredor y vi junto á mí otros dos hombres, los que me habían atado y amordazado y á quienes tardé poco en reconocer. Eran dos de los reos que se escaparon de la cárcel en mi presencia, y que parecieron sorprendidos cuando me vieron á favor de la luz que Velasco tenía en la mano. Les hizo una seña, y los dos individuos me llevaron á una silla ó butaca grande que allí había, en la que me obligaron á sentarme y en seguida me ataron á ella fuertemente con otra cuerda. Velasco hizo otra seña á los dos criminales, y se retiraron por la misma puerta por donde él había entrado, dejándonos solos. Yo no comprendía bien aún lo que todo aquello significaba. Había tenido siempre á aquel hombre por amigo mío; mi conciencia no me acusaba de haberle inferido el más pequeño agravio, y me costaba trabajo creer que me hubiera tendido aquella celada para asesinarme cobarde y fríamente.

Puso la vela sobre la mesa y apoyando en ésta la mano izquierda, se levantó con la derecha, y con un movimiento brusco, el ala del sombrero que le cubría en parte la cara.

— Al fin te tengo en mi poder, me dijo con voz temblorosa y entrecortada. Doce años hace que te aborrezco y que trabajo incesantemente para conseguir tu ruina, y la casualidad ha venido á salvarte. Te odié desde el instante en que nos sentamos por primera vez en las bancas de la clase. Miserable reptil, taimado hipócrita que tuviste el arte de hacer que te prefirieran los catedráticos. Sabe que yo aconsejé á ese loco de

Vargas que te pintara en la pared pendiente de la cuerda que en mala hora mandaron cortar esos necios Oidores, en vez de dejarte morir como un perro. Á mí me debes el haber sido reprobado vergonzosamente cuando te presentaste por primera vez á examen para la licenciatura. Una bebida que preparé y que tomaste incautamente, embrolló tus ideas y te hizo contestar como un tonto. En vez de la gloria que tu necia vanidad y tu orgullo insensato se proponían alcanzar, te cubriste de ignominia y fuiste, al menos por algunos días, la burla de la ciudad. Tú te has atravesado en mi camino, y por ti, culebra venenosa, despreció mi amor la hija del escuelero á quien habría yo honrado haciéndola mi esposa. Pero ha pagado caro aquel desprecio. Sabe, perverso, que la ciencia me ha proporcionado el medio de castigarla. El éter la puso insensible y me la entregó, incapaz de defenderse.

Una carcajada convulsiva acompañó esas crueles palabras, Yo, que había escuchado con un sentimiento de profundo desprecio cuanto había dicho antes aquel malvado, al oir que era el autor del cobarde crimen de que había sido víctima Teresa, exhalé un rugido de rabia, hice un esfuerzo desesperado para romper las ligaduras que me sujetaban; pero inútilmente. No logré sino apretar más los nudos que me oprimían. El malvado continuaba riendo y después dijo :

— ¡ Insensato ! Has venido á averiguar quién es el que te ha herido en lo más vivo...Pues aquí lo tienes. Has caído en la red como un tonto; y ahora vas á pagar con la vida la humillación que he sufrido por causa tuya. Yo parto mañana. Voy á casarme con una mujer á quien no amo; pero que me asegura la posesión de la riqueza y los honores á que aspiro. Tú vas á morir, aquí, solo, abandonado de todos, sin que esa mujer á quien adoras te acompañe en tu agonía.... La sepultura está abierta.... Desaparecerás sin que nadie sepa qué ha sido de ti y la hierba del campo crecerá pronto sobre tus huesos maldecidos.

Dió dos palmadas y se presentaron los dos asesinos. En

aquel instante supremo pensé en Teresa, condenada al dolor y á la humillación. Una lágrima se escapó involuntariamente de mis ojos y rodó por mis mejillas abrasadas. Recorrí intuitivamente mi vida pasada, y considerando que pronto iba á presentarme ante el Supremo Juez, le ofrecí el sacrificio de mi existencia como expiación de las faltas que hubiera cometido y le pedí abriera al que iba á asesinarme el tesoro inagotable de su misericordia.

— Acábenlo, dijo Velasco á los dos asesinos, y se disponía á retirarse.

Pero Tucurú y Culebra no se movían.

— ¡ Cómo ! exclamó, temblando de rabia. ¿ No me obedecen Vds. ? ¿ Dudan ?

— Á este señor no lo mato yo ; dijo Tucurú con resolución.

— Ni yo, añadió Culebra ; y se cruzaron de brazos con los puñales en las manos.

— ¡ Cobardes ! exclamó Velasco ; ¡ fuera de aquí ! Yo no quería manchar mis manos con la sangre de este miserable ; ¡ fuera ! y con un movimiento imperioso les señaló la puerta que conducía al otro cuarto.

Tucurú y Culebra obedecieron. Velasco se desembozó y vi brillar en sus manos una daga que dirigió á mi pecho. Cerré los ojos y me puse en manos de Dios.....................................

Un empellón violento abrió la puerta que daba á la calle y tres hombres se precipitaron en el cuarto. Reconocí á Vargas, á D. Eusebio Mallén y al sordo-mudo. Fernando tenía una espada desnuda en la mano, y los otros dos iban armados de dos gruesos garrotes.

— ¡ Asesino ! gritó Vargas, y se arrojó sobre Velasco, que huyó al otro cuarto. Mi amigo lo siguió, ciego de cólera, y tras él entró el sordo-mudo, mientras D. Eusebio desataba las ligaduras y la mordaza que me oprimían. La lucha entre Vargas y Velasco fué encarnizada. El médico se defendió con desesperación ; pero su adversario, más diestro, logró herirlo

en la mano y hacer saltar el arma. En su furor, Vargas iba á atravesarlo con su espada; pero llegué á tiempo para evitarlo.

— No lo mates, grité; está desarmado.

Diciendo esto, me interpuse entre mi amigo y el médico y lo defendí con mi propio cuerpo.

Fernando se detuvo y me estrechó la mano con efusión. Velasco temblaba de pies á cabeza y estaba pálido como un cadáver. D. Eusebio tenía en la mano los cordeles con que me había atado; Vargas los tomó y con ellos amarró fuertemente á Velasco.

En aquel momento vi que se pintaba una expresión de horror en el semblante del sordo-mudo, que me tiró por la capa y me señaló una cama que estaba en un rincón del cuarto y en la cual ninguno de todos nos habíamos fijado. Estaba allí el cuerpo de un hombre, bañado en sangre y muerto al parecer. Dimos un grito de horror y nos precipitamos á la cama, para averiguar quién fuera aquel desdichado, víctima también, sin duda, del malvado que había querido asesinarme. Era un sujeto completamente desconocido. Vargas fijó una mirada terrible en el médico y le dijo:

— ¿Quién es ese caballero á quien has asesinado?

Velasco no contestó una sola palabra. Entonces Vargas reflexionó un momento, y añadió:

— La justicia te arrancará, malvado, el nombre de tu víctima. Guárdenlo, nos dijo, mientras voy á dar parte.

— Escucha, le dije yo, deteniéndolo. En nombre de nuestra amistad te pido un favor.

— ¿Cuál? preguntó Vargas con emoción.

— Ni una palabra de lo que ha pasado conmigo. Te lo ruego, y si es preciso.... te lo exijo.

— Bien, contestó mi amigo. Por fortuna no es necesario; el asesinato de este desdichado caballero es motivo bastante para llevar á la horca á este perverso. Te ofrezco que no mencionaré lo que ha querido hacer contigo.

— Espero, D. Eusebio, dije, igual reserva por parte de V. Es enteramente inútil que la justicia conozca el crimen de que he estado á punto de ser víctima.

— Lo que tú dispones, Francisco, respondió el anciano, es siempre lo mejor. No diré una palabra de lo que ha pasado contigo ; pero si se requiere mi testimonio respecto á la muerte de ese caballero, lo daré de lo que he visto.

En seguida previne al sordo-mudo, por medio del alfabeto manual, que no dijera una palabra de lo que se refería á mi persona en los sucesos de aquella noche aciaga. Vargas agarró á Velasco por el cuello y casi arrastrándolo, lo hizo pasar al otro cuarto y lo aseguró fuertemente con las cuerdas á uno de los pies de la mesa grande y pesada que allí estaba. Armó al sordomudo con la daga misma de Velasco y salió en busca de la justicia.

Yo me embocé en mi capa y salí, sin dirigir una sola mirada á aquel desdichado.

CAPÍTULO XXXII

Al siguiente día sorprendió al vecindario la noticia de que el Dr. Velasco estaba en un calabozo, acusado de haber muerto, en la casita de uno de los potreros del Cerro del Carmen, á un sujeto enteramente desconocido y de apariencia muy decente. El cadáver había sido expuesto en una iglesia y un Alcalde se ocupaba activamente en la instrucción de la sumaria. Encontrada la valija que estaba bajo las almohadas y abierta por el juez, se sorprendió al ver un retrato enteramente semejante á la hija de D. Marcos Dávalos. Avisado de tan extraña circunstancia, el Oidor, que había suspendido su viaje al saber el acontecimiento y la prisión de Velasco, acudió al juzgado é hizo se le presentara el retrato. Al verlo, se puso pálido y el terror se pintó en su semblante.

— Hay, le dijo el Alcalde, muchos papeles, que aun no he examinado despacio y que probablemente nos harán saber quién era el sujeto que ha sido asesinado. He visto, sí, en algunos de ellos, el nombre y apellido de D. Álvaro de Lanuza.

— ¿ Don Álvaro de Lanuza? dijo el Oidor con voz entrecortada. Sírvase V. hacerme ver esos papeles.

El Alcalde no tuvo embarazo en satisfacer el deseo del Oidor, que estuvo, durante un largo rato, examinando aquellos documentos. Salió con el rostro desencajado, y preguntó dónde estaba el cadáver. Díjosele dónde; montó en su coche y se dirigió á la iglesia que le habían designado. Estaba cerrada,

para evitar que fuera invadida por los curiosos. El Oidor se hizo abrir la puerta, entró, se acercó al cadáver, que tenía la cara cubierta con un lienzo, lo levantó y dió un grito de horror. Salió cubriéndose el rostro con ambas manos y se encerró en su casa, sin querer ver á nadie.

Imposible fué ocultar á Doña Ana el funesto acontecimiento. Instruída del hecho, su débil razón se afectó fuertemente y volvieron á presentarse los síntomas de enajenación mental.

Entretanto, supe por Vargas y por D. Eusebio las circunstancias providenciales de mi salvación. Cuando salí de mi casa para dirigirme á donde me llamaba el billete anónimo, el sordo-mudo, á quien, según vine á saber entonces, había encargado Teresa de velar por mi seguridad, alarmado ya con el aspecto de mi semblante durante todo el día, experimentó grande inquietud al advertir la impresión que me causó la lectura de la carta. Apenas había yo vuelto la espalda, recogió los pedazos del billete, los reunió y acomodó y pudo leer el contenido. Su alarma subió de punto; su natural perspicacia le hizo entrever que en aquella cita podía haber algún peligro grave para mi, y considerando que él solo no bastaría tal vez á salvarme, salió y se dirigió con precipitación en busca de Vargas. Quiso la fortuna que lo encontrara en la calle, no lejos de mi casa, á donde se dirigía precisamente mi amigo. El sordo-mudo lo detuvo y emprendió la ardua tarea de hacerle entender por señas lo que pasaba. Fernando no conocía el alfabeto manual de que me servía yo para hablar á aquel mozo; y así, su empeño fué completamente inútil. El pobre mudo se impacientaba y parecía poseído de la mayor aflicción, y Fernando, comprendiendo únicamente que ocurría alguna cosa grave, insistía en dirigirse á mi casa. Rafael se lo estorbaba y le hacía seña de que debía ir á otra parte. En aquel conflicto, el joven tuvo una feliz inspiración. Tomó á Vargas por la mano y le hizo seña de que fuera con él. Fernando lo siguió y se dirigió precipitadamente á casa de D. Eusebio, que

aun no se había acostado. Entraron. El mudo corrió al cuarto de Teresa, quien, como he dicho, se entendía con él perfectamente ; y valiéndose del alfabeto manual, formó las siguientes palabras :

« Mi amo en gran peligro. Octava casa á la izquierda; calle que va del arco de las Domínguez á la Candelaria. »

Teresa dió un grito y corrió á la sala, donde estaba Vargas con D. Eusebio. Les transmitió las palabras del mudo, y salieron los tres precipitadamente; armándose D. Eusebio y Rafael con dos garrotes, por no haber otra cosa en la casa.

Se sabe ya cuán oportuna fué su llegada, que me salvó de la muerte.

La causa formada á Velasco adelantaba rápidamente. Las declaraciones de Vargas, D. Eusebio Mallén y el sordo-mudo, (que la dió por escrito) producían una cuasi evidencia de haber sido el médico el autor del crimen. Pedido al Oidor informe jurado, lo dió de tal manera, que corroboraba la idea de que Velasco había dado muerte á D. Álvaro, en el temor de que estorbara su matrimonio con Doña Ana. El propietario del mesón de Jáuregui declaró también acerca de la llegada á su establecimiento, de un viajero desconocido, á quien se llevó el Doctor en una silla de manos. Como Tucurú y Culebra habían huído, temiendo la cólera de Velasco por haberse negado á matarme, quedó ignorado el hecho de haber sido ellos los ejecutores del crimen y se supuso que Velasco lo había perpetrado con sus propias manos. El reo se obstinó en guardar silencio y no contestó una sola palabra á las preguntas del juez de la causa. Se le dijo que nombrara defensor y tampoco dió respuesta á aquella indicación. El juez lo designó de oficio, eligiendo al efecto uno de los letrados más hábiles de la ciudad.

La opinión condenaba á Velasco. En el ánimo de todos estaba la convicción profunda de que los celos lo habían impelido á cometer el crimen. Ignoraban el que había cometido en casa de

Don Eusebio y el que estuvo á punto de perpetrar en mi persona.

Con asesoría de letrado, el Alcalde pronunció sentencia de muerte contra el reo, sin que los empeños de la familia alcanzaran su absolución. Velasco no apeló, llevando adelante el estoicismo que había mostrado desde el principio y la causa pasó en consulta á la Audiencia; entrando un conjuez á suplir la falta del Dr. Dávalos, impedido de conocer en aquel asunto.

Yo me ocupaba exclusivamente en consolar y asistir á Teresa, cuya salud y cuyo espíritu sufrían terriblemente desde la noche fatal. Su abatimiento era alarmante. Su padre y yo llegamos á abrigar serios temores por la vida de aquella desdichada. Yo pasaba los días y las noches á la cabecera de su cama, pendiente de las palabras de los médicos; animándome con esperanzas lisonjeras, ó desfalleciendo á impulsos del temor, según las alternativas que presentaba la salud de la enferma.

En aquella situación, un día en que el mal de mi amada parecía haberse agravado, D. Eusebio, que estaba traspasado de dolor, entró en la alcoba de Teresa, de la cual no había yo salido en toda la noche anterior, y me dijo al oído que estaba allí una persona que tenía urgencia de hablarme. Tuve que hacer un grande esfuerzo para separarme, en aquellas circunstancias, de la mujer á quien amaba, y cuya existencia estaba en inminente riesgo. Pasé á la salita de la casa, y me encontré con uno de mis colegas, el Licenciado Andrade.

— Perdone V., Sr. Doctor, me dijo, si vengo á importunarlo; pero me obliga á hacerlo un asunto muy grave.

— Así lo considero, le contesté; y lo invité á que se sentara.

— Habiendo buscado á V. en su casa inútilmente y sabedor de que lo encontraría aquí, me he tomado la libertad de venir á verlo.

— Ha hecho V. muy bien, compañero, repliqué. Estoy á sus órdenes.

— Se trata, me dijo, de la defensa de un reo condenado á muerte.

El corazón comenzó á palpitarme con violencia y la sangre corría por mis venas, abrasándome como si fuera un torrente de fuego.

— El Dr. Velasco, añadió, ha sido condenado en primera instancia á sufrir la pena capital. Yo sé el juramento solemne con que V. está ligado y he creído de mi deber el venir á preguntarle si está en disposición de hacerse cargo de la defensa, que me ha sido encomendada.

Aquellas palabras me causaron tal emoción, que estuve á punto de perder el conocimiento. Apoyé las brazos sobre una mesa que estaba inmediata, y lleno de abatimiento, dejé caer la cabeza sobre mis dos manos. Pasó un momento sin que contestara yo una palabra á mi colega, á quien sorprendió la impresión que me causaba su propuesta. Él creía ofrecerme sencillamente una nueva ocasión de cumplir mi juramento, defendiendo á un reo en quien concurría la circunstancia especial de ser amigo mío. Ignoraba que me proponía emplear mis esfuerzos en favor de quien había hecho el más infame y cruel de los agravios á la mujer adorada de mi corazón; á mi enemigo gratuito é implacable, al que había estado á punto de asesinarme!

El conflicto era cruel. La voz de la conciencia me recordaba el juramento hecho y me decía que éste era claro, explícito y sin condiciones. Amigo ó enemigo, inocente ó criminal, pensaba yo, todo reo condenado á muerte tiene derecho á mi amparo y es de mi deber defenderlo... Pero yo soy un hombre y no un ángel. Sujeto á las debilidades que aquejan á nuestro ser degenerado, me es insoportable, ¿por qué negarlo? la idea de haber de emplear mi inteligencia y el sacerdocio de mi noble profesión en favor de un monstruo, deshonra de la humanidad, peligro perpetuo para sus semejantes y autor del agravio más sangriento que una criatura mortal ha podido inferirme. ¡Yo lo había buscado para matarlo, y se me propone que emplee

todos mis esfuerzos para apartar de su cuello la cuchilla de la ley!... ¡Sofismas! Mi deber está trazado. Aquel á quien no puede engañarse ha recibido mi juramento. ¿Por qué vacilo? Yo no hice excepciones. Mis sufrimientos en los días que precedieron á mi ejecución y la convicción profunda de la injusticia, de la ineficacia y de la crueldad de la pena de muerte, me han hecho contraer voluntariamente un compromiso sagrado, cuyo cumplimiento vienen hoy á exigirme. ¡Señor Dios mío! ayúdame; alienta este espíritu flaco que desfallece y vacila ante el sacrificio de sus odios. Si en la hora suprema pude perdonar al que con negra villanía estrujó aquella cándida azucena, al que iba á enrojecer sus manos criminales con mi sangre, dame fuerzas para devolverle hoy bien por mal, haciendo que pueda yo cumplir la ley de amor que promulgó tu palabra soberana y que selló tu sangre inocente en el Calvario!.....

Mi resolución estaba tomada. Me puse en pie y dije á mi colega:

— Estoy pronto á hacer la defensa. Sírvase V. enviarme la causa.

— Aquí la tiene V., contestó el letrado, poniendo sobre la mesa un grueso cuaderno que llevaba bajo la capa.

Me estrechó la mano y se despidió, sin haber sabido jamás el duro combate que yo acababa de sostener; en el cual mi débil corazón estuvo á punto de sucumbir y en el que la Virtud, hija del cielo, triunfó sobre los malos instintos de nuestra pobre naturaleza.

CAPÍTULO XXXIII

Mi amigo Vargas recibió orden de volver á la costa ; pero ya no era precisamente el castillo de Omoa el punto á que se le destinaba. Rumores de que algunos piratas ó corsarios amenazaban por el Norte, hicieron considerar necesario que hubiese un pequeño resguardo en el punto llamado Bodegas, á la orilla del Golfo Dulce, donde había considerable cantidad de efectos de comercio, pertenecientes á negociantes de la capital y que aguardaban la oportunidad de ser transportados al interior. Vargas debía guarnecer aquel punto con diez caribes de los que prestaban servicio en el Fijo. Salió, pues, á desempeñar la comisión, y yo lo ví partir con mucha tristeza, pues su presencia me habría sido de gran consuelo en aquellas circunstancias.

Dividí mi tiempo entre la defensa del Dr. Velasco y la asistencia á mi querida Teresa, cuya enfermedad presentaba cada día un aspecto más grave. Una tisis pulmonar, desarrollada en muy pocos días, me amenazaba con el infortunio más espantoso que podía yo experimentar ya sobre la tierra.

Pasaba la mayor parte de la noche á la cabecera de la enferma; dormía algunas horas durante el día y escribía el resto del tiempo, haciendo que el sordo-mudo fuera poniendo en limpio los borradores.

Inconfeso el reo, y no habiendo testigos oculares del hecho, ataqué el testimonio de D. Eusebio, de mi amigo Vargas y del

sordo-mudo mismo, que no acababa de asombrarse al trasladar mis argumentos.

El informe pericial de los cirujanos que habían examinado las heridas en el cadáver de D. Álvaro, demostraba que las había hecho una mano certera, avezada al crimen, lo cual no podía ni debía suponerse, dije, tratándose de mi defendido. Por otra parte, las heridas presentaban una longitud de pulgada y media, y la daga con que estaba armado Velasco no tenía esa dimensión, aun en su parte más ancha. No se encontró una sola gota de sangre en el vestido del reo, ni en su arma. Los testigos habían llegado después de consumado el hecho y no podían tener la certidumbre de que fuera mi cliente el autor del crimen. Dije también que á pesar de los documentos y del retrato encontrados en la valija del viajero, no estaba bien averiguado que fuera seguramente aquel sujeto el llamado D. Álvaro de Lanuza. Podía haberse apoderado de aquellos papeles y de aquel retrato, consideración que habría tenido, sin duda, en cuenta mi defendido, antes de lanzarse á cometer un crimen inútil, si no era realmente D. Álvaro. Procuré explicar el silencio de Velasco, atribuyéndolo á la indignación que debía causarle el que se le atribuyese un delito de que se encontraba inocente. Agregué que no era imposible que algún criminal de los muchos en que abundaban por desgracia los barrios de la ciudad, hubiera cometido el atentato y huído á la llegada del mismo Velasco. Por último atribuí el hecho de haber tenido oculto al enfermo en una casa pequeña y apartada, al deseo de ensayar en secreto algún sistema nuevo, alguna teoría científica atrevida, á lo cual era propenso el genio de mi defendido.

El fiscal rebatió uno en pos de otro todos mis argumentos. Dijo que si Velasco no había cometido el crimen por su propia mano, por lo menos lo había mandado ejecutar á algún perverso que debía haber huído al oir que llegaban el subteniente Vargas, D. Eusebio Mallén y Rafael Zambrano, que, según

ellos mismos decían, habían entrado á aquella casa por sospechas de que en ella se cometía un crimen. El silencio de Velasco era, según el fiscal, prueba evidente de que no tenía medios de defensa, y que aceptaba de una manera tácita e cargo grave que sobre él pesaba. El sigilo con que se apoderó del enfermo; la evidencia de ser éste el antiguo pretendiente de la hija del Oidor; el interés que el acusado tenía en que desapareciera aquel rival; todo demostraba de una manera segura que el Dr. Velasco era el autor directo del crimen, ó el que ordenara su ejecución á algún sicario que había escapado á la acción de la justicia. Pedía se confirmara la sentencia y que se aplicara al reo la pena capital, levantando el patíbulo frente á la finca donde se había perpetrado el delito.

Según pudo saberse, las opiniones de los Oidores estaban divididas y los debates fueron acalorados. Mis argumentos habían hecho fuerza á algunos de los magistrados y una parte del público se mostraba ya favorable al reo. La Audiencia se ocupó casi exclusivamente en aquella causa ruidosa. Continuaron los debates por muchos días, y al fin hubo una mayoría de tres votos por la confirmatoria de la sentencia. Se supo esa circunstancia, porque aquí todo se sabe, pues la votación debía conservarse secreta y firmar la resolución los magistrados, como lo verificaron.

Notificada al reo, no dió la más ligera muestra de emoción, y pareció recibir la terrible noticia con completa indiferencia. Parecía como si la vida le fuera ya una carga insoportable, una vez que se le habían frustrado sus designios y que sus esperanzas estaban arruinadas.

La causa debía volver á verse en revista por los mismos jueces, y me entregaron los autos, á fin de que expusiera lo que tuviese que alegar en favor del reo, señalándose la vista para dentro de quince días.

Me puse á trabajar con empeño, variando completamente el plan de la defensa. Pero sucedió que mientras más ocupado estaba yo en aquel trabajo, en el cual empleé toda mi inteli-

gencia, la enfermedad de Teresa tomó un carácter tan grave, que obligó á los médicos á declarar que estaba perdida toda esperanza de salvación, previniendo que se le administraran los auxilios espirituales. Recibió la noticia con resignación y conformidad, y se preparó á aquel acto grave y solemne, como correspondía á sus sentimientos religiosos.

Yo iba á retirarme á la pieza inmediata, cuando llegaba el viático ; pero ella me detuvo, haciéndome seña de que me quedara, con su mano descarnada, que estrechó la mía cariñosamente.

— No te vayas, me dijo ; el amor que ha sido puro, puede llegar hasta el sepulcro.

Me arrodillé junto á su lecho, bañé con mis lágrimas y cubrí de besos aquella mano ; y no la dejé, sino cuando el sacerdote levantó la sagrada forma y mi querida Teresa cruzó los brazos sobre el pecho para recibirla. Aquella triste noche estuve á su cabecera hasta muy tarde. Á la madrugada, advirtiendo que dormía, aproveché los momentos y pasé á la salita inmediata, donde tenía los papeles relativos á la causa de Velasco. Me puse á trabajar con ardor en la defensa, que estaba ya bastantemente adelantada.

Pasaron tres ó cuatro días sin que la situación de Teresa hiciera concebir la más remota esperanza. Yo ne me separaba de su lado, sino en los instantes en que dormía ó se tranquilizaba un poco, y aprovechaba esos breves momentos para adelantar mi trabajo, que al fin llegó á concluirse.

La víspera del día señalado para la vista, que yo había pedido tuviera lugar en audiencia pública, no por vanidad, sino para interesar á un auditorio escogido y numeroso en favor de mi cliente, la gravedad de Teresa llegó al último punto. Me llamó, hizo que D. Eusebio nos dejara solos y con voz apenas perceptible me dijo :

Sé que estás defendiéndolo; así lo esperaba... Haz el último esfuerzo por salvarlo... Acepta ese sacrificio en memoria mía.

Era la primera vez que Teresa hacía alguna alusión al autor del crimen, cuyo nombre le había reservado la percepción íntima de su alma. Hubo un momento de silencio, y continuó :

— *Dios no ha querido unirnos en este mundo; nos unirá en la eternidad... Adiós.*

Llevó mi mano á sus labios, que helaba ya la muerte; estrechó el crucifijo contra su pecho, y expiró.....

CAPÍTULO XXXIV

Á las diez de la mañana del siguiente día cuatro jóvenes del barrio, antiguos discípulos de D. Eusebio, transportaban el modesto ataúd que encerraba el cadáver de la que debió haber sido mi esposa. Su padre y yo, con unos pocos amigos, formábamos el humilde acompañamiento. Nunca me habían parecido tan conmovedoras las frases del oficio de difuntos como en aquella ocasión. La vanidad de la vida, la miseria del hombre, lo transitorio de nuestros goces y de nuestros dolores, la esperanza de una existencia dichosa más allá del sepulcro, están expresadas con tan sencilla majestad, con rasgos tan elocuentes, que experimenté un consuelo inexplicable, luego que hubimos depositado aquellos restos queridos en un oscuro rincón de la parroquia.

Cumplido aquel triste deber, volví á mi casa, hice que Rafael cargara con los papeles relativos á la causa de Velasco, y me dirigí á la Audiencia.

Los corredores del edificio estaban llenos de gente, atraída por el interés que inspiraba la causa. Atravesé los grupos sin detenerme y entré á aguardar que se me llamara. Diez minutos después pasé á la sala de la Audiencia; á aquella misma sala donde algunos años antes había sufrido una de las más crueles decepciones de mi vida, originada por aquel mismo hombre á quien iba á procurar salvar del patíbulo.

Saludé al tribunal, y mis ojos se fijaron en seguida involun

tariamente en el reo. No lo había yo visto desde la noche en que estuvo á punto de asesinarme. Su aspecto era el de un cadáver. Abogado y reo, parecíamos haber salido del sepulcro para ir á dar á los vivos el más triste espectáculo. Sonó la campanilla, en medio de un silencio profundo, y se me concedió la palabra. Me puse en pie con dificultad, y me pareció escuchar las palabras de Teresa que repetían en mi oído la recomendación de hacer el último esfuerzo por salvar á aquel desventurado. Yo había escrito mi alegato ; pero en aquel momento olvidé esa circunstancia y comencé á hablar. En vez de la lectura fría de una pieza más ó menos oratoria, ajustada á las reglas de los preceptistas, encontré en la situación de mi ánimo frases desaliñadas, si se quiere ; períodos cortados, giros que quizá no habrían sostenido un análisis riguroso ; pero impregnados de la pasión que dominaba mi ánimo. Mi discurso era interrumpido frecuentemente por murmullos de aprobación, que apenas podía contener la majestad del tribunal.

Hice una reseña de la carrera literaria del reo ; lo mostré revelando desde las primeras clases un talento profundo, un espíritu de observación y un juicio poco comunes en su edad. Dije cómo el genio del Dr. Sánchez había adivinado la alta inteligencia de mi cliente y previsto sus adelantos en la ciencia. Recordé el hecho que había sido el fundamento de su reputación : la curación de la hija del Dr. Dávalos, que sus maestros mismos no habían obtenido y que él, estudiante todavía, alcanzó, con un procedimiento tan sencillo como ingenioso. Lo hice ver después recibiendo con lucimiento y aprobación pública las insignias doctorales, y ejerciendo la profesión con un acierto y una aceptación de que había pocos ejemplos. Invoqué el testimonio de aquellos que le debían la vida de sus hijos, de sus padres, de sus esposas ó de sus amigos, muchos de los cuales escuchaban acaso mis palabras ; dije lo que la sociedad podía y debía esperar aún del joven médico y lo que aguardaban las ciencias en nuestro país de uno de sus más celosos,

inteligentes y activos propagadores. Toqué ligeramente el hecho de que se le acusaba, y en un breve resumen recapitulé los argumentos que en segunda instancia había hecho contra las pruebas en que se fundaba la condenación. Expuse las doctrinas de célebres criminalistas favorables á la conmutación de la pena capital, cuando se trata de algún individuo de mérito extraordinario en las ciencias, las letras, ó las artes y dije que nuestro país, muy poco abundante, por desgracia, en hombres de verdadero saber, no debía deshacerse de uno de los más distinguidos de sus hijos, hacer caer en el cadalso la cabeza que ornaba la brillante insignia de la ciencia y quitar la vida á aquel que había salvado á tantos de la muerte.

Eso y más expuse con vehemencia, con el acento apasionado de la convicción. Mis palabras electrizaron al auditorio; la sala resonó con los aplausos de la concurrencia y los magistrados mismos parecían conmovidos.

Caí en mi asiento abrumado por la fatiga. Había pasado muchas noches sin dormir; apenas había comido y el sufrimiento moral acababa de agotar mis fuerzas. Fué necesario que dos ó tres de mis colegas me sacaran en peso de la sala; me pusieran en un coche y me llevaran á mi casa.

La opinión pública, que algunos días antes pedía á gritos la cabeza del reo, clamaba ahora por su perdón. Los Oidores fueron importunados por multitud de personas que pedían la revocatoria de la sentencia, y como su disposición era ya favorable, tres días después votaron la conmutación de la pena capital en la inmediata, condenando al reo á presidio, en el de San Felipe del golfo dulce.

Varios amigos se apresuraron á participarme la buena nueva, y yo bendije la memoria de aquella que desde el cielo había inspirado mi mente y puesto en mi lengua palabras capaces de conmover á los jueces. El sacrificio estaba consumado: Velasco viviría y yo quedaba en el mundo para llorar sobre la humilde sepultura de su víctima.

Ocho días después ocurrió un suceso de que debo hacer mención, por referirse á dos individuos que figuran en estas Memorias. Los sujetos conocidos con los apodos de Tucurú y Culebra, que habían huído muy á tiempo, después de haber perpetrado el asesinato de D. Álvaro, por orden de Velasco y negádose á matarme, porque me guardaban cierta consideración desde que me conocieron en la cárcel, vagaban por los barrios de la ciudad, ocultándose durante el día y saliendo por las noches á ejecutar robos rateros en las casas y en las personas que se aventuraban en las calles. Á consecuencia de una reyerta que tuvieron con uno de sus cómplices, éste los denunció á un Alcalde, que los capturó mientras dormían en la casa de aquel individuo.

Como no se tenía conocimiento de su participación en el crimen por el cúal había sido condenado Velasco, y ellos se guardaron muy bien de mencionar aquel hecho, se les hizo cargo únicamente del delito de evasión y se les sentenció á presidio. Mientras se alistaba una cuerda que debía salir en aquellos días, se les encerró en bartolinas muy seguras, de las cuales no pudieran escaparse.

Pocos días después se alistó la salida de la cuerda, con una fuerte escolta, al mando de un oficial experimentado, cuya vigilancia no era fácil burlar. Salió efectivamente, siendo Velasco uno de los presidiarios y permitiéndosele caminar á caballo. Fué especialmente recomendada la vigilancia de aquel reo por el juez al comandante de la escolta.

No hubo novedad durante el viaje y los reos fueron entregados al oficial que mandaba la pequeña guarnición de San Felipe.

El castillo de San Felipe de Lara, que comenzó á construir el Presidente Avendaño, por los años de 1646 y que después de la muerte de este funcionario, concluyó el Oidor Decano D. Antonio de Lara Mogrobejo, de donde le vino el nombre de Lara, había sido destruído y quemado por unos corsarios, por los años de 1686. Reedificado más formalmente,

servía de defensa contra las frecuentes invasiones de piratas y corsarios ingleses y holandeses que infestaban las costas en aquellos tiempos.

En la época á que me refiero en estas Memorias estaba aún en pie el castillo, y en él se custodiaba á los reos condenados á presidio. Gozaban éstos, sin embargo, de alguna soltura, según su condición y delitos; habiendo unos á quienes se guardaba con más severidad, y otros con quienes usaba el castellano de cierta indulgencia.

El Dr. Velasco no fué, naturalmente, considerado como un reo común. El oficial comandante de la guarnición lo conocía ya y quiso mostrarle desde luego toda la consideración compatible con la responsabilidad que sobre él pesaba. No había médico ni cirujano en el lugar; y la llegada de uno de los facultativos más distinguidos del país, debió ser considerada como una fortuna por los habitantes de la pequeña colonia. Componíase ésta, además de los presos, de las familias de algunos de ellos y de la guarnición, de antiguos presidiarios, que cumplidas sus condenas, se quedaban como simples moradores, por amor al lugar, y de sus familias, que los habían acompañado y establecídose allá.

Velasco comunicaba libremente con la población, con los soldados y aun con los presos, á quienes prestaba sus auxilios profesionales. Esta circunstancia y las maneras insinuantes del joven médico, fueron proporcionándole cierta influencia entre aquellas gentes, cuya confianza fué ganando poco á poco. Logró adormecer, hasta cierto punto, la vigilancia del comandante, mostrándose tranquilo, resignado y resuelto á aguardar con paciencia los diez años que debía pasar en el presidio.

Estudiando cuidadosamente el carácter de los confinados, Velasco llegó á conocer, al cabo de dos meses, quiénes eran los más audaces y resueltos y aquellos con quienes podría contar para la ejecución de un proyecto atrevido que concibió desde el día mismo de su llegada á San Felipe. La idea de pasar diez

años de su vida en aquel lugar miserable y triste, en medio de presidiarios y de pobres pescadores, le era insoportable. Aventuró algunas indicaciones á uno ó dos de los reos en quienes había puesto los ojos para llevar á cabo su plan, y no fueron mal acogidas. La perspectiva de la libertad y la esperanza de un rico botín, que el astuto médico hizo entrever á aquellos criminales, los hicieron dar oídos á sus indicaciones vagas. Alentado al ver la buena disposición de los sujetos á quienes habló, fué algo más explícito en otra conversación y les demostró la facilidad de una evasión, haciendo uso de las piraguas de los pescadores. El comandante del fuerte hacía excursiones frecuentes á diversos puntos de la costa, llevando consigo parte de la pequeña guarnición que custodiaba el presidio, cuyo cuidado quedaba á cargo de su segundo. Era necesario aprovechar una de esas salidas ; atacar de improviso á los pocos soldados que quedaban en esas ocasiones ; apoderarse de las armas ; tomar las piraguas é ir á desembarcar á Bodegas, cuya guarnición de diez hombres no opondría resistencia ; matar al oficial que la mandaba ; tomar los valiosos efectos del comercio que estaban allá depositados, y con ese rico botín, bajar al río, atravesar el golfete y entrando en el golfo de Amatique, ir á desembarcar en el vecino territorio inglés de Belize. Tal era el proyecto atrevido de aquel hombre audaz ; proyecto que no carecía de peligros y de dificultades ; pero que halagaba los malos instintos y el natural deseo de recobrar la libertad en el ánimo de los presidiarios. Sin fijarse mucho en los inconvenientes, aprobaron la idea y se manifestaron prontos á secundarla.

El oficial que mandaba en Bodegas era, como he dicho, Don Fernando de Vargas. Así, en el proyecto de Velasco de ir á sorprender aquella guarnición y matar á su comandante, entraba por mucho el odio mortal que había concebido contra mi amigo, por haber estorbado su inicuo proyecto de asesinarme y entregádolo á la justicia. Velasco consideraba á Vargas

como el autor de su ruina y aprovechaba con avidez aquella ocasión de saciar la sed de venganza que lo devoraba. Entretanto Vargas no podía ni imaginar siquiera el peligro que lo amenazaba; descansando, naturalmente, en la vigilancia del castellano del fuerte.

De los cuarenta y tantos reos que había en el presidio, sólo á veintidós se juzgó conveniente poner en el secreto, invitándolos á tomar parte en la empresa. Velasco prohibió expresamente que se contara con Tucurú y Culebra, que no le inspiraban ya la menor confianza y con quienes había quedado resentido, por haberse negado á obedecerlo cuando quiso asesinarme. Arreglado así el plan de evasión, los conjurados aguardaron la primera oportunidad favorable para ejecutarla; y como se verá en el siguiente capítulo, tardó poco en presentarse.

CAPÍTULO XXXV

El comandante, á quien habían estado llegando avisos de que algunos contrabandistas intentaban un desembarco en cierto punto de la costa, dispuso ir á hacer una exploración y dió sus órdenes para que se alistaran las embarcaciones. Dejando el presidio al cuidado de su segundo, salió con quince soldados, quedando otros tantos en S. Felipe, y prometiéndose regresar entrada ya la noche.

Pasó la mañana sin que ocurriera accidente alguno. Velasco y dos ó tres de los más resueltos entre los confabulados estuvieron vigilando el castillo, para ver si salía el oficial y si los soldados estaban descuidados. Esa oportunidad no se presentó hasta las seis de la tarde. El oficial, ajeno de lo que se tramaba, salió á dar un paseo por la población, y los soldados, aprovechando su ausencia, formaron rueda en el cuerpo de guardia y se pusieron á jugar. Los presidiarios fueron entrando poco á poco y tomaron parte en el juego. Cuando más descuidados estaban los soldados, Velasco se echó repentinamente sobre el centinela, á quien un presidiario que había entrado con él, tendió muerto de una puñalada. Los demás conjurados se precipitaron sobre las armas, hicieron algunos tiros con los que hirieron dos ó tres soldados, huyendo los demás despavoridos, figurándose que el presidio entero estaba sublevado. Al ruido de las descargas acudió el oficial; pero el desdichado no pudo llegar al castillo. Los amotinados, que habían salido

ya del fuerte, le hicieron fuego y pagó con la vida su imprudente confianza. Los reos que no estaban en el compló, viendo lo que pasaba echaron á huir á las montañas, y sólo unos pocos, menos animosos ó más prudentes, se ocultaron en las chozas de los habitantes. Los alzados corrían gritando : *¡ Viva la libertad ! ¡ viva Velasco!* y se dirigían á la playa, en busca de las piraguas de los pescadores. El médico acaudillaba la partida, con la espada del oficial, de que se había apoderado.

Tucurú, que vió el movimiento, tuvo desde luego la vehemente sospecha de que iban á sorprender la pequeña guarnición de Bodegas, a donde llegarían entrada ya la noche. Propuso á Culebra que fuesen á ocultarse entre los manglares de la costa, para ver qué dirección tomaban; y habiendo convenido el otro, se echaron al monte y agazapándose para no ser descubiertos, fueron siguiendo á los sublevados. Llegados éstos á la playa, se apoderaron de dos piraguas de tres que allí estaban y se acomodaron diez en una y Velasco en otra con los otros doce. La tercera piragua estaba muy cariada, por lo que la juzgaron inútil, y no se tomaron el trabajo de llevarla. Comenzaron á remar con gran algazara, repitiendo los vítores y aclamaciones, celebrando el triunfo obtenido, prometiéndose acabar con los de Bodegas y hacer buena presa de los efectos del comercio.

Tucurú, luego que los vió alejarse, dijo á su compañero :

— Se han ido, dejando una piragua. Esos van á caer sobre los de Bodegas y á robar la carga. Si nos metiéramos en la canoa, tal vez les cogeríamos la delantera, llegaríamos antes que ellos y dando aviso, para que no los cojan desprevenidos, de seguro nos rebajarán el tiempo de la condena, y tal vez nos darán un buen premio. ¿Qué te parece?

— Me parece, contestó Culebra, que no es mal plan; pero todo depende del estado en que esté la canoa; porque si está muy inútil y nos ahogamos, no nos saldrá la cuenta.

— ¿Vamos á ver? preguntó Tucurú.

— Vamos, dijo el otro; que nada se pierde.

Se dirigieron al punto donde estaba amarrada la piragua; la examinaron despacio; encontraron que, en efecto, estaba en mal estado y hacía agua; pero que sí podría servir cuidando de alijarla.

— Probemos, dijo Tucurú, y si la cosa va mal, lo dejamos estar y nos volvemos. Quien no se arriesga no pasa la mar.

Diciendo así, los dos presidiarios desataron la canoa, Tucurú tomó el remo y Culebra comenzó á sacar el agua con el sombrero.

La noche estaba ya oscura y podían avanzar sin temor de ser descubiertos por los fugitivos. Éstos habían tomado la dirección que consideraron más conveniente para que no los avistaran los de Bodegas, teniendo que rodear un poco, á fin de llegar por un punto donde la espesura del bosque se interponía entre la población y la laguna.

Tucurú y Culebra, que no tenían motivo para ocultarse caminaron derecho hacia Bodegas, avanzando, sí, con mucha dificultad, por el mal estado de la piragua. Los dos presidiarios se alternaban en el alijo y en el remo, descansando de éste con aquel trabajo. De repente oyeron voces cercanas; eran los de las otras piraguas que iban pasando á corta distancia. Tucurú, temiendo que los descubrieran, dijo á su compañero que se echaran al fondo de la canoa. Hiciéronlo así, soltando el remo, y dejando que la embarcación caminara á la ventura. Pero quiso la desgracia que, en vez de alejarse, se aproximara á las barcas de los fugitivos, que tardaron poco en descubrir la de los dos presidiarios.

— ¡Una piragua! gritó una voz. ¡Alto!

Tucurú se puso en pie, tomó el remo y manejándolo con presteza, comenzó á alejarse.

— ¡Fuego! gritó la misma voz y los mosquetes apuntaban hacia la fugitiva embarcación.

— ¡Quietos! gritó Velasco. Debemos andar ya cerca de la costa: oirán las descargas y se prepararán á resistirnos. Procu-

remos adelantar á esa canoa, que sin duda ha sido despachada de S. Felipe á los de Bodegas, para dar aviso y evitar que los sorprendamos. ¡Adelante!

Remaron con vigor; pero la canoa de Tucurú y Culebra que se deslizaba como un pez sobre la tranquila superficie del lago, estaba ya distante.

— Imposible darle alcance, dijo uno de los de las piraguas. ¿Qué hacemos?

Las dos pequeñas embarcaciones se detuvieron, mientras deliberaban. Los más audaces querían continuar y verificar el desembarco, aun cuando la guarnición de Bodegas, advertida por los que iban en la piragua, estuviera preparada para la resistencia. Los prudentes eran de parecer de que debía renunciarse á la empresa; ganar la costa, desembarcar en algún punto distante de Bodegas é internarse en las montañas.

La perspectiva no era muy halagüeña, especialmente para el jefe de los conjurados, á quien arredraba la idea de haber de pasar muchos días y noches vagando por las asperezas de aquellas montañas salvajes. Combatió, pues, la propuesta; dijo que valía más correr el peligro de un combate que no ir á ser pasto de las fieras; les recordó que la guarnición de Bodegas constaba únicamente de diez caribes, al mando de un oficialito inexperto; que ellos eran veintidós hombres resueltos y concluyó diciendo que el triunfo era seguro, caso de haber combate; pues lo más probable era que oficial y tropa huirían al interior, dejando abandonado el rico botín, de que harían fácil presa.

Esa última hipótesis pareció probable á la mayoría de los conjurados, y decidieron continuar avanzando hacia Bodegas. El tiempo que habían perdido en la discusión, fué aprovechado activamente por Tucurú y Culebra, que, haciendo un esfuerzo extraordinario, lograron adelantar, hasta llegar á unas cuatrocientas ó quinientas varas del punto de desembarco. Pero allá ocurrió un accidente inesperado. La piragua estaba llena de agua y los presidiarios, incapaces ya de descargarla, por estar

muy fatigados, comenzaron á sentir que se hundía. La situación era apurada. Tomaron la única resolución posible: la de echarse al agua y procurar ganar la costa á nado. Desnudos de medio cuerpo arriba, se lanzaron y guiados por las luces del caserío, que divisaban á lo lejos, nadaron hasta agotar casi sus fuerzas. Estaban á corta distancia de la playa,.... pero no podían más; iban á perecer á pocas varas del desembarcadero. Entonces Tucurú gritó con todas sus fuerzas, por dos veces:

— ¡Socorro! ¡Sublevación del presidio!

Las voces fueron escuchadas; salió una canoa, que se dirigió hacia el punto donde se oían los clamores, que los dos presidiarios repitieron muchas veces.... llegó al fin y los recogió, en el momento en que, agotadas completamente las fuerzas de los dos desdichados, estaban á punto de perecer.

Informados los de la barca de lo que ocurría, remaron con vigor y pronto estuvieron en tierra. Tucurú y Culebra informaron á Vargas del peligro que le amenazaba. Al oir que Velasco acaudillaba á los presidiarios sublevados, mi amigo se puso pálido de coraje. Reflexionó un instante, y temiendo que los malvados no se atreverían á desembarcar y que más bien tratarían de huir, al saber que estaba ya advertido, resolvió salir á perseguirlos. Alistó los diez caribes; armó otros ocho individuos de confianza, habitantes del lugar; Tucurú y Culebra se ofrecieron á tomar armas, lo que les fué concedido, y con aquellos veinte hombres, salió el animoso subteniente en busca de los que él suponía fugitivos. Avanzando en la laguna, hubo de convencerse pronto de su error. Los conjurados, lejos de huir, se aproximaban, con gran algazara; percibiéndose ya las voces que aclamaban al jefe de la empresa y á la libertad que contaban recobrar.

Pronto la alegre gritería se convirtió en aullidos feroces y amenazas. Habían descubierto las piraguas. Velasco dió el *¿quién vive?* y no obteniendo respuesta, pues Vargas dió

orden de continuar avanzando en silencio, el jefe de los amotinados mandó hacer fuego.

La mayor parte de los tiros pasaron por alto; pero dos acertaron. Cayó un soldado, y Tucurú, traspasado por una bala, quedó muerto también á los pies de Vargas. La rabia de éste no conoció límites. Mandó á los remeros avanzar con más presteza, y dió la orden á los de la piragua que iba adelante, y en la que él mismo estaba, de hacer fuego. Los clamores y los quejidos hicieron ver que algunos de los malvados habían pagado cara su temeridad. El combate fué encarnizado. Las embarcaciones llegaron á encontrarse á muy corta distancia. La que montaba Vargas tocó con una de las dos de los presidiarios; el valeroso joven dijo á los suyos que lo siguieran y saltó á la otra barca. Hubo una horrible lucha á la bayoneta, mientras los de la otra piragua de Bodegas descargaban sus fusiles sobre la otra barca de los presidiarios. Velasco estaba en aquella en que había entrado Vargas. No tardaron en reconocerse y cruzaron las espadas. Era un duelo á muerte. Vargas, más diestro en el manejo del arma, logró herir en el puño derecho á su adversario, que tuvo que soltar la espada. Pero poseído de desesperación y de rabia, se lanzó sobre mi amigo, que no aguardaba aquel movimiento brusco y no tuvo tiempo de hacer uso de su arma. Se abrazaron y cayeron al agua. Aquella lucha, en medio de la oscuridad, á la luz siniestra de las descargas y en medio del vocerío y los lamentos de los combatientes, fué horrorosa. Duró unos diez minutos.... Vargas, que conservaba su arma, logró dar con el puño un golpe terrible en la cabeza á su enemigo, que perdió el conocimiento, abrió los brazos y desapareció.... El aliento del joven oficial estaba casi agotado; hizo un postrer esfuerzo; nadando con gran dificultad, logró coger el borde de su canoa, y ayudado por los suyos, entró en la piragua y cayó sin conocimiento.

Volvieron á Bodegas. Vargas, recobrado ya, pasó revista á su valerosa y pequeña fuerza. Faltaban nueve hombres de los

veinte. Uno de ellos era Tucurú, y tampoco se encontró á su compañero. Los malvados habían sido deshechos. Once quedaron muertos; cinco estaban prisioneros y seis lograron escapar en una de las canoas, dirigiéndose hacia la costa, donde desembarcaron y ganaron las montañas.

Tal fué el desenlace de aquel terrible episodio, y tal el fin del hombre funesto de cuya cabeza logré apartar la cuchilla del verdugo, para que fuera á pagar sus crímenes de aquel modo trágico, cumpliéndose en él los inescrutables decretos de la justicia divina!

CONCLUSIÓN

Vargas fué recompensado con el grado de capitán por el importante servicio que había prestado al Rey en aquella ocasión. Después de algunos años de guarnición en la costa, adelantó en su carrera y obtiene hoy el empleo de coronel.

Poco tengo que decir de los demás personajes que han figurado en estas Memorias. El Dr. Dávalos no quiso permanecer más tiempo en Guatemala y regresó pronto á España, con Doña Ana, que no ha llegado á recobrar el uso completo de la razón. Las hijas de la Sra. Costales, huérfanas ya de padre y madre, vieron desertar los pretendientes y muestran hoy una habilidad especial para adornar altares y aderezar imágenes de santos. Continúan el pleito del altillo que inició el Dr. Morales por encargo de Doña Lupercia, y el del divorcio, encomendado por Doña Modesta al mismo ilustre abogado. Éste aguarda todavía la resolución de Doña Luisita, que vacila aún entre el matrimonio y el monjío.

Don Florencio murió de desesperación, por no haber obtenido sino un resultado muy mediocre en su tentativa de imitar la hazaña artística del inmortal Paganini, que ejecutó *en una sola cuerda* del violín, la sonata llamada *Napoleón*.

Don Eusebio Mallén, mi respetable amigo, duerme, algunos años hace, el sueño eterno, al lado de su esposa y su hija; y yo, aislado y solo, privado de los tranquilos goces de la familia,

sobreviviendo á aquellos seres queridos, continúo cumpliendo mi solemne juramento, mientras llega la hora en que me sea dado ir á descansar junto á aquella cuya sombra adorada me sostiene en el duro combate de la vida y cuyo espíritu dichoso me llama á los goces inefables de la eternidad.

FIN

Véase *Historia de un Pepe y don Bonifacio*, 4º tomo de las Obras completas de Don José Milla.

París. — Imprenta de la Vda de Ch. Bouret.







